

# El corazón del universo

*Ros Marval*





# **El corazón del universo**

**Ros Marval**

Título original: «El corazón de universo».

© 2018 Ros Marval.

1ª Edición: junio 2018.

Obra inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual.

ISBN: 978-1979928267

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes y/o escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

*Para mi abuela,  
por ser fuente de inspiración aun cuando ya no está.  
Te echo de menos.*



# 1

Aún estábamos descendiendo la empinada cuesta que conducía a los aparcamientos del parque natural cuando la oscuridad se cernió sobre nosotros. La temperatura era suave pero el esfuerzo físico de subir todas aquellas pendientes nos había aumentado el calor corporal hasta niveles extremos.

—¿Es que nunca vamos a tener una cita normal? —preguntó Paulo, extenuado y jadeante—. Quiero decir, que admiro tu amor por la naturaleza y el deporte, pero no estaría mal cenar en un restaurante o ver una peli de vez en cuando.

—¡Eso lo podemos hacer cualquier día! —contesté, todavía animada a pesar del cansancio—. Además, sería un crimen sentarse en un sofá a ver una caja tonta cuando tenemos esta maravilla a nuestro alcance.

Abrí los brazos intentado abarcar la extensión de aquel paisaje, pero me sobrepasaba. Los cerros se sucedían en una imperfecta cadena tras la cual comenzaba a esconderse el sol, creando un espectáculo de luz y formas maravilloso. Me paré en seco en mitad de la cuesta, dispuesta a exprimir cada segundo restante de aquella vista tan imponente.

Paulo se acercó a mí y me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome hacia él. Olía a naturaleza con un ligero toque de sudor, combinación que decidí bautizar como los olores de la libertad. Cerré los ojos y respiré hondo, empapándome de la tranquilidad de aquel momento, haciendo acopio de toda la paz que fuera posible, la cual probablemente iba a ser muy necesaria para afrontar la semana que estaba a punto de comenzar.

–Deberíamos hablar de ello –dijo Paulo, rompiendo el silencio con su voz melódica. Fue la primera vez que me molestó su sonido–. Ya se está yendo el domingo y...

–*Chhhsst*. Ahora no, Paulo. Ahora simplemente disfruta el momento, ¿vale? Ya tendremos tiempo de hablar.

–Pues no sé cuándo será eso –masculló–, porque siempre estás rehuyéndolo.

–¿En serio tienes que arruinarme esto? –me quejé, gesticulando hacia el horizonte–. ¿De verdad no puedes dejarme disfrutar de lo que me gusta un poco más?

–Está bien –se rindió, mostrándome las palmas de las manos, aunque visiblemente molesto–, no volveré a sacar el tema. Haz lo que quieras, como siempre. Eso sí, te agradecería que me lo hicieras saber. Si no es molestia, claro.

Odiaba cuando me hablaba así, a pesar de que estaba en todo su derecho. Hacía días que Paulo me había propuesto hacer lo nuestro «oficial», sea lo que fuere lo que aquel adjetivo implicara. La petición me pilló por sorpresa, más que nada porque, hasta aquel momento, pensaba que ambos queríamos lo mismo: una estrecha relación de amistad con sexo ocasional (o frecuente, mejor dicho). Jamás pensé que aquel chico taciturno y misterioso quisiera nada más. Pero como siempre, me había equivocado leyendo a las personas y adivinando sus intenciones.

–Mírame –le pedí. No lo hizo, y le agarré la barbilla con suavidad, tirando de ella hasta que pude ver el marrón de sus ojos–. No quiero perderte.

–Una buena manera de no hacerlo sería dejar de huir de una puta vez.

El tinte ligeramente rabioso de sus palabras me hirió, pero, como de costumbre, Paulo tenía razón: yo siempre huía cuando las cosas se ponían serias. Nunca enseñaba mis cartas, era consciente de ello, al igual que era consciente de la absurda rabia que me provocaba el que alguien me señalara ese defecto. Por supuesto, aquella vez no iba a ser una excepción, así que me tragué la pequeña punzada de dolor que me había provocado el tono de su voz, erguí la espalda y levanté el mentón, orgullosa.

–¿Son esos los términos en los que vamos a tener tu ansiada conversación? Bien. Hablemos aquí y ahora.

Observé atentamente sus ojos mientras me miraban de arriba a abajo, con la decepción y la resignación escritas en el rostro. Sonrió amargamente y giró la cabeza hacia el lugar donde había estado el sol unos minutos antes.

–¿Por qué tiene que ser siempre así contigo?

–¡Porque yo soy así, Paulo! –exclamé, quizás más alto de lo que pretendía–. Pensaba que me conocías.

–¿Cómo coño voy a conocerte, Olivia? ¿Cómo? Si no me dejas entrar... Si no dejas entrar a nadie, ni siquiera a tu familia.

–¿Y tú qué sabes cómo soy con mi familia?

–¡Exacto! ¡No sé nada sobre tu familia! Porque después de un año juntos no los conozco, ni siquiera te has dignado a hablarme de ellos.

–Sabes perfectamente lo que ese «juntos» significa. Además, te he hablado sobre mi madre –repliqué, esforzándome por mantener la calma, a pesar de que me empezaban a temblar las manos ligeramente–. Y también sabes perfectamente lo que me duele hablar de ella.

–Lo sé... –Se pasó las manos por el rebelde pelo castaño, revolviéndolo aún más, como cada vez que luchaba por encontrar las palabras correctas para no herirme–. Pero ella es la parte de tu vida que duele, que escuece, no la que te da alegría y te hace sonreír. Yo quiero ser parte de tus alegrías también, Livi, no solo de tus tristezas y frustraciones. Solo te pido que me des esa oportunidad.

La noche comenzaba a espesar a nuestro alrededor, pero aun en la oscuridad pude ver el tenue brillo de la esperanza en sus ojos. El corazón se me partió en mil pedazos cuando me di cuenta de que, a pesar de lo que significaba para mí, nunca podría dejar a Paulo ser más de lo que ya era en mi vida. Yo estaba rota por dentro, y los bordes de mis trozos estaban todavía demasiado afilados como para dejar a alguien tan maravilloso como él acercarse a ellos, porque si algo me había enseñado la vida es que, tarde o temprano, cortaban a quien osara hacerlo.

Me acerqué a él y alargué la mano hasta tocar su rostro de nuevo. Paseé las yemas de mis dedos por él libremente y noté la aspereza de la incipiente barba que le enmarcaba la mandíbula. Pasé a la nariz,



deteniéndome en la gruesa cicatriz que redefinía su forma, dotándola ahora de un ligero desvío del tabique. Otra marca decoraba su labio superior, ésta notablemente más fina y blanquecina. No la veía, pero la conocía a la perfección; la había besado innumerables veces. Fue ahí donde posé los dedos índice y corazón.

–Ten paciencia conmigo –le susurré, suplicante, a escasos centímetros de su boca–. Por favor.

–¿Más aún? –Noté cómo el labio que aún tenía bajo mis dedos se estiraba para formar una sonrisa–. Está bien.

Bajé la mano y él acertó distancias con un rápido movimiento. De repente, sus manos estaban en el hueco de mi espalda, apretando su cuerpo contra mi cuerpo, su frente contra la mía.

–Eres el puzle más complicado que he tenido el placer de resolver en mi vida.

–¿Y quién te dice que vayas a resolverlo alguna vez?

–Eso es cierto. Quizá no lo haga... –Me rozó la nariz con la suya, en un breve beso de esquimal–. Pero no será por ganas de intentarlo.

Era ya noche cerrada cuando su boca cayó sobre la mía. A ninguno se nos escapaba el hecho de que aquella conversación no nos había servido para nada; ninguno habíamos dado nuestro brazo a torcer y no había nada que sacar en claro de aquel momento, salvo el hecho de que nuestros cuerpos estaban demasiado acoplados el uno al otro como para dejar que las cosas de la razón los separaran por más tiempo.

–Quédate a dormir conmigo hoy –me pidió, dejando la distancia mínima necesaria entre nuestros labios para hacerlo.

–Oh, lo haría, pero no tengo pijama para ponerme –alegué, con la falsa inocencia dibujando mi mejor cara de decepción.

–Como si eso hubiera sido alguna vez un problema.

Reí y volvió a besarme, esta vez un breve pico casi en la comisura, y por fin nos dirigimos al aparcamiento, en el que su viejo Jeep era el único habitante. Al mirarlo, no pude evitar acordarme de la primera vez que conocí a Paulo.

Fue hace un año en un bar. Entré sola, buscando ahogar las penas en cerveza después de un día especialmente estresante, así que me dirigí a la barra directamente. Lo primero que vi fue su espalda. Siempre digo que se puede adivinar mucho de una persona por la postura de su cuerpo, y con Paulo no me equivoqué. La tristeza, junto con el invisible peso de la derrota, le encorvaban los hombros y aquello me atrajo como una polilla a un foco de luz. Quizás fue porque vi en él un espejo, porque yo me sentía igual de perdida, o quizás porque, en el fondo, anhelaba algo de compañía.

Cuando me senté en el taburete vacío de su derecha, él apenas levantó la vista. Rodeaba el vaso de whisky doble con las manos ahuecadas, y de vez en cuando repiqueteaba el cristal con el anillo de su dedo anular, lo que producía una molesta melodía.

Fue entonces cuando le pedí al camarero una pinta y, sin ni siquiera esperar a que me la sirviera, me giré y le hablé. Nuestra conversación, llena de monosílabos por su parte al principio, evolucionó rápidamente hacia algo más profundo y, sin darnos cuenta, terminamos compartiendo detalles de nuestras vidas que no habíamos compartido con nadie.

Aquella misma noche, para terminar de compartirlo todo el uno con el otro, nos acostamos por primera vez. En la parte trasera de aquel ajado Jeep blanco, al cual le chirriaban los amortiguadores con el más mínimo movimiento.

Paulo me observó con una ceja enarcada mientras yo miraba el coche y recordaba aquel momento con una sonrisa tonta.

–¿Sabes dónde no hace falta ponerse pijama? –pregunté, y me quedé mirándole fijamente para deleitarme en el cambio de expresión de su cara; de confundido a encantado.

–¿En un Jeep?

–En un Jeep –afirmé, y le guiñé un ojo.

Me llevó en volandas hasta la parte de atrás del coche, en un claro homenaje a aquella primera vez en la que compartimos algo más que nuestros cuerpos.

El sol comenzaba a aparecer por el horizonte de nuevo cuando por fin arrancó el coche y me llevó a casa.



## 2

Si algo me gustaba de ser diseñadora gráfica *freelance* era el hecho de que trabajaba desde casa, lo cual me permitía modificar los horarios a mi antojo. Por eso le dije a Paulo que me llevara a casa de mi padre en vez de dejarme en mi apartamento como de costumbre.

Cuando entré en casa me azotó la cara el aroma de café recién hecho y se lo agradecí mentalmente, como cada mañana, a Kaldi, el cabrero etíope que allá por el siglo IV descubrió el efecto de las semillas de tan delicioso brebaje. Lo adoraba tanto que había llamado a mi gato como él.

En la cocina encontré a mi padre leyendo el periódico y a mi hermano mayor, Alex, desayunando mientras miraba el móvil. Ambos levantaron la vista a la vez cuando me oyeron entrar.

–Llevas la misma ropa que ayer –dijo Alex a modo de saludo.

–Buenos días para ti también, hermano.

–¿Por qué llevas la misma ropa que ayer? –repitió, haciendo caso omiso de mi ironía.

–Porque me sienta bien.

–El naranja no es tu color, y lo sabes. Inténtalo de nuevo.

–¿Qué te parece esto? –Le hice un corte de mangas–. ¿Mejor?

–Chicos –nos reprendió mi padre, cortando cualquiera que fuera la réplica de mi hermano–. Es lunes, muy temprano y ya estoy mayor. No tengo energía para aguantar vuestras broncas.

–Lo siento. –Le di un beso en la frente–. ¿Qué tal estás del resfriado?

–Mucho mejor. De hecho, creo que ya mañana podré ir a trabajar...

–Ni hablar –cortó Alex, tajante, con la boca llena de cereales–. Un cocinero no puede trabajar resfriado. ¿O quieres que el inspector de Sanidad nos cierre el negocio?

–Pero con una mascarilla sí podría.

–¿Y las manos qué? Estoy con Álex, papá. No deberías ir a trabajar hasta que no estés totalmente recuperado.

–Para esto sí que os ponéis de acuerdo, ¿no? –refunfuñó–. Qué bonito.

Miré a Alex y nos sonreímos. Mi hermano y yo siempre habíamos tenido aquel tipo de relación fraternal en la cual fingíamos odiarnos, pero en realidad no podíamos vivir el uno sin el otro. Cuando pasé por su lado para coger una taza limpia del mueble y echarme un poco de café, le puse la mano en la cabeza y le alboroté el abundante pelo rubio oscuro que la poblaba, cosa que sabía que odiaba. Me miró enfadado y se aseguró de que mi padre no nos veía antes de devolverme el gesto obsceno que yo le había dedicado antes.

–¿Dónde está el abuelo? –pregunté, extrañada por su ausencia aquella mañana.

–Había quedado con uno de los nuevos amigos que ha hecho en clase de taichí. Para mirar obras y jugar a la petanca, imagino.

–Oh, Alex, ¿es que te molesta que tu abuelo tenga más vida social que tú?

–Quizás deberíamos hablar de tu vida social y de por qué implica repetir modelito. ¡O mejor! ¡Hablemos de chicos morenos con las narices rotas!

–¡O de rubias con tetas de silicona! –repliqué fingiendo entusiasmo–. ¡O de mujeres que te tiras una vez y no vuelves a llamar!

–¿Pero no me habéis oído antes? –nos regañó mi padre–. Alex, vete al restaurante ya. Si no me vas a dejar ir a trabajar, al menos me aseguraré de que mi *sous chef* llegue a tiempo para cubrirme. Y tú –me señaló con el dedo índice–, siéntate. Tengo que hablar contigo.

Mi hermano salió de la cocina disparado, y me deseó buena suerte en voz baja. Tiré de memoria, intentando recordar algo que pudiera haber

hecho o dicho que hiciera que mi padre quisiera hablar conmigo, pero no encontré nada.

Me senté en la silla que había enfrente de la suya, maldiciéndome por los ligeros nervios que ocupaban mi estómago. Tenía veinticinco años y, aun así, aquellas palabras seguían haciéndome sentir como una niña pequeña esperando el castigo a su travesura.

–No sé cómo decirte esto –comenzó–, así que voy a ir directo al grano y luego podemos discutirlo. Tu madre ha llamado.

Aquello sí que no me lo esperaba, principalmente porque apenas pensaba en mi madre ya. Hacía diez años que nos había abandonado y siete desde que tuve cualquier contacto con ella por última vez, por lo que, tras unos años de esfuerzo, había logrado desterrarla de mi mente.

–¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

–Mucho más de lo que te imaginas. –Mi padre tomó el último sorbo de café y apartó la taza a un lado para inclinarse sobre aquel trozo de la superficie de la mesa–. Hace años que nuestros abogados están en contacto para que ella me venda su parte del restaurante. Esto lo sabes, ¿no? –Asentí y continuó–. También sabrás, entonces, que siempre he recibido un rotundo no por su parte. Se negaba a deshacerse de ella, alegando que quería conservar algo de nuestro matrimonio.

–Ajá, y supongo que sus hijos no están en la lista de las cosas que quiere conservar.

–Supongo que no –admitió mi padre con pena en la mirada. Alargó el brazo hasta el otro extremo de la mesa y posó su mano sobre la mía–. El caso es que hace unos días me armé de valor y la llamé. No os dije nada porque pretendía resolver este asunto entre nosotros dos y de una vez por todas. Al fin y al cabo, soy yo quien trabaja ese restaurante, también tu hermano, y ella ya no es parte de nuestras vidas. Me parece justo que sea yo entonces el único dueño del Tino's.

–Es más que justo.

–Así se lo hice saber a Gabriela. Y cuál fue mi sorpresa cuando, tras mi retahíla, aceptó firmar los papeles y cederme su parte.

–¿En serio? –exclamé, sonriendo–. ¡Qué bien, papá, cómo me alegro!

–Pues no te alegres todavía. A cambio de la firma, Gabriela ha pedido que al menos uno de vosotros acceda a pasar el verano en su casa.

–¿¡QUÉ!?! –grité, enfadada y sorprendida al mismo tiempo–. ¿Qué cojones le pasa a esa mujer? ¿Está loca o qué?

–Según me dijo, os echa de menos.

–Oh, sí, claaaro... Estoy segura de que llora por los rincones y todo.

–Olivia... –suspiró mi padre, abatido–. Hablemos de ello, ¿te parece?

Me levanté de la silla de un salto y rellené la taza de café. Tomé casi la mitad de un trago, recolectando fuerzas suficientes como para plantarme ante mi padre y decirle que no estaba dispuesta a pasar ni un segundo junto a aquella mujer que tanto daño nos había hecho, ni siquiera para conseguir lo que él tanto había querido durante estos años.

–Es tu decisión, Olivia. No voy a decirte lo que tienes que hacer. Eres lo bastante mayor como para decidir por ti misma, pero sí que quiero asegurarme de que sepas que elijas lo que elijas, yo lo apoyaré. No lo hagas solo por mí si eso va a significar que pases tres meses sintiendo rabia y dolor cada día, porque me mataría. Tu hermano y tú sois lo más importante para mí, junto con el abuelo. El restaurante y todo lo demás es secundario.

No sabía cuándo había empezado a llorar. Las lágrimas habían alcanzado mis labios, mezclando su sabor salado con el del café. Miré a aquel hombre que tenía delante, con el pelo salpicado de plata y las arrugas relatando su historia de dolor y lucha. Una versión más gastada de aquel que nos leía cuentos todas las noches antes de dormir por muy cansado que estuviera, que nos cuidaba cuando estábamos enfermos y nos hacía reír tanto con sus historias que hasta nos dolía la tripa. Aquel que, cuando su mujer desapareció una mañana sin más explicaciones que una nota diciendo que se iba con una hippie con ínfulas de Freud, se esforzó por componer una fachada cada día para que no notáramos su falta, pero que, cuando creía que nadie lo veía, lloraba hasta quedarse dormido.

Me senté a su lado y reposé la cabeza en su hombro, como tantas veces había hecho a lo largo de mi vida.

–Aún no se lo he dicho a Alex –me explicó–. Quería decírtelo primero a ti porque os conozco a ambos, y sé que tú eres más comedida, pero que él no va a reaccionar bien. Es tan grande el rencor que siente por tu madre...

–Igual de grande que el que siento yo, padre. Solo que él no tiene filtro a la hora de expresar la rabia, ya lo sabes.

–Lo sé, y por eso necesitaba contártelo primero a ti, para darte tiempo a hacerte a la idea y así, entre los dos, hacérselo saber.

Conocía a mi hermano lo suficiente como para saber que montaría en cólera. Pero también lo conocía como para saber que, una vez se calmara el fuego de la noticia, sopesaría aceptar solo para que mi padre consiguiera por fin ser dueño de aquello por lo que había luchado toda la vida. Eso me hizo decidirme en cuestión de segundos, a pesar de que todos los huesos de mi cuerpo me gritaban que no lo hiciera.

–Podemos contarle la noticia luego, sí quieres, pero ya está decidido. Iré yo.

–¿De verdad? –La voz de mi padre sonaba entre dubitativa y esperanzada. Fue a esto último a lo que me aferré para no dar marcha atrás en mi decisión–. ¿Estás segura?

–Estoy segura de que te quiero.

Mi padre me abrazó con fuerza y me besó en la coronilla. Nos quedamos así durante un rato, sin hablar, sin decir nada, porque no había nada que decir. Él ya se había sacrificado bastante por nosotros y ahora me tocaba hacerlo a mí.

Después de todo, ¿qué no haría una por el hombre de su vida?



### 3

Cuando decía que tenía los mejores amigos del mundo, no lo decía en broma. Después de la conversación con mi padre, me bastó con enviar un mensaje de SOS al chat de grupo para concertar una reunión de emergencia. Oliver era el único que no podía quedar, por lo que decidimos reunirnos en un restaurante cerca de su oficina y vernos allí en su hora para almorzar.

Me duché y deseché por fin el polar naranja y las mallas negras que me habían acompañado durante demasiadas horas, y me enfundé en mis vaqueros favoritos y una camiseta gris de mangas cortas en la que, con letras negras, se podía leer «*no shit, Sherlock*», acompañado del dibujo del gorro que llevaba el famoso detective. Era una de las que había diseñado junto con mi amigo Joan para su línea de camisetas, y a mí me encantaba. La mía fue la primera que se confeccionó y Joan me regaló por mi último cumpleaños; sin duda, uno de los mejores regalos que recibí.

Decidí coger el coche en vez del autobús, a pesar de que no me gustaba nada conducir. Me saqué el carnet cuando cumplí los dieciocho con el único objetivo de llevar a mi abuela al hospital para recibir la quimioterapia. Quizás por eso no me gustara, porque relacionaba el ponerme tras el volante con una de las peores épocas de mi vida. Para evitar pensar en ello, bajé la ventanilla, puse Bruno Mars a toda voz y canté con él durante todo el camino mientras el aire me azotaba en la cara y me revolvía el pelo. Cuando llegué al restaurante, tuve que ir al servicio y peinar la maraña en la que se había convertido mi melena. Fracasé, y opté por recogermela en una cola alta.

Cuando salí del servicio habían llegado todos. El pelo rosa de Eli fue lo primero que vi, y tras él, el pelo de punta de Joan. Oliver y Daniel



sorbían sendos *Sprite* en lo que parecía una competición para ver quién bebía más rápido, mientras que Nora, a su lado, negaba con la cabeza enérgicamente, agitando su rizada melena pelirroja, y se reía.

–Ya era hora, bonita –me riñó Joan cuando me acerqué a la mesa–. Pensábamos que no venías.

–De hecho, he llegado antes que todos vosotros, pero he tenido que ir al baño a peinarme.

–Te entiendo, hermana –dijo Eli, alisándose el pelo torpemente con las manos–. No he tenido tiempo de hacerme las planchas antes de venir y parezco un erizo.

–Los erizos son monos –añadió Nora–. Siempre que no los acaricies, claro.

–¿Cómo hemos llegado a este tema? –preguntó Daniel, que había perdido la competición de *Sprite*–. ¿Qué me he perdido?

–Nada –sentenció Joan–. Dinos, Livi, ¿qué te ha pasado?

–Antes necesito carbohidratos –contesté, y cogí la carta.

Una vez nos hubieron servido las seis hamburguesas con doble de patatas que habíamos pedido, procedí a contarles todo. Les hablé de Paulo, de su propuesta y de nuestra noche en el Jeep, ante lo que los chicos sonrieron y las chicas soltaron varios «uuuh». Después les hablé de lo de mi madre. Me escucharon en un silencio casi sepulcral, respetando mi turno de relato, y solo una vez se aseguraron de que había terminado, comenzaron a dar sus opiniones.

–Personalmente, creo que has hecho lo correcto –se pronunció Oliver, con la boca medio llena de patatas–. Sé lo que esa mujer os hizo, pero piensa que hay un bien mayor: la felicidad de tu padre. Y se lo merece. Además, cada vez que necesites desahogarte, ¡hay cinco personas con Skype a quienes puedes recurrir!

Los demás asintieron, sonriendo, y aunque pudiera parecer una tontería, aquello me tranquilizó. Tenía en alta estima la opinión de mis amigos y, al ver que todos estaban de acuerdo con mi decisión, la reforzó de alguna manera.

–Voy a echarle de menos este verano –dijo Nora, con mueca de pena–. No voy a poder hacer viajes exprés contigo.

–¡Deberíamos planear un viaje para cuando vuelvas! –propuso Eli, entusiasmada–. ¿El camino de Santiago, quizás?

–Eli, cariño, no te lo tomes a mal, pero yo quiero hacer un viaje que sea digno de *reality show*, no de documental –replicó Joan–. Un todo incluido, con una pulsera fluorescente que me abra todas las puertas y chicos sin camiseta *everywhere*.

–Yo voto por un crucero de solteros –añadió Daniel a la lista–. De esos que tienen *speed-dating*.

–A mí lo de las citas no se me da bien ni cuando tengo tiempo, imagínate en un minuto –intervine.

–Tú no cuentas, tienes a Paulo –dijo Oliver, y yo me tragué la punzada que sentí al oírlo–. Pero llevas razón. La última cita que tuve fue la peor de la historia, estoy seguro.

–Créeme, te gano –dijo Daniel, dispuesto a competir de nuevo con su amigo–. Una vez quedé con una chica que juraba que la habían abducido los extraterrestres.

–La mía maldijo a voces y salió corriendo despavorida del restaurante cuando me preguntó mi signo del zodiaco y le dije que era piscis. ¡Votemos! Loca de los alienígenas, que levanten la mano. –Nora alzó la mano–. Loca del zodiaco, voten. –Alcé mi mano junto con Eli y Joan–. ¡Vuelvo a ganar! Hoy no es tu día, Dani.

Así transcurrió el resto de la comida, entre risas y bromas. Oliver se marchó de nuevo a la oficina, y Daniel y Joan lo hicieron unos minutos más tarde para jugar al pádel, dejándonos a las chicas solas.

–Tendría que irme a casa a trabajar un rato –dije, intentando autoconvencerme–. Tengo un nuevo proyecto entre manos y debería ponerme a plantearlo, al menos...

–Está bien, pero antes tomémonos un café –propuso Nora.

–No puedo decir que no a eso, y lo sabes.

La cafetería a la que nos llevó Nora era el sitio más acogedor en el que había estado nunca. Las paredes eran de color crema, decoradas con miles de carteles de antiguas películas de Hollywood, excepto en una de ellas, donde había una estantería incrustada en la pared repleta de libros antiguos. La chica que nos atendió, una muchacha joven con pelo rizado y una rasta tras la oreja, nos dedicó una amplia sonrisa y nos regaló una magdalena a cada una porque, según dijo, «teníamos buen aura».

–Vengo aquí cuando necesito inspirarme –nos explicó Nora–. Hay veces que un artículo se me atraganta y tengo que salir de casa y pensar un poco.

Nora tenía una columna en una revista femenina. Trataba todo tipo de temas, aunque normalmente contaba historias ficticias tan adictivas que sus lectoras le mandaban cientos de e-mails pidiéndole que continuara con ellas. Su verdadero sueño siempre había sido ser escritora, así que saber que a la gente le gustaba su ficción le proporcionaba un más que necesario inflado de ego.

Nos dirigió a la mesa junto a la ventana, donde al parecer siempre se sentaba, y me observó mientras le daba bocaditos a su magdalena.

–¿Qué? –pregunté finalmente, harta de su escrutinio.

–Vas a decirle que no a Paulo, ¿verdad?

A veces me daba miedo lo bien que me conocían mis amigas. Llevábamos juntas casi trece años, los peores años de nuestras vidas, además, y eso nos unió de una forma tan especial que no creía que pudiera alcanzar ese nivel de intimidad con nadie más que con ellas.

–Verdad –admití, no sin pena ni rabia hacia mí misma–. Paulo es genial, en serio, es increíble... Pero ya sabéis cómo soy, y no quiero hacerle daño.

–¿Por qué siempre asumes que vas a hacerle daño a la gente? –preguntó Eli, indignada–. ¡Es que me da rabia! Nosotras estamos aquí, al igual que los chicos, y aún no nos has hecho daño a ninguno. Y eso que con Daniel tuviste una relación.

–Pero eso no cuenta. Éramos muy jóvenes y fue mi primer amor... Antes de que la vida me corrompiera.

–Excusas. La realidad es que tienes miedo y punto.

–Será eso –dije, cansada de hablar del tema–. Lo que quieras. Pero voy a decirle que no.

–Vas a decirle que no –dijo Nora de repente, mientras rizaba un mechón de pelo entre sus dedos– porque no es el indicado. Da igual lo guapo que sea, lo genial que sea su personalidad o lo increíble que sea el sexo... No es él.

–¿En serio vas a empezar otra vez con ese rollo de las almas gemelas? –puse los ojos en blanco–. Cariño, de verdad, sabes que no me lo creo así que déjalo.

–No hace falta que te lo creas todavía. Pero que sepas que cuando pase, estaré aquí para que vengas a disculparte por no haber confiado en mí y mis teorías.

–¿Cuándo vas a decírselo? –preguntó Eli, haciendo también caso omiso de las predicciones de Nora–. Deberías hacerlo cuanto antes.

–Mañana, supongo. Me marcho la semana que viene, así que tampoco es que pueda demorarlo mucho más.

–Pobre Paulo –suspiró Nora.

–No me estás ayudando.

–No pretendía hacerlo.

Cuando llegué a mi apartamento, Kaldi vino a recibirme. Se restregó unas cuantas veces contra mis piernas, me olisqueó los zapatos y después se escabulló por el pasillo a hacer Dios sabía qué. Me cambié los vaqueros por unos pantalones de deporte, recogí mi pelo de nuevo, esta vez en un moño, me coloqué las gafas y me senté en el escritorio.

Mi trabajo consistía en diseñar logos para empresas, carteles, páginas web, lo que fuera. Hacía tiempo que había desistido de mi sueño de ser enfermera, y sabía que no quería trabajar en el restaurante de mi padre, así que decidí dedicarme a lo que mejor se me daba: el arte. Pero tras una exposición de cuadros en la que únicamente vendí dos (los cuales fueron comprados por mi padre y mi abuelo) y otra de fotografía en la que vendí poco más que eso (ya que esa vez entraron mis amigos en escena también), decidí optar por una rama más contemporánea. No me apasionaba, pero

pagaba las facturas y me permitía un horario de trabajo flexible y trabajar desde casa con el pijama puesto, lo cual agradecía muchas veces; aunque, en otras ocasiones, echaba de menos la camaradería que puedes obtener con tus compañeros en otro tipo de trabajos. Aun así, cuando me sentaba en la mesa y me ponía a crear, el mundo se apagaba a mi alrededor y solo existíamos mi cerebro, mi mano y yo.

El proyecto que me traía entre manos era el encargo de un grupo de chicos que habían formado una banda de punk-rock y, tras conseguir grabar algunos temas en un estudio, querían una portada «*flipante*» para mandarlo a discográficas. No me atreví a decirles que la portada daba igual, que triunfar en la industria musical tras mandar una maqueta era casi una quimera y que tendrían más futuro si se hicieran un canal de Youtube; en vez de eso, me callé y acepté el trabajo. La idea con la que querían que trabajara era una silueta mitad robot mitad humano con cresta. Sinceramente, aquello no podía gustarme menos, pero ellos parecían entusiasmados con ella, así que decidí intentarlo.

Había terminado de plantear el diseño de la mitad robótica de la figura cuando sonó mi móvil. Paulo me invitaba al bar donde trabajaba para «*hablar de algo importante*». Se me encogieron el corazón y el estómago ante la idea de tener aquella conversación con él, pero no podía esperar más. Le contesté con un «*ok, allí estaré*» y me sumergí de nuevo en el diseño.

El bar donde trabajaba Paulo era el mismo en el que nos conocimos: un tugurio oscuro donde solo ponían rock, lleno de solitarios y parejas que buscaban el anonimato y la desvergüenza que ofrece la oscuridad para darse el lote en las mesas más escondidas. Paulo estaba detrás de la barra poniéndole copas a dos chicas que lo desnudaban con la mirada cuando me vio. Me saludó con la mano y siguió flirteando un poco más con ellas, lo cual probó dar resultado cuando metieron dos billetes en el bote de propinas.

—¿Estafando jovencitas? —le pregunté mientras me sentaba en la barra—. ¿No te da vergüenza?

—Me han dado ese dinero libremente —contestó él, sonriendo—. Estás muy guapa esta noche.

Alargó la mano y me cogió un mechón de pelo que luego rizó entre sus dedos. Le sonreí tímidamente, como si aquella fuera nuestra primera interacción, algo que le hizo gracia al principio pero que, tras fijarse bien en mi mirada, pareció preocuparle.

–Espérame en aquella mesa –señaló la más alejada que había libre–. Enseguida voy.

No me había percatado de que me había servido una cerveza hasta que bajé la mirada a la barra. Me la tomé casi de un trago, buscando algo de valor en el fondo de aquel vaso. Los nervios me mordían el estómago con fiereza, y casi me sentí enferma. Respiré hondo unas cuantas veces en un vano intento por tranquilizarme. Esperaba que Paulo se sentara a mi lado, pero no lo hizo; retiró la silla que tenía enfrente y se sentó en ella, mirándome fijamente a los ojos.

–No tienes que hablar si no quieres. Ya sé lo que vas a decirme.

Aquello no era justo. No podía limitarme a asentir con la cabeza mientras él hacía afirmaciones para corroborarle su certeza. Tenía que ser yo la que hablara, la que formara frases con palabras que salieran de mi boca. La que pasara el mal rato de tener que decirle a aquel hombre tan maravilloso que aquello que teníamos nunca iba a ir a más y que era una estúpida por no intentarlo siquiera, pero que era lo mejor para los dos, lo mejor para él.

En vez de eso, me puse a llorar como una imbécil.

–No llores –me dijo, con la voz llena de ternura, pero sin atreverse a rozarme–. En el fondo ya sabía que esto iba a pasar. No estás lista, lo entiendo, no pasa nada...

–Sí que pasa –le interrumpí–. Pasa porque te he hecho perder un año de tu vida y porque soy una cobarde de mierda...

–¿Por qué no quieres estar conmigo? –preguntó con la voz quebradiza como una hoja seca, y me partió el alma en dos–. Dilo en voz alta.

–Paulo, yo...

–Dilo, Olivia. Hazme caso.

–Pp..porque... –dije, hipando–. Porque... Voy a hacerte daño... –Él se quedó a la espera de que dijera algo más–. Y porque... Creo que no te

quiero de esa forma.

–Ahí lo tienes. –Se dejó caer en el respaldar de la silla y cruzó los brazos sobre el pecho–. Hay que ser valiente para admitirlo, y también para retirarse antes de que las cosas se vayan de las manos.

La dulzura impresa en sus palabras me taladró el pecho. Lloré con más fuerza aún mientras le rogaba al universo que me cambiara, que me hiciera amarlo con locura para no dejarlo ir, pero las cosas no funcionaban así. Recordé las palabras de Nora cuando me dijo que Paulo no era el indicado, y si él no lo era y aun así dolía tanto decirle adiós, ¿cuánto me dolería si lo fuera?

Pasé de rogar al universo que me hiciera amar a implorarle que no lo hiciera nunca.

–Tú tenías algo que contarme, ¿no? –le pregunté al recordar el mensaje que me había mandado.

–Sí, pero eso ya no importa...

–Cuéntamelo, por favor.

–Está bien. He comprado el bar. Todo esto –extendió los brazos–, esa silla en la que te sientas, esa diana y los dardos que tiene clavados... Todo es mío ahora.

–¿En serio? –sonreí, sorbiéndome la nariz–. ¡Eso es estupendo, Paulo! Me alegro mucho, de verdad.

–Lo sé –sonrió de vuelta, aunque triste–. Quizás puedas pasarte algún día este verano, cuando las cosas estén más frías entre nosotros.

–Me encantaría, pero este verano me marchó.

–¿Te marchas? ¿A dónde? ¿Para siempre?

–Tengo que resolver un asunto pendiente –simplifiqué, obviando la punzada que me dio en el pecho al oír el tono alarmado de su voz al creer que me iba para no volver–. Pero me pasaré cuando vuelva. En septiembre o así.

–Genial, te estaré esperando. Quiero decir... Bueno, o no. Ya sabes...

–Lo tuyo no son las palabras, ¿eh? –bromeé, haciendo alusión a la frase que le dije en nuestra primera conversación, tras descubrir que solo

me contestaba con monosílabos.

–Supongo que no –rio él, y se pasó la mano por el pelo enmarañado.

Nos quedamos un rato mirándonos sin decir nada, memorizándonos, por si alguna noche tonta decidíamos ceder a la debilidad y soñarnos a traición.

–Debería irme ya –dije, rompiendo el silencio y el cruce de miradas–. Tengo un trabajo que entregar y quiero hacerlo antes de irme de viaje.

–Sí, claro, y yo tengo que ponerme a hacer cuentas y todas esas cosas de dueño de bar, ya sabes.

–Suenas importante.

–Oh, lo es.

Nos levantamos y la inercia nos jugó la mala pasada de inclinar nuestras cabezas para besarnos. En un primer momento nos paralizó el apuro, pero habíamos sido demasiado el uno para el otro como para negar a nuestras bocas el sabor de la despedida.

Me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos, esperando transmitir con aquel ínfimo gesto todo lo que no podía decirle con palabras. Él me agarró las caderas con ambas manos y me atrajo hacia su cuerpo, besándome con urgencia, como se besa a quien se marcha. Apenas duró unos segundos, pero me supo a eternidad robada y eso me hizo volver a llorar.

Con las lágrimas rodando por mis mejillas y sin hacer el amago de secarlas, me despedí de Paulo con un adiós apenas inteligible y me dirigí con prisa hacia la puerta, deseosa de salir corriendo de aquel bar que ahora era suyo y maldiciendo a mi corazón porque él nunca llegó a serlo.





## 4

En mi familia apenas teníamos tradiciones. Normalmente estábamos todos muy ocupados con el trabajo y demás como para poder mantenerlas, pero sí que había una que había sido sagrada desde que mi madre se marchó: la cena de los viernes. Cada semana, uno de nosotros compraba comida para llevar y nos reuníamos en casa de mi padre para ver una película, jugar al Trivial o lo que se terciara.

Aquel viernes era mi turno y opté por la cocina italiana, a pesar de que, para mi abuelo, Darío Parisi, italiano de pro, era un tema delicado.

–*¡Ma esto no es comida italiana, Livi!* –me dijo cuando vio la pasta *a la puttanesca* que había comprado, gesticulando como si estuviera en El Padrino—. Estos seguro que han cocido la pasta con aceite.

–Ya sé que no es igual a la que te hacía tu *nonna*, pero pruébala al menos. ¡Y mira! Le he pedido al chico de la pastelería que te preparara *panforte*, solo para ti. ¡No me dirás que no tiene buena pinta!

Aquello hizo que se le iluminaran los ojos. El *panforte* era un pastel de fruta y frutos secos propio de varias regiones de Italia, entre ellas la Toscana, de donde era la familia de mi abuelo. Su abuela, o *nonna* como él siempre la llamaba, lo preparaba cada año por Navidad, pero con el tiempo su consumo se había generalizado a todo el año. El chico de la pastelería, Gio, era el único que lo preparaba a gusto de mi abuelo, y cuando lo vio, se le suavizó la mirada.

–Eres mi nieta favorita, ¿lo sabías?

–Y la única, dicho sea de paso.

–Coincidencia. ¿Dónde están tu padre y tu hermano? Cuanto antes comamos –se le dibujó una sonrisa de niño goloso en la cara–, antes podremos pasar al postre.

–Papá acaba de mandarme un mensaje diciéndome que se han entretenido un poco en el restaurante, pero que enseguida vienen.

–Sentémonos tú y yo, entonces, que hace tiempo que no charlamos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, donde hacía unos días había tenido la conversación con mi padre. Mi abuelo tomó mi mano entre las suyas y me miró con ese brillo en los ojos que, por mucho que pasaran los años, nunca perdía.

–¿Qué me puedes decir de ese chico de la nariz rota? Alessandro me ha dicho que es tu novio.

–Alex no tiene ni idea. No es mi novio, y, de hecho, ahora menos que nunca.

–Ah, así que eso es lo que tienes. Ya decía yo que te notaba triste.

–No estoy triste, abuelo, simplemente estoy cansada de perder gente en mi vida por ser una cobarde. Así nunca voy a encontrar a esa media naranja de la que tanto me habla Nora.

–Ya estamos con esas. Olivia, eso no existe.

–¿Vas a decirme que abuela no era tu media naranja?

–Tu abuela, que en paz descansa, era una naranja maravillosa, a veces agria como ella sola, pero dulce la mayor parte del tiempo. Y, sobre todo, era una naranja enterísima. –Suspiró y me apretó la mano varias veces seguidas, como hacía siempre que quería captar mi total atención–. El problema de los humanos es que nos aferramos a alguien a veces porque tenemos la sensación de que no somos nada sin esa persona. Decimos «*es que me completa*», ¡y nos quedamos tan anchos! Pensamos que es algo romántico, y qué va. En la vida nadie completa a nadie. Tú, querida mía, bella, inteligente y fuerte, eres toda tú, por ti misma, en cada sitio y en cada hora. Y créeme, no necesitas a ningún hombre ni a nadie que venga a completar algo que ya está entero. Cuanto antes te des cuenta de esto, antes podrás cambiar tu visión de la vida y el amor. Y ¿quién sabe? Igual es entonces cuando aparece otra naranja entera de quien enamorarse.

Ante aquel discurso, solo pude besar a mi abuelo en la mejilla, darle las gracias y decirle que lo quería. Tras haberme criado con él y con mi abuela, quien hasta el día que se murió estuvo recordándome la importancia de valerse por sí misma en esta vida, tenía muy claro aquel concepto de independentismo emocional, pero a veces me costaba recordarlo. Sobre todo me costaba en ocasiones como aquella, en la que sentía que había cometido un gran error dejando marchar a Paulo y se me pasaba por la mente el volver a llamarlo y decirle que sí, que quería comenzar una relación con él, a sabiendas de que en lo más profundo de mi ser no le quería como se debe querer a alguien con quien planeas compartir tu vida. No era justo, lo sabía, pero el miedo, no ya a no llegar a enamorarme nunca sino a no saber reconocer ese sentimiento, era algo que a veces me atenazaba.

—No te agobies, mi niña. Tómate esta visita que vas a hacerle a tu madre como una manera de empezar de cero, de alejarte de aquí y ver las cosas desde otra perspectiva.

—Esa es otra. A ver cómo aguanto yo tres meses con esa mujer y su pareja sin morderme la lengua y envenenarme.

—Muy sencillo: con paciencia y teniendo presente que estás allí por tu padre y tu hermano, para que ellos tengan lo que se merecen. Verás como ese pensamiento te disipa la rabia, aunque sea un poco.

—Eso espero —suspiré, cansada de preocuparme por todo—, porque no tengo ánimos para estar todo un verano de morros.

—Pues no lo estés —sonrió mi abuelo, y el gesto le enterró los ojos azules entre arrugas—. Todo depende de ti. Recuerda que tienes poder para elegir cómo te sientes en cada instante.

—¡Oh, hablando de poder! Tengo algo para ti.

Abrí mi bolso y saqué una camiseta blanca con letras negras con la frase «*feminist as fuck*». La había diseñado para la nueva línea de Joan, inspirada en las mujeres, y pensé que a mi abuelo le gustaría. Supe que había acertado cuando le vi la cara.

El resto de la noche la pasamos comiendo y viendo una película, elegida esta vez por el abuelo, quien había decidido tirar de clásicos y

hacernos ver *Sombrero de copa*, de Fred Astaire y Ginger Rogers. Yo estaba de acuerdo con la elección, al igual que mi padre, pero Alex no parecía del todo entretenido.

–El abuelo me ha dicho que el de la nariz rota ya no es tu novio –me susurró–. ¿Ha sido en buenos términos o tengo que hacerle una visita?

–Déjate de bobadas de hermano mayor, que no te pegan nada. Y sí, ha sido de mutuo acuerdo, así que déjale en paz.

–Vale, vale, solo preguntaba. Estoy en mi obligación. Y ya que estamos hablando... –Me miró intensamente a los ojos–. No vayas a casa de mamá.

–*Chhsst*, callaos, que ahora viene lo bueno –siseó el abuelo desde su butacón, con las migas del *panforte* adornándole su nueva camiseta–. Si no queréis ver la peli, os vais a la cocina, ¡pero dejad de incordiar!

–Sí, señor –respondimos mi hermano y yo al unísono, acordando con nuestro silencio el seguir la conversación más tarde.

–¡Es que no entiendo por qué tenemos que ir corriendo a verla solo porque ella quiera! –exclamó mi hermano mientras paseaba nerviosamente por su habitación–. Siete años lleva sin dar señales de vida, Livi, ¡siete! ¿Y ahora de repente quiere jugar a las mamás? Vamos, no me jodas.

–Pienso igual que tú, Alex, pero es la única manera de que papá sea el único dueño del restaurante. Después de todos estos años en los que se ha negado en rotundo, creo que deberíamos aprovechar esta oportunidad. Piénsalo. ¿Y si ella decide vender su parte a otra persona? O peor, decide empezar a hacer uso de ella y tenemos que aguantarla pululando por ahí como si se lo mereciera.

–¡Pues no es justo! Ya nos ha jodido bastante la vida. No tiene derecho a aparecer de nuevo y volver a remover toda esta mierda... Así que he decidido ir contigo. No voy a dejar que estés sola en esa casa.

–Te lo agradezco, de verdad, pero yo lo veo de otra forma: no voy a permitir que lo pases mal tú también. Con uno ya es suficiente. Además, creo que podemos afirmar que soy la más adecuada para la misión. Te

recuerdo que la última vez que mamá llamó fuiste tú quien cogió el teléfono y bueno... digamos que la cosa no fue muy civilizada.

Cuando Alex oyó la voz de mi madre al otro lado de la línea, se puso rojo como un tomate y comenzó a echarle en cara todo lo que nos había hecho sufrir con su marcha. Lo hizo de malas formas, intercalando algún que otro insulto entre sus reproches.

–Sí, supongo que no llevé bien la situación –admitió él, frotándose la cara–, pero no quiero que pases por esto sola. Soy el mayor, y a veces he de ejercer como tal.

–Eres el mayor por un año y medio, Alex.

–Y que no se te olvide nunca –me advirtió, señalándome con el dedo.

–¿Cómo podría? ¡Si me lo recuerdas a cada momento! –reí–. Escúchame. Déjame que haga esto yo sola. Lo necesito. No era la idea que tenía en mente para este verano, lo admito, pero creo que puedo beneficiarme de ello si me lo propongo.

–¡Ah, ya has hablado con el abuelo por lo que oigo!

–Sí, y tiene razón. No voy a dejar que esto me afecte. Quiero enseñarle que, a pesar de que se fue, hemos sobrevivido sin ella, que no la necesitamos para nada. Deja que me lleve esa satisfacción.

Observé a mi hermano mientras aclaraba sus pensamientos. Era curioso lo mucho que se parecía a mi padre. El pelo rubio, la nariz recta, incluso las manos eran iguales. Todo menos los ojos. Los de Alex eran azules también, pero más tirando a verdes, como los de la abuela. Los de mi padre, azul claro como el cielo, me habían tocado a mí en la lotería genética, aunque eso era todo. El pelo castaño oscuro, el grosor de los labios, la forma de la nariz, incluso las cejas y el arco que formaban... Todo era de mi madre, y lo odiaba. Lo detestaba tanto que incluso había intentado teñirme el pelo de rojo para dejar de parecerme a ella; cosa que habría sucedido de no ser por mis amigas, que intervinieron justo a tiempo para recordarme que no me favorecería en absoluto.

–Está bien –dijo Alex, sacándome de mis pensamientos–, pero prométeme que al mínimo conflicto, en el momento en el que empieces a sentirte mal, desplazada o triste, te volverás a casa sin mirar atrás.

–Te lo prometo.

–Y si puedes hacer que firme los papeles antes de tiempo y marcharte de allí, hazlo.

–No soy tonta, pero ella tampoco. No va a pasar.

–Bueno, ¡por si acaso! –Me miró un segundo y pasó a mirarse los pies, incómodo–. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

–Oh, ¡Alex! ¡Yo también te quiero! –Salté de su cama, donde estaba sentada, y me abracé a su cuello, colgándome de él como un koala–. ¡Dame un besito!

–Vale, creo que ya está bien por hoy –rio mientras intentaba zafarse de mí–. No se te puede dar la mano, que coges el brazo... ¡O en este caso el cuello!

Cuando por fin logró deshacerse de mi yugo, me lanzó al suelo y, riendo, se dirigió a la puerta.

–Ahí te quedas, caraculo.

–Adiós, cabezabuque.

Y así volvimos a la normalidad de nuestra relación: los insultos absurdos. Cómo iba a echarlos de menos esos tres meses de verano.



## 5

Mi madre vivía en un pequeño pueblo de la sierra llamado Serrafría. Esa era información completamente nueva para mí, y me sorprendió que no estuviera tan lejos de Algarte, el pueblo donde habíamos crecido y aún vivíamos.

No pretendía emprender camino demasiado temprano, pero los nervios que jamás admitiría que sentía me impidieron el sueño y a las seis de la mañana del lunes ya estaba despierta, vestida y con el equipaje preparado. Por alguna razón, era importante para mí causar la mejor impresión posible, así que me maquillé, me ondulé el pelo y me puse mis queridos vaqueros, esta vez con un top blanco ajustado con mangas tres cuartos de encaje y mis inseparables *converse* blancas de media caña. No era el atuendo ideal para un viaje en coche, pero aquella siempre había sido la forma en que lidiaba con las cosas. El pintalabios rojo era mi mecanismo de defensa cuando el mundo se me hacía cuesta arriba.

Había pasado aquella última noche en mi apartamento, acurrucada con Kaldi mientras él ronroneaba y yo veía Netflix y me ponía de helado hasta las cejas. Mis amigos me propusieron salir a cenar a modo de despedida, al igual que mi familia, pero yo había preferido estar a solas con mi gato y la tele. No estaba dispuesta a darle más dramatismo del que tenía. Iban a ser tres meses que, con suerte, se pasarían rápido y no volverían a repetirse nunca más.

Después de cargar todo el equipaje en el maletero de mi coche, revisar mil veces que Kaldi tenía comida y agua suficiente hasta que Alex se pasara a echarle un vistazo y asegurarme de que no me había dejado el gas abierto, me despedí de mi gato y puse rumbo al infierno. La mañana era más cálida

que de costumbre, sin duda una señal inequívoca de que el calor sofocante estaba a la vuelta de la esquina. El amanecer me sorprendió a mitad de camino, y estuve tentada de parar y disfrutarlo en todo su esplendor, pero al final no lo hice. Quería llegar pronto y pasar el mal trago de ver a mi madre lo antes posible.

Serrafría resultó ser precioso. Era un pueblo diminuto, dispuesto totalmente en pendiente, en el que las formas de los tejados de las casas daban a entender que el nombre del lugar estaba bien puesto. Por un momento, me fastidió el que mi madre hubiera escogido el verano y no el invierno para que la visitara; aquel lugar debía de ser muy bonito con todo nevado. La casa de mi madre era la última, situada al final de una cuesta que mi coche subió a duras penas. A juzgar por la verja, le iba bastante bien en su trabajo. O eso, o le había tocado la lotería.

Aparqué en la puerta y me quedé sentada tras el volante, intentando domar mi nerviosismo y hacerme con el control de la situación. Las gotas de sudor me recorrían la nuca una tras otra de forma apresurada a pesar del aire acondicionado, y no podía dejar de tamborilear los dedos en el salpicadero. Pensé en lo que me dijo el abuelo, y me repetí mentalmente unas cuantas veces «*lo hago por papá*», como si fuera mi nuevo mantra. Pronto me di cuenta de que la cosa no iba a mejorar hasta que no saliera del coche y me atreviera a llamar al portero automático, así que sin pensarlo más lo hice. Nadie contestó, y volví a hacerlo dos, tres veces más.

No hubo respuesta.

–Tiene que ser una broma –murmuré, mientras presionaba compulsivamente el botón sin resultado alguno–. ¡Vamos, no me jodas!

Miré el reloj. Eran las nueve de la mañana, una hora totalmente razonable para estar despierta, sobre todo si esperas a una hija a la que no ves desde hace años. Saqué el móvil e hice el amago de llamar a mi padre, pero me detuve; no podía empezar esta aventura llamando a papi a la primera de cambio. Respiré hondo y volví a intentarlo con el telefonillo, pero seguía sin contestarme nadie. Estaba a punto de montarme en el coche y hacer el camino de vuelta cuando, a lo lejos, vi que se acercaba un todoterreno negro. No tenía ni idea de qué coche podía tener mi madre, pero estaba segura de que aquel no era. Aun así, parecía dirigirse a la casa así que me quedé de pie, con los brazos cruzados, asegurándome de que el mal



humor se me notara en la cara. La puerta chirrió y comenzó a abrirse lentamente, justo a tiempo para dejar entrar al coche, que ni siquiera se paró cuando me vio.

–Empezamos bien –volví a murmurar, furiosa.

Observé cómo aparcaba bajo un techo de madera. La puerta del coche se abrió justo cuando la del garaje comenzó a moverse de nuevo, bloqueándome la vista. Resoplé y me volví hacia mi viejo Golf, dispuesta a irme. Aquello había sido una mala idea, obviamente, y aún estaba a tiempo de evitarlo.

–¡Eh! ¿Vas a entrar o no? Que no tengo todo el día.

No le había oído abrir la puerta pequeña que había junto a la del garaje. Un chico alto, moreno, más o menos de mi edad estaba plantado delante de mí, observándome mientras se refugiaba del sol con la mano a modo de visera. Tenía la camiseta gris manchada de sudor y unos pantalones de chándal del mismo color llenos de pintura blanca.

Me quedé mirándolo, incrédula.

–Estoy buscando a Gabriela –dije, asegurándome que en mi tono de voz dejaba entrever lo molesta que estaba–. Vive aquí, ¿no?

El chico asintió con la cabeza de forma casi imperceptible y siguió allí plantado, mirándome de arriba abajo. Finalmente se encogió de hombros y se dio la vuelta.

–Entra o no entres, me da igual –dijo, y se dirigió hacia la casa–. Te dejo abierto, por si al final te decides a honrarnos con tu presencia y quieres aparcar dentro.

Sea quien fuera aquel chico, no me caía bien. Sentí la rabia crecer en la boca de mi estómago y tragué saliva en un intento de aplacarla. Volví a arrancar el coche y lo aparqué justo detrás del todoterreno, pretendiendo ser la mayor molestia posible. El chico estaba jugueteando con un perro en el jardín, acariciándolo mientras observaba todos mis movimientos. Me hacía sentir tremendamente incómoda, pero decidí no dejar que se me notara. Bajé del coche y me dispuse a sacar todo mi equipaje, aunque enseguida me di cuenta de que no sabía a dónde tenía que llevarlo. Estaba claro que mi madre no estaba en casa, y al parecer su novia tampoco, lo que me dejaba a

aquel maleducado de maestro de ceremonias; y, si de algo estaba segura en la vida, era de que no iba a pedirle ayuda.

Saqué el bloc de dibujo que me había comprado hacía un par de días y un lápiz de mi bolso y me dirigí a la mesa que había en el jardín. Me coloqué las gafas de sol, como si aquello fuera a hacerme inmune a las miradas de aquel descarado, y abrí el cuaderno.

Siempre me bloqueaba al principio. La maldición de la página en blanco era algo muy real que muchos experimentábamos, y era verdaderamente molesto. Inhalé y exhalé, con los ojos cerrados, y visualicé a Kaldi. Él era una apuesta segura cada vez que aquella fobia a los comienzos me acechaba.

Estaba dibujándole los bigotes cuando sentí una presencia a mi espalda. Pegué un salto de la silla, y pinté una raya involuntaria que cruzaba media cara de mi pobre gato.

–¡Joder! –grité–. ¡Ponte un cencerro o algo!

No me hizo caso. Siguió allí plantado, mirando mi dibujo como si fuera abstracto y tratara de entenderlo.

–Es un gato –aclaré–, por si no lo sabías.

–Sé lo que es –contestó él, pensativo–. Es muy bonito.

–Lo era hasta que me has hecho arruinarlo. Ahora tendré que arreglarlo...

–No lo hagas, está bien así.

–¿Y qué sabrás tú? –Me levanté, dispuesta a buscar una goma en el bolso, que aún seguía en el asiento de mi coche.

–Nada, llevas razón. Además, yo soy más de perros.

Le di la espalda y noté sus ojos clavarse en mis omóplatos. Era una sensación extraña, un tanto desesperante. Me volví de sopetón, sin darle tiempo a disimular.

–¿Se puede saber qué miras? –pregunté, con los brazos en jarra. Para mi sorpresa y satisfacción, aquello pareció sonrojarle un poco.

–¿Cómo te llamas? –preguntó, en lo que parecía un intento de evasión.

No quería compartir mi nombre con él. No quería estar allí ni conocer a nadie, y estuve a punto de darle una contestación borde a aquella pregunta, pero me contuve. Debía intentar que todo fuera bien, al menos durante los primeros días.

–Olivia –contesté finalmente, con voz más baja de la que pretendía–. ¿Y tú?

No tuvo tiempo de responder. Alguien gritó mi nombre a lo lejos y vi una silueta pequeña y delgada acercándose con celeridad. El sol me daba en la cara, por lo que no pude verla con claridad hasta que la tuve a dos palmos de mí. Lo primero que pensé fue que la altura era otra de las cosas que podía añadir a las heredadas de mi padre. No es que yo fuera enorme, pero no recordaba lo bajita que era ella. Tenía el pelo castaño corto, a la altura de la mandíbula, donde comenzaba a ondularse hacia dentro. Los ojos verdes estaban rodeados de más arrugas de las que recordaba, así como los gruesos labios. Jugeteaba con las manos, como si no supiera qué hacer con ellas. Me di cuenta de que estaba esperando a que yo reaccionara, y por un momento dudé qué hacer.

–Hola –dije con la boca seca.

–Hola –devolvió ella el saludo, sonriente. Me molestó que sonriera tanto–. ¿Qué tal el viaje?

–Oh, bien... He llegado hace un rato. No estabas y él –señalé hacia mi espalda, donde intuía que estaba el chico, sin ni siquiera mirarlo– me dejó entrar muy amablemente.

La intención irónica que le puse a aquellas dos últimas palabras hizo reír al muchacho, que soltó una carcajada disimulada con tos.

–Bien, ya os conocéis. –Quise decirle que, en realidad no sabía ni su nombre, pero ella prosiguió–. Me gustaría hablar contigo antes de que llegue Lluvia, ¿te parece?

Arqueé las cejas ante aquel nombre, pero ella pareció entender que estaba de acuerdo y me condujo hacia el interior de la casa mientras hacía aspavientos para que entrara.

Casi me caigo de espaldas ante aquel lugar. Era probablemente la casa más bonita en la que había estado, incluso la más bonita que había visto, y

eso que Nora y yo éramos adictas a los programas de remodelación de casas de lujo que echaban en la tele.

Todos los muebles eran color madera. El salón quedaba claramente dominado por un sofá-rinconera de cuero color café, que contrastaba muy bien con el beige de las paredes. Enfrente de él había una tele gigante, colgada encima de la chimenea. La mesita auxiliar tenía una bandeja con velas y revistas de medicina esparcidas por la superficie, colocadas al milímetro. Una puerta corredera de cristal daba acceso al jardín trasero, y otra a lo que parecía el comedor. No era una sala muy grande, pero sí muy acogedora.

Me senté en la esquina del sofá, furiosa de repente. No sabía qué esperaba encontrarme, pero sí sabía que me habría reconfortado ver que a mi madre no le iba bien sin nosotros. La realidad, sin embargo, era bien distinta.

–Tienes una casa muy bonita –admití, no sin un notable amargor en la voz–. Parece que te va bien en la vida.

Ella me miró, sin saber qué contestar. Sabía que la respuesta era sí, pero no quería admitirlo, probablemente porque pensaba que la mejor forma de empezar esta convivencia no pasaba por hacerme sentir que hizo lo correcto al dejarnos. Optó por ignorar mi comentario.

–Olivia, sé que esta situación no es la ideal –comenzó–, y me hubiera gustado verte en otras circunstancias... Pero es la única forma que se me ocurrió. Quería volver a veros, a ti y a tu hermano, porque quería explicaros...

–Vale, vale, deja que te pare ahí –interrumpí, levantando las manos–, porque sé a dónde va esto, y yo sí que quiero aclarar algo antes de que venga Viento, o como quiera que se llame tu novia. –Le vi hacer el intento de corregirme, pero se mordió la lengua–. No te hagas la idea de que esto va a ser un rollo tipo reconciliación, porque no. Creo que sabes por qué estoy aquí, pero aun así lo diré en voz alta: estoy aquí por los papeles. Quiero tu firma y punto. Hace tiempo que dejé de querer nada más de ti. Cuanto antes lo tengamos claro, mejor.

No pensaba ser tan cruda tan pronto, pero su intento de acercarse a mí era algo que no podía permitir. No quería que hubiera malentendidos, y prefería dejar las cosas claras desde el principio.

La observé fijamente, con el rostro impasible, mientras ella tragaba saliva. Pude jurar que vi dolor en sus ojos, y me alegró comprobar que me daba igual. En ese momento oí el ruido del motor de un coche a lo lejos y asumí que era la que faltaba en la reunión.

–Ahí está Lluvia –anunció mi madre, visiblemente nerviosa–. Ven, que os presento.

Lluvia resultó ser una mujer rubia, casi igual de bajita que mi madre, con el pelo rubio y rizado, pantalones bombachos y un pañuelo a modo de diadema. Cuando me vio, sonrió de oreja a oreja y me tendió la mano, la cual estreché con cara de malas pulgas. Hizo demasiadas preguntas seguidas a una velocidad muy alta, a las que contesté con monosílabos en voz más bien baja. Pensé que así se sintió seguramente Paulo cuando me acerqué en el bar y se me hizo un nudo en el estómago al recordarlo. Debí de haber mudado el gesto en mi rostro, porque Lluvia dejó de hablar de repente, se disculpó y entró en la casa.

Después de haberme dado el tour por todas las habitaciones, por fin pude subir mi equipaje. La habitación que mi madre había elegido para mí era la más grande de la casa con diferencia y contaba con baño propio, probablemente para minimizar las quejas por mi parte. Tenía un pequeño escritorio donde podía trabajar, aunque colocar todos mis trastos de trabajo me había llevado un buen rato. Había sido como jugar al *tetris*, pero por fin había conseguido acoplarlos todos y que cupieran a la perfección.

Mi madre vino a verme para asegurarse de que lo encontraba todo de mi agrado. Intentó entablar conversación, pero se encontró con un muro de silencio por mi parte, por lo que al final se limitó a decirme que tenía que marcharse al trabajo y que me había dejado el almuerzo en la nevera. Al parecer era la doctora del pueblo, o eso me dijo Lluvia cuando me la encontré en la puerta de mi habitación. Ella también tenía que trabajar, y se disculpó tres veces seguidas, ante lo cual me limité a encogerme de hombros y seguir colgando la ropa en el armario. Captó el mensaje al instante, y me dejó una copia de las llaves de la casa sobre el escritorio antes de marcharse. Me daba igual si estaban en casa o no, lo único que quería era la clave del wifi y que me dejaran en paz mientras trabajaba.

Se despidieron desde la planta de abajo, pero hice como que no me había enterado. Cuando oí la puerta cerrarse, bajé a la cocina, calenté la

lasaña que me habían dejado en la nevera y retomé la portada del grupo de punk, evadiéndome así de la realidad que me rodeaba.

Tenía el presentimiento de que aquel verano iba a trabajar más que en toda mi vida.

## 6

Me pasé todo el día trabajando. Mi padre me llamó para ver cómo había ido la primera toma de contacto, pero enseguida tuvo que colgar porque uno de los nuevos pinches de cocina que había contratado casi hace que salieran ardiendo. Eli y Nora también me habían mandado mensajes para ver cómo iba todo, a los cuales no había contestado. Prefería llamarlas por la noche y tener más tiempo para hablar con ellas.

Mi madre volvió a las ocho de la tarde, con cara de cansada y el cuello de la camisa manchado de sangre. Yo estaba sentada en la mesa de la cocina, donde había terminado el diseño de la portada de la maqueta. Había intentado trabajar en mi cuarto, pero me sentía enjaulada entre esas cuatro paredes. La cocina probó ser un sitio más agradable para mi creatividad.

Se la envié a los chicos rápidamente, con la esperanza de que les encantara. Tenían mucha ilusión en aquel proyecto, y no quería ser yo quien se la arrebatara con un diseño pésimo.

Lluvia, a quien ni siquiera había visto llegar, miró la pantalla de mi ordenador y profirió un grito que me asustó. Al parecer, aquella era una señal de entusiasmo ante lo que ella llamó mi «obra», de la cual, después de dar una sonora palmada y abrir mucho la boca, dijo que era maravillosa. Murmuré un «gracias» con pocas ganas y me puse los cascos para no tener que relacionarme con ellas.

Un par de horas más tarde, mi madre me avisó de que la cena estaba a punto de llegar. Me explicó que los lunes, como trabajaban las dos hasta tarde, pedían comida china. Estaba a punto de quejarme de que no me habían preguntado qué era lo que quería cuando llamaron al timbre y se

escabulló hacia la puerta principal. Aproveché que se volvió a marchar de la cocina para ponerme los cascos de nuevo, esta vez con el volumen de la música aún más alto, por lo que casi me da un infarto al notar una mano sobre mi hombro.

–¿Por qué cojones me tocas? –grité, ante la atónita mirada del chico moreno de aquella mañana–. ¡Casi me matas del susto!

–Lo siento, es que no contestabas y es hora de cenar. –Miró la portada del disco y arqueó una ceja–. Veo que has evolucionado de los gatos a... ¿qué es eso, exactamente?

–Algo que no te incumbe –contesté de mala gana y cerré la tapa del ordenador con furia–. Vamos a cenar.

Mi madre me había pedido pollo con almendras. Me dio rabia que recordara lo que me gustaba, y estuve tentada de rechazarlo bajo algún pretexto, como que era alérgica a los frutos secos o que no comía carne, pero mi estómago me traicionó y no me quedó más remedio que callar.

Aquel muchacho impertinente resultó ser el hijo de Lluvia, a quien, por lo visto, antes que mi madre, le gustaban morenos. Estábamos sentados uno enfrente del otro, así que aproveché para observarle con atención. Tenía el pelo castaño, ligeramente más largo por la parte del flequillo, al que claramente le había dedicado un tiempo al peinarse. Sus ojos eran de color marrón verdoso, y algo rasgados, lo que me hizo pensar que los había heredado de su padre. En realidad, no se parecía en nada a Lluvia, salvo en la hilera de dientes blancos y perfectos que ambos lucían. Tenía barba de tres días, y noté que se la acariciaba a menudo, como en un acto reflejo. Cuando alargó el brazo para coger la cesta del pan, pude ver el tatuaje que le adornaba la cara interna del bíceps, y ladeé la cabeza para intentar descifrarlo.

Se percató de que lo observaba, y me miró con semblante serio. Me entraron ganas de bajar la vista, pero me obligué a mantenerle la mirada, desafiante. Lluvia carraspeó, reclamando nuestra atención, y ambos giramos la cabeza a la vez.

–Y dime, Olivia, ¿a qué te dedicas?

–Soy diseñadora gráfica –contesté con la vista fija en mi plato.

–Y una muy buena, por lo que he visto. Tienes talento natural.



–¿Qué pasó con lo de ser enfermera? –preguntó mi madre, y levanté la cabeza como un resorte. Ella se dio cuenta de que no debía haberlo hecho, pero ya era tarde.

–Pues pasó que te fuiste de casa sin decir adiós. –Se hizo un silencio sepulcral en la mesa, pero seguí hablando–. Y claro, era un sueldo menos, así que no tenía dinero suficiente para irme fuera a estudiar. Me puse a trabajar de camarera ganando dos duros, y entre eso y lo que mi padre sacaba en el restaurante, me pagué la Escuela de Arte, que era mi segunda opción.

–No sabía que te hacía falta dinero –respondió mi madre en voz baja–. Si lo hubiera sabido, yo habría...

–Es que una de las cosas que tiene el desaparecer sin dejar rastro es que no estás a la última de todo lo que pasa. –La miré brevemente–. Pero tampoco te pienses que no teníamos para comer ni nada de eso. Simplemente no tenía lo suficiente como para costearme el alojamiento fuera, nada más.

–¿Y no te daban beca para eso? –preguntó de pronto el chico. La voz le salió ronca, como si llevara demasiado tiempo sin hablar.

–No para el alojamiento. Perdona, ¿y tú quién eres?

–¿Cómo? ¿Pero es que no os conocéis? –Luvia alzó las cejas, sorprendida–. ¡Pensaba que ya os habíais presentado!

–Yo sí me presenté, pero aquí Mister Simpatía –le señalé con el tenedor– ha optado por el rollo misterioso y no me ha dicho ni su nombre.

–¡Oh, cariño! Mira que eres maleducado a veces. Olivia, éste es mi hijo...

–Spider –la cortó él–. Soy Spider. Es un apodo.

–Eso espero, porque no quisiera ser yo la que te dijera que tus padres te odian. –Mordí un trozo de pan–. Y dime, Spider, ¿cuál es la historia del apodo?

–Una muy larga. Te aburrirías.

–Está bien, como quieras –respondí, encogiéndome de hombros–. Pero si la historia es que te picó una araña radiactiva y ahora salvas a la gente en pijama, ya la conozco. La vi en el cine, y tienes razón, me aburrí.

Lluvia soltó una carcajada, y hasta mi madre sonrió, pero no Spider. Él se limitó a mirarme como si yo fuera la persona más extraña sobre la faz de la tierra.

–¿Y qué tal está tu hermano? –intervino Lluvia, disipando el silencio de nuevo con sus innumerables preguntas–. Esperaba conocerlo a él también. Tu madre me dijo que es un chico muy guapo.

–Sí que lo es. –Me giré hacia mi madre–. Vaya, ¡me sorprende que te acuerdes!

–Por supuesto que me acuerdo –susurró ella, mirándose las manos.

–Mi hermano está bien –proseguí como si ella no hubiera hablado–, aunque un poco enfadado porque no quería que viniera.

–¿Y eso por qué? –volvió a preguntar Lluvia. Estaba empezando a irritarme.

–Pues porque mi madre ya nos jodió la vida una vez, y no quiere que vuelva a hacerlo, y porque no entiende por qué, después de todo lo que nos hizo sufrir, no firma los papeles de una vez y nos deja en paz.

Esperaba herirla con aquellas palabras, y lo conseguí. No la miré, pero oí cómo cogía aire, cómo arrojaba la servilleta en el plato y cómo se levantaba de la silla para salir corriendo del comedor. Lluvia fue detrás de ella, mirándome con ligero reproche antes de desaparecer. Su hijo, por su parte, seguía observándome sin mostrar la más mínima expresión.

–Pues ha sido divertido –sonreí y me levanté–. Buenas noches, araña.

Salí disparada hacia mi habitación antes de que pudiera contestarme, si es que pensaba hacerlo.

El día siguiente amaneció perfecto para salir a correr. Me enfundé un top deportivo gris que hacía juego con las *leggings*, mis zapatillas de deporte naranjas, recogí mi pelo en una cola alta y bajé a la cocina. Eran las seis y media de la mañana, y confiaba en que fuera lo suficientemente temprano como para no tener que enfrentarme a nadie todavía.

La noche anterior había subido a mi habitación justo en el momento en el que Nora me llamaba al móvil. Le conté lo que había pasado y ella me regañó un poco. Me recordó que el tiempo se me pasaría más rápido si no ahondaba en las heridas. Sabía que llevaba razón, pero era muy difícil para mí sentarme allí, delante de esa mujer, y hablar de mi hermano y de mi vida como si nada. Aun así, le prometí que iba a respirar hondo antes de enfadarme. Mi plan infalible era salir a correr muy temprano cada mañana para quemar cualquier energía negativa antes de tener que verle la cara a alguno de ellos. Aquel era el día en el que iba a ponerlo en marcha, y pensaba que realmente podía funcionar hasta que allí, sentado en la mesa de la cocina, me encontré a Spider.

–Buenos días –dijo, bostezando–. Qué madrugadora.

–Lo mismo digo. –Me dirigí al fregadero para llenar la botella de agua–. ¿Qué haces aquí a oscuras?

–La luz no me sienta bien por las mañanas.

–Ah. –Para fastidiar, pulsé el interruptor y una luz blanquecina inundó la estancia–. Así está mejor.

Observé con una sonrisita cómo se le cerraban los ojos con la claridad, y cómo tardaba la misma vida en abrirlos. Cuando lo hizo, sin embargo, la sonrisa se me fue borrando con cada mirada que Spider me lanzaba. Volvió a analizarme de cabeza a pies, sometiéndome a un intenso escrutinio.

–Te lo pregunté la primera vez que te vi, y te lo vuelvo a preguntar. ¿Qué me miras?

Volvió a hacer oídos sordos a la pregunta. Esta vez se limitó a sonreír de medio lado y se levantó de la silla con rapidez. Fue entonces cuando me percaté de que llevaba un pantalón corto negro y una camiseta blanca, a juego con unas deportivas blancas y negras. En el bíceps donde le había visto el tatuaje se había colocado un brazalete deportivo en el que llevaba el móvil.

–¿Vas a salir a correr? Porque si quieres podemos salir juntos.

–Oh. –Tardé un poco en contestar–. Sí, claro, supongo que podemos.

–Así me gusta, ¡con entusiasmo!

Aquel comentario me hizo reír, lo que le pilló desprevenido. Alzó una ceja, sorprendido, y luego sonrió tímidamente.

Salimos a calentar al jardín, donde el labrador color chocolate que al parecer se llamaba Panda insistió en que jugáramos con él a la pelota de forma incesante. Spider acabó por tener que agacharse para acariciarle la cabeza con dulzura y prometerle que jugaría con él cuando volviera. El animal, que pareció entenderle al vuelo, se retiró con su pelota a otra parte. Sin duda, al chico se le daban mejor los animales que las personas.

En cuanto comenzamos la carrera supe que el ritmo de Spider era difícil de seguir. A pesar de que yo solía correr casi todos los días durante casi una hora, no podía ni acercarme a él. Al percatarse de que mi ritmo era algo más lento, aminoró el suyo y se puso a mi lado, de donde no se despegó hasta que volvimos cuarenta minutos más tarde.

Cuando llegamos al jardín de nuevo me faltaba el aire. Posé las manos sobre las rodillas y me incliné hacia delante, en un vano intento por normalizar mi respiración. No estaba acostumbrada a las cuestas de aquel lugar, y eso había jugado en mi contra. Alcé la vista y descubrí que Spider me miraba, divertido.

–No contabas con las pendientes, ¿eh?

–La verdad es que no –jadeé–. Supongo que soy más de llano.

Me erguí y volví a pillarle mirándome. Aunque podía notar claramente que estaba ausente, tenía los ojos fijos en mi pecho, que subía y bajaba sin parar. Decidí intentar ruborizarlo de nuevo.

–Vale, esta vez te he pillado –le reproché, señalándole acusativamente con el dedo índice–. ¡Me estás mirando las tetas! ¡Serás cochino!

–Joder, Olivia, ¡no! –se apresuró a responder, azorado–. Quiero decir, estaba mirando hacia... ahí... Pero que estaba pensando en mis cosas, ¡lo siento!

–Sí, claro, claro, ¡y voy yo y me lo creo! –Cruce los brazos sobre el pecho, como tapándome de él.

–¡De verdad, Olivia! Yo no haría nunca eso.

–Ah, ¿no? ¿Quieres decir que no te gustan o qué? –Descruce los brazos y me las miré–. ¿Qué tienen de malo?

–Nada, es solo que... Que no las estaba mirando, vamos, pero que son geniales.

Spider evitaba cualquier contacto visual conmigo y aquello me estaba divirtiendo tanto que no pude aguantar más la fachada de seriedad y comencé a reírme.

–¡Serás...! –exclamó él, aún ruborizado.

–Oh, Spider –me acerqué a él lentamente con una mueca de burla–, ¡este verano va a ser muy divertido!

Alcé un dedo y, sin pensar en lo que hacía, le acaricié el cachete. Justo en ese punto en el que mi dedo lo tocó, el rojo se volvió de un color más vivo. No fui consciente de lo cerca que estábamos hasta que bajé la mirada y me topé con su boca. Me retiré como si me hubiera dado corriente y, alegando que tenía que ducharme, entré en la casa. Lo dejé anclado en el jardín, con una expresión indescifrable enmarcándole el rostro y los brazos cruzados sobre el pecho, observando con atención el lugar por donde yo me había ido.



## 8

Los siguientes días pasaron sin pena ni gloria. Salí a correr cada día, y algunos de ellos con Spider. Solo me relacionaba con Lluvia y mi madre a la hora de la cena, en la que procuraba no hablar. Recibí noticias del grupo de punk, que me comunicaron lo felices que estaban con el diseño mediante un mensaje de audio en el que básicamente gritaban palabras como «flipante», «chulísimo» y «cojonudo». Ese mismo día me llamó Joan para charlar un poco y pedirme que volviera a colaborar con él en una nueva línea de camisetas, esta vez con la temática de series de televisión. Hablamos durante horas, haciendo una especie de tormenta de ideas que podían funcionar, y se nos ocurrieron varias cosas con las que estaba muy ilusionada, así que me puse manos a la obra enseguida.

El fin de semana se presentaba interesante. Mi madre tenía un congreso de medicina no sabía dónde, y Lluvia había decidido acompañarla. Tuvieron la deferencia de preguntarme si me importaba, pero mi gesto de alivio ante la perspectiva de estar sola durante tres días fue suficiente respuesta. Antes de marcharse, Lluvia limpió la piscina para que pudiera usarla, ya que, según el hombre del tiempo, las temperaturas iban a subir notablemente y quería que pudiera refrescarme cuando quisiera. Quise agradecerérselo, pero no lo hice.

El viernes fue el primer día que me quedé sola. Hice yoga en el jardín por la mañana, y luego me senté a trabajar fuera. Aproveché al máximo el tiempo que transcurrió hasta que el calor comenzó a apretar, que para mi desgracia no fue mucho. Después de aceptar que mi creatividad descendía cuando ascendía la temperatura, subí a mi habitación y me puse el bikini. No me había llevado muchos, básicamente porque el pueblo estaba en la sierra y no tenía ni idea de que mi madre podía permitirse una piscina. Opté por el rojo, que era con el que más cómoda me sentía, y bajé a tenderme en una de las hamacas.

Por primera vez en aquella semana pude relajarme por completo. Cerré los ojos y me concentré en los rayos de sol que calentaban cada poro de mi piel y en la sensación de bienestar que me producía. Podía sentir cómo mi cuerpo absorbía la vitamina D y cómo mi ánimo mejoraba por momentos, lo que dibujó una sonrisa tonta en mi cara. No sabía cuánto tiempo había pasado tumbada en la hamaca de esa forma, pero cuando abrí los ojos, Spider estaba sentado a mi lado.

–En serio, tío, ¡ponte un cascabel aunque sea! –dije, llevándome la mano al pecho del susto–. Un día de estos me matas.

–Lo siento. Aunque en mi defensa diré que estabas dormida y por eso no te has enterado de que he llegado.

–Sí, ya, claro... –De repente me di cuenta de que estaba en bikini y me cubrí con la toalla, ante lo que Spider sonrió travieso–. ¿Qué haces tú aquí de todas formas? Pensaba que estabas trabajando o algo.

–Lo estaba. ¿Has probado ya el agua?

–Aún no. Estaba relajando la mente un poco, hasta que has llegado y lo has arruinado todo.

–Sí, suena a algo que yo haría. Venga, vamos a bañarnos.

Se quitó los zapatos y a continuación la camiseta. Intenté no mirar, de veras que lo intenté, pero me fue imposible. Podía contar cada músculo bajo su piel, visiblemente tostada por el sol. Estaban todos a la vista, marcados por unas sinuosas líneas que los conectaban de manera tentadora. El tatuaje, ahora totalmente al descubierto debido a la posición de su brazo, le ocupaba todo el interior del bíceps. Una amalgama de trazos delineaba la silueta de un león y dentro de él, como si fuera su esqueleto, una serie de líneas rectas

más oscuras que el resto conectaban unos puntos con otros, formando lo que parecía una constelación.

Me pilló mirándolo y se lo rozó con los dedos.

–¿Tú tienes alguno? –preguntó, curioso.

–Pues sí. ¿Quieres verlo?

Spider asintió y yo me quité la toalla de encima. Me levanté de la hamaca lentamente, empapándome de la forma en la que me miraba. Podía jurar que sus ojos estaban más oscuros que de costumbre.

Giré sobre mí misma y me retiré mi pelo hacia el hombro derecho, dejando el lado izquierdo de mi cuerpo totalmente a la vista. En la piel del costado, a la altura del pecho, cinco golondrinas pequeñas y negras parecían alzar el vuelo. Spider las analizó, haciendo el ademán de tocarlas, aunque jamás llegó a hacerlo.

–¿Tienen algún significado? –preguntó finalmente, con voz ronca.

–La de arriba del todo es mi abuela –expliqué–, y la de al lado mi abuelo. Debajo está mi padre y justo debajo de él, mi hermano. Y esa que ves al lado de mi hermano es la que representa a mis amigos. Son demasiados, por lo que comparten golondrina.

–Así que, básicamente, este es el mapa de tu corazón.

Nunca lo había expresado así, pero supongo que tenía razón. Aquellos pájaros representaban a las personas más importantes de mi vida, así que en cierta forma sí que lo era.

Asentí sin decir nada más, y él volvió a mirarse su tatuaje.

–El mío también es un mapa. O quizás sea más bien un recordatorio.

–¿De qué?

–De que no importa las veces que me pierda. –Me miró con intensidad, y sentí cómo las piernas me temblaban–. Lo que importa es que siempre me encuentro.

Quise preguntarle que a qué se refería, pero no me dio ocasión. Corrió hacia el borde de la piscina y saltó, pegando las rodillas al pecho. El agua salpicó por todas partes, y cuando salió a la superficie, lo hizo con la sonrisa de felicidad de un niño, tan contagiosa que se me pegó. Sin que



tuviera que animarme a que lo hiciera, copié sus movimientos y me tiré yo también al agua. Spider me salpicó la cara y yo le devolví el ataque, cosa que repetimos durante un buen rato.

–¿Por qué te llaman Spider? –inquirí, apoyada en el borde de la piscina, mientras él nadaba despacio de un lado a otro—. Nunca me lo explicaste.

–Ni voy a hacerlo. Pero puedes intentar adivinarlo, si quieres.

–De acuerdo. ¿Cuántos intentos tengo?

–Digamos que cinco.

–Muy bien. Te digo mi primera hipótesis y tú me dices si voy bien o si no tiene nada que ver, ¿te parece?

–Dispara.

–Voy a empezar con la obvia: eres muy fan de Spiderman.

–¡Error! No tiene nada que ver con Spiderman. Te quedan cuatro.

–Hum. Creo que voy a tener que pensarlo bien, así que me guardo la siguiente para más adelante.

–Tienes tres meses para gastar los cuatro intentos que te quedan.

–Trato hecho. Oye, ¿tienes hambre?

–Demasiada. Mataría por algo de comida italiana ahora mismo.

–¿Ah sí? –Nadé hacia las escaleras y comencé a subirlas—. Entonces tienes suerte de estar en casa con alguien que es un cuarto florentina.

Mi madre y Lluvia apenas tenían comida en los estantes. Por mucho que rebusqué, no encontré más que ketchup, platos precocinados y paquetes de arroz.

–Madre del amor hermoso. Si mi padre viera esta despensa, se moriría del disgusto –murmuré.

–Mi madre nunca fue mucho de cocinar, y por lo que veo la tuya tampoco.

Spider estaba sentado en la encimera de la cocina, secándose el pelo con una toalla, mientras me veía abrir y cerrar puertas. Cuando hube repasado el contenido de todos y cada uno de los armarios, me giré hacia él, derrotada.

–Vamos a tener que ir al supermercado.

–Pues buena suerte. El más cercano está a media hora de aquí.

–¿En serio? –pregunté, horrorizada–. ¿Y dónde compráis la comida?

–En una tiendecita de pueblo. La lleva una señora que se llama Margarita. Un encanto. Es la abuela de mi mejor amigo.

–Pues vas a tener que llevarme, a ver si Margarita y yo nos entendemos.

–Muy bien, pero quizás deberías ponerte algo, ¿no crees?

–No, prefiero ir en bragas de bikini por el pueblo. –Puse los ojos en blanco–. ¡Pues claro que voy a ponerme algo! Espérame aquí que vuelvo enseguida.

No quería demorarme así que me puse lo primero que vi: unos shorts vaqueros, una camiseta negra de tirantes y las chanclas a juego. Dejé que el pelo mojado cayera suelto por mi espalda, donde comenzaba a ondularse un poco, y me puse algo de máscara de pestañas y brillo de labios antes de salir.

Cuando bajé de nuevo a la cocina, Spider se había colocado la misma camiseta que traía y se había peinado el flequillo. No se había secado muy bien, y la tela de algodón se le pegaba al cuerpo más de lo normal. Me regañé mentalmente por prestar tanta atención a ese tipo de detalles.

Sin mediar palabra, salimos al jardín y nos montamos en su todoterreno. Era la primera vez que me montaba en uno, y me sentí un metro más alta de lo que era.

–¡Parece una nave! –exclamé, ante la cara de burla de Spider–. ¿Qué? ¿Tú has visto mi coche? En comparación, esto es... No sé, el Enterprise.

–Ahora que lo dices, es un buen nombre para el coche. Llevaba tiempo buscándole uno.

–De nada. –Hice un gesto de reverencia con la mano–. Venga, arranca a Enterprise, que me muero de hambre.

–A sus órdenes.

Aquel coche era una maravilla. Spider me contó que se lo compró en un acto de rebeldía, porque su madre, hippie como era y preocupada por el medio ambiente, le había pedido expresamente que no lo hiciera. Yo le conté que mi coche, un Volkswagen Golf que había visto tiempos mejores, fue un regalo de mis abuelos, y que por eso me daba pena cambiarlo por uno nuevo.

Charlamos durante todo el camino, sin ni siquiera tener la necesidad de poner la radio. Cada día que pasaba con Spider hacía que me sintiera más cómoda con él, y aquello me gustaba. Era agradable tener alguien con quien no sentirse en tensión todo el tiempo.

Margarita resultó ser la dulzura personificada. Era una anciana muy amable, que me dio dos besos en cuanto Spider nos presentó y me repetía constantemente lo guapa que era. Por desgracia, no tenía demasiado género en su pequeña tienda, así que opté por comprar los ingredientes para hacer una lasaña. Era el primer plato que había aprendido a cocinar con mi padre, el más sencillo y el que mejor me salía, por lo que era una apuesta segura.

Aún estábamos conversando con Margarita cuando llegó su nieto, un chico alto con una espalda tan ancha como su sonrisa. Saludó a Spider con una complicada secuencia de movimientos de mano y choque de hombros que me costó seguir, y luego besó a su abuela sonoramente. Finalmente, se volvió hacia mí.

–Tú... No sé quién eres –me dijo, guiñándome un ojo–, pero me gustas.

–Esta es Olivia, niño –aclaró su abuela–. Ha venido con tu amigo a comprar tomate porque es italiana. ¿Verdad que sí, bonita?

–Eh, sí, algo así –sonreí y le extendí la mano al chico–. Olivia. Encantada.

Tomó mi mano entre las suyas y me besó el dorso. No me lo esperaba y me ruboricé, lo que provocó una risa tonta por parte de Margarita. Noté cómo Spider se tensaba un poco a mi lado.

–Yo soy Nico, encantado de conocerte. Vaya, Spider, la tenías bien escondida –se dirigió a él pero me miraba a mí–. Aunque no te culpo.

–Se nota que acabas de conocerla. Como para tenerla escondida, vamos...

–¡Eh, oye! –Golpeé a Spider en el hombro–. ¿Qué se supone que significa eso?

–¡Oh, pero qué monos los dos! –exclamó Margarita, juntando las manos–. Hacéis una pareja estupenda.

–Qué va, Margarita, de pareja nada –se apresuró a aclarar Spider–, solo somos compañeros de casa temporales.

–Pues eso es muy buena noticia –añadió Nico, con la vista puesta en mi cara de nuevo–. Al menos para mí.

–Sí, bueno, y yo que me alegro, pero nos tenemos que ir, ¿verdad, Olivia? Porque tenemos que hacer la comida, y se nos echa el tiempo encima. Venga, vamos. Nico, te veo en el gimnasio. Margarita, un placer como siempre. –Comenzó a empujarme hacia la puerta–. ¡Hasta luego!

–¡Adiós y encantada de nuevo! –me despedí casi con un grito.

–¡Ven a verme pronto! –gritó Nico desde el mostrador, pero no pude contestarle.

Spider casi me arrastró hasta la puerta del copiloto de su coche y la abrió para que me montara. Cuando él hizo lo propio, bajó la ventanilla y sacó un cigarro.

–¿Desde cuándo fumas?

–La versión oficial es que no lo hago. La no oficial es que fumo esporádicamente desde que tengo quince.

–Sabes que te mata igual, ¿verdad?

–Y tú sabes que no me importa, ¿verdad?

Se encendió el cigarro y lanzó el mechero al asiento de atrás. El tonto de Nico había cambiado su comportamiento, pero no entendía el por qué.

–Ahora es cuando me explicas lo que ha pasado ahí dentro –le exigí.

–No ha pasado nada. Simplemente tengo hambre.

–Un hambre voraz –dije, arqueando las cejas.

–Así es –respondió sin más elaboración, y arrancó el coche.

–¿Pero tú de verdad te crees que soy tonta?

–Me parece que no quiero contestar a eso.

–Te ha molestado que Nico tonteara conmigo –afirmé, aunque en realidad era más una pregunta.

–No digo que seas tonta, pero eso que acabas de decir sí que es una tontería. –Dio una profunda calada al cigarro y miró repetidamente por los retrovisores–. Ni que me importara con quién ligas o dejas de ligar.

–Eso espero, porque no nos conocemos lo suficiente como para que sepas que esa mierda de comportamiento territorial no funciona conmigo.

–No sé por qué, pero me lo esperaba. Por cierto –prosiguió, sin mirarme todavía–, por lo que he visto hoy, todo parece indicar que Nico va a pedirme tu número. Lo digo por si quieres dármelo, en caso de que eso pase.

No quería, pero sabía que a Spider le había fastidiado aquello y quería presionarlo un poco más para ver si cantaba, así que cogí el móvil que me tendía y registré mi número en su agenda.

–¿Qué haces? –me preguntó cuando vio que me quitaba las gafas de sol y ponía morritos para hacerme una foto con su teléfono.

–Acompañar mi número con una foto. ¡Vaya, tu cámara sí que es buena! La mía más que fotos hace radiografías –dije en tono resignado, y él se rio mientras encendía la radio.

Pulsé mi nombre y me di un toque para tener su número. Me di cuenta de que sus últimas cuatro cifras eran capicúas. Mi abuelo solía decirme que los números capicúas eran señal de buena suerte, y sonreí al recordar las locas supersticiones de mi querido viejo. Spider me lanzó una mirada de confusión, pero yo me limité a colocarme las gafas de nuevo y a devolverle el móvil.

Hicimos gran parte del trayecto en el más profundo de los silencios, al menos hasta que Rihanna y su *Work* lo rompieron. El nombre de Nora brilló en la pantalla de mi móvil.

–Hey, ¿qué tal? –contesté.

–Pues tenía una cita a ciegas con un chico para almorzar y ya estoy en casa, así que te puedes imaginar.

–¿Una cita? ¡Cuenta, cuenta!

Spider resopló, pero pude notar cómo bajaba el volumen de la radio para enterarse lo máximo posible de la conversación.

–Nora, cariño, voy a ponerte en manos libres porque voy en el coche con mi... eh... ¿hermanastro? –Él puso los ojos en blanco–. No sé, con el chico del que te hablé el otro día, y al parecer le interesa nuestra conversación.

–No es cierto –replicó él.

–¡Hola, Spiderman! –saludó la voz de Nora por el altavoz y no pude evitar reírme a carcajadas.

–Es Spider –aclaró él con paciencia, mientras me miraba con el reproche escrito en la cara–. Encantado de oírte.

–Ya, sí, igualmente. Pues a lo que iba. Que el tío de la cita a ciegas resulta que era el mejor amigo de Eric.

–¡No me digas!

–¿Quién es Eric? –susurró Spider.

–Eric es el cabrón de mi ex-novio –aclaró Nora, que le había oído–, cuya sombra, al parecer, me persigue donde quiera que voy en este puto pueblo. –Suspiró sonoramente–. La cosa es que esta cita me ha vuelto a traer todos los recuerdos que creía que había enterrado y... Joder, le echo de menos, Livi, siendo un cabrón y todo. Ojalá estuvieras aquí. Necesitaría uno de tus cócteles raros ahora mismo.

–Sabes que, si lo necesitas, me monto en el coche y vuelvo ahora mismo. Solo tienes que prometerme que aguantarás las tres horas que iba a tardar en llegar sin marcar su número.

–No te preocupes, no pienso hacerlo. Todavía no. –Comencé a reñirle, pero cambió de tercio rápidamente–. Y hablando de hombres del pasado... Hay algo que tengo que comentarte.

Mi corazón comenzó a latir más deprisa. La imagen de Paulo se me materializó en la mente con una nitidez pasmosa. Cerré los ojos, esperando a que Nora me contara lo que fuera, y aun sin verlo pude notar cómo Spider

se removía en el asiento, con un interés inusitado en la conversación. Respiré hondo un par de veces y por fin abrí la boca.

–Dime.

–Paulo nos ha invitado al bar este fin de semana. Daniel lo vio el otro día en el supermercado comprando frutos secos a granel. Al parecer ha hecho unos pequeños cambios en el local y le dijo que le gustaría que fuéramos a verlo. Eli es partidaria de no ir, ya sabes, por vuestra historia, pero el resto no estamos seguros de cómo proceder... Después de todo, no erais una pareja oficialmente hablando, ¿sabes? Así que hemos preferido preguntarte antes de decidir nada.

–Os lo agradezco, de veras que sí, pero podéis ir sin problemas. Paulo es un gran tío, de los mejores que conozco, y solo le deseo cosas buenas. Así que por supuesto que no me importa que vayáis, es más, ¡me parece estupendo! Si yo estuviera ahí, también iría.

–Quieres decir que vendrías si hubierais conseguido por fin estar en una habitación juntos sin arrancaros la ropa a bocados y hacer el amor salvajemente, con vuestros cuerpos sudorosos rozándose durante horas en un festival de lujuria y desenfreno, ¿no?

Las mejillas se me tiñeron de rojo con la rapidez de la luz. Spider, que en ese momento le estaba dando un sorbo a su botella de agua, casi se atraganta y comenzó a toser como un loco mientras me miraba sorprendido. Oí la risita de Nora al fondo.

–Un día de estos te mato –la amenacé, aún con las mejillas encendidas.

–Me amas, y lo sabes. Te llamo este fin de semana y te cuento todo, entonces. Spider, un placer.

–Oh, el placer es mío, Nora –contestó él con tono guasón.

–Seguro que sí. ¡Te quiero, Liv! ¡Chao!

Colgué y me quedé mirando la pantalla, sin saber qué decir.

–No sé quién es Paulo, pero respeto mucho a ese hombre.

–Cállate.



## 9

Spider se había comido casi tres cuartas partes de la lasaña que había preparado mientras repetía una y otra vez que nunca había probado nada tan rico en su vida. Sabía que era una exageración por su parte, pero aun así le di las gracias por el cumplido y le recordé que iba a tener que trabajar el doble en el gimnasio aquella tarde para quemar las calorías que acababa de consumir. Asintió y resopló, pero siguió comiendo.

Aún estábamos sentados en la mesa de la cocina con los platos sucios delante cuando llamaron al interfono. Dos segundos más tarde, Nico estaba plantado en la entrada, ataviado con un pantalón de chándal gris y una camiseta de tirantes negra que le quedaba demasiado ceñida. Mientras él y Spider se volvían a saludar, me detuve unos instantes a analizarlo, cosa que no había tenido tiempo de hacer en la tienda de su abuela.

Era incluso más alto que Spider, aunque por pocos centímetros, y tenía el pelo claro, o eso creía, porque lo llevaba cortado a lo militar y apenas se le distinguía. Estaba de perfil, y pude ver que tenía una nariz prominente que en ningún momento desentonaba con el resto de sus rasgos. Los brazos eran igual de gruesos que mis piernas, y los tenía tatuados casi en su totalidad, cosa que me sorprendió no haber notado cuando lo vi por primera vez, ya que era algo sin duda llamativo. A juzgar por la manera en que se vestía y se comportaba, era evidente que sabía que era atractivo.

Se giró hacia donde yo estaba sentada y se deshizo de Spider para echar a andar hacia la cocina con un garbo sorprendente para alguien de su tamaño.

—Hola de nuevo —saludó mientras se sentaba a mi lado—. No te había visto al llegar.



–Hola de nuevo –repetí yo, fijándome en sus ojos. Eran de una especie de color ambarino, una tonalidad tan extraña como bonita–. ¿Vais al gimnasio?

–En mi caso, vuelvo de él. Es lo que le comentaba a Spider, que va a tener que ir solo. Verás, es que esta tarde la tengo ocupada porque le he prometido a un amigo que le ayudaría con los preparativos de una fiesta.

Me dio la impresión de que Nico esperaba que le preguntara por esa fiesta de la que hablaba, pero no lo hice. Busqué a Spider con la mirada, y lo encontré apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, observándonos. Su cara volvía a tener esa expresión indescifrable que comenzaba a sacarme de quicio.

–También he venido para invitaros a Spider y a ti a dicha fiesta, si es que os apetece venir.

–Interesante –contesté–. ¿Cuándo es?

–Esta noche. Siento la poca antelación, pero ha sido algo inesperado.

–No te preocupes. A veces lo inesperado resulta ser lo mejor –añadí, esta vez dirigiéndome a Spider con una mirada cargada de intención–. Cuenta conmigo. Dios sabe que me hace falta divertirme.

–¡Estupendo! –Se levantó de la silla, bloqueando la luz proveniente de la ventana. La sombra de su enorme cuerpo me envolvió entera–. Os mando la dirección en un rato. Te veo esta noche, preciosa.

–Hasta esta noche, Nico –me despedí, sonriente.

Spider lo acompañó a la puerta y luego volvió a la cocina con aire sombrío. Resoplé sonoramente.

–No me lo digas: no te apetece venir –adiviné.

–Ni un poquito –admitió él–. Pero iré.

–¿Por qué? –Recogí los platos y los llevé al fregadero junto con la fuente de horno para empezar a enjabonarlos–. Si no te apetece ir, no vayas.

–He dicho que iré –repitió, desagradable–. El porqué es cosa mía.

–Como quieras –zanjé, resuelta a obviar el tono borde que había adoptado de repente–. Y dime, ¿qué tipo de fiestas soléis hacer aquí? –Vi la expresión de confusión en su cara y me expliqué–. ¿Música, alcohol y eso?

–No, Olivia, simplemente montamos en pony y paseamos por las montañas. ¡Pues claro que hay música y alcohol!

–Eh, no te ofendas tanto, que una vez me invitaron a una fiesta y cuando llegué, resultó ser un grupo de chicos viendo el fútbol en la televisión y tomando refresco light. –Fingí estremecerme–. El día más largo de mi vida.

Terminé de fregar todos los cacharros mientras Spider se mensajeaba con Nico. La fiesta resultó ser en una granja en las montañas que al parecer había comprado el anfitrión del evento. Antes de derruirla quería dar una fiesta por todo lo alto sin preocuparse de los desperfectos.

Tenía las manos mojadas cuando sonó un mensaje en mi móvil. Le pedí a Spider que mirara la pantalla y me lo leyera en voz alta.

–Paulo te dice que va a echarse de menos esta noche en el bar y que le gustaría hablar contigo un día de estos.

El corazón se me salió del pecho. No entendía mis reacciones ante cualquier noticia de Paulo, y aunque seguía convencida de que nunca funcionaríamos como pareja, no podía evitar echarle de menos. Incluso a veces, cuando bajaba la guardia, mi mente decidía vagar lejos de allí y recordar algunos momentos que pasé junto a él, lo que hacía que la tristeza se instalara de nuevo en la boca del estómago.

–¿Quieres que le conteste algo? –La voz de Spider me sobresaltó. Se me había olvidado por un momento que estaba allí.

–No. Bueno, sí. Dile que le deseo todo lo mejor en su nuevo negocio y que hablaremos pronto. ¡No, espera! Que hablaremos cuando vuelva. Sí, eso, mejor.

–Muy buena contestación –admitió Spider mientras tecleaba con una rapidez impresionante–. Así que este es Paulo, el de la atracción animal –añadió, mirando en la pantalla la que supuse que sería su foto de perfil. No sabía cuál era, ya que me había prohibido mirar ninguna foto suya–. No está mal. Aunque prefiero a la chica, si te soy sincero.

Di dos zancadas y le arrebaté el móvil. La cara sonriente de Paulo relucía en la pantalla, donde también lo hacía la de una chica rubia que lo abrazaba por la espalda. Me quedé un rato mirándolos con la boca abierta, intentando descifrar el significado de aquello. Paulo nunca ponía fotos con

nadie en su perfil, ni siquiera conmigo. ¿Quién era ella? Sentí una punzada en el pecho y solté el móvil en la mesa con brusquedad. Podría haber roto la pantalla del golpe, pero me dio igual. Me llevé la mano al estómago, intentando calmar la desagradable sensación de vacío que había dentro.

–Olivia, ¿estás bien? –preguntó Spider, visiblemente preocupado–. Te has puesto blanca.

Extendió el brazo para tocarme, pero me retiré antes de que lo hiciera. Noté las lágrimas aflorar y parpadeé rápidamente, intentando que no llegaran a derramarse. Fue inútil. La primera de ellas se abrió paso por mis mejillas, dibujando un surco a su paso que sirvió de guía a las demás. De repente comencé a llorar desconsoladamente, sin saber muy bien por qué.

Spider tampoco parecía entender lo que estaba sucediendo, así que se limitó a quedarse allí de pie, a mi lado, pero sin tocarme.

–La cosa es que no sé por qué lloro –dije finalmente, cuando al fin pude articular palabra sin parecer imbécil–. Fui yo la que terminó con todo, la que le dije que no lo quería... ¿Qué me pasa? ¡No me entiendo!

–Te pasa lo que a todos nos ha pasado alguna vez, y eso es básicamente el famoso «no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes». No sé tu historia con este chico, pero es la impresión que me da.

–¡Pero yo no le quiero! De eso estoy segura.

–Nadie ha dicho que lo hagas.

–Soy una egoísta –concluí–. Una persona horrible que aleja a un gran hombre como él y luego, cuando lo ve con una chica que puede o no ser su novia, llora como una niña caprichosa. Me doy tanta rabia...

–¿Me aceptas un consejo? –Asentí, sorbiéndome la nariz–. Lloro lo que tengas que llorar, pero no lo llores. Desahógate, ve a esa fiesta y baila hasta reventar. Y mañana, si sigues sintiéndote así, yo mismo te marcaré su número si hace falta, ¿vale? –Alargó los dedos lentamente, temeroso de que yo volviera a apartarme. Al ver que no lo hacía, se envalentonó y me agarró la mano suavemente–. Eh. Cámbiate de ropa y ven conmigo.

–¿A dónde? ¿Y qué me pongo?

–Algo cómodo en los pies, y un bañador debajo. Date prisa.

Puse rumbo a las escaleras. A mitad de camino, sin embargo, me quedé anclada en el suelo, registrando lo que acababa de suceder. Sin mediar palabra, me giré y desanduve mis pasos hasta llegar de nuevo a Spider, que seguía de pie, mirándome. Me acerqué a él tanto como pude y, poniéndome de puntillas, le besé en la mejilla.

–No eres del todo desagradable, araña –admití, mirándole a los ojos. Observé cómo se abrían un poco de la sorpresa, y cómo se encogían luego al sonreír.

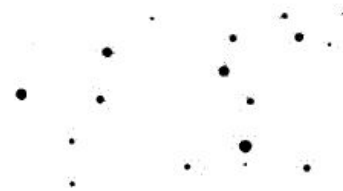
–Tú tampoco, llorona.

Sonreí y eché a correr hacia el piso de arriba.

No fue hasta que estaba atándome los cordones de las zapatillas de deporte que me percaté de la importancia que tenía lo que acababa de pasar. Paulo siempre me acusaba de no abrirme, de no expresar nunca mis sentimientos, y sin embargo acababa de echarme a llorar delante de Spider. Le había contado lo que tenía en la mente sin dudar ni siquiera un segundo.

Quizás el abuelo tenía razón. Tal vez aquel verano fuera un nuevo punto de partida en mi vida, el comienzo de una nueva Olivia que era capaz de sacar fuera lo que llevaba dentro y hacerlo sin miedo al rechazo ni al abandono.

Inevitablemente, pensé en la ironía de que eso pasara en casa de la persona que, con su marcha, instaló ese miedo en lo más profundo de mi alma.



## 10

Aquel pueblo resultó esconder el rincón más maravilloso que había visto en mi vida. Spider condujo sin decirme a dónde íbamos durante casi un cuarto de hora, hasta que llegamos a la linde de un bosque, donde aparcó. Sin más indicaciones que un movimiento de mano, me instó a que lo siguiera. Agradecí el silencio y la distancia que manteníamos, ya que estaba algo avergonzada por el comportamiento tan infantil del que había hecho gala en la cocina. Esa fue la razón por la que mantuve la cabeza gacha todo el camino, algo extraordinario en mí.

Spider se paró en seco y casi me choco con su espalda. Levanté la vista y me encontré de bruces con un pequeño lago rodeado en su totalidad por árboles. Aquella era la definición gráfica de lugar recóndito sin ninguna duda. Me fui acercando al agua, hipnotizada por el efecto luminoso que los rayos del sol causaban en su superficie, como si fuera una especie de constelación. Me puse en cuclillas y mojé la punta de mis dedos. El agua estaba sorprendentemente tibia, tanto que invitaba a adentrarse en ella.

Me volví hacia Spider, que permanecía quieto en el mismo lugar donde se había parado, con los ojos cerrados y la cara apuntando al cielo. Observé el sube y baja de su pecho, lento y pausado, prueba fehaciente de su intento por capturar la tranquilidad del momento. Me acerqué a él con sigilo hasta que estuve lo suficientemente cerca como para apoyar la palma de la mano en su torso. Él abrió los ojos de repente y bajó la cabeza hasta encontrarse conmigo. No se esperaba el contacto, y se notaba en la perplejidad de su rostro.

–Es precioso –susurré, intentando que no se me rompiera la voz–. Gracias.

Todo lo que me dio por respuesta fue una sonrisa arrebatadora que provocó que corrieran chispas por mis venas. Siguió clavado en aquel cuadrado de tierra, sin ni siquiera pestañear, mientras yo me deshacía de la ropa, que había empezado a estorbarme. Sabía que él estaba analizando cada movimiento, y ese pensamiento, que hacía unos días era algo incómodo, había pasado a ser extrañamente reconfortante. El bikini, esta vez amarillo, me quedaba algo pequeño, y lo re Coloqué para asegurarme de que todo permanecía donde debía. Por último, me deshice de la goma del pelo y dejé que mi melena se desparramara por mi espalda en cascada.

Sin mirar atrás, metí el dedo gordo del pie en el agua, y poco a poco, lentamente, fui sumergiéndome por completo. Me maravilló comprobar que el único sonido que se oía era el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos y el chapoteo de mis pies en el agua. Nunca había respirado tanta paz, ni siquiera en aquel parque natural con Paulo.

En cuestión de segundos, aquel se convirtió en mi lugar favorito del mundo.

Spider pareció salir del trance en el que se encontraba. Se quitó la camiseta en un movimiento rápido y corrió hacia el lago como si fuera un vigilante de la playa. Tras sumergir la cabeza un par de veces, con el consiguiente peinado de flequillo, se acercó a mí nadando.

–Cuando nos mudamos aquí hace diez años, solía salir mucho a pasear. Necesitaba perderme y estar a solas con mis pensamientos. Fue así como encontré este sitio. Supongo que no es un secreto, pero me gusta pensar que sí. Quizás sea por eso que no se lo he enseñado a nadie nunca... Bueno, hasta ahora.

El pensar que Spider me estaba haciendo partícipe de un secreto tan hermoso como aquel hizo que una sensación cálida me recorriera el cuerpo.

–¿Por qué necesitabas perderte? –pregunté, repasando sus palabras.

–Porque tuve que aceptar el hecho de que mi madre se había enamorado de una mujer. No fue fácil para mí tampoco, Olivia, ni para mi hermana.

–¿Tienes una hermana? –me sorprendí–. No lo sabía.

–Una hermana mayor, Aura. Ella no aceptó la relación de mi madre y la tuya, y decidió distanciarse para no tener que lidiar con ello. Lo entiendo, pero... Me hubiera gustado tenerla a mi lado todo este tiempo. –Noté la nostalgia en su voz cuando hablaba de ella y tuve la urgencia de acercarme a él. Me contuve–. En fin. La veo de vez en cuando, y tengo un sobrino de dos años que es genial, todo un personaje –rio–. El no tenerlos cerca me ha hecho valorarlos más, así que... lado positivo, supongo.

–Me encantaría ser tía –suspiré–, pero mi hermano no tiene planeado sentar la cabeza hasta los cincuenta por lo menos.

–Háblame de él –me pidió Spider mientras se deslizaba por el agua.

–Pues se llama Alex y me lleva un año y medio, un dato importante para él que se empeña en recordarme cada día. Es chef en el restaurante familiar. Bueno, *sous* chef, porque mi padre es el chef. ¡Y hace la mejor sopa del mundo! En serio, no sé qué le pone, porque se niega a decírmelo, pero siempre que estoy enferma, me hace una olla entera para mí.

–¿Os parecéis?

–¡Para nada! –exclamé–. Él es alto, mucho, incluso más que tú. Es rubio... Y de personalidad ni hablemos. Somos la noche y el día. Aunque hay una cosa que tenemos en común, y es el gusto por hacernos rabiar. Nos pasamos el día lanzándonos insultos ridículos el uno al otro. Es una especie de tradición.

–Por como hablas de él, parece que le echas de menos.

–Muchísimo –admití, un poco emocionada–. Nunca hemos estado separados, ¿sabes? Alex es todo lo que tengo, junto a mi padre y a mi abuelo. Son mi familia. No sé qué haría sin ellos.

Por segunda vez aquel día, noté cómo mis ojos se volvían acuosos, pero esta vez tuve la excusa de estar metida en agua. Me sumergí bajo ella y cuando salí, las lágrimas se habían esfumado.

–¿Sabes que a mi hermano no le gustaba Paulo? –dije de repente, sonriendo–. Solo lo vio un par de veces, y ni siquiera pude presentarlos. Alex se negó.

–¿En serio? ¿Por qué?

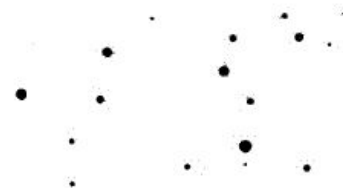
–Porque decía que no era el hombre adecuado para mí. –Me encogí de hombros–. Cosas de hermano mayor, supongo.

–Puede. O quizás lleve razón y no sea el adecuado –planteó él.

Pensé de nuevo en Paulo, en el tacto rasposo de su incipiente barba, en la maraña de pelo castaño en la que tantas veces hundí mis dedos. Esperé sentir de nuevo la punzada de dolor, ese pellizco que me indicaba que o bien la herida estaba demasiado fresca, o bien había cometido un gran error al dejarle ir, pero esta vez no llegó.

–Quizás –dije, finalmente mientras Spider empezaba a nadar de nuevo, ahora de espaldas–. Quizás la lleve.





## 11

La fiesta comenzaba a las once de la noche. Nico había bombardeado a Spider con mensajes recordándoselo, y pidiéndole que hiciera lo propio conmigo.

Había llegado a la casa con los ánimos renovados después de aquella escapada al lago. Me encontraba tan animada que estaba deseando ducharme y comenzar el ritual de maquillaje y peluquería propio de una salida de fin de semana en condiciones. Subí al piso de arriba acompañada de Spider, cuya habitación aún no conocía. Descubrí que era justo la que estaba al lado de la mía, y me sorprendió que no nos hubiéramos cruzado en el pasillo ningún día. Cuando se lo dije, se encogió de hombros y me dijo que no solía dormir allí la mayor parte del tiempo. Quise preguntarle que dónde lo hacía, pero pensé que tal vez sería demasiado indiscreta y lo dejé ir. Acordamos vernos en la cocina a las diez para ir a comer algo antes.

Salí de la ducha envuelta en una toalla, encendí el ordenador y seleccioné una lista de reproducción de música que solía escuchar cuando quería algo movido. Las primeras notas de «*This Is What You Came For*» sonaron mientras escurría el exceso de agua de mi pelo con una toalla pequeña.

Una *playlist* y dos horas después, ya estaba lista. Me había dejado el pelo suelto, esforzándome por crear grandes y suaves ondas que le dieran volumen. En cuestión de maquillaje, había decidido destacar los ojos esta vez, dejando de lado (sin que sirviera de precedente) mi adorado labial rojo. Opté por un ahumado en tonos oscuros que acentuaba el azul de mis ojos y que había conseguido al segundo intento, ya que el primero resultó ser más un look propio de oso panda, y tuve que desmaquillarme para empezar de

nuevo. Usé un lápiz del color de mis labios para definirlos sin darle mayor importancia, y un colorete muy discreto para darle algo de vida a la cara.

Pero fue en la ropa en lo que me esforcé. Solo me había llevado un vestido adecuado para salir de fiesta, más que nada porque no se me había pasado por la mente que fuera una posibilidad. Era un vestido negro, corto y entallado, con un escote de pico no muy pronunciado por delante, pero bastante por detrás. Escogí los zapatos más cómodos que tenía disponibles, unas sandalias con tacón negras que me hacían ocho centímetros más alta.

Antes de salir de la habitación me di cuenta de que no me había pintado las uñas, pero iba diez minutos tarde y no podía entretenerme más, así que bajé las escaleras con cuidado de no tropezarme.

Spider estaba hablando por teléfono y no se enteró del repiqueteo de mis tacones, lo que me dio unos segundos de ventaja para quedarme al pie de las escaleras y regodearme en las vistas.

Llevaba el pelo algo más revuelto que de costumbre en la zona del flequillo, aunque pronto me di cuenta de que era intencionado. Era la primera vez que lo veía con unos vaqueros, y no entendí por qué no vivía en ellos. Los llevaba algo bajos, colgados de las caderas, y parecían hechos a medida para él. La camiseta negra era más ajustada que las que solía llevar a diario, y me fijé en que tenía tres botones pequeños adornando el cuello en uve. Cuando movía el brazo solo se podía apreciar la mitad inferior del tatuaje debido a la longitud de la manga, que se le clavaba en el músculo ligeramente.

Mientras hablaba por teléfono, me percaté del leve chirrido que producían las suelas de sus deportivas negras en el suelo de la cocina. Eran parecidas a las de baloncesto, y me pareció recordar que mi amigo Oliver tenía unas iguales.

Me quedé allí de pie, mirándolo como una acosadora mientras él se frotaba la nuca con la mano y terminaba la conversación. Después de unos cuantos síes, y dos «nos vemos en un rato», colgó el teléfono, y aquella fue mi señal para entrar en la estancia.

Spider me miró como si fuera la primera vez que me veía. Abrió la boca ligeramente en lo que parecía un gesto de asombro y pude ver como sus ojos marrones se movían de arriba abajo, empapándose de cada palmo de mi cuerpo, de mi cara.

La intensidad con la que me escrutaba hizo que se me subieran los colores, lo que estaba dispuesta a achacar al colorete si él preguntaba. Pero Spider no parecía poder hablar. Estaba empezando a sentirme demasiado observada, así que carraspeé e intenté actuar con naturalidad, a pesar de que me temblaban las piernas como gelatina y tenía el estómago dando saltos.

–Lo siento, se me ha hecho un poco tarde –murmuré, nerviosa–. El maquillaje me ha tomado más tiempo del esperado.

–Ah... Sí, bueno, no pasa nada. –Se rascó la oreja y me quitó los ojos de encima durante unos segundos, para volver a posarlos como si no pudiera resistirse–. Deberíamos irnos.

–Sí, claro. Oye, ¿puedo pedirte algo? –Él asintió y yo tomé un mechón de pelo entre mis dedos, que retorcí sin parar–. Puede parecer una tontería, pero cuando voy a una fiesta en la que no conozco a nadie me pongo muy nerviosa. Lo paso fatal, y por eso... –Tragué saliva y sonreí tímidamente–. ¿Te importaría quedarte cerca esta noche? Me sentiría mucho mejor si lo hicieras.

–Eso está hecho. Estaré cerca por si me necesitas –sonrió–. Vamos, que empiezo a tener hambre.

Fuimos a recoger una pizza que Spider había encargado con anterioridad. Se lo agradecí enormemente, porque cuando el hambre hizo acto de presenciar, lo hizo con tal intensidad que temía desfallecer si tenía que aguardar una cola para hacer el pedido. Nos la comimos en el aparcamiento en un abrir y cerrar de ojos.

–Hemos batido un récord, creo –bromeé, con un trozo de pizza aún en la boca–. No es posible que nos la hayamos comido tan rápido.

–Parece que llevemos siglos sin probar bocado. –Sonó su móvil y se quedó observando la pantalla, sin descolgar. Resopló–. Es Nico. Está un poco pesado con la fiesta.

–Estará ilusionado ante la perspectiva de pasárselo bien un rato.

–Está ilusionado ante la perspectiva de verte de nuevo, y esta vez en su hábitat –afirmó, tajante–. Olivia, no quiero entrometerme, pero te diré que Nico pretende acostarse contigo. –Me miró de reojo–. Quiero informarte, nada más. Lo que pase o no entre vosotros es problema vuestro.

Me quedé callada. Sabía que Nico tenía interés en mí, porque no es que se hubiera esforzado en ocultarlo precisamente, y era consciente de que era un chico atractivo... Pero todo en lo que podía pensar era en la reacción de Spider cuando me vio entrar en la cocina, en cómo me miró y el efecto que esa mirada tuvo sobre mí.

–Gracias por el aviso –dije por fin, con la boca seca.

–Ya, bueno. –Arrancó el coche y sacó un cigarrillo del paquete que guardaba en la guantera. Se lo posó con suavidad entre los labios y lo encendió ceremoniosamente. Dio una larga calada y aguantó el humo durante unos segundos, antes de expulsarlo con parsimonia. A pesar de la aparente relajación de su rostro, cuando volvió a hablar su tono seguía siendo amargo–. Vayamos a pasarlo bien, pues.

La antigua granja donde se celebraba la fiesta estaba en una especie de prado alrededor del cual no había más construcciones. Spider condujo hasta allí con semblante serio y cara de pocos amigos, aunque intentó disimular su descontento en un par de ocasiones hablando de temas tan triviales como la temperatura.

Los organizadores de la fiesta habían habilitado una parte del terreno para aparcamiento, acotado con unas vallas amarillas que parecían de algún ayuntamiento. Spider aparcó en el hueco libre más lejano que había, y dejó el motor encendido a pesar de que el coche estaba perfectamente posicionado.

–Antes de que nos bajemos –dijo, con voz ronca–, me gustaría decirte algo que llevo queriendo decir desde que salimos de casa.

Lo observé con atención, esperando a que hablara. Cogió una bocanada de aire y se giró hacia mí, pero pareció arrepentirse en el último momento y soltó todo el aire de golpe.

–¿Sabes qué? –dijo finalmente–, da igual. Vámonos.

Se bajó del coche como un rayo. Abrí la puerta y rodeé el todoterreno hasta llegar a donde estaba. Me encaré con él, adivinando el color de sus ojos en la oscuridad.

–Dímelo –le exigí–. Antes de que entremos, dime eso que me tenías que decir.

Pulsó el botón del mando del coche y sonaron dos bips agudos. Se metió las llaves en el bolsillo derecho del vaquero y dejó la mano ahí, mientras que la izquierda seguía un camino diferente que iba a parar al hueco de mi espalda. Niveló su cara con la mía para luego escorarse hacia mi oído derecho, casi rozándolo con los labios.

–Estás impresionante esta noche –susurró con voz ronca.

Sentí la cálida brisa de su aliento en mi pelo, y la vibración de su voz siguió retumbando en mi tímpano segundos después de haberse separado de mí. Sin más que añadir, Spider echó a andar hacia la desvencijada granja de la que salían cañonazos de luz. Me quedé rezagada, intentando etiquetar la traicionera sensación que me producía cualquier gesto o palabra que viniera de aquel extraño con el que me sentía tan bien

Spider se perdió entre la multitud que se agolpaba en la puerta, saludando a un par de chicos al pasar. Me dispuse a seguir sus pasos, pero alguien me asió por el codo antes de que pudiera hacerlo.

–¡Has venido! –exclamó Nico, sosteniendo un vaso de tubo de plástico que parecía diminuto en su enorme mano–. ¿Dónde está Spider?

–Ahí dentro –señalé hacia la puerta con el pulgar–. Le he perdido la pista.

–No te preocupes, me tienes a mí para guiarte. ¿Puedo traerte algo de beber? Tenemos ginebra, vodka, whisky... Aunque te recomiendo el ron –alzó el vaso–, está de puta madre.

–Una coca-cola a ser posible, gracias.

–¿Con qué?

–Con hielo.

–¿Nada de alcohol?

–Ni una gota. –Miré en derredor–. Buena fiesta habéis montado aquí. ¿Has elegido tú la música?

–Para nada. Si la hubiera elegido yo, no sonaría tanto ritmo latino. Pero supongo que es lo suyo para bailar, ¿y qué tipo de fiesta sería si no se pudiera bailar?

–Una muy aburrida.

–¡Exacto! Ven –me volvió a tomar del codo, guiándome delicadamente hacia una mesa con bebida–, vamos a conseguirte ese refresco.

El trayecto a la mesa era corto, pero en él hicimos dos paradas. Nico parecía ser alguien muy popular en aquella zona; todos los chicos querían chocarle la mano y todas las chicas querían darle dos besos y mirarlo como si fuera el único hombre en la faz de la tierra. Una de ellas incluso me lanzó una mirada cargada de advertencia. «Este me lo he pedido yo», pareció decir. No pudo importarme menos, así que la ignoré, fingiendo encontrar fascinante las puntas onduladas de mi pelo.

Mientras se abría paso entre la gente y me servía el refresco en un vaso con dos hielos, me fijé en que estaba bastante guapo aquella noche. Llevaba una camisa de cuadros en diferentes tonos de azul, y se había enrollado las mangas hasta hacerlas tres cuartos, lo que daba la impresión de que los tatuajes se le estaban derramando por la piel. Los vaqueros desgastados eran bastante más ajustados que los de Spider, y tenían algún que otro roto a la altura de las rodillas. Observé el flexionar de su mandíbula mientras traspasaba el contenido de la lata al vaso, como si estuviera muy concentrado en lo que hacía. Cuando se giró hacia mí para ofrecerme el refresco, yo aún seguía mirándolo, lo que le hizo sonreír.

Se disponía a dar otro paso para acortar distancias cuando una chica se colgó de su brazo.

–¡Nicolááááásss! –gritó, arrastrando demasiado las eses finales–. ¿Dónde te habías metido? Te he echado mucho de menos. –Sacó el labio inferior como si fuera una niña pequeña–. ¿Es que ya no me quieres o qué?

–Lo que quiero es que aflojes un poco con la bebida, Lidia –le pidió él, desenredando su antebrazo del de ella–. La fiesta acaba de empezar y mira cómo estás.

–Lo que yo haga es cosa mía, tío –replicó, molesta–. No eres mi dueño, ¿te enteras?

Intentó irse de allí con aire indignado, pero se mareó y casi se cae. Fui yo quien evitó que se diera de bruces contra el suelo, y cuando levantó la vista para agradecerme, abrió la boca y los ojos como si hubiera visto un fantasma.

–¡Guau! ¡Tus ojooooossss! –El siseo comenzaba a ser algo molesto–. Son azules como el cielo, tía. ¿Lo sabías?

–Algo me habían comentado, sí. –Se me escurrió de los brazos e hincó las rodillas en la tierra, de donde la volví a levantar–. Voy a llevarte dentro para que te sientes un rato, ¿te parece bien? –Ella asintió lentamente–. Nico, te veo luego.

Dentro de la granja había dos sofás habilitados como zona de descanso, los cuales estaban ocupados por sendas parejas dándose el lote. Carraspeé con fuerza, pero no me hicieron ni caso. Iba a acercarme a ellos para interrumpirles, pero Lidia pareció tener otra idea. Inclinandose hacia delante, agarró uno de los cubos de plástico que contenía los aperitivos, lo vació encima de una de las parejas y, acto seguido, vomitó en él.

Obviamente despejó la zona en cuestión de segundos.

–Que les jodan –murmuró ella, tumbándose bocarriba–. Todo me da vueltas, pero estoy bien.

–Yo no diría tanto. –Volví la cabeza hacia el pasillo que había a la izquierda con la esperanza de vislumbrar la silueta de Spider–. Oye, Lidia, ¿conoces a un tal Spider?

–¿Spiderrrrr? –Había pasado a arrastrar las erres–. ¡Oh, sí, claro que lo conozco! ¿Te gusta? Porque yo por ti hago lo que sea tía. Si quieres que hable con él de ti, solo tienes que decírmelo. –Intentó mantener los ojos abiertos, pero se le cerraban involuntariamente–. Aunque ahora quizás no esté en condiciones, ¿sabes? Mejor que me quede aquí...

–¿Sabes dónde puede haber ido?

–¿Quién?

–Spider. ¿Dónde puede estar?

Lidia suspiró y se incorporó con las palmas de las manos apoyadas en el polipiel desgastado del sofá. Se quedó mirándome unos segundos, como ausente. Iba a zarandearla para devolverla al presente cuando por fin habló.

–Mira, tía... ¿Cómo te llamabas?

–Olivia.

–Pues mira, Alubia, voy a decirte dónde está Spider. –Tragó saliva sonoramente–. Sigue el pasillo hasta el fondo. Sube las escaleras y echa a andar. Te lo vas a encontrar.

Le di las gracias y le pedí que se tumbara de nuevo. Asintió y se tiró hacia atrás, sin cuidado alguno. Estaba ya en la boca del pasillo cuando oí su voz de nuevo.

–Pero tía, te lo digo: seguramente no esté solo.

Solo me hizo falta llegar al pie de las escaleras para saber que Lidia tenía razón. Quienquiera que estuviera allí arriba estaba acompañado de una señorita demasiado escandalosa, a juzgar por los gemidos y los gritos que se oían a pesar del volumen de la música.

No tendría que haber seguido avanzando, pero por algún motivo que no lograba entender necesitaba saber si era él. Tenía que comprobarlo con mis propios ojos.

Los escalones crujían bajo mi peso. Los subí lentamente, como si mi subconsciente estuviera dándome tiempo para arrepentirme y salir de allí. Apenas había llegado arriba cuando asomé la cabeza y vi un pasillo corto y, al fondo de aquel pasillo, a Spider. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y una chica morena sentada a horcajadas encima de él. Se movía como si le hubieran dado cuerda y gritaba su nombre mientras se pasaba las manos por la larga melena negra que se empeñaba en taparle la cara.

Quise apartar la mirada, pero la orden de mi cerebro no llegó hasta unos segundos más tarde. En ese tiempo me quedé pasmada mirando aquella escena tan íntima, siendo testigo de algo que sabía que era privado. Cuando por fin reaccioné, salí pitando escaleras abajo, directa a la salida.

El aire cálido de la noche me azotó en la cara. Respiré hondo y me aparté de la multitud para intentar aplacar la sensación de agobio que comenzaba a escalarme por el pecho. Cerré los ojos, pero la imagen de Spider y aquella chica sobre él se repetía una y otra vez en mi mente. Parpadeé varias veces seguidas, intentando borrar aquel recuerdo y tratando de apaciguar la rara sensación de decepción que me producía.



Noté el móvil vibrar en el pequeño bolso negro que llevaba colgado. Era un mensaje de Alex, que me escribía para decirme que se había encontrado con Nora y lo había invitado al bar de Paulo, así que iba a ir. Le contesté un escueto «ok» y abrí la aplicación de Facebook por pura inercia.

En la pantalla de mi móvil apareció la cara de Paulo, posando ante una especie de *photocall*. Al parecer, había alquilado uno para la fiesta del bar, y las fotos que allí se hacían iban directamente a la red social. No pude evitar mirarlas, todas caras familiares, hasta que llegué a la foto de mis amigos. Ahí estaban Eli y Joan, abrazados, Daniel con un bigote de pega y Oliver con una chistera negra. Nora, por su parte, llevaba un gorro de papel sobre su rizado pelo rojizo.

Sentí un pellizco de envidia. Aquel era mi sitio; en aquella foto, posando con mis amigos mientras llevaba colocado algo ridículo. Sin embargo, estaba a kilómetros de distancia, en la fiesta de un tío al que ni siquiera conocía. Es más, solo conocía a dos personas en aquella fiesta (tres, si incluía a Lidia, la cual en realidad no contaba) y ambos estaban ocupados con sus quehaceres. De repente noté cómo me costaba un poco respirar y sentí la necesidad imperiosa de irme a casa. Deseé haber llevado mi coche para así poder desaparecer de aquel lugar. Estaba dispuesta a conducir durante toda la noche si fuera preciso con tal de despertar al día siguiente en mi cama, con mi familia y mis amigos a tan solo unos metros de distancia.

Guardé el móvil en el bolso con las manos temblorosas y pestañeeé para desempañarme los ojos. En ese momento, sentí cómo una mano rodeaba mi cintura e intenté apartarla de un manotazo, sin éxito.

—Tranquila, guapa —siseó una voz repulsiva a mi espalda—. No tengo intención de hacerte daño, más bien todo lo contrario.

Podía oler el alcohol en su aliento. Comencé a moverme bruscamente tratando de zafarme de sus zarpas, pero él usó la otra mano para apresarme.

—Suéltame —le advertí entre dientes—, o vas a tener problemas.

—¿Con tu novio? Que venga —replicó él, envalentonado—. Para cuando lo haga ya habremos acabado.

Soltó una carcajada que me estremeció. Aproveché para girarme y mirarle a la cara, donde le escupí. Se limpió mi saliva con el dorso de la

mano, y con el mismo, me pegó una bofetada. Llevaba un anillo con el que me arañó el labio, y noté el dolor agudo que me provocó, como también noté la ira que empezaba a nublar-me la mirada.

Proferí un grito de rabia que desgarró el aire y me abalancé sobre él, arañándole la cara. El tipo intentó defenderse, pero mi determinación ganó a su capacidad de reacción, mermada por la bebida.

Oí un grito a mi espalda y unos pasos acercándose a toda prisa hacia mí, pero estaba demasiado ocupada golpeando a aquel desgraciado como para desviar mi atención hacia otro lado. No me había dado cuenta de que había tirado al tipo al suelo y que yo estaba encima de él, hasta que alguien me asió de las axilas y me llevó en volandas. Me revolví con furia, pataleando en el aire y gritando. Una voz familiar me rogó que me calmara, y tardé demasiado tiempo en reconocerla como la de Nico. Conseguí hacerlo y posé los pies en el suelo, con la mirada fija en aquel despojo humano que seguía tumbado y se quejaba una y otra vez. Tenía la cara llena de arañazos, y me miraba como si yo estuviera loca. Murmuró algo que supuse que era un insulto, y la enorme mano de Nico le asió el cuello de la camisa.

—No sé quién coño eres —gruñó él con una voz demasiado grave—, pero si eres listo vas a irte de aquí ya.

—¿Y si no lo hago? —preguntó el tipo, con una sonrisa que se le borró al mirar el aterrador gesto de Nico.

—Si no lo haces —acercó su cara a un centímetro de la de él—, voy a dejar que la señorita termine lo que ha comenzado y te deje la cara llena de cicatrices. ¿Es eso lo que quieres?

Presencí con satisfacción cómo el tipo negaba con la cabeza y salía corriendo hacia los aparcamientos. Poco después, un coche salió a toda velocidad del recinto, levantando una polvareda a su paso.

—¡Eh, David! —Un chico moreno y enjuto se giró hacia nosotros—. Llama a la policía y avísales de que hay un borracho conduciendo un Toyota negro por la zona.

—Hecho —respondió él y sacó el móvil del bolsillo.

Nico pareció recordar de pronto que yo seguía allí y se acercó hacia mí, apremiante. Tomó mi barbilla entre sus dedos y me levantó la cara.

–Joder, Olivia, lo siento. –Me pasó el pulgar por el labio y me encogí de dolor–. Tendría que haberle pateado el culo.

–Ya lo estaba haciendo yo, pero no me has dejado terminar –bromeé.

–Lo digo en serio. Tendría que haberle pegado una paliza. Mira lo que te ha hecho, joder.

–Estoy bien –mentí. Me temblaban hasta las pestañas–. Creo que él ha salido peor parado.

–Eso sí que es verdad –sonrió, y sus blancos dientes relucieron en la oscuridad–. ¿Quieres que te lleve a casa?

–Te lo agradecería. Se suponía que Spider iba a quedarse a mi lado durante la noche, y que iba a irme a casa con él, pero está... –Bajé la vista–. Está ocupado.

Oí a Nico mascullar algo, aunque no lo llegué a entender. Rodeo mis hombros con su brazo y me sorprendí de lo mucho que pesaba. Sin mediar palabra, me condujo hacia el aparcamiento, bloqueando a cualquiera que se acercara para preguntar si estaba bien o qué había pasado.

Abrió la puerta del copiloto de un sedán gris y me pidió que me sentara. Obedecí, y él sacó un maletín blanco con una cruz roja en el centro.

–Practico boxeo, por eso llevo un botiquín –explicó ante mi extrañeza–. Le doy más uso a esto que a cualquier otra cosa. Pensé que Spider te lo había contado.

–Sí, claro –ironicé–. Me lo contó en nuestra fiesta de pijamas, mientras nos hacíamos trenzas el uno al otro.

–Bromea cuanto quieras –dijo él, sonriendo–, pero sabes que le gustas, ¿verdad?

–¡Eso sí que es bueno! –reí amargamente–. Créeme, Nico, en eso te equivocas.

–Si tú lo dices... –Acercó el algodón empapado de agua oxigenada a mi labio y me estremecí–. Lo siento.

El sonido de mi móvil retumbó en la noche. Leí el nombre de Spider y tiré el móvil al asiento trasero de Nico, que me miraba como si tratara de resolver un enigma.

–Y por lo que veo a ti también te gusta él, ¿no? –preguntó, alzando una ceja.

–Hubo un breve momento en el que pensé que sí –admití, diciendo la verdad a medias–. Pero me he dado cuenta de que estaba equivocada.

–Si tú lo dices... –repitió–. A ver, mírame, que aún no he terminado.

–Tendría que haber bebido. Así tendría la boca medio dormida y no me dolería tanto. –El móvil volvió a sonar, y Nico separó de nuevo el algodón de la herida. Solté un gruñido de desesperación–. Qué pesado, tío.

–Estará preocupado, Olivia. Cógelo.

–No pienso hacerlo.

Suspiró y abrió la puerta de atrás para coger el móvil él mismo.

–Está conmigo, Spider –dijo cuando descolgó la llamada–. Aún estamos en el aparcamiento, por si te interesa. Voy a llevarla a casa.

Colgó y me devolvió el teléfono. Sentí una extraña ola de afecto por él, que intenté evidenciar con una sonrisa. Siguió desinfectando la herida hasta que Spider apareció a nuestro lado, jadeante, como si hubiera venido corriendo.

–Por fin, Olivia –comenzó–, he estado buscándote por todas partes. ¿Dónde...?

Perdió la voz cuando Nico se apartó y me vio. Debía de tener una pinta horrible, porque la expresión de su cara cambió radicalmente.

–¿Qué ha pasado? –preguntó fríamente, mientras miraba a su amigo.

–¿Y a ti qué te importa? –contesté, sacando toda la furia que había acumulado a lo largo de la noche–. No es como si te hubieras esforzado mucho por estar conmigo...

–Livi... –dijo en un suspiro.

–Ni se te ocurra llamarme así, tú no –le espeté–. Hazme un favor, Spider: vuélvete a la fiesta. Aquí no pintas nada. –Me volví hacia Nico, que observaba la interacción con interés–. ¿Podemos irnos ya?

–Claro.

Palmeó a Spider en el hombro y rodeó el coche para ponerse al volante. Yo seguía sentada en el asiento del copiloto, así que todo lo que

tuve que hacer fue meter las piernas dentro y cerrar la puerta.

Spider golpeó la ventanilla y Nico la bajó.

–¿Te vas a ir con él? ¿En serio, Olivia? –El tono de enfado que usó me hirvió la sangre–. Vamos, sal del coche, yo te llevo a casa.

–Eres muy generoso, Spider, pero voy a tener que rechazar tu oferta. No quisiera que por mi culpa te perdieras otra sesión de sexo con la morena del pelo largo.

Me deleité en la sorpresa de su cara, aunque duró poco. Su expresión se endureció enseguida.

–Ya, bueno, como tú has dicho antes, ¿a ti qué te importa?

–Pues, a ver, déjame que piense... Ah sí, una mierda.

Subí la ventanilla y le hice un corte de mangas como despedida. Nico arrancó y salió del aparcamiento rápidamente.

–No me lledes a casa de mi madre –le pedí en voz baja.

–¿A dónde quieres ir entonces?

–No lo sé... Lo único que sé es que no quiero verle la cara hoy.

–Eso está hecho.

Me quedé mirando el río de luz que creaban los faros en contraste con la oscuridad de la carretera y me permití relajarme tanto que me quedé dormida.

## 12

Nico estuvo dando vueltas por el pueblo durante un rato, pensando dónde podía llevarme. Sabía que no tenía donde ir, e insistía en que debía descansar un poco, así que condujo de nuevo hasta las afueras, donde aparcó delante de un bloque de pisos de color blanco.

Su apartamento estaba en la última planta. Mientras subíamos en el ascensor, me contó que lo había escogido porque le encantaban las alturas y porque tenía una terraza enorme desde la que se veían las montañas. Antes de entrar, me aseguré de que vivía solo. No me apetecía encontrarme a la señora Margarita y que me viera de aquella guisa.

Se notaba que aquel era el piso de un chico. La pieza central era el sofá de cuero negro en forma de ele que parecía ser muy cómodo. Tenía una tele bastante grande y bajo ella, un mueble ocupado únicamente por videoconsolas y sus respectivos mandos. La decoración la completaban una pequeña mesa negra de comedor con cuatro sillas y, sobre las paredes blancas, una serie de carteles de series y películas varias. Me quedé mirando cómo los actores de Friends posaban sentados en un andamio.

–Es mi serie favorita –dijimos al unísono. Aquello me hizo reír y al estirar el labio, di un respingo debido al dolor

–Deberías ir al médico.

–El médico es mi madre y está fuera del pueblo.

–Alguien habrá de guardia, digo yo. Vamos, siéntate. ¿Tienes hambre?

–Un poco –admití mientras me deshacía de los tacones.

–Podríamos pedir algo –miró el reloj–, pero es tarde. Lo único que tengo en la nevera son sobras de comida china de esta mañana. Si te apetece...

–Suenan bien.

Nos sentamos en la mesa del comedor y prácticamente inhalamos el arroz tres delicias. Nico sacó helado de chocolate y también nos lo comimos en un abrir y cerrar de ojos.

–Siento haberte arruinado la fiesta –me disculpé, apurada–. Se notaba que tenías ganas de disfrutar esta noche y yo te he chafado los planes.

–Si te soy sincero, gran parte de mi ilusión por esta fiesta era... Bueno, eras tú –admitió con timidez, aunque no estaba segura de si era fingida o no–. Quería verte en un ambiente distinto, donde fueras más... eeehh... accesible, supongo.

–¿A qué te refieres? Podrías haberte acercado a mí en cualquier parte.

–Sí, claro, con mi amigo Spider y su cara de pocos amigos vigilando todos mis movimientos.

–Te voy a confesar algo: tu amigo me advirtió sobre ti la mañana en que nos conocimos.

–Diría que me sorprende, pero no –rió–. Me tiene como una especie de depredador o algo parecido.

–Pues a pesar de que aún es pronto para pronunciarse, a mí me parece inofensivo.

Nico se levantó de la silla, sonriendo con malicia. Recogió los recipientes ya vacíos de helado y se inclinó hacia mí.

–Te voy a confesar algo: no lo soy.

Nos sentamos en el sofá a ver capítulos de Friends. Me sorprendió saber que él era partidario de la versión de Ross en la ruptura con Rachel, y discutimos sobre ello durante casi media hora, hasta que la melodía de su teléfono nos interrumpió.

–Es Spider –anunció antes de descolgar–. ¡Eh, tío! ¿Qué pasó?

Se marchó hacia la cocina con el móvil pegado a la oreja y susurrando para que no me enterara. Supe cuando había terminado porque Spider me llamó a mí. No descolgué.

–Quiere que te lleve de vuelta a casa –me contó Nico–. Dice que quiere hablar contigo de no sé qué.

–No hay nada de lo que hablar. ¡Si apenas nos conocemos! –Presentía que aquel iba a ser el inicio de una intensa conversación sobre Spider, así que decidí desviar la atención–. ¿Sabes? Me he quedado con las ganas de tomarme un cubata después de todo. ¿No tendrás algo por ahí para servirme?

Bebimos un poco más de la cuenta. Cuando las cosas comenzaron a desenfocarse, paré con el ron. Empezaba a estar incómoda en aquel vestido, y me removía en el sofá constantemente. Nico pareció darse cuenta y desapareció por el pasillo para reaparecer con una camiseta gris en la mano.

–Es mía –dijo–. Supongo que te servirá como camisón. Al fondo del pasillo a la izquierda está el baño, por si quieres cambiarte allí.

Seguí su indicación y entré en el baño acompañada de mi móvil. Me deshice del vestido negro en dos segundos y lo cambié por la camiseta, aspirando el suave aroma del suavizante. Como era de esperar, me quedaba casi por las rodillas.

Sentada en la taza del váter, busqué el resto de fotos de la fiesta de Paulo. Pasé rápidamente aquellas que no me interesaban, y me detuve demasiado tiempo en las que salían mis amigos. Vi a mi hermano en un par de ellas, posando junto a Nora con una cerveza en la mano. Estaba sonriendo y tenía las mejillas coloradas.

Quedaban dos fotos en el álbum. La siguiente era de Paulo. Alguien había escrito «dueño del bar» en un trozo de cartón, y posaba sonriente sosteniéndolo entre las manos.

La última también era de él, aunque en este caso lo que tenía entre las manos eran las caderas de la chica rubia de su foto de perfil. Tenía la cabeza apoyada en su hombro, y la miraba diciéndole algo aparentemente gracioso, ya que la chica parecía estar riendo a carcajadas.

Me saltó la notificación de que la página del bar había añadido una foto más. Paulo y la chica estaban en la misma postura que en la foto



anterior, pero en esta se besaban. Miré la imagen casi sin parpadear hasta que una nueva llamada de Spider la hizo desaparecer. La rechacé y volví al salón.

Nico también se había puesto cómodo. Había cambiado la camisa y los vaqueros por un pantalón de chándal negro y una camiseta de tirantes blanca. Me senté a su lado, quizás más cerca de lo que debería haberlo hecho, y le toqué los tatuajes del hombro con el dedo.

–Me gusta este –dije, dibujando con la yema las complicadas líneas que constituían una figura de origen maorí–. ¿Te dolió mucho?

–A ratos –contestó con voz ronca, atento a mi dedo sobre su piel.

–Ah. ¿Y este? –Posé mi mano sobre su pectoral derecho, sintiendo la suavidad del algodón de su camiseta bajo ella–. ¿Te dolió?

–Ese dolió más –susurró, y tragó saliva.

Por un momento, la mirada de Nico me nubló la mente. Después de todo lo que había pasado aquella noche, una parte de mi anhelaba sentirse querida, deseada. Eso, mezclado con el alcohol, hizo que me inclinara hacia él inconscientemente, y Nico hizo lo propio. Rozó mis labios con los suyos y acto seguido se los mordió, como si los castigara. Me percaté del gesto, y sin ni siquiera pensar en lo que hacía, cubrí su boca con la mía.

Se sorprendió al principio, pero le duró poco. Me agarró la nuca con la mano y me devolvió el beso con urgencia, lo que hizo que me diera un latigazo de dolor en el labio herido. Di un respingo y él se separó de mí, sonrojado, disculpándose en voz baja. Le dije que no se preocupara y me preparé para retomar lo que habíamos dejado a medias, pero él se inclinó hacia atrás.

–No deberíamos estar haciendo esto –exhaló, y se frotó la cara–. Spider es mi amigo, joder.

–¿Qué demonios importa Spider ahora? Nico... –Le toqué la cara y él apartó la mirada. Sabía reconocer una causa perdida cuando la veía, así que me alejé de él–. Está bien, como quieras.

–En el fondo tú no quieres hacer esto, Olivia –dijo él–. Entiendo que estés vulnerable ahora mismo, pero es a él a quien querrías besar, no a mí. ¿Me equivoco?

–Totalmente. Pero si quieres seguir con tu teoría de que Spider y yo estamos locos el uno por el otro, adelante.

Recogí mis zapatos del suelo y puse rumbo al cuarto de baño. La cara que me devolvió el espejo me horrorizó. Tenía el labio hinchado, el maquillaje había comenzado a hacer pliegues y mi pelo ya no estaba cuidadosamente ondulado, sino que directamente estaba enmarañado. No sabía quién era aquella chica, pero no era yo.

Necesitaba salir de allí lo antes posible, así que busqué el número de la compañía de taxis de en Google y llamé a uno mientras me volvía a enfundar el vestido negro. Después de intentar arreglar el desastre que era mi pelo, y tras aceptar que era imposible, volví al salón y recogí mi bolso.

Nico seguía sentado en el sofá. Tenía la mirada ausente y se acariciaba los labios con los dedos, pensativo. El ruido de los tacones sobre el parqué lo sacó de su ensimismamiento y, al verme andar hacia la puerta principal, se levantó como un resorte.

–Olivia, no tienes por qué irte. –Posó la mano sobre la puerta, impidiendo que la abriera–. Siento si te he hecho sentir mal, pero tienes que entender que...

–Para de hablar, Nico –le corté–. Esto no tiene nada que ver contigo ni con Spider. Tiene que ver conmigo, única y exclusivamente. Así que te agradecería que me dejaras salir.

Tras meditarlo unos segundos, se apartó y cogió las llaves del coche de un bol que había junto a la entrada.

–He llamado a un taxi. No tienes que llevarme.

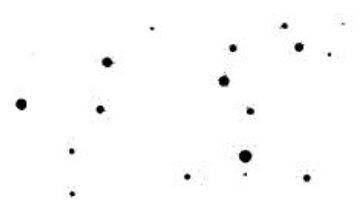
–Deja que lo haga –pidió–. No me gusta la idea de que andes sola por ahí a estas horas.

–Sé cuidarme. Además, has bebido y no puedes conducir en este estado. –Abrí la puerta y salí al descansillo–. Pero gracias de todas formas.

El taxi aún no había llegado cuando bajé, así que paseé a un lado y a otro de la calle mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Aquello había sido un error, todo lo había sido; no tendría que haber aceptado la oferta de mi madre. Hubiera sido mejor quedarme en casa, viendo películas con mi abuelo, cocinando con mi padre y discutiendo con mi hermano. Con ellos

me sentía arropada y querida, pero allí... Nunca me había sentido tan sola en mi vida.

Estaba llorando cuando me monté en el taxi y le di al conductor la dirección de casa de mi madre.



## 13

Cuando puse un pie en el jardín, Panda salió de su caseta a recibirme. Me extrañó que no intentara convencerme de que jugara con él, sino que, en vez de eso, se limitó a observarme y a mover el rabo. Le acaricié la cabeza y entré en la casa, dejando que él también lo hiciera. No quería dormir sola aquella noche y me daba la sensación de que a él no le importaba hacerme compañía.

Panda se percató de la presencia de Spider antes que yo. Salió disparado hacia la cocina, donde estaban todas las luces apagadas, y frenó justo delante de donde intuía que estaba la mesa. Encendí la luz de la entrada, eché la llave, me quité los zapatos y me dispuse a subir las escaleras. Oí el molesto sonido de las patas de aluminio arrastrándose sobre las losas y me puse en tensión, esperando el momento en el que Spider se colocara a mi lado y me tocara.

Lo hizo. Noté su mano en mi antebrazo y con un rápido movimiento me deshice de él y eché a correr hacia la planta de arriba. Cerré la puerta de mi habitación de un portazo, pero apenas pasaron unos segundos hasta que él la volvió a abrir.

–Fuera de aquí –le espeté, de espaldas a su cuerpo–. Quiero dormir.

–Deja que al menos vea cómo tienes el labio.

–Lo tengo bien, déjame en paz.

–Livi...

–¡Te he dicho que no me llames así! –grité furiosa, y me giré hacia él con lágrimas en los ojos.

–Mierda, Olivia –susurró, con la mirada puesta en mi boca–. Lo siento mucho, de verdad, es todo culpa mía...

–La culpa es de ese desgraciado que no sabe beber ni tener las manos quietas. Tú no tienes nada que ver.

–Sí tengo que ver, porque tendría que haber estado a tu lado como te prometí. No debería haber dejado que Camila...

Su voz se fue apagando. La figura desnuda de la chica morena volvió a mi mente, esta vez con un nombre flotando sobre su melena negra. Cerré los ojos fuertemente para desterrar a Camila de mis recuerdos.

–No sé qué idea tienes en la cabeza –comencé a decir, con la voz más fría que pude producir–, pero no soy tu responsabilidad, Spider. Sé cuidarme sola. Pregúntale a Nico si no me crees.

–Ha llamado antes de que vinieras. Me ha pedido que lo avisara cuando llegaras.

–Pues ya puedes hacerlo. Déjame tranquila de una vez.

No se fue. Se quedó allí, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared, taladrándome con aquellos ojos que me deshacían y desquiciaban a partes iguales. Me giré hacia la cama y saqué el móvil del bolso.

En aquel punto podía afirmar que era masoquista. El dolor de cabeza me estaba matando, me palpitaba el labio, estaba triste y abatida, me sentía sola... Y, aun así, no pude evitar volver a entrar en el Facebook para darme de bruces con la realidad. Paulo había seguido posando con aquella chica. La besaba, la cogía por la cintura, le pasaba el brazo por los hombros, incluso le rozaba la punta de la nariz con la suya, justo como solía hacer conmigo.

Tiré el móvil sobre la cama con furia, y me sequé las silenciosas lágrimas que habían vuelto a aparecer. Sabía que Spider seguía allí, pero sentía una necesidad imperiosa de deshacerme de aquel vestido y quemarlo. No quería ponérmelo nunca más.

Me quedé en ropa interior en dos segundos, destapé la cama y me metí en ella, siempre de espaldas a aquella molesta presencia que seguía reacia a marcharse. Noté cómo el colchón cedía a mi lado y el tacto de su mano en mi pierna.

–Solo quiero que sepas que me alegro de que decidieras venir este verano y de que entraras en mi vida. –La sábana que separaba su piel de la mía estaba a punto de entrar en combustión–. Estaré en la habitación de al lado, por si me necesitas.

Aceptó mi silencio por respuesta y se marchó. Panda acudió unos minutos más tarde para subirse a la cama y acurrucarse a mi lado, con su frío hocico apoyado en mi mano.

–No te lo tomes a mal, Panda, pero creo que yo sí que hubiera preferido no conoceros.

El animal se irguió y ladeó la cabeza, confuso. Posé la mano sobre su lomo y lo acaricié hasta que volvió a tumbarse sobre mí.

Después de aquella noche tan larga, agradecí finalizarla acurrucada junto a él.

Solo había dormido dos horas cuando abrí los ojos, sobresaltada. Me había parecido oír un ruido en la lejanía, pero al ver la tranquilidad con la que Panda seguía roncando, supuse que habría sido producto de mi imaginación; una de esas veces en las que confundes sueño con realidad.

Me apreté de nuevo al perro, dispuesta a retomar el descanso por donde lo había dejado, hasta que una lejana melodía resonó en el silencio nocturno. Con cuidado de no molestar a Panda, salí de la cama y me puse algo de ropa antes de asomarme al balcón de la habitación.

Spider estaba sentado en una hamaca del jardín. Entre sus manos sostenía una guitarra, de la que arrancaba acordes con una facilidad que jamás habría imaginado que tenía. Desde aquella distancia no podía oírlo demasiado bien, pero atisé un leve movimiento de sus labios. Estaba cantando.

Hechizada por aquel débil soniquete, como si él fuera el flautista de Hamelín y yo un simple roedor, bajé al salón y abrí la puerta corredera que daba a la piscina. Lo hice lo más silenciosamente que pude para no delatar mi presencia. Quería escucharle cantar sin que él supiera que lo estaba haciendo.

A pesar de estar iluminado solo por la tenue luz que emanaban los focos de la piscina, pude atisbar cómo se movían los músculos de su espalda al tocar el instrumento. De repente, un murmullo melodioso y suave se coló en mis oídos y se extendió por mi cabeza.

Cuando Spider hablaba, tenía una voz grave, de esas que reverberan en tu interior y te sacuden de cabeza a pies. A veces se tornaba rasposa, como si estuviera recuperándose de una ronquera constantemente. Pero cuando cantaba, la arena de su garganta se transformaba en seda, dando paso al sonido más hipnótico que había oído en mi vida. Paraba de tocar de vez en cuando, anotando cosas en un cuaderno que tenía a su lado, pero enseguida volvía a lo suyo. Fue en una de esas pausas cuando se percató de mi presencia y soltó la guitarra sobre la hamaca como si de repente quemara.

–No dejes de hacerlo –le rogué, acercándome a él–. Es precioso.

–Es un desastre –se lamentó, frotándose los ojos vigorosamente–. No consigo sacar nada que valga la pena.

–Por lo que he podido oír, me ha parecido todo lo contrario. –Rocé el mástil de la guitarra–. ¿Me cantas algo?

–Ni de coña.

–Por favor.

Mi abuela solía cantar, pero le daba vergüenza hacerlo en público, así que lo hacía cuando creía que nadie la escuchaba. Aunque a veces, cuando yo estaba triste, hacía una excepción y cantábamos las canciones de Mary Poppins a dúo. Era divertido. Nos paseábamos por la casa bailando e intentando llegar a notas imposibles mientras nos vestíamos con lo que nos encontráramos por el camino. Un día, mi abuelo llegó a casa y nos encontró enjoradas hasta los codos y danzando mientras agitábamos dos boas de plumas que mi abuela guardaba en el armario de cuando se disfrazaba en carnavales de joven.

Lógicamente, su voz era muy distinta a la de Spider. Ella tenía la voz radicalmente más aguda y además no cantaba especialmente bien, aunque podía seguir una melodía sin problema. Al pensar en ello, no pude evitar recordarla en aquella cama de hospital, delgada como un pajarillo, con ojeras bajo los ojos, agujas por todas partes y, aun así, cantando en voz baja. Susurraba las palabras para sí misma, y a veces, si estaba mi abuelo a su

lado, le cogía la mano y también se las cantaba a él, que se esforzaba por seguirla.

Spider me sacó del trance cuando comenzó a tocar. La melodía era preciosa por sí sola, pero cuando comenzó a cantar se convirtió en algo mágico. La letra de «*Wonderwall*», de Oasis, salió de sus labios transformada en un hipnótico sonido que me tuvo embobada desde la primera nota. Cuando terminó, le pedí que me cantara algo más, pero él se limitó a negar con la cabeza.

–¿Es a esto a lo que te dedicas? –pregunté, recordando que no sabía nada sobre él.

–Hubo un tiempo en que esa era la idea, pero pude comprobar en mis carnes que el miedo escénico es real. Así que decidí tirar por otro camino y me dediqué a la física.

–¡Venga ya! –exclamé, sorprendida–. ¿En serio eres físico?

–Eso dice mi diploma –sonrió–. ¿Por qué te sorprende tanto?

–Pues no sé... Supongo que no lo aparentas –contesté, consciente de la tontería que acababa de decir.

–No estoy seguro de cómo tomarme eso –rió–. Pero sí, me gradué hace un par de años.

–¿Y trabajas en un laboratorio o algo así?

–En realidad, soy profesor. Bueno, ahora soy más bien profesor sin empleo... –Alcé una ceja y él suspiró–. Daba clases en un colegio religioso, y el director era algo... especial. El caso es que tenían que renovarme el contrato este mes, pero cuando se enteró de que mi madre era lesbiana, decidió no hacerlo. Me dijo que no quería tener relación con el hijo de ninguna bollera. –Bufó–. Hijo de puta...

–Joder, ¿en serio? Estamos en el siglo veintiuno, ya es hora de que cierta gente se deshaga de los malditos prejuicios.

–Empiezo a creer que eso no pasará nunca. ¿Sabes? Tu hermano y tú habéis tenido suerte en ese sentido. Es una putada que tu madre te abandone, sí, pero al menos no habéis tenido que pasar los peores años de la adolescencia oyendo cómo insultan a tu madre y cómo te insultan a ti por ser su hijo.



–Es una manera de verlo. Otra manera es que a ella le importaba una mierda por lo que pasáramos nosotros.

–¿Por qué habrá querido verte ahora? –preguntó él. Al principio pensé que era una pregunta retórica, pero por cómo me miró pude comprobar que estaba a la espera de una contestación.

–Porque quiere redimirse. Porque se siente mal. Porque quiere tener al menos la excusa de que lo ha intentado. Ya sabes, para repetírsela a sí misma cuando la conciencia asoma. –Me distraje arañando el áspero tejido azul de la hamaca–. La realidad es que, por mucho que se engañe, es incapaz de pasar más de cinco días viéndome la cara sin tener la necesidad de marcharse lejos. –Spider chasqueó la lengua y yo reí sardónicamente–. ¿Crees que no sé que el congreso era una excusa para irse? Pues sí, lo sé.

–Olivia...

–El congreso es una charla que dura una tarde. Lo he mirado, ¿sabes? –Él me miró con compasión–. No pasa nada, Spider, lo entiendo. Seguramente se haya arrepentido de haberme pedido que viniera y ahora no sabe cómo dar marcha atrás. Así que esperaré a que vuelva y le pediré que firme los papeles de una vez para que pueda marcharme de aquí. Nos haría un favor a las dos. –Me levanté de la hamaca y alcé los brazos por encima de la cabeza, estirándome–. Me vuelvo a la cama.

Eché a andar hacia la puerta. Tenía un pie ya en el salón cuando oí el eco de su voz retumbar en mi cabeza.

–No te vayas.

Giró la cabeza lo suficiente como para tenerme en su campo de visión y asegurarse de que lo había oído. Le dediqué una sonrisa triste, de esas que salen cuando sabes que no puedes prometer lo que te piden.

–Buenas noches, Spider.

Panda seguía roncando cuando volví a meterme en la cama y me quedé mirando al techo, como si en él estuvieran escritas las respuestas a las preguntas que rondaban por mi mente.

Cuando me desperté y miré el móvil, me sorprendió comprobar que aún era sábado. Y es que el viernes había sido tan intenso que me parecía mentira que todas esas cosas hubieran pasado en veinticuatro horas.

Aun estando en el piso de arriba, pude oler el suave aroma que desprendía el café recién hecho y me levanté de un salto. Entre las muchas cosas que me contó Lluvia cuando llegué, me dijo que en aquella casa no había cafetera. Mi cara tuvo que ser todo un poema, porque se vio obligada a darme una pésima explicación que, en general, podía resumirse en que la novia hippie de mi madre no creía en el café. Casi fueron sus palabras textuales, y estuve a punto de hiperventilar al pensar que tendría que hacer frente a todo un verano sin la cafeína trotando por mis venas.

Bajé los escalones de tres en tres, estúpidamente ilusionada ante la perspectiva de una taza humeante entre mis manos.

Spider estaba de espaldas a la puerta, aún en pijama, revoloteando alrededor de la vitrocerámica. Le vi raspar la superficie de una sartén y oí cómo maldecía en voz alta.

–¡Buenos días! –exclamó cuando me vio–. ¡Mira! ¡Estoy haciendo *crêpes*!

–Alguien está de buen humor esta mañana –observé–. ¿Me he perdido algo?

–Solo mis pensamientos, pero te los cuento ahora. Ven, siéntate. –Se acercó a la silla más cercana y la separó de la mesa–. También he hecho café.

–Lo he oído, y déjame decirte que has ganado muchos puntos en el ranking de personas favoritas de Olivia.

–¿En serio? –alzó una ceja mientras me ponía delante una taza roja enorme llena hasta los bordes.

–En serio. Ahora estás justo detrás de aquel tío que me cambió la rueda del coche. –Le di un sorbo y me regodeé en la sensación de calor que invadió mi cuerpo–. ¡Oh, joder, esto está riquísimo! Vale, ahora estás por delante de ese tío.

–Pues no sé si esta mierda me va a hacer bajar un par de puestos, porque no consigo despegar la masa de la maldita sartén. –Se desesperó y, con un bufido, tiró la espátula al fregadero–. ¿Sabes qué? Te invito a desayunar fuera, porque esto es un desastre.

–La próxima vez límitate a tostar pan de molde –reí, mientras cogía mi taza de la mesa y la suya de la encimera–. Anda, vamos a tomarnos el café en el jardín.

Hacia una mañana preciosa, aunque a lo lejos se podían vislumbrar algunas nubes que amenazaban con hacer acto de presencia en las próximas horas. Panda estaba tumbado en la hierba, dormido como un tronco. Su pelaje marrón chocolate brillaba bajo el intenso sol de finales de junio.

Me senté en una de las grandes sillas de mimbre que había en el pequeño porche. Subí las piernas y las metí bajo mi trasero, en un intento por evitar acabar con esas horribles marcas en la piel que dejaban ese tipo de asientos. Spider se sentó a mi lado, aunque solo subió una de las piernas, lo que le otorgaba una pose descuidada que hizo que me diera un vuelco el corazón. Me amonesté mentalmente por seguir reaccionando así ante el más mínimo gesto que él hiciera.

Tomé la enorme taza con las dos manos y la acuné como si fuera un bebé.

–No sabía cómo tomabas el café, así que te lo he puesto solo. Pero puedo echarte algo de leche, si quieres.

Me sorprendió el ligero nerviosismo de su voz.

–Está perfecto, gracias.

–Tiene dos de azúcar. ¿Quieres más? O a lo mejor me he pasado, no sé...

–Está perfecto –repetí–. Es justo como lo tomo. Parece que me has leído la mente. ¿De dónde has sacado la cafetera? Tenía entendido que tu madre no cree en el café, sea lo que sea lo que eso signifique.

–Eso significa que no tiene ni puta idea de cuáles son los placeres de la vida –repuso él con tal vehemencia que logró sacarme una carcajada–. En cuanto a la cafetera, la he traído de mi piso.

–¿Tienes un piso? –pregunté, sorprendida–. Pensaba que vivías aquí.

–A veces. Voy y vengo. Suelo venir en verano, un poco porque casi no veo a mi madre durante el año, pero principalmente por la piscina –sonrió–. En mi piso hace demasiado calor.

–Tu madre estará encantada de saber tus prioridades, buen hijo –bromeé–. Pero cuéntame, ¿dónde está ese piso?, ¿puedo llamarlo el Nido de la Araña?, ¿es una especie de picadero o algo así?

–Está en las afueras del pueblo, no puedes llamarlo así y no, no es un picadero. De hecho, nunca llevo a nadie. Ni siquiera paso mucho tiempo allí.

–Más vale que le des algo de uso, que le van a salir telarañas. –Levanté las cejas una y otra vez–. ¿Lo has pillado? ¡Telarañas! –me eché a reír.

–¡Vaya, sí que te hace feliz el café! Eres una persona distinta completamente.

–Has descubierto el secreto. La música amansa a las fieras y a mí me amansa el café.

Volví a sonreír y noté dolor en el labio. Me llevé los dedos a la herida y a Spider se le oscureció la mirada. Sin mediar palabra, alargó la mano y me agarró con suavidad el mentón, alzándolo hacia la luz. Me giró la cara hacia un lado y luego hacia el otro, analizando la herida con atención. Suspiró y me pasó el pulgar por el corte, con cuidado de no hacer mucha presión en él. Tragué saliva y me esforcé por actuar con naturalidad, a pesar de que era demasiado consciente del tacto de sus dedos en mi cara y de la intensidad con la que miraba. Se me encogió el estómago de una forma desconocida hasta aquel momento.

–Estoy bien –aseguré finalmente–. Es solo un corte que el cabrón ese me hizo con ese anillo tan hortera que llevaba, no es para tanto. Mira, hagamos una cosa: me echo un poco de suero y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo, ¿te parece? Aprovechemos el sábado un poco.

–De acuerdo. Pero antes tenemos que pasar por la tienda de doña Margarita. Verás, de eso quería hablarte... –Se removió en la silla–. No quiero que nos peleemos más, Olivia, y tampoco quiero que vuelvas a estar lo triste que estabas anoche. Corrígeme si me equivoco, pero me dio la impresión de que te sentías sola, y yo sé lo que es eso, así que quiero estar ahí para ti... Pero esta vez de verdad. He pensado que tal vez congeniásemos mejor si pasáramos tiempo juntos y nos conociéramos más. El café y el intento de *crêpes* era el principio de mi plan, aunque solo ha triunfado el cincuenta por ciento. Así que esta noche hago yo la cena.

Una sensación de calidez me invadió el pecho. Pensé que era parecida a la que sentí cuando le di un sorbo al café, pero esta era mucho, mucho más intensa; tanto que tuve que refrenarme para no plantarle un beso y abrazarme a él. El chico lo estaba intentando, a pesar de que casi éramos unos extraños el uno para el otro. Comprobar que Spider era consciente de mis sentimientos sin que yo tuviera que expresarlos y que aun así no pretendía irse a ninguna parte fue algo tan nuevo y especial para mí que no supe qué decir, por lo que recurrí a la broma para evitar que me lo notara.

–¿La cena? ¿En serio? ¿Pero yo qué te he hecho para que quieras castigarme así? –Fingí poner cara triste y él me lanzó el cojín que tenía a la espalda–. ¡Ay! ¡Mi labio! –Me llevé la mano a la boca y bajé la cabeza.

–¡Ay, joder, perdona! –Se abalanzó sobre mí y me acarició el pelo, preocupado–. Perdóname, no quería darte en la herida...

Alcé la cabeza, sonriente, y él soltó un impropio de tal magnitud que me hizo llorar de la risa.

–¿Sabes qué? –Se levantó de la silla–. Creo que te prefiero sin café en el cuerpo.

Insistí en conducir yo esta vez. Mi coche llevaba demasiados días sin ser arrancado, y teniendo en cuenta su pobre estado, temía que jamás volviera a hacerlo si no le daba algo de vida. Me resultó muy raro ver a

Spider sentado en el asiento del copiloto. Iba con la espalda demasiado recta y las piernas algo encogidas, ya que no habíamos sido capaces de hacer que la palanca reguladora funcionara. Había algo muy cómico en aquella postura.

–Estás ridículo –dije.

–E incómodo. Sé que le tienes cariño, pero en serio, cómprate un coche.

–¡El señor todoterreno se cree que todos estamos podridos de dinero!

–No tiene que ser caro –apostilló él–, simplemente de este siglo, nada más. ¡Este está hecho una tartana!

–*Chhhhhst* calla, que tiene oídos y si se enfada, nos deja tirados aquí en medio. Anda, deja de protestar y pon algo de música. –Señalé la guantera–. Ahí tienes el cable para conectar el reproductor mp3.

Repasó mi lista de música mientras le ponía pegas a todo. Finalmente, y no sin mostrar sorpresa, llegó a la carpeta donde guardaba a Queen, Pearl Jam, Nirvana y ACDC, entre otros.

–No me lo puedo creer –dijo, mientras sonaban las primeras notas de *Bohemian Rhapsody*–. No esperaba esto de ti.

–Pues así soy yo: impredecible. –Esperé a que llegara mi parte favorita de la canción. Cogí aire y comencé a cantar a voz en grito–. *Mamaaaaaaa, just killed a man...*

–Madre mía –musitó él–. ¡Te estás cargando un clásico! –Lo miré y seguí cantando aún más fuerte–. Está bien, ¡siguiente!

Fue el turno de *Don't stop me now*. Spider no lo sabía, pero aquella era una de mis canciones favoritas de todos los tiempos, así que volví a hacer acopio de aliento y me desgañité mientras tomaba una curva muy cerrada. Hizo el amago de pasar a la siguiente canción, pero le di un manotazo antes de que lo consiguiera.

–Regla número uno de mi coche: no se toca la radio si suena esta canción –advertí–. Es sagrada.

Vi cómo en su boca se formaban las palabras que iba a usar para rebatirme y subí el volumen aún más. Por el rabillo del ojo me percaté de cómo sacudía la cabeza y sonreía.

–¿Me vas a decir tu nombre real algún día? –pregunté mientras le observaba rebañar una tarrina de helado.

Spider había insistido en parar en una heladería para comprar un par de tarrinas, y no había necesitado decírmelo muchas veces para convencerme. Nos sentamos en las mesas que había al aire libre, en una pequeña terraza para clientes, mientras disfrutábamos de los rayos de sol.

–Tal vez. Pero hoy no es el día.

–¿Tan feo es? Porque déjame decirte que cualquier cosa es mejor que Spider. Hasta Remilgio. O Aquilino. Cualquiera.

–Es un nombre normal, Olivia –aseguró–. Simplemente me identifico más con Spider.

–Ajá... ¿Quizás porque, al igual que a las arañas, las mujeres te suelen tener fobia?

–No es eso –resopló, sonriendo–. Y que sepas que cuento esto como el segundo intento en nuestro acuerdo. Tienes tres más.

–¿Sabes qué? Dame un minuto y gasto otro. –Saqué el móvil y busqué información sobre las arañas en internet mientras relamía la cucharita de plástico, que apenas contenía ya helado–. Veamos. No creo que sea por el número de ojos, ni porque te comes a tus presas, o eso espero... –Desplacé la página hacia abajo, intentando centrarme en el texto y no en las aterradoras imágenes–. Uh, aquí hay algo interesante. «*La reproducción de las arañas es ciertamente original*» –comencé a leer–. «*Para transmitir sus espermatozoides a las hembras, los machos preparan una elaborada cama de seda en la que depositan una pequeña dosis de su esperma, al que luego envuelven y almacenan en sus pedipalpos, un par de apéndices cercanos a su boca. Una vez que ha conquistado el favor de una hembra, el macho inserta sus pedipalpos en la apertura genital de ella y libera así su esperma en su interior.*»

Spider casi escupe un poco de helado de fresa que había robado de mi tarrina. Tosió y me miró, ofendido.

–¿En serio crees que hay algo en esa información que explique mi mote?

–Eh, oye, no puedo cerrarme a nada, estoy trabajando sin pistas. Además, hay tíos a los que les gustan cosas muy raras, y quizás tengas un – miré la pantalla del móvil– pedipalpo del que no me hayas hablado.

–¿Qué coño es eso?

–¡Y yo qué sé! Tú eres el científico.

–Pues sea lo que sea, te puedo asegurar que no lo tengo. –Me señaló con la cuchara–. Y te quedan dos intentos.

–Mierda –me lamenté–. Tengo que jugar bien mis cartas, entonces.

Quiso comerse otro helado, y volvió a entrar al local a pedirlo. Yo me quedé allí sentada, concentrada en el fondo del recipiente de cartón, que ya empezaba a verse entre el color rosa del helado. De repente, alguien chistó y, cuando levanté la mirada, me encontré con una chica de pelo largo y rubio, bajita, delgada y con gafas de sol que me sonreía de oreja a oreja.

–¡Hola! –saludó alegremente–. Soy Lidia, de la fiesta, ¿te acuerdas?

–¿Te acuerdas tú? –dije a modo de broma, aunque me sorprendía que lo hiciera.

–Pues claro, tampoco estaba taaaaan borracha... Bueno, vale, un poco –admitió–. Eres Olivia, ¿verdad?

–La misma. –Iba a recordarle que para ella era Alubia, pero no lo hice–. ¿Qué tal estás?

–Pues con más resaca que el mar. Y precisamente la magnitud de un mar es lo que me he bebido en litros de agua. ¿Y tú qué tal? ¿Encontraste a Spider?

No pude evitar que el momento en el que lo encontré en la fiesta se reprodujera ante mis ojos. Volví a ver a aquella chica, que ahora sabía que se llamaba Camila, moviéndose encima de él. Sonreí, a pesar de que no estaba segura de que fuera convincente.

Estaba a punto de decirle que sí lo había encontrado cuando Spider se materializó ante nosotras.

–Ya veo que sí –dijo Lidia, sonriéndole y dándole una palmada en el hombro–. Me alegro. Ah, oye, Spider, antes de que se me olvide. –Se giró hacia él por completo y dejé de esbozar aquella sonrisa falsa automáticamente–. Camila me dijo que si te veía te dijera que tiene la noche



libre. Al parecer ha intentado llamarte, pero no le coges el teléfono. –Dijo esto último extrañada–. En fin, que yo ya te lo he dicho.

–Pues si la ves –dijo él, aunque me miraba a mí–, dile que yo no estoy libre, que he quedado para cenar. Y que ya la llamaré cuando pueda.

Lidia observó el intercambio de miradas que hubo entre nosotros con interés. Sonrió levemente y se encogió de hombros.

–Como quieras. Os dejo solos, que tengo que ir a trabajar. Olivia, un placer volver a verte. Spider –volvió a darle en el hombro–, si te sirve de algo mi opinión, te diré que por fin has elegido bien. Ella me gusta más. ¡Nos vemos, pareja!

Me guiñó un ojo y se fue, despidiéndose con la mano hasta que la perdimos de vista. Bajé la cabeza hacia el charco rosado en el que se había convertido mi helado.

–Es genial, ¿no te parece? –preguntó Spider, y tardé un poco en entender que se refería a Lidia.

–No la conozco mucho, pero me da la impresión de que lo es. –Me volví hacia él, intentando mantenerme serena mientras miraba su cara–. Oye, si quieres quedar con esa chica esta noche, hazlo. No quiero joderte los planes.

–No quiero quedar con ella –me aseguró con gesto serio–. Quiero cenar contigo.

–Te lo decía porque os vi en la fiesta, ya sabes... –Me sonrojé–. A ver, que no es asunto mío, pero que lo que harías con ella es más divertido que lo que vas a hacer conmigo, y entendería que quisieras cancelar los planes.

–No, y no quiero hablar más del tema. He conseguido por fin que bajes la guardia conmigo y no voy a arriesgarme a arruinarlo.

–Dime una cosa. –Coloqué la barbilla sobre las manos–. ¿Somos amigos?

–Si tú quieres, sí.

–Entonces háblame de ella.

No sabía por qué le había pedido aquello. Mentiría si dijera que no tenía curiosidad por saber qué papel jugaba aquella morena en su vida, sobre todo después de la sorpresa de Lidia al saber que él no le contestaba

las llamadas. Pero también mentiría si dijera que Spider no me provocaba unos nervios demenciales cada vez que se acercaba a mí, o que no me había preguntado nunca a qué sabrían sus labios o cómo sería tocarle y que él me tocara. A pesar de que habíamos convivido poco tiempo, existía una atracción entre los dos que ninguno podíamos negar, pero que aún no estábamos listos para admitir. Por eso me maldije mentalmente cuando le pedí que me hablara de Camila; porque no sabía si podría disimular los celos irracionales que sus palabras podían llegar a despertar.

Él me miró durante un largo rato, sopesando qué debía hacer. Estaba segura de que, por una parte, temía que yo interpretara una negativa como una muestra de que, en realidad, no éramos amigos. Pero por otro, no quería confesarme lo que fuera que aquella mujer había sido o era en su vida.

–Camila no es mi novia, si es eso lo que piensas –dijo finalmente–. Quiero que quede claro, porque es importante para mí separar el lado sentimental del físico en esta historia.

–Anotado queda.

–Bien. –Tragó saliva y desvió la mirada al comenzar a recordar–. Camila y yo nos conocimos en el instituto. Era mi último año cuando me mudé al pueblo con mi madre, y no conocía a nadie de mi edad. Ella era la típica chica popular que hay en todos sitios. Ya sabes, todos los chicos querían acostarse con ella y todas las chicas querían ser ella. Fue la primera que se acercó a mí después de clase, y ese fue mi billete a la vida social en el instituto. A pesar de la imagen de perfección que se esforzaba por aparentar, Camila tenía serios problemas en casa. Obviamente, yo la entendía, y eso sirvió para que nos acercáramos... Hasta que una noche nos acercamos demasiado. Ella vino a buscarme llorando después de tener un altercado con su padre. Yo acababa de presenciar por primera vez cómo tu madre y la mía se enrollaban. Sabía que lo hacían, pero verlo era otra cosa. Así que Camila y yo encontramos refugio el uno en el otro. Me besó, o yo la besé, no lo sé... Pero al minuto siguiente estábamos desnudos. –Volvió a mirarme y deseé que no lo hubiera hecho. Pude ver en sus ojos el cariño que le tenía a aquella chica–. Fue la primera vez que nos acostamos. La primera de muchas. Siempre supimos que no queríamos ser más que eso: amigos que se acuestan. Así que aún hoy, cuando nos vemos, acabamos sucumbiendo a la costumbre y a la familiaridad entre nosotros. Eso fue lo que viste en la fiesta.

Spider se quedó callado, observándome, esperando que yo dijera algo. Pero ¿qué le podía decir yo? Que lo entendía perfectamente. Que yo había sido esa chica toda mi vida. Que ambos teníamos en común el haber buscado en el sexo lo que no encontrábamos en nuestro corazón.

–Así que, en resumidas cuentas, Camila es tu Paulo –concluí–. Alguien con quien te acuestas para distraerte cuando las cosas duelen demasiado y no puedes lidiar con ellas. Alguien que te proporciona un alivio que, aunque pasajero, es mejor que comerte la cabeza las veinticuatro horas y hundirte en la miseria.

–Es exactamente eso. –Le brillaron los ojos–. No sabes la de veces que he querido quererla. Si lo hiciera, todo sería más fácil, pero no es así. Le tengo aprecio, entiéndeme, pero como amiga.

–¿Puedo darte un consejo? –No asintió, pero por su gesto entendí que lo esperaba–. Si tú lo tienes claro, perfecto. Pero asegúrate de que ella piensa igual que tú, porque puede ser que un día te levantes junto a ella y te diga que quiere algo más. Y puede que te lo plantees, porque tú mismo lo has dicho, así todo sería más fácil... Pero no lo harás. Le dirás que no. Porque no la quieres. Y entonces tendrás que pasar por el mal trago de decírselo a ella, a esa persona que ha estado ahí en tus malos momentos y los ha hecho mejores. Le dolerá; lo verás en sus ojos. Y te odiarás por ello.

No fui consciente de la intensidad de mis palabras hasta que las solté y me percaté de que el gesto de Spider era de preocupación. Suspiré, pasándome la mano por el pelo.

–Que quizás no te pase –me apresuré a añadir–, pero creo que merece la pena asegurarse. Por si las moscas.

Spider seguía empeñado en hacerme la cena aquella noche, así que fuimos a comprar los ingredientes que necesitaba para hacer ese plato secreto que se negaba a decirme.

Cuando entramos en la pequeña tienda, no fue la señora Margarita la que nos recibió tras el mostrador. Nico tenía puesto un delantal azul con un gran bolsillo en el centro donde guardaba una libreta que sobresalía un poco. Su gran altura hacía que diera la sensación de estar comprando en el supermercado de los Pitufos.

Alzó la vista cuando oyó la campanilla que delataba la entrada de un nuevo cliente. Vio primero a Spider, pero apenas le hizo caso cuando posó sus ojos en mí. Rodeó el mostrador rápidamente y se acercó, con su atención fija en mi boca.

–Estoy bien –repetí por segunda vez aquel día–. No hace falta que pongas esa cara de angustia.

–¿Por qué no me has llamado? –preguntó con un tinte de reproche–. Estaba preocupado por ti.

–Pensé que Spider lo habría hecho.

–Sí, lo hizo, pero no es lo mismo. –Se giró hacia él–. Hola, por cierto.

–Vaya, por fin. Empezaba a pensar que habías perdido los modales que con tanto esfuerzo te inculcó tu abuela. –Lo dijo en broma, pero el tono serio no le acompañó–. Voy a coger lo que necesito. Olivia, no mires.

Lo vi perderse por el pasillo donde estaba el tomate frito. Nico carraspeó y me volví de nuevo hacia él.

–Ya te he dicho que lo siento –volví a decir, ante el gesto contrariado que presentaba–. Además, no ha pasado ni un día desde que nos vimos. No es como para estar enfadado.

–No estoy enfadado, estaba preocupado. Pero ahora que sé que estás bien, supongo que puedo dejar de estarlo. –Sonrió de medio lado–. Veo que Spider y tú volvéis a hablaros. ¿Habéis arreglado las cosas?

–Pues en realidad sí. He mirado las cosas con perspectiva y me he dado cuenta de que podemos ser grandes amigos si dejamos de lado nuestras tonterías. Y lo mismo digo de ti. Si quieres, claro.

–Por supuesto que quiero ser tu amigo –susurró. Miró a su alrededor, asegurándose de que Spider no nos oía, antes de seguir hablando en voz baja–. Me gustas, Olivia. Desde que te vi. Eres preciosa. –Me hizo gracia comprobar que se ruborizó ligeramente–. Pero estoy segurísimo de que Spider está loco por ti. Lo conozco desde hace mucho tiempo y nunca le he visto mirar a nadie de la forma en que te mira cuando tú no te das cuenta. –Dio un paso hacia mí y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con dulzura–. Es la única razón por la que pararía de besarte. Y quizás me pase la vida preguntándome cómo sería estar contigo... Pero mi colega va antes que nadie. Quería decírtelo porque no quiero que pienses lo que no es.

Había colocado la palma de su mano en mi mejilla, y dado lo enorme que era, casi me abarcaba la mitad de la cara. Le sonreí, agradecida por sus palabras, y coloqué mi mano en el dorso de la suya.

–Tenías razón, Nico. Lo de anoche no habría sido una buena idea, y ahora lo sé. Pero si quieres podemos empezar de cero como amigos. ¿Te parece?

–Me parece –sonrió.

Ninguno oímos a Spider hasta que lo tuvimos a escasos centímetros de distancia. Nos miraba con expresión sombría, analizando nuestras posturas. Casi podía oír cómo los engranajes de su mente se movían al calcular en milímetros la distancia que nos separaba a su amigo y a mí.

Bajé la mano y Nico hizo lo propio, aunque él tenía la expresión de haber sido pillado haciendo algo terrible. La tensión entre ellos se acrecentaba por momentos, y supe que tenía que romperla de un modo u otro.

–Nico se estaba interesando por mi boca –intenté aclarar torpemente.

–Sí, eso he visto, que le interesaba mucho. –Le lanzó una mirada acusadora–. ¿No es así, amigo?

–Le preguntaba por su herida –explicó Nico serenamente–. Yo estaba allí cuando aquel tío le dio la bofetada y sé lo mucho que le dolía, por eso me estaba interesando.

Dijo aquello como si quisiera reprocharle el hecho de que él no estaba a mi lado cuando tuvo lugar la agresión. A pesar de que estaba segura de que le importaba mucho su amigo, Nico parecía dispuesto a lanzar dardos envenenados a un Spider que sostenía la cesta de la compra con tanta fuerza que parecía que iba a partir el asa en dos. Tras la explicación que me había dado sobre por qué no pasó nada más entre nosotros, no entendí aquel tono.

–Es cierto, no estuve, si es eso lo que pretendes echarme en cara. Si hubiera estado, no habría dejado que aquel tío se fuera de rositas. Y cóbrame, anda, que estamos perdiendo el tiempo.

Nico se metió de nuevo tras el mostrador y ajustó la cuenta de los productos que Spider iba sacando de la cesta. Se miraban fijamente, como si estuvieran teniendo una especie de conversación telepática de la que yo no formaba parte. Una vez hubieron terminado, Spider le tendió un billete y le pidió que se quedara con el cambio.

–Podemos irnos ya –me dijo, dirigiéndose hacia la puerta sin ni siquiera despedirse de su amigo.

Observé a ambos, erguidos como dos gallos de pelea, y no pude aguantarlo más.

–¿Queréis dejaros que gilipollecéis? –grité, con los brazos en jarras–. No sé qué tipo de ritual de machos es éste, pero se acaba aquí y ahora. Tú –me dirigí hacia Spider–. Nico ahora también es mi amigo y vas a tener que acostumbrarte a vernos cerca el uno del otro. Y tú –me volví hacia el mostrador–. Deja de reprochar cosas que no son de tu incumbencia. Él no es mi guardaespaldas, y no puedes culparlo de no estar a mi lado todo el tiempo. Y finalmente esto va para ambos, ¡no soy vuestro puto problema!

Airada, salí de la tienda dejando atrás a los dos chicos totalmente anonadados por mi reacción. Desde el coche, pude ver con satisfacción

cómo ambos se daban la mano, dispuestos a firmar la paz que nunca debió desaparecer entre ellos.

Me pasé aquella tarde trabajando y hablando con mis amigos por Skype. Eli y Joan estaban juntos en casa de éste último, y fueron los primeros en llamarme. Me contaron las pocas novedades que había en su vida y luego me comentaron lo preocupados que estaban por un reciente cambio de actitud en Nora. Según me dijeron, se comportaba de un modo extraño, como si hubiera algo que quisiera contarles y en el último momento se arrepintiera. Les prometí que hablaría con ella.

Esperé que me dijeran algo de la fiesta de Paulo, pero ninguno se atrevió a hacerlo, temerosos sin duda de que no me sentaran bien las noticias. Tampoco lo hizo Oliver cuando lo llamé. Acababa de llegar a casa de una cita con una chica misteriosa de la que no me dijo ni el nombre. Por lo que me contó, aquella podría ser la definitiva, y no quería fastidiarla dando datos antes de lo debido. No estuvimos mucho rato hablando, porque había prometido a su sobrina que la llevaría al cine y llegaba tarde. Daniel, por su parte, no contestó mi llamada. Segundos más tarde, me envió un mensaje diciéndome que había tenido que acudir a una reunión urgente con un cliente y que me llamaría luego.

Nora, por último, fue otro cantar. Me costó horrores contactar con ella y, cuando lo hice, me recibió con gesto nervioso y deseosa de terminar aquella conversación cuanto antes.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté, preocupada—. Eli y Joan me han dicho que estás rarísima, y francamente, les doy la razón. ¿Te encuentras bien?



–Muy bien. No me pasa nada, solo es que no estoy pasando por un buen momento... Pero ya sabes que se me pasará –se apresuró a añadir–, no te preocupes.

–Cariño, si necesitas hablar o lo que sea, dímelo. Lo que te dije sigue en pie. Solo tengo que recoger mis cosas y montarme en el coche.

–¡No! –exclamó–. No hace falta, de verdad. Como ya te he dicho, se me pasará. –Se pasó los dedos por el pelo, nerviosa, y cambió de tema–. Quería comentarte algo sobre Paulo, Olivia.

–Si me vas a contar que está con alguien, te lo puedes ahorrar. Ya he visto las fotos en Facebook.

–¿Hay fotos en Facebook? –preguntó, preocupada

–¿No las has visto? –me extrañé–. Si tú eres la reina de las redes sociales... ¿Pasó algo en la fiesta, Nora? Porque de verdad que estás rara de cojones.

–Olivia, por favor, para ya. –Resopló–. Mira, tengo que colgar. Hay una columna nueva que me ronda la cabeza y no se va a escribir sola. ¿Tú estás bien? –añadió, al darse cuenta de que no me había preguntado–. ¿Cómo te va con el tal Spider?

–Pues bien. El chico está resultando ser un encanto –contesté, sonriendo muy a mi pesar.

–Oh, oh. –Alzó las cejas–. Esa sonrisa significa que tú y yo tenemos una conversación pendiente. Pero en serio, tengo que irme. ¿Hablamos mañana?

–Hecho. Te quiero, fea.

–Y yo a ti, monstruo.

Acababa de cerrar la tapa del ordenador cuando Spider entró en mi habitación. Como de costumbre, ni siquiera le oí llegar. Me dio un golpecito en el hombro y di un respingo.

–Un pregonero que te anuncie, tío –propuse–. Si no quieres ni cencerro ni cascabel, al menos eso.

–Pues mira, así crearía puestos de trabajo, que no hay muchos con esta economía –reflexionó con sorna–. Venía a avisarte de que voy a empezar a

cocinar, así que, si todo va bien y no quemo la casa hasta los cimientos, la cena estará lista en un par de horas.

–Estupendo. ¿Vas a decirme ya qué hay en el menú?

–En absoluto. Pero podrías descubrirlo tú misma si decidieras bajar a la cocina y sentarte allí a hacer lo que estés haciendo... –Miró el escritorio–. Que es nada, por lo que veo.

–Acabo de terminar unas videoconferencias súper importantes.

–Ajá, con Tokio, seguro –se burló–. Bueno, te veo abajo, que necesito todo el tiempo que pueda conseguir. Me siento como en un programa de cocina de la tele, creando platos bajo presión.

–Tómate todo el tiempo que necesites, pero por favor, que salga algo comestible.

–Hay cosas que van más allá de mi control, Olivia –dramatizó, mirándome desde el umbral de la puerta–. Pero te prometo que lo intentaré.

Le oí bajar la escalera dando saltos y sacudí la cabeza con una sonrisa tonta en los labios, mirando aún el lugar donde había estado hace unos segundos.

Decidí aceptar su proposición y bajar a la cocina para hacerle compañía. Pensaba dibujar un par de ideas que tenía en mente para la nueva línea de camisetas, y eso lo podía hacer allí perfectamente. Pero antes de hacerlo, cogí mi móvil y marqué el número de mi hermano. Solo me sabía los primeros tres números, pero su nombre enseguida apareció en la pantalla. Era el único en mi agenda cuyo teléfono comenzaba con esa combinación.

Descolgó al cuarto tono.

–¡Hombre! –Su voz sonó con eco, por lo que supuse que estaba en la cocina del restaurante–. ¡Por fin te dignas a llamarme! ¿Qué tal estás?

–Estoy bien. Echándoos de menos, claro, pero mejor de lo que pensaba.

–Hum. ¿Y eso tiene que ver con un muchacho que se hace llamar Spider?

–Eso tiene que ver con que estoy tomándome las cosas de otra manera –corregí–. ¿Y tú cómo sabes quién es Spider?

–No lo sé, pero Nora me comentó algo sobre él anoche en la fiesta de tu ex. Buena fiesta, por cierto, aunque casi le parto la nariz por segunda vez al bastardo. ¿Sabes que está con otra? El cabrón. ¿Por eso es por lo que lo dejaste? ¿Porque te puso los cuernos? Puedes decírmelo, no va a alterar las ganas que ya tengo de partirle la cara.

–Relájate, que te estás montando películas. Lo que pasó fue que él me dijo que quería una relación seria y yo le dije que no, así que cortamos por lo sano. Si Paulo está con otra persona, me alegro. –Volví a esperar el pellizco en el estómago que sentía cada vez que hablaba de él, pero siguió sin llegar–. Es un buen chico, se lo merece.

–Ya, bueno, no diría tanto, pero vale. Oye, no quiero preguntártelo, pero tengo que hacerlo. ¿Qué tal con Gabriela?

Me sorprendió que la llamara por su nombre de pila. Hacía años que no la llamaba mamá, pero siempre usaba su gran imaginación para inventar términos despectivos que denotaran el rencor que sentía hacia ella.

–Si te digo la verdad, bien, pero es básicamente porque casi no nos hemos visto. Ella trabaja y su novia también, y yo me paso todo el rato que están en casa encerrada en mi dormitorio. Y para colmo, este fin de semana se han ido a lo que me dijo que era un congreso que duraba todo el fin de semana, pero que en realidad era una charla de una tarde.

–¿En serio? Será hija de...

–Para mí es mejor –le interrumpí antes de que terminara el insulto–. Estoy disfrutando del pueblo y conociendo a la gente. Anoche incluso fui a una fiesta. No estuve mucho rato, pero bueno. –Estuve a punto de contarle mi encontronazo con aquel imbécil, pero no quería preocuparle–. Hay gente interesante por aquí.

–Te refieres al tal Spider, ¿no? Olivia, no quiero darte la charla, pero quizás no sea el chico más idóneo para encapricharse.

–No me he encaprichado de nadie, Alex. Estamos intentando ser amigos, solo eso.

–¿Te parece atractivo? –me preguntó de repente.

–No voy a hablar de chicos contigo, hermano mayor.

–Eso en tu lenguaje es un sí. –Suspiró sonoramente–. Haz lo que quieras, pero ten cuidado, ¿vale? No quiero tenerte de vuelta con los papeles firmados en una mano si vas a traer el corazón roto en la otra.

–Te prometo que tendré cuidado –dije, consciente de que quizás no pudiera mantener esa promesa–. Pero gracias por preocuparte.

–Me sale solo. Viene de serie con los genes, creo. Oye, Livi, empiezo a estar un poco liado por aquí, ¿hablamos luego?

–Hablamos mañana, mejor. Yo te llamo. Dale un beso a papá y al abuelo de mi parte, y dile que los quiero.

–Eso está hecho. Hasta luego, hermana. –Me separé el teléfono de la oreja y me dispuse a colgar cuando oí su voz a lo lejos–. ¡Oye, Livi! ¡Espera! ¿Sabes algo de Nora?

–¿De Nora? –repetí, extrañada. Mi hermano y ella no eran lo que se dice amigos, así que aquel repentino interés me reafirmó en mi teoría de que algo había le había pasado a mi amiga en aquella fiesta–. Pues he hablado con ella antes y estaba... ¿Bien? No sé, la verdad es que estaba rara, pero no me ha dicho el por qué. ¿Tú sabes algo?

–Nada de nada, simplemente preguntaba porque me dijo que quizás reservara en el restaurante para celebrar una cena con amigos, pero no me ha confirmado nada. Estará ocupada... Igual que yo. Te dejo, ¡hasta mañana!

Me quedé perpleja con el teléfono aún en la mano. Mi hermano me estaba mintiendo. No se me ocurrían motivos para ello, desde luego, pero estaba segura de que algo estaba pasando en la vida de Nora y me dolió saber que no confiaba lo suficiente en mi como para contármelo.

Spider era un desastre cocinando. Había impreso una receta y la estaba siguiendo a pies juntillas, pero ni con instrucciones se aclaraba. Iba de aquí para allá, trasteando en los armarios y maldiciendo entre dientes cuando algo no le salía bien.

Yo observaba la escena desde la mesa de la cocina, con la barbilla apoyada en las manos. Había dejado de diseñar logos hacía un rato para dedicarme a comenzar un retrato suyo. Las caras nunca habían sido lo mío,

pero aun así contemple con satisfacción cómo había logrado captar la expresión y brillo de sus ojos perfectamente. Él estaba demasiado ocupado como para percatarse de que lo miraba cada dos por tres. Aunque lo hacía con la excusa de terminar el dibujo, lo cierto es que me gustaba estudiarlo cuando él no se daba cuenta.

Descubrí que arrugaba la nariz cuando estaba concentrado, que a veces movía los labios al leer, aunque no emitía ningún sonido, y que canturreaba siempre la misma melodía. No pude identificarla con seguridad, pero sabía que la había oído en alguna parte.

Después de casi una hora, metió lo que parecía un pastel de carne en el horno, se sentó en una silla y respiró aliviado. Todavía llevaba en el hombro el paño de cocina que había usado para secarse las manos.

–Siento un profundo respeto por tu familia. Cocinar es horrible. No puedo imaginar cómo tiene que ser dedicarse a ello.

–Para ellos es algo natural. Tienen un don, les gusta y han aprendido desde pequeños, así que no sufren cada vez que tienen que cortar un pimiento, como te pasa a ti.

–Joder, ¡es que tenía mil semillas! –alegó, desesperado, y yo reí–. Bueno, el caso es que ya he terminado. Ahora solo queda esperar que salga bien. ¿Qué estás dibujando?

Alargó la mano para coger el bloc de dibujo. Cuando me di cuenta, intenté impedirselo, pero él fue más rápido. Analizó el dibujo de su rostro con una mezcla de sorpresa e interés.

–Eres muy buena –dijo finalmente–. Aunque he de decirte que me has hecho más guapo de lo que soy.

–Es un dibujo realista, Spider. –Alzó las cejas y yo me sonrojé un poco–. Además, aún no está terminado.

–¿Me lo vas a regalar?

–Eso pensaba hacer, sí. En agradecimiento a tu esfuerzo por cocinar hoy. Aunque creo que voy a esperar a probar ese pastel de carne, por si no merece mi arte a cambio.

–Me parece justo. –Se levantó de la silla y se desperezó, alzando los brazos por encima de la cabeza. Me quedé clavada mirando los escasos

centímetros de la tersa piel de su estómago que se quedaron al descubierto—. Voy a darme una ducha y a adecentarme un poco. ¡Te veo aquí en media hora!

Se marchó corriendo escaleras arriba y yo me quedé allí sentada, sonriendo como una imbécil. De repente, me di cuenta de que llevaba unas pintas nada apropiadas para cenar, así que opté por subir yo también y arreglarme un poco.

Decidir qué iba a ponerme fue más difícil de lo que había pensado. A pesar de que no quería admitirlo, la perspectiva de pasar una velada con Spider me había convertido en un manojo de nervios. Durante aquella media hora fui de aquí para allá, probándome mil conjuntos hasta que me harté y recurrí de nuevo a mis vaqueros favoritos, una camiseta verde militar con espalda de nadador y unas sandalias tipo romano del mismo color. Intenté domar el nido de pájaros que era mi pelo sin éxito, así que terminé por hacerme una trenza de espiga que cayera sobre mi hombro derecho, me puse máscara de pestañas, brillo de labios y salí pitando hacia la cocina de nuevo. A mitad de camino, recordé que había dejado el retrato que le había hecho a Spider sobre mi escritorio, y deshice mis pasos hasta llegar a él. Lo observé unos segundos, analizando cada trazo para asegurarme de que no había nada que quisiera cambiar. Si hubiera tenido más tiempo podría haberlo hecho mejor, pero el resultado era aceptable. Giré el papel y le escribí una dedicatoria por la otra cara.

«*Gracias por cocinar, o al menos por intentarlo*». Fue todo lo que logré inventar. Quise terminar con algo más personal, tipo «*con cariño, Olivia*», pero decidí no hacerlo. Era demasiado pronto para sentirme cómoda profesándole ningún tipo de sentimiento.

Pensaba que íbamos a cenar en la cocina, pero Spider había preparado la mesa del comedor. Estaba sirviendo sendas copas de vino cuando me vio aparecer y sonrió de oreja a oreja, lo que hizo que el corazón me diera un vuelco. Tenía que aprender a ver aquel gesto sin que me desarmara si quería sobrevivir a aquel verano.

—Este mantel... ¿es de Navidad? —pregunté con una sonrisilla mientras observaba el estampado de renos.

—Eso creo. —Se pasó las manos por el pelo, nervioso—. He rebuscado por los cajones, pero no he encontrado otro, así que... ¡feliz Navidad! —rio.

El pastel de carne tenía una pinta horrible, pero no quise decirle nada y decidí darle una oportunidad. Por desgracia, el sabor no era mucho mejor.

–¿Qué te parece? –preguntó él con interés–. Vamos, ponme nota.

–Está bien. ¿Estamos usando una escala numérica para la nota? Y si es así –deshice el trozo de pastel con el tenedor–, ¿valen los números negativos?

Spider abrió la boca fingiendo sentirse ultrajado por mi comentario, pero no pudo mantener la farsa durante mucho tiempo. Comenzó a reírse a carcajadas tan fuertes que pude sentir cómo reverberaban en mi pecho.

–Está horrible –admitió finalmente–. Creo que esa receta que he seguido no estaba bien redactada...

–Me parece que no. Pero ¡eh!, es la primera vez que cocinas y no has quemado nada –dije para animarle–. ¡Eso es todo un logro!

–¿Significa eso que me merezco el regalo que vas a hacerme?

Me costó un poco saber de lo que hablaba, hasta que recordé que había colocado su retrato en el asiento de la silla que tenía a mi lado.

–No es mi mejor trabajo –admití mientras él examinaba el dibujo con atención.

–¿Estás de coña? ¡Está genial! –exclamó–. Tanto que voy a enmarcarlo.

–Es tuyo, así que puedes hacer con él lo que quieras. Lleva dedicatoria, por cierto.

Observé cómo giraba el papel y leía la breve frase que le había escrito. Me arrepentí de no haberle puesto algo diferente, aunque él, a juzgar por su expresión, parecía satisfecho.

–Muchas gracias por el regalo, Olivia. Y por la dedicatoria. Aunque pasaré por alto el que la escribieras antes de probar la comida y la poca fe en mí que eso representa.

–¿Qué quieres que te diga? –me encogí de hombros–. Veo el futuro.

–Pues si eso es cierto –comenzó a decir, levantándose de la silla y echando a andar hacia la entrada–, habrás visto en tu bola de cristal que yo tampoco estaba muy seguro de mis dotes culinarias y he preparado un plan

alternativo por si acaso. –Desapareció por la puerta y, unos segundos más tarde, asomó dos cajas de cartón apiladas–. ¡Pizza!

–*Grazie a Dio!* –exclamé, usando una de las expresiones del abuelo, mientras Spider colocaba la comida en la mesa y abría los cartones. Tan pronto lo hizo, me abalancé para coger un trozo y le pegué un bocado–. Hummm. Pepperoni, ¡qué rico!

–Recordé que te encantaba –sonrió–. ¿En qué puesto voy ahora en tu lista de personas favoritas? ¿Sigo delante de aquel tío que te cambió la rueda?

–Sin duda. Incluso me atrevería a decir que has subido un puesto y ahora estás justo encima de la chica desconocida que fingió ser mi novia para espantar a un pesado en una discoteca.

–Olivia, estoy en la obligación de decirte que fingir que eres lesbiana no es precisamente algo que espante a un tío. Si acaso, lo atrae más.

–No si mi novia falsa mide uno noventa y es subcampeona nacional en lanzamiento de martillo –apostillé.

–No en ese caso, no –admitió, riendo–. Aunque supongo que depende del tío y del rollo que le vaya.

Asentí y cogí otro trozo de pizza. Este lo mastiqué con lentitud, paladeando el sabor de cada ingrediente y deleitándome en la perfecta textura de la masa. Spider me observaba con una ceja enarcada y expresión divertida.

–¿En qué piensas? –pregunté tapándome la boca con el dorso de la mano para no dejar ver la comida que aún tenía en la boca.

–En que hay mil preguntas que me gustaría hacerte –contestó él.

–Pues hazlas –le insté–. Podemos tirar de tópicos de películas americanas y jugar a eso de hacer una pregunta cada uno.

–Genial. ¿Empiezo yo? –Asentí y él se pasó la mano por el mentón recién afeitado, pensativo–. Vale, empezaré con una fácil. ¿Película favorita?

–«*Grease*» –contesté sin pensarlo–. Llevo quince años enamorada de Danny Zuko.

–Imagino que hablas del protagonista, ¿no? Es que nunca la he visto.



–Espera, ¿qué? –exclamé con los ojos muy abiertos y dejé caer el trozo de pizza que sostenía sobre el plato para enfatizar mi sorpresa–. ¿Me estás diciendo que no has visto *Grease*?

–Pues sí. A ver, he visto escenas, pero nunca me ha dado por ponerme la película entera. ¿Es eso tan grave? –preguntó al ver mi cara de asombro.

–Gravísimo. –Me llevé la mano al pecho de manera dramática–. Pero en realidad me das envidia, porque tú sí puedes experimentar lo que se siente al verla por primera vez. Yo jamás recuperaré ese momento. ¿Cuál es tu peli favorita?

–«Jungla de cristal», por supuesto.

–Ah, el viejo John McClane. ¿No era Alan Rickman quien interpretaba a Hans Gruber?

–Correcto. ¡Veo que conoces la saga! –exclamó sorprendido.

–Vivo con tres hombres que la aman, así que sí, la conozco. Además, Alan Rickman es uno de mis actores favoritos. Aunque si te digo la verdad, lo prefiero en *Harry Potter* o en *Love Actually*. –Di un sorbo a la copa de vino y clavé mis ojos en él–. Siguiente pregunta, te toca.

–¿Deporte favorito?

–¿En serio? –Alcé las cejas–. ¿Esa es tu pregunta? Me decepcionas.

–Es patética, lo sé, ¡pero es que si me miras así pierdo la concentración!

–Ajá, sí, claro, la culpa es mía y no de tu falta de imaginación. Creo que la vaguedad de las reglas está jugando en tu contra, así que acotemos un poco el número de preguntas –propuse–. Tenemos tres cada uno. Ya hemos usado una, y voy a obviar la del deporte por el bien de ambos, así que nos quedan dos. Piénsalas bien.

Seguí comiendo pizza mientras Spider rebuscaba en su cabeza. Por su expresión sabía que había cosas que quería preguntarme pero que no se atrevía. Finalmente, cogió una de las lonchas de *pepperoni* con los dedos y se la metió en la boca.

–¿Quién fue tu primer amor? –preguntó mientras masticaba.

–¿Real o platónico?

–Ambos.

–El real fue Hugo. Era el más guapo de mi clase de tercero. Y platónico... Tendría que decir Nick Carter, de los Backstreet Boys.

–Espera, espera. –Alzó una mano–. Te acepto la respuesta de Nick Carter porque es sincera, pero la del tal Hugo no. ¡Fue en tercero! Tenías ¿qué? ¿Ocho años? No, no. Yo me refiero al primer amor de verdad.

–¡Eh, que yo amaba a ese niño! ¡Incluso cuando me tiraba de las trenzas! –Spider rio, pero se quedó mirándome a la espera de una nueva respuesta–. Vale, está bien. Fue mi amigo Daniel.

–¿En serio? –se sorprendió–. Pero si sois mejores amigos, ¿no?

–Así es. Nos conocimos, nos hicimos amigos, luego nos enamoramos y finalmente nos dimos cuenta de que estábamos mejor antes, así que deshicimos lo andado antes de que fuera demasiado tarde. Algo muy maduro por nuestra parte, si tenemos en cuenta que éramos unos adolescentes.

–Estoy de acuerdo –coincidió–. No todo el mundo podría haberlo hecho.

–¿Quién fue el tuyo? Tu primer amor.

–Me acusas de tener poca imaginación, pero lo único que haces tú es copiarme las preguntas, ¿eh? –bromeó–. Mi primer amor se llamaba Elena y era la hija de un compañero de trabajo de mi madre. La conocí en una fiesta y me cautivó su manera de ser. Era tan despreocupada, tan... Libre. –Le dio un trago al vino–. Empezamos a salir y un año más tarde se enrolló con uno de mis amigos, así que ahí se terminó todo.

–Sí que era despreocupada y libre, sí –murmuré en voz baja, aunque no lo suficiente, ya que su repentina risa me dio a entender que me había oído.

Cuando nos dimos cuenta solo nos quedaban dos trozos de pizza. Nos lo habíamos comido todo sin ni siquiera darnos cuenta, y ambos sonreímos cuando vimos los cartones casi vacíos. Esperé pacientemente a que Spider formulara su última pregunta, pero no lo hizo. En vez de eso, se recostó sobre el respaldo de la silla con los brazos detrás de la cabeza y se dedicó a mirarme fijamente, sin vergüenza alguna. El descaro del que hizo gala me provocó un rubor que se me extendió por el cuello.

–Te lo he dicho en otras ocasiones y odio repetirme, pero ¿se puede saber qué me miras con tanto interés? –pregunté, intentando controlar los nervios y maldiciendo a mis mejillas por ponerse como un tomate.

–Como recordarás, en las otras ocasiones no te contesté a la pregunta, así que ¿por qué iba a hacerlo ahora? Soy un hombre de costumbres. –Bajó los brazos–. A no ser que esa sea tu última pregunta del juego...

–¡No! –exclamé con demasiada intensidad–. No me lées que aún me queda una y no es esa. Además, es tu turno.

–Cierto. –Se inclinó sobre la mesa. Su cara estaba a escasos centímetros de la mía, aunque demasiado lejos para poder besarnos si quisiéramos. La idea de juntar nuestros labios hizo que me recorriera un escalofrío de pies a cabeza y que se me desbocara el corazón. Tuve que respirar hondo para poder seguir mirándolo a la cara–. Olivia...

Pronunció mi nombre con voz ronca, acariciando cada sílaba con su lengua. Toda mi vida, mi nombre solo había sido un conjunto de letras que alguien había colocado juntas y cuyo sonido había complacido lo suficiente a mis padres como para decidir que conviviera con él para siempre. Sin embargo, en sus labios, esas simples letras cobraban un nuevo sentido, y su sonoridad hacía que me temblara todo el cuerpo, que sintiera frío y calor a la vez.

De repente supe que jamás me cansaría de oírlo si era de su boca.

Instintivamente me incliné hacia él. No era consciente de lo que estaba haciendo; simplemente quería acortar esa distancia que nos separaba y sentirlo aún más cerca. Por la manera en que me miraba, él parecía querer lo mismo.

La única forma de acercarnos más era levantarnos de la silla, rodear la mesa o directamente subirnos a ella, y ninguno parecía por la labor de dar el primer paso. No quería que aquel momento se acabase, así que alargué la mano y la posé en su mejilla. Él inclinó la cabeza y fue a su encuentro, buscando con su boca la palma de mi mano. Mi pulgar vagó por su pómulo, trazando círculos una y otra vez.

–Hazme la pregunta –le pedí con voz suave.

No estaba segura de lo que Spider quería preguntarme, pero sí de que quería que lo hiciera. Suspiró y noté la calidez de su aliento en mi mano,

donde aún tenía pegada su boca. Volvió a girar la cabeza en mi dirección con semblante serio y la mirada cargada de intenciones.

Hizo el amago de comenzar a hablar, pero la melodía estridente de su móvil lo interrumpió. Lo tenía sobre la mesa, pero por mucho que entorné los ojos no pude leer el nombre que apareció en la pantalla. Se disculpó entre dientes y se levantó de la silla, despegando la piel que estaba bajo mi tacto y dejándome una sensación de vacío. Observé sus movimientos mientras hablaba por teléfono y me percaté de que lo hacía en susurros. Cuando terminó la conversación y se volvió hacia mí, su semblante era completamente distinto y supe rápidamente que algo había cambiado.

–Lo siento, pero tengo que irme. Es una emergencia.

–Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? –me alarmé, pensando en que algo podía haberle pasado a alguien de su familia.

–No es nada de lo que preocuparse, simplemente... –Suspiró y se pasó la mano por la cara–. Camila me necesita.

Aquello me sentó como un jarro de agua fría. Tragué saliva y miré hacia otro lado, procurando que no viera mi expresión en ningún momento.

–Oh. Sí, claro. Vete, ya recojo yo.

–Livi... –Se acercó.

–Está bien, Spider, de verdad –insistí con una sonrisa falsa en la cara–. No tienes que preocuparte. Ya nos vemos mañana.

Me tomé la copa de vino de un sorbo y acto seguido comencé a recoger los restos de la cena. Noté su presencia a mi lado, pero decidí ignorarla. Apilé los cartones y me dirigí a la cocina sin mirar atrás. Oí la puerta principal cerrarse con un golpe sordo, y fue cuando apagué la luz y me asomé a la ventana. Desde allí, vi cómo arrancaba el coche y salía por la puerta del garaje a toda prisa, dejándolo todo atrás para ir al encuentro de aquella chica a la que él decía no querer.

Cuando miré el reloj de la cocina, me sorprendió ver que eran las diez menos diez. A pesar de que era temprano y encima sábado, me planteé subir a mi habitación y echarme a dormir, pero descarté la idea enseguida. De todas formas, estaba segura de que no iba a poder conciliar el sueño hasta que no oyera que Spider estaba de vuelta.

Si es que volvía.

Me dirigí hacia el salón y me tumbé en el sofá. Encendí la tele por primera vez desde que llegué, pero como de costumbre no había nada bueno que ver así que recurrí a Netflix. Pasé un buen rato mirando en las diferentes categorías hasta que, por inercia, el cursor cayó sobre *Friends*.

Mi padre siempre me preguntaba que cómo era posible que no me aburriera de aquella serie. La veía casi todos los días, incluso tenía una serie de capítulos seleccionados para cada estado de ánimo. Si estaba triste y tenía ganas de llorar, siempre recurría al capítulo en el que Ross y Rachel rompen, o al último capítulo de la décima temporada; en cambio, si tenía ganas de reírme, veía en episodio de Acción de Gracias en el que juegan al fútbol, o ese en el que Joey intenta aprender a hablar francés. Era como una especie de medicina para mí.

Mientras sopesaba cómo me sentía para saber qué capítulo ver, cogí el móvil y llamé a Nora. Dio dos tonos antes de que me cortara la llamada, lo cual me resultó muy raro; ella nunca desviaba mis llamadas, especialmente si intuía que podía necesitar hablar. Volví a insistir, pero me cortó de nuevo.

Estaba visto que aquella noche yo no era la prioridad de nadie. Encogí las piernas y las tapé con la pequeña manta que descansaba doblada sobre el

brazo del sofá, a pesar de que era verano y hacía calor. Continué navegando por la lista de capítulos hasta que me acordé de una persona que sabría apreciar aquel plan de sábado noche tanto como yo. Hice el intento de buscar su nombre en la agenda de mi móvil, pero caí en la cuenta de que nunca había llegado a grabar su número.

No sabía a qué hora cerraba la tienda de Margarita, ni siquiera sabía si él estaría allí, pero decidí intentarlo de todas formas. Busqué en internet el número y Margarita me lo cogió al quinto tono.

–¿Dígame? –contestó casi gritando.

–¿Margarita? Soy Olivia, ¿se acuerda de mí?

–¿Diga? –repitió aún más alto-. ¿Quién llama?

–¡Soy Olivia! –grité-. ¡La amiga de su nieto!

–¡La italiana! –respondió, enterándose por fin-. ¿Buscas a Nicolás?

No tuve tiempo de decirle que sí, porque Nico le arrebató el auricular en un segundo.

–Hey –saludó melodiosamente–, ¿qué pasa?

–Tengo dos preguntas para ti –dije, captando su atención al momento.

–Estoy listo.

–¿Seguimos siendo amigos?

–Por supuesto.

–Bien. ¿Y tienes planes para hoy?

–Mi plan para hoy era sentarme en el sofá de casa de mi abuela mientras ella y su amiga ven la tele y hacen ganchillo, así que voy a decir que no.

–¡Bien! ¡Has contestado correctamente! –exclamé-. ¡Has ganado una tarrina de helado de tarta de queso mientras hacemos un maratón de *Friends*! ¿Aceptas el premio?

–Sin dudarle un segundo. Dame media hora y estoy ahí.

Nico apareció veinte minutos después, vestido con un vaquero oscuro y una camiseta gris con la cara Walter White, el protagonista de la serie

*Breaking Bad*. Venía cargado de comida basura y casi me muero de la ilusión al ver que había traído Kit-Kats.

–Esto es lo mejor que han inventado –le aseguré mientras abría uno–. Podría alimentarme de ellos toda mi vida.

–No podrías –negó él mientras se sentaba a mi lado en el sofá–. Acabaría aborreciéndolo.

–¡Jamás! –Volví a entrar en Netflix y busqué la imagen de *Friends* otra vez–. ¿Por dónde quieres empezar el maratón?

–Por el principio, por supuesto. –Se quitó las deportivas que llevaba y se puso cómodo–. Me apetece ver a Rachel vestida de novia de nuevo.

Sonreí y apreté el play mientras Nico abría un paquete de palomitas de mantequilla y vertía el contenido directamente en su boca. Era reconfortante el tener a alguien con quien compartir tanto aquella noche de sábado como mi amor por aquella serie.

Los capítulos se sucedían rápidamente. Ambos nos reíamos a carcajadas con las ocurrencias de Joey y Chandler, y sufríamos con Ross cuando apareció Paolo el italiano en escena. Poco a poco nos fuimos relajando hasta que, sin saber cómo, acabé con las piernas extendidas sobre su regazo. Debería de haber sido algo incómodo, ya que apenas nos conocíamos, pero entre nosotros había una afinidad difícil de explicar. No sabíamos mucho el uno del otro, era cierto, pero no nos hacía falta. La información es algo que se puede adquirir con el tiempo, pero esa conexión se tiene o no.

Ninguno nos enteramos de que Spider entró en el salón. De hecho, estábamos tan metidos de lleno en serie que tuvo que carraspear para hacer notar su presencia.

–¡Eh, tío! –saludó Nico con una mano mientras mantenía la otra sobre mis piernas–. ¿Dónde te habías metido?

–Estaba fuera con Camila –respondió él, sorprendido. No paraba de mirarnos a los dos, moviendo la cabeza como si estuviera viendo un partido de tenis–. ¿Qué haces tú aquí?

–Estamos haciendo un maratón de *Friends* –respondí yo.

–¡Tenemos comida basura! –Nico alzó el paquete de Skittles que tenía a la mitad para que Spider lo viera–. ¿Quieres unirte?

Se quedó pensativo durante unos instantes. Yo devolví mi atención a la pantalla, tratando de fingir que no me importaba lo más mínimo lo que decidiera. Estaba enfadada con él, pero no quería admitirlo; hacerlo habría sido evidenciar que sentía por él algo más que indiferencia. Aunque, si lo pensaba bien, podría decirse que me dejó tirada para salir corriendo detrás de Camila, y eso enfadaría a cualquiera, tuviera sentimientos por él o no. Sabía que la presencia de su amigo en el sofá, así como la cercanía entre nosotros, lo había sorprendido, y quizá incluso molestado. No pretendía entrar en el juego de darle celos, más que nada porque no estaba segura de que surtiera efecto alguno, y sobre todo porque no era justo para Nico. Estábamos empezando a ser amigos y no quería estropearlo utilizándolo de esa forma.

Pero entonces llegó la escena en la que Rachel descubre que Ross está con otra y, sin pensarlo, exclamé un «¡oh, la pobre!» y apoyé brevemente la cabeza en el brazo de Nico mientras él se reía. Fue un gesto sin importancia que a Spider pareció sentarle como un tiro. Murmuró que estaba cansado y prefería irse a la cama, y desapareció de nuestra vista con rapidez. Nico se quedó mirando hacia el umbral de la puerta con gesto extrañado.

–¿Qué cojones le pasa? ¿Hay algo que yo no sepa?

–No habrá tenido suerte con Camila esta noche –me encogí de hombros.

–Eso no ha pasado jamás –rebatí Nico–. Con Camila siempre tiene suerte, incluso cuando ella tiene la gripe.

–Vale, punto uno: qué asco. Y punto dos: no me interesa.

–¿Ha pasado algo entre vosotros? –inquirió–. Se supone que hoy teníais una cena, ¿no?

Resoplé y pausé la serie. Retiré las piernas de su regazo y las encogí, sentándome sobre ellas. Me giré totalmente hacia él, en una postura que claramente denotaba que estaba a punto de hacer una confidencia.

–Si vas a seguir preguntando –empecé–, te lo contaré. La versión resumida es que ha cocinado para mí y lo estábamos pasando genial hasta que Camila lo llamó por teléfono y salió pitando, dejándome plantada.



–Joder. –Nico se pasó la mano por la cara–. Te diría que me sorprende, pero la verdad es que no. –Bajó la voz antes de seguir hablando, por si Spider podía oírnos–. Camila siempre ha tenido un poder extraño sobre él. Es como si no pudiera resistirse a ella. No sé qué rollo hay entre los dos, más que nada porque no la soporto y prefiero saber lo menos posible... Pero a veces resulta preocupante.

–A mí me da igual el rollo que haya entre ellos –mentí–, pero no me da igual que queden conmigo y me dejen plantada a la primera de cambio.

Nico asintió con la cabeza, pensativo. De pronto, su expresión cambió y se volvió hacia mí con una pregunta escrita en la cara.

–Dime la verdad –pidió–. ¿Me has llamado para darle celos?

–No –contesté rotundamente–. Te he llamado porque pensé que eras la única persona a la que le apetecería compartir este plan conmigo, y porque si vamos a ser amigos, deberíamos pasar tiempo juntos. Si eso pone celoso a Spider –me giré de nuevo hacia la tele–, pues mejor que mejor.

Sin mirarlo, supe que Nico estaba sonriendo. Cogió un paquete de Oreos de la mesa y lo abrió, tendiéndome una galleta. Hice como la que no me daba cuenta y él me dio en el brazo con ella. La acepté con media sonrisa y luego él cogió otras tres y se las metió en la boca de una vez.

–¡Empecemos el drama de Rachel, Ross y Julie! –exclamó con toda la dentadura negra de las Oreo.

Yo volví a darle al play mientras me reía a carcajadas y posaba las piernas sobre su regazo de nuevo.

Nico se marchó hacia las tres de la mañana, con la promesa de que continuaríamos el maratón en otro momento. A pesar de que era tarde no tenía ganas de irme a la cama, por lo que salí al jardín y me tumbé en una de las hamacas. Panda no tardó en encontrarme y tumbarse a mi lado, gimoteando para que lo acariciara.

El pitido de mi móvil me sacó del ensimismamiento en el que estaba. Era un mensaje de Nora, en el que me pedía disculpas por desviar mis llamadas y prometía contarme lo que le pasaba muy pronto. Suspiré, cansada, y tiré el móvil al césped.

–Vas a romper la pantalla un día de estos.

Di un respingo, pero no me giré hacia él; en vez de eso, me cubrí los ojos con el antebrazo. Le oí acercarse y arrastrar una hamaca hasta estar a mi lado, pero estaba decidida a ignorarlo. Seguía enfadada, con él, conmigo misma y con el mundo en general. Spider me había dejado plantada y había salido corriendo en pos de su damisela en apuros particular; yo, por otra parte, había sido lo suficientemente estúpida como para comenzar a sentir algo tan especial como inoportuno por aquel chico al que apenas conocía y al que, seguramente, no volvería a ver después de aquel verano.

–Camila tenía problemas con su padre –explicó–. Por eso me fui. Ese tipo es... Peligroso, cuanto menos. No quería que le hiciera daño.

No sabía si estaba esperando una reacción por mi parte, pero no la obtuvo. Me quedé paralizada, sin mover ni un músculo, para que Spider no notara lo que sentía. Era consciente de que mi comportamiento podía ser

tildado de infantil, pero me daba igual. Fue la única forma que se me ocurría para ocultar mis sentimientos, y estaba funcionando.

O al menos lo hizo hasta ese instante; justo hasta que Spider se sentó en mi hamaca, pegado a mis piernas, y posó su mano en mi estómago.

No pude ocultar el repentino movimiento que hice ante su inesperado tacto. Respiré hondo y apreté los ojos con fuerza, concentrándome en no perder la compostura ante la quemazón que me provocaba el tenerlo tan cerca.

–Creo recordar que me queda una pregunta –comenzó a decir él–, así que, si no tienes nada que objetar, voy a hacértela ahora. –Me quedé callada–. Estupendo. Allá va...

Todo mi cuerpo se puso en tensión. Sentí cómo los desbocados latidos de mi corazón se expandían por todo mi cuerpo, y la garganta se me cerró de tal forma que me costó un mundo tragar saliva. Los segundos de silencio parecían horas. Necesitaba que me preguntara lo que fuera y que lo hiciera cuanto antes, porque estaba casi segura de que podía darme un infarto en cualquier momento si no lo hacía. Oí cómo cogía aire y supe que estaba a punto de hablar. Me agarré con fuerza al borde de la hamaca con la mano que descansaba a mi costado.

–¿Nico y tú tenéis algo? –preguntó finalmente y mi corazón dejó de latir para caerse a mis pies.

–¿En serio?! –alcé la voz, incrédula, retirando bruscamente el brazo que me cubría la cara–. ¿Eso es lo que te preocupa?

Esperaba que me dijera que era broma, que solo me había preguntado eso para conseguir una reacción de mí, la que fuera, pero su semblante serio y preocupado me dio a entender que estaba siendo sincero.

–Joder, es que os he visto antes en el sofá, y la complicidad que teníais... –Resopló–. Yo nunca he tenido esto con ninguna amiga.

–No, tú te las tiras directamente –le espeté.

Mi comentario había sido como una bofetada para él, a juzgar por el gesto que puso. Sabía que no debía haberlo dicho, y me arrepentía. Después de todo no era asunto mío lo que hiciera o dejara de hacer con Camila.

–Te crees que lo sabes todo, ¿no es cierto? –Se envaró y me miró con algo que se asemejaba a la rabia—. Pues no tienes ni idea, así que deja de hablar de lo que no sabes.

Debí hacerle caso y dejar de hablar a tiempo, pero el fuerte carácter y la incapacidad para tragarme la rabia eran dos rasgos propios de mi persona. Me incorporé hasta estar tan cerca de él que podía notar su respiración.

–¿Sabes lo que sé? Que me equivoqué al decir que Camila era tu Paulo. Yo nunca he sentido tanto por Paulo como para dejarlo todo y salir corriendo cuando él me silbara.

–Vuelvo a repetirlo: no tienes ni puta idea, Olivia. –Se frotó la cara, desesperado—. Cambiemos de tema, por favor. No tengo ganas de discutir.

–Ni de coña –negué—. Has venido a mi esta noche con la esperanza de que yo me tragara tus excusas y así dejar de sentirte culpable, pero no va a ser tan fácil. Montaste toda esa parafernalia de la cena en un intento por comenzar de cero. Dijiste que querías que dejara de sentirme sola, y por un momento lo conseguiste, porque me hiciste sentir... –Me frené en seco. La palabra que seguía era «*especial*», pero no quería confesarlo. Tragué saliva y me salté el resto de la frase—. ¡Me dejaste plantada, Spider! Solo hizo falta que ella te llamara al móvil para que me dejaras tirada.

–¡Ya te he dicho lo que pasaba! –gritó y puso los brazos en alto—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que la deje con ese tío para que le haga algo? –Me miró y apretó la mandíbula—. Además, no es como si tú hubieras tardado mucho tiempo en encontrar otros planes...

Los celos que sentía se hicieron más que evidentes en sus ojos. Apretaba y relajaba la mandíbula, esperando que yo le respondiera. Sin embargo, opté por guardar silencio y me quedé mirándolo fijamente.

Si era sincera, lo único que quería era besarle. A pesar de la rabia y el daño que sentía, al tenerlo tan cerca solo pensaba en atraerlo hacia mí y perderme en esa boca capaz de esbozar la sonrisa más bonita que había visto nunca. Sentía unas ganas imperiosas de abrazarlo y enterrar mi cara en su pecho; inundarme de su aroma y oír su respiración pausada.

–Nico y yo somos amigos –suspiré, recuperando la calma—. Es cierto que cuando nos marchamos de la fiesta tuvimos un momento de... No sé cómo llamarlo... Pero nos besamos. –Soltó una risa seca y desvió la

mirada—. ¿Y quieres saber por qué no llegamos a más? Porque Nico te quiere y jamás te haría una putada así. Porque, en su paranoica mente, piensa que estás loco por mí.

Aquello hizo que recuperara su atención. Esperé a que reaccionara; que se riera, o que resoplara y moviera la cabeza desdeñosamente, pero no lo hizo. En vez de eso, se acercó aún más.

—¿Y eso sería tan grave? —preguntó en voz baja y se me erizó la piel.

—No —admití con la boca seca—. Solo lo sería si estuvieras enamorado de otra.

—¿Otra vez? —gruñó—. ¡Olivia, estoy harto de esto!

Puso la mano en mi barbilla y la alzó para que lo mirara a la cara.

—¿Qué es esto, exactamente? —inquirí, y el nerviosismo que sentía ante la osadía que habían adquirido sus ojos hizo que se me quebrara la voz.

—Estoy harto de fingir que no te miro cuando no te das cuenta. De pretender que no siento unas ganas locas de tocarte cada segundo de cada minuto de cada puta hora, o que no se me parte algo aquí dentro —se señaló el pecho con el dedo índice— cuando te veo sonreír a Nico o a alguien que no soy yo. Soy consciente de que no es la situación ideal, que hace poco que nos conocemos y no es lógico volverse tan loco por alguien en tan poco tiempo, ¿pero sabes qué? Que le jodan al tiempo, a la lógica y a todo lo que me ha impedido decirte esto antes. Hacía mucho tiempo que no me sentía así por alguien, Livi... De hecho, creo que no he sentido esto nunca. Y sí, sé que lo he jodido esta noche al marcharme y dejarte aquí. Por eso te pido que me perdones. —Me acarició el labio con el dedo pulgar. Ya no me dolía, pero esperaba que él achacara a la herida el estremecimiento que me recorrió el cuerpo—. ¿Me perdonas?

Su confesión me provocó un nudo en el estómago. Bajé la vista hacia su mano, que seguía posada en mi cara, para luego volver a alzarla y encontrarme con sus rasgados ojos marrones que me taladraban.

Dudé unos instantes. Toda mi vida había puesto muros y barreras a todo el mundo para que nadie pudiera acercarse demasiado. Algunos, como el caso de Paulo, lo habían intentado durante mucho tiempo para al final darse cuenta de que era imposible acceder a mí. Sin embargo, aquel chico había conseguido en un mes mucho más que ellos; había logrado

desarmarme con solo un alzamiento de cejas, una sonrisa o el más simple de los roces.

Era consciente de que no debía enamorarme de él. Lo sabía y lo entendía. Pero también sabía que, si no lo besaba al menos una vez, iba a tener que convivir con el arrepentimiento toda la vida.

Spider seguía atento a mi rostro, esperando una respuesta que tardaba en llegar. Intuí que iba a dejar caer la mano, derrotado, y con un rápido movimiento pegué mi frente a la suya.

–No quiero que me hagan daño –rogué en un susurro.

–Yo nunca te lo haría. –Rozó su nariz con la mía–. Jamás.

Acarició mi boca dulcemente, tanteando el terreno. Lo repitió un par de veces más hasta que logró que se me dibujara una tímida sonrisa que fue a morir a sus labios. Me costó unos instantes dejar de racionalizar la situación y entregarme por completo al beso, pero terminé por rendirme a las suaves y húmedas caricias de su lengua. Posé ambas manos en su nuca y dejé que las suyas vagaran por mis costados hasta que me tumbaron con delicadeza sobre la hamaca. Spider se tumbó sobre mí, con cuidado de no dejar caer su peso, para lo que apoyó uno de sus brazos en la áspera tela mientras que su otra mano me agarraba la cara.

Oí un suave jadeo procedente de su garganta y, de pronto, mi mente comenzó a mandar señales de alarma. Recordé que aquello era peligroso, que era contra lo que había luchado toda la vida. Que corría un serio peligro de enamorarme de aquel chico, si es que no había empezado ya, y había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que no acabara en buen puerto. Después de todo, vivíamos vidas diferentes en sitios diferentes y, para colmo, era el hijo de la novia de mi madre. Si esa no era la definición de complicado, no sabía cuál era.

–Spider –susurré, intentando calmar el fuego que comenzaba a correrme las venas.

–¿Humm? –respondió él con un sonido y su voz me provocó un cosquilleo en la base de la garganta, donde su boca estaba posada.

–Deberíamos parar un poco –jadeé. Cada centímetro de mi cuerpo protestó ante aquella decisión, pero sabía que era lo correcto.

–Está bien –suspiró y dejó de besarme. Su mano pasó de acariciar mi piel a jugar con el mechón delantero de mi pelo–. ¿Qué tienes en la mente?

–No estoy segura. –Me incorporé un poco–. Quiero dejarme llevar, de verdad, pero sinceramente no creo que sea lo más conveniente. Así que si te parece bien –tragué saliva–, me gustaría ir poco a poco. Más o menos como hasta ahora.

–Pero sin peleas ni malentendidos –añadió él–. Si algo nos molesta o nos parece mal, lo decimos y punto. ¿Trato hecho? –Me extendió la mano y yo se la estreché–. Genial. Oye, ¿qué te parece si dormimos aquí fuera hoy? Hace una noche preciosa.

–¿En estas comodísimas hamacas? –ironicé. La verdad es que tenía el tejido azul pegado a los muslos y me picaba–. ¡Por supuesto!

–En las hamacas, no –sonrió–. En un colchón, claro. –Alcé la ceja ante la idea de compartir cama con él y Spider ensanchó su sonrisa aún más–. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que no puedas quitarme las manos de encima?

Por su tono, noté que tenía la intención de hacerme sonrojar y amedrentarme un poco, lo cual yo no podía consentir. Moví las caderas hacia él con el que esperaba que fuera un gesto tentador y me pegué a su cuerpo todo lo que pude.

–Oh, cariño –ronroneé–. En todo caso serías tú quien no pudiera controlarse.

Estábamos lo suficientemente cerca como para que yo notara el aumento de su temperatura (y otras cosas) ante mi frase. Se mordió el labio inferior brevemente y, tras comprobar que no podía resistirse, esbozó una media sonrisa que me convirtió en una hoguera por dentro.

–Tal vez tengas razón –susurró en mi oído, y atrapó el lóbulo de mi oreja entre sus dientes en un gesto que me resultó demasiado irresistible–. Pero es que tampoco quiero.

Solté una carcajada que camufló el destello de deseo que seguramente me había cruzado la mirada. Sabía que era yo la que quería tomarse las cosas con calma, ¡pero vaya si me lo ponía difícil! Recurrí a la única maniobra de evasión que se me ocurrió y le empujé. No lo hice con mucha

fuerza, pero Spider no se lo esperaba y cayó de espaldas al césped. La caída fue tan cómica que lloré de la risa al verle tumbado en el suelo, maldiciendo mientras Panda aprovechaba la tesitura y se abalanzaba sobre él para lamerle la cara.

Acabamos durmiendo al raso sobre un colchón hinchable que costó demasiado inflar. Panda parecía encantado con la idea y tan pronto nos vio tumbarnos, corrió hacia nosotros y se arrebujó entre nuestras piernas. El peso del labrador hizo que se desnivelara la cama, pero ninguno de los dos quería herir los sentimientos del animal pidiéndole que se fuera, por lo que lo dejamos estar.

Spider parecía saberlo todo sobre las estrellas y, mientras yo acomodaba mi cabeza en su pecho, él me las señalaba, haciendo pausas de vez en cuando para enterrar su nariz en mi pelo. El soniquete de su voz reverberándole en el tórax hizo que me relajara tanto que me costó mantener los ojos abiertos durante su explicación.

–Vaya, sí que sabes de lo que hablas –alabé en una de sus pausas–. ¿Es una de tus aficiones?

–Lo era –suspiró–. Aunque a veces, aún hoy, me gusta tumbarme aquí y observar el cielo nocturno.

–¿Por qué? –pregunté, removiéndome entre sus brazos para mirarlo a la cara.

–Porque me relaja. –Se le entristeció la mirada–. Y porque me recuerda a tiempos mejores.

Quise preguntarle acerca de esos tiempos, pero me contuve. Nunca le había visto esa sombra de tristeza en el rostro y me partió el alma en dos. De repente, lo único que quería en la vida era que volviera a sonreír.

–Pues yo no sabré identificar las constelaciones, pero soy una máquina adivinando horóscopos –dije, intentando aliviar su repentina pena–. ¿Quieres comprobarlo?

–¿Horóscopos? –preguntó, escéptico–. ¿En serio, Livi?

–*Chssst* –chisté– Deja que me concentre.

Cerré los ojos y respiré hondo. Lo cierto es que era Nora la experta en astrología, y yo me limitaba a asentir con la cabeza cuando ella me narraba



las virtudes y defectos de los nacidos bajo el signo de Virgo. Aun así, rebusqué mentalmente algún signo que encajara más o menos con la personalidad de Spider.

–De acuerdo, a ver. Diría que eres reservado y tiendes a aislarte cuando tienes un problema. También diría que eres sensible y cariñoso. Y teniendo en cuenta que estamos al aire libre mirando estrellas, añadiría romántico a la lista. –Abrí los ojos y lo encontré mirándome, divertido–. ¡Ajá! ¡Tu signo es Cáncer!

–¡No me lo puedo creer! –exclamó con exageración–. Que alguien llame a Hogwarts, que hay una bruja aquí.

–¿Acabas de hacer una referencia a Harry Potter? –pregunté con la boca abierta–. Porque me estás poniendo muy difícil el no besarte ahora mismo.

–¡Ah, por fin tienen recompensa todas esas tardes viendo las películas con mi hermana! –bromeó y me atrajo hacia él.

–Deberías darle las gracias a Aura –le recordé entre besos.

–Por supuesto. La llamaré a primera hora, no te preocupes. Ah, por cierto –succionó mi labio inferior y sonrió de medio lado–. Soy Capricornio.

Oh, joder. Quizás tomarse las cosas con calma iba a ser más difícil de lo que pensaba.



## 19

Me desperté cuando noté las primeras gotas de lluvia caer sobre mi nariz. El cielo gris plomizo fue lo primero que vi cuando abrí los ojos y zarandeeé el brazo de Spider con suavidad.

–Está lloviendo –balbuceé, aún medio dormida–. Tenemos que levantarnos. –La lluvia se estaba haciendo cada vez más intensa y él no mostraba señal alguna de abrir los ojos, así que lo zarandeeé más fuerte–. ¡Spider, que llueve!

Al fin conseguí que se despertara. Tardó unos segundos en ubicarse y cuando lo hizo, sonrió de oreja a oreja.

–Buenos días –canturreó–. ¿Cómo has dormido?

–Muy bien, al menos hasta que he empezado a mojarme. –Me incorporé y tiré de la tela de su camiseta–. Anda, vamos dentro, que necesito café.

Estábamos en la mesa de la cocina, ambos con sendas tazas humeantes entre las manos, cuando Lluvia llamó al móvil de Spider. La conversación solo duró un minuto, el tiempo suficiente como para decirle que llegarían hacia la noche. Cuando me transmitió la información, me limité a encogerme de hombros y a darle un largo sorbo al café.

–¿Vas a hablar con tu madre cuando vuelva? –quiso saber.

–No lo sé. No me apetece mucho, la verdad, pero me conozco y sé que tal vez me caliente y acabe por soltárselo. Todo depende de la actitud con la que venga.

–Lo entiendo. ¿Y qué planes tenías para hoy?

–Pues pensaba trabajar un poco y llamar a mi familia. Hace tiempo que no hablo con mi abuelo.

Sonreí al acordarme de él. El abuelo no entendía las nuevas tecnologías, por lo que, si quería comunicarme con él, tenía que ser a través de llamada telefónica, nada más. Lo cierto era que quería ver su cara, así que había acordado con Alex que los llamaría la mañana del domingo para así poder verlos a todos, incluido al *nonno* Darío. Dios, cómo lo echaba de menos.

–¿Quieres que te deje a solas para hablar con ellos? –preguntó Spider.

–No hace falta. Si quieres puedes quedarte y conocerles.

–¿Estás hablando en serio? ¿No crees que es un poco...?

–Pronto, sí –completé la frase–. En realidad, a lo que me refería era a que los vieras desde un ángulo muerto de la cámara en el que ellos no pueden verte a ti –admití–. Aunque supongo que no pasaría nada por presentártelos. Al fin y al cabo, somos amigos, ¿no?

Spider enarcó una ceja, travieso, y un cosquilleo me recorrió las venas como un rayo. De pronto me acordé de todas las veces que Paulo insistió en conocer a mi familia sin resultado alguno, y no pude evitar sentir algo de remordimiento. Spider solo había necesitado besarme una vez para que yo misma se lo propusiera.

Nora hubiera dicho que aquello era una señal inequívoca de que Paulo no era el adecuado y Spider quizás sí. Cerré los ojos y desterré aquellos pensamientos de mi mente.

Luchar contra las ilusiones que comenzaban a arremolinarse en mi pecho estaba siendo más difícil que nunca.

–Como tú quieras –dijo él–. Aunque ya que estamos siendo sinceros, no sé si es la mejor manera de conocerles.

–Pues te conformas con verles entonces –sentenció.

Coloqué el portátil en la mesa y llamé a mi hermano por videoconferencia. No tardó mucho en aparecer su cara en la pantalla, y por las ojeras bajo sus ojos supe que había salido la noche anterior. Su abundante pelo rubio oscuro estaba despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces. Tenía barba de tres días, también rubia,

y lo que parecía un chupetón en el cuello, pero me negaba a preguntarle por aquello. Sabía que mi hermano tenía una vida sentimental ajetreada, pero no me interesaba ni lo más mínimo conocer los detalles.

–De resaca por lo que veo, ¿no? –dije a modo de saludo.

–¿Se considera resaca si aún estás borracho? –contestó él, frotándose el puente de la nariz–. Dios, creo que tengo vodka en vez de sangre en las venas.

–Qué gran ejemplo me estás dando, hermano mayor.

–Como si tú fueras una santa. ¿Qué te ha pasado en el labio?

–El labio –repetí, llevándome los dedos a la herida–. Ah, esto. Nada, que soy muy torpe, ya lo sabes.

–Eso lo sé, pero... –Frunció el ceño, como si pudiera ver a través de mí y mi mentira–. Bueno, no tengo energía para un interrogatorio, así que dejaremos para otro día la *verdadera* historia. Espera un momento, que voy a llamar a papá y al abuelo.

Desapareció unos instantes y aproveché para mirar a Spider. Estaba a mi lado, observando con atención, aunque su cara no entraba en el ángulo de la cámara, como habíamos acordado.

–Es cierto, no os parecéis en nada –dijo en voz baja.

–Te lo dije. La noche y el día. Aunque quizás tengamos un aire en esta parte de aquí –señalé la barbilla.

–¿Con quién hablas? –preguntó la voz de mi padre de repente y di un salto del susto.

Cuando volví a girarme hacia la pantalla, vi tres caras devolviéndome la mirada. El abuelo estaba sentado frente al ordenador, mientras que mi padre y Alex revoloteaban alrededor de él. No les había visto ni oído llegar.

–Ehhh... –No sabía por dónde salir y, tras desechar un par de excusas absurdas, decidí recurrir a la verdad–. En realidad, no estoy sola –me ruboricé.

–No me digas que estás con ese tal Spider –intervino mi hermano, y tanto mi padre como mi abuelo fruncieron el ceño ante aquel nombre.

–Pues sí. –Estaba segura de que el rubor me llegaba hasta los tobillos–. ¿Queréis conocerle?

–¡Claro, *principessa!* –exclamó el abuelo con una sonrisa en la cara. Alex asintió con ese brillo en la mirada que no significaba otra cosa que iba a darme la tabarra un buen rato a causa de aquel momento. Mi padre, por su parte, no dijo nada, y su expresión era cauta.

Hice un ademán para que acercara la silla, y Spider asomó la cabeza en la esquina de la pantalla. Ante la insistencia del abuelo en que se juntara más a mí para poder verle mejor, se vio obligado a pegarse tanto que nuestros brazos se rozaban a cada momento.

Estúpidamente, eso provocó que me subieran los colores más todavía.

–Vale, tengo dos preguntas que hacerte –comenzó Alex, y me puse en tensión esperando a que mi hermano me avergonzara–. La primera es, ¿estáis liados? Y la segunda, ¿qué clase de nombre es Spider?

Spider mantuvo la sonrisa en todo momento, pero noté cómo se tensaba a mi lado, nervioso. Podía imaginar lo avergonzado que debía estar, así que decidí tomar las riendas y contestar yo. Al menos, a la primera pregunta.

–¡Alex! –le regañé entre dientes–. No, no estamos liados. Y el nombre...

–Es un apodo –intervino Spider–. Me lo pusieron hace años y ya me he acostumbrado a él.

–De acuerdo. –Alex se giró hacia mi padre y mi abuelo–. Mi veredicto es que él dice la verdad y ella miente. Están liados. Ahora, si me disculpáis, me voy a la cama porque me da vueltas la casa. Spider, un placer, tío. Hermana. –Me hizo un corte de mangas–. Hasta pronto.

–Que te den, cenutrio.

–Igualmente, bocachancla.

Alex desapareció de la imagen y me quedé mirando a mi abuelo, que al parecer estaba muy alegre aquella mañana, y a mi padre y su expresión confusa. Spider tamborileaba sus dedos sobre la mesa, visiblemente tenso. Carraspeé sonoramente y me arañé la mente tratando de encontrar un tema del que pudiéramos hablar para rellenar aquel incómodo silencio.

–¿Qué planes tenéis para hoy? –dije finalmente, ya que no había logrado que se me ocurriera nada mejor.

–Yo tengo que ir al restaurante a cuadrar cuentas –contestó mi padre–, y tu abuelo... Pues ni idea. ¿Qué vas a hacer tú, papá?

–Es domingo y tengo ochenta y dos años, hijo. ¿Tú qué crees? Voy a vegetar en mi sillón mientras veo esas películas malas que dan los fines de semana.

Quiso seguir hablando, pero comenzó a toser con fuerza. Mi padre le puso una mano en el hombro mientras le daba golpecitos suaves en la espalda y yo me tensé. Spider se dio cuenta y puso una mano sobre mi muslo, intentando calmarme.

El abuelo era muy mayor, y cualquier cosa nos asustaba. A pesar de que gozaba de buena salud, sus pulmones nunca habían funcionado del todo bien, y cada vez que tosía de aquella forma, todos nos preocupábamos. Después de todo, como él bien había dicho, tenía ochenta y dos años, y a pesar de que nunca jamás quería hablar del tema, era consciente de que algún día lo perdería. Por eso siempre estaba encima, recordándole sus revisiones médicas e insistiendo en que se cuidara lo máximo posible.

–¿Estás bien, abuelo? –pregunté, preocupada–. Papá, no tiene buena cara.

–Estoy bien, Olivia, deja de atosigarme –respondió el abuelo con un hilo de voz–. Solo me he atragantado un poco, nada más.

–¿Estás seguro? Quizás sería mejor que fueras a ver al médico...

–¡Ni hablar! –me interrumpió–. Nada de médicos. Lo único que necesito es descansar, así que si me disculpáis voy a tumbarme un poco. Hijo, ayúdame –dijo a mi padre–. Un beso, Olivia mía. Y tú, jovencito, –añadió mirando a Spider y le dedicó una sonrisa–, cuídala, ¿de acuerdo?

–Por supuesto, señor –contestó él, sonriendo de vuelta.

Mi padre cortó la conexión antes de que pudiera pedirle que me llamara más tarde. Suspiré hondo y me pasé las manos por el pelo, angustiada. Sin duda, aquel era mi miedo más grande: perder a uno de los míos. Solo esperaba que todo fuera fruto de mi paranoia y que aún quedara tiempo para tener que pasar por ello de nuevo.

No conseguí relajarme hasta que mi padre me mandó un mensaje para decirme que el abuelo estaba bien. Fue entonces cuando el nerviosismo desapareció de golpe y acepté la propuesta de Spider de pasar el resto del domingo viendo películas enterrados en el sofá. Él por fin vio *Grease* y, aunque no lo admitió, su cara denotaba que no le había resultado del todo desagradable. Yo, por mi parte, me había pasado toda la película murmurando los diálogos y cantando las canciones a viva voz, como siempre hacía. En un momento, incluso me levanté del sofá para seguir los pasos de baile de la coreografía, lo que Spider aprovechó para agarrarme de la cintura y, de un movimiento, sentarme en su regazo.

Aún seguía sin acostumbrarme a esa cálida sensación que, lejos de apagarse, iba en aumento cada vez que lo tenía cerca, pero estaba segura de que no me importaba pasar el tiempo intentando hacerme a ella. Recosté mi espalda sobre su pecho y descubrí que podía notar los latidos de su corazón en cada vértebra. Me arrebujé en él hasta que encontré una postura cómoda y nos quedamos así durante toda la tarde; al menos hasta que la puerta de entrada se abrió de repente y yo pegué tal salto que me alejé casi un metro de donde estaba.

No habíamos hablado de cuál iba a ser nuestro comportamiento delante de nuestras madres, aunque a mí no podía darme más igual. Hacía tiempo que Gabriela había perdido cualquier derecho a opinar sobre cualquier aspecto de mi vida. Él, sin embargo, nunca hablaba del tipo de relación que tenía con Lluvia y, a pesar de que siempre se saludaban cordialmente, no había visto un comportamiento cariñoso por parte de ninguno de los dos.

Lluvia entró en el salón totalmente empapada. Dio un beso en la mejilla a Spider y avanzó hacia mí para hacer lo mismo, pero en un acto reflejo di un paso atrás y ella se paró en seco, cortada. Mi madre entró tras ella con rapidez, y antes de que pudiera retroceder de nuevo, me plantó un beso en el cachete derecho. La sorpresa fue tal que me quedé clavada en el sitio, con los ojos como platos.

—¿Qué tal habéis pasado el fin de semana? —preguntó vivazmente mientras se deshacía de la sudadera gris que llevaba. Su mirada se posó en

mi labio y su gesto se volvió sombrío—. ¿Se puede saber qué te ha pasado en la boca? Tienes el labio aún más grueso que de costumbre.

—Oh, ¿esto? —dije torpemente, mientras me rozaba la cada vez más difuminada herida—. Tuve un percance en una fiesta, pero nada grave. —Mi madre alzó una ceja y puso los brazos en jarra, esperando a que ahondara en la explicación. Resoplé—. Fui a una fiesta el viernes, un borracho intentó meterme mano así que le escupí. El tío no se lo tomó bien y me dio una bofetada, con tan mala suerte que su anillo me arañó un poco el labio. —Lluvia se llevó la mano a la boca, horrorizada, y mi madre echó a andar hacia mí, dispuesta a examinarme la herida.

—Espero que lo hayas denunciado a las autoridades —intervino Lluvia.

—La verdad es que no. —Me encogí de hombros—. Simplemente me limité a arañarle la cara.

—¡Olivia, por Dios! —exclamó mi madre, escandalizada—. Primero le escupes a un hombre y luego te enzarzas en una pelea con él. ¿Cómo se te ocurre?

—¿Y qué querías que hiciera? Tenía que defenderme, y él tenía que aprender a tener las manos quietas.

—¿Te has desinfectado la herida? ¿Estás curándotela? —Me tiró del labio con suavidad y lo observó con detenimiento—. Parece que está cicatrizando bien, no es muy profunda. —Suspiró y se giró hacia Spider con severidad en el rostro—. ¿Tú sabes quién le hizo esto?

—No tengo ni idea —admitió él con gesto sombrío—. Si lo supiera, ya habríamos cruzado un par de palabras...

—Oh, por favor —le corté, poniendo los ojos en blanco—. Estáis exagerando. Además, y lo repito por vigésima vez: sé defenderme solita. Pero basta de hablar de mí —cambié de tercio y miré a mi madre a los ojos fijamente—. ¿Qué tal el congreso de medicina?

No pensaba sacar el tema tan pronto, pero el verla actuar como una madre amorosa y preocupada me hizo cambiar de opinión. A veces deseaba no guardarle rencor; ser capaz de perdonarla, de entender los motivos de su marcha, o al menos de intentarlo. Incluso imaginaba que lo conseguía, y la idea de volver a tener a mi madre en mi vida me llenaba de una sensación muy agradable que jamás admitiría. Pero aquello solo duraba unos



instantes. Cuando volvía a la realidad, me encontraba de nuevo con el rencor, la rabia y todos esos reproches que guardaba en una caja en mi pecho; una caja que luchaba día a día por mantener cerrada y lo más olvidada posible.

La observé unos instantes mientras ella se debatía entre decirme la verdad o seguir con el cuento. Finalmente, y para sorpresa de nadie, decidió seguir mintiéndome. Como siempre.

–Algo aburrido, pero no ha estado mal –contestó, rehuendo mi mirada.

–Se te habrá hecho largo. Eran muchos días. Recuérdate de qué iba –apreté un poco más.

–Oh, era simplemente el Congreso Anual de Médicos Generales y de Familia –dijo, quitándole importancia con un gesto de la mano y volviendo su espalda hacia mí, deseosa de dejar de hablar del tema cuanto antes–. Voy a deshacer la maleta. Cariño, ¿vienes?

Lluvia nos prometió invitarnos a cenar y me dedicó una mirada triste antes de perderse por las escaleras detrás de Gabriela. En cuanto hubieron desaparecido, solté una carcajada seca y amarga mientras apretaba los puños con rabia.

–Me pregunto si me cree tan estúpida como para no saber usar Google –bufé–. ¿En serio piensa que no sé que me está mintiendo?

–Tal vez crea que no te importa lo suficiente como para mirar si es verdad –dijo Spider a mi espalda–. Sinceramente, yo no habría comprobado si el congreso existe o no.

–Pues imagino que eso será porque tú, a diferencia de mí, confías en tu madre –reliqué con amargura–. Mira, me niego a darle más vueltas. ¿Te apetece salir a cenar?

–Pero mi madre acaba de decir que iban a invitarnos... –Me giré hacia él para que viera mi rostro y frenó la frase. Justo en ese momento, su móvil vibró y se apresuró a mirarlo–. Es Nico. Pregunta si aún estamos de morros o si ya nos hemos reconciliado.

–Dile que los morros han tenido mucho, pero mucho que ver en la reconciliación –sugerí con un guiño y a él se le dibujó una sonrisa preciosa

en la cara que hizo que no besarle fuera un ejercicio de contención demasiado duro.

–«Os invito a cenar» –leyó y me miró divertido–. ¿Es que os leéis la mente o qué?

–Parece que Nicolás y yo estamos conectados, sí.

Me acerqué a él y, tras asegurarme de que nuestras madres seguían en el piso de arriba, le rodeé la nuca con los brazos. Alcé la barbilla para que nuestros ojos estuvieran alineados. Él posó sus manos en mi cintura y me acercó un poco más a su cuerpo. No nos besamos. En vez de eso, aguantamos la mirada en un improvisado concurso hasta que no pude contenerme más y rompí a reír.

–Oh, no, ¡he perdido! –lamenté–. ¿Cuál es mi castigo?

–No sé si estás familiarizada con la técnica del refuerzo positivo, pero es lo que pretendo usar contigo. –Alcé una ceja, confusa, y él sonrió de medio lado–. Cuando tu gato hace algo bien, le das una chuchería, ¿no? –Asentí–. Eso es refuerzo positivo.

–¿Me estás comparando con una mascota? –pregunté, con el ceño fruncido.

–Estoy ilustrando la explicación con un ejemplo –replicó–. El comportamiento que pretendo reforzar –prosiguió, adelantándose a mi pregunta– es tu risa.

–Ajá. ¿Y con qué chuchería vas a hacerlo? –ronroneé, arqueándome hacia él.

Spider miró hacia la puerta para asegurarse una vez más de que estábamos solos antes de enmarcarme el rostro con sus manos y besarme. Al principio jugó con mis labios de forma suave, pero no pudo resistirse a las ganas de volverlo todo más apasionado y acabó por ceder al deseo. La calidez de su lengua en mi boca me provocó una cadena de descargas eléctricas en cada centímetro de mi cuerpo, como si un rayo me hubiera partido por la mitad. Besarle era como si toda mi vida hubiera sido sorda, muda y ciega, y todos esos sentidos volvieran a mí de una vez. Sus manos levantaron levemente el borde de mi camiseta y acariciaron la piel de mi estómago. Lo hizo en varias veces, con suavidad. Con cada roce alejaba un

poco más el miedo que sentía ante la cada vez más realista probabilidad de enamorarme de él, y acercaba un poco más las ganas de hacerlo.

Oímos un ruido proveniente de la planta superior y nos alejamos de un salto, riéndonos.

–Deberíamos ir a cambiarnos de ropa si vamos a salir a cenar.

–Estupendo. Tú primero –dijo, cediéndome el paso hacia las escaleras.

–¿Caballerosidad o ganas de mirarme el culo? –quise saber.

–¿Pueden ser ambas?

–No.

–Entonces la segunda. –Esbozó una sonrisa lobuna.

–Sinvergüenza.

–Tal vez. –Se encogió de hombros–. Pero es parte de mi encanto.



## 20

Cuando nos montamos en el sedán gris de Nico, me sorprendió ver a Lidia sentada en el asiento trasero. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y vestía una camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros gastados. Estaba muy guapa con los ojos ligeramente maquillados y, bajo la luz de la bombilla del interior del coche, pude apreciar por primera vez que cada uno era diferente color.

–Se llama «heterocromía» –explicó, cuando se percató de que comparaba el color amarronado del ojo derecho y el verdoso del izquierdo–. Es raro, lo sé.

–Por eso es por lo que en su día le apodamos Husky –se burló Nico desde el asiento del piloto.

–¿Otra vez? –gruñó Lidia–. Pensaba que habíamos acordado no usar más ese mote.

–Spider lo acordó –especificó él–, no yo. Para mi seguirás siendo Husky toda la vida.

–Pues qué bien –refunfuñó y se cruzó de brazos.

El resto del viaje en coche se lo pasaron metiéndose el uno con el otro, mientras que Spider se giraba de vez en cuando para negar con la cabeza y yo sonreía divertida ante la situación.

El restaurante al que nos llevó Nico estaba en el pueblo de al lado y lo regentaba una familia encabezada por un tal Néstor, un chico muy moreno y algo bajito que, aunque me dio un buen repaso con la mirada cuando me vio entrar, sentía una profunda fascinación por Lidia.

–Lleva años pidiéndome una cita –me explicó ella mientras daba pequeños sorbos al refresco que había pedido–. ¿Tú qué opinas? ¿Te parece que está bueno?

Sabía que Spider estaba atento a mi respuesta, así como Nico, aunque éste no disimulaba para nada y nos estaba prestando toda su atención. Volví a mirar a Néstor antes de contestar. Estaba atendiendo unas mesas y solo podía verlo de perfil, pero fue suficiente.

–No está mal –concluí–. Es mono.

–Lo es, ¿verdad? –sonrió–. Una pena que saliera con una de mis amigas durante dos años. Eso lo convirtió en terreno prohibido. Ya sabes, las amigas antes que los tíos.

–Por supuesto –asentí.

–Aunque tú ni conoces a mi amiga –comenzó a decir, pensativa. Miró a Spider de soslayo y luego otra vez a mí, esta vez con una ceja alzada–. Si tan mono te parece, quizás podría organizaros una cita.

Spider cerró la carta de golpe y la posó sobre la mesa. Lidia y Nico lo miraron divertidos, mientras que yo opté por dar un sorbo a mi refresco para no contestar de inmediato. Spider, que estaba sentado a mi lado, giró su cuerpo hacia mí y me observó, expectante.

–¿Y bien? –dijo finalmente, al ver que yo seguía sin hablar.

–Antes de que digas sí o no –intervino Lidia–, estoy en la obligación como nueva amiga tuya de contarte que, según tengo entendido, es una fiera en la cama.

Nico soltó un aullido y Lidia se rio a carcajadas ante la expresión que había tomado la cara de Spider. Ambos amigos disfrutaban haciéndole rabiar, y yo quería formar parte de la diversión un rato, así que miré hacia Néstor de nuevo y me esforcé por poner cara de deseo.

–¿En serio? Vaya con Néstor... –murmuré lo suficientemente alto para que me oyeran–. Tal vez merezca la pena conocerlo un poco, entonces.

Me mordí el labio con teatralidad y Nico comenzó a reír tan alto que el propio Néstor se volvió hacia nosotros y me pilló mirándolo de aquella forma. Bajé la cabeza rápidamente, aunque sabía que me había visto. Lidia seguía con la mirada puesta en Spider, retándole a intervenir; él, sin

embargo, sacudió la cabeza y volvió a coger la carta que había dejado en la mesa.

Si tenía alguna duda de que Néstor había visto cómo lo miraba, cuando vino a tomarnos nota se disipó. A pesar de que era Nico quien le hablaba, el chico tenía los ojos fijos en mí, como si estuviera hechizado, y cada vez que yo alzaba la vista, él aprovechaba para dedicarme lo que se suponía que era una sonrisa seductora. Jamás había deseado tanto poder hacerme invisible.

Lidia estaba disfrutando con aquello como una niña pequeña. Cuando terminamos de pedir, y antes de que Néstor se dirigiese de nuevo hacia la barra, ella captó su atención con un movimiento de mano.

–Me parece que no conoces a mi amiga Olivia –le dijo con el brillo de la travesura en los ojos–. Es nueva por aquí.

–Ya decía yo. Sabía que no podía haber olvidado una cara tan perfecta como la tuya. Pues si necesitas una visita guiada por la zona, yo soy tu hombre. Y también en otros aspectos... Si quieres –me guiñó un ojo.

Lidia no podía estar más feliz, y Nico estaba poniéndose rojo de tanto aguantar la risa. Spider, por su parte, nos miraba con una cara de desconcierto y enfado que habría sido graciosa en otras circunstancias.

–Gracias, pero ya tengo guía para la visita. –Señalé a Spider con el dedo de forma casual–. Y para otros aspectos.

Néstor miró a Spider, quien había mudado su anterior expresión a una de completa satisfacción cuando oyó mi respuesta. Tras disculparse con él por lo que él creía que había sido una tirada de trastos a su novia, salió pitando hacia la barra.

–¿Desde cuándo es éste tu guía en todos los aspectos, si se puede saber? –preguntó Nico.

–Eso –se sumó Spider con aire divertido–, ¿desde cuándo?

–No te flipes, que solo necesitaba deshacerme de Néstor de alguna forma –contesté con fingido desdén. Le quité la carta de las manos e hice como la que la leía–. Además, casi te da una embolia por los celos. Deberías agradecerme lo que he hecho.

–¿Celoso yo? ¡Ja! –Dio una palmada–. ¿Quién se flipa ahora?

–Pues tú, como siempre.

Nos miramos desafiantes, pero duró poco: al segundo, ya estábamos sonriéndonos de nuevo. Nico resopló y le dijo algo a Lidia, pero no me enteré; estaba demasiado concentrada acariciando mentalmente su sien, su pómulo, la forma de sus labios, y por la forma en la que él me miraba a mí, debía de estar haciendo lo mismo.

–Tienes razón, Nico. –Lidia alzó la voz y nos sacó del trance a ambos–. Estos dos acaban en la cama antes de la semana que viene.

El resto de la comida transcurrió entre risas y anécdotas. Los tres habían ido al instituto juntos y tenían mil historias divertidas que contarme. Me enteré de que Nico se enrolló con una profesora en prácticas y, cuando el director se enteró, la expulsó del centro, y que Lidia se lió con una chica de su clase cuando tenía dieciséis porque, según ella, «hay que estar abierto a todo». Pero cuando pregunté por algún cotilleo jugoso sobre Spider, los tres se pusieron serios de repente y se miraron entre ellos, dubitativos. De repente, recordé las palabras de Spider sobre Camila y supe la razón del cambio de actitud.

–Ah. No queréis hablarme de ella por si me molesta –adiviné. Siguieron callados–. Podéis decir su nombre, ¿eh? –Más silencio–. Está bien, lo diré yo: Camila.

Oí la campanilla que sonaba cada vez que se abría la puerta del restaurante, y vi cómo Nico, que estaba sentado mirando hacia ella, erguía los hombros y daba un toque a Lidia en el brazo.

–Joder –murmuró ella–, es como si tuviera micrófonos.

–Es como el puto *Beetlejuice* –añadió Nico–. Dices su nombre y aparece.

No me hizo falta girarme para mirarla, ya que en un abrir y cerrar de ojos, apareció a nuestro lado. Tenía la melena negra sobre un hombro y llevaba un vestido negro de flores rosas que se le ceñía al cuerpo como un guante. Su piel, de un moreno brillante que solo se consigue si te viene de serie, junto con el grosor de sus labios y lo rasgado de sus ojos oscuros, la dotaban de una belleza exótica que tuve que reconocer. Levantó los brazos para volver a colocarse el pelo en su sitio, y pude ver que tenía un tatuaje en la cara interior del bíceps, justo donde lo llevaba Spider.

–Creía que estabas ocupado –le dijo con tono de regañina, sin ni siquiera saludar a los demás.

–Y lo estoy –le respondió él en tono serio–. Estoy cenando con mis amigos.

–Podías haberme invitado –insistió ella.

–Si te hubiera invitado, yo no estaría aquí –intervino Nico con dureza y Camila por fin se dignó a mirarlo.

–Otro motivo por el que invitarme, entonces –repuso ella fríamente y Lidia tocó a Nico en el brazo para evitar que se enzarzaran en un intercambio de réplicas que no iba a llegar a buen puerto.

Debí de tensarme en algún momento, porque Spider deslizó su mano por mi muslo y lo apretó suavemente. Supe que el gesto no había pasado desapercibido para Camila cuando noté sus ojos clavarse en mí. Tragué saliva y me obligué a levantar la vista; después de todo, ella no era la novia de Spider y ninguno de los dos estábamos haciendo nada malo. Él había decidido estar allí conmigo en vez de con ella, y no tenía por qué sentirme mal al respecto.

La miré con lo que admitía que era desafío y se sorprendió, lo que denotaba lo poco acostumbrada que estaba a que le plantaran cara. Había conocido a ese tipo de personas en mi vida, y sabía que me veía como una amenaza en su feudo.

–Camila, ésta es Olivia –me presentó Lidia por segunda vez en la noche.

Spider seguía agarrando mi muslo a pesar de las miradas furibundas que Camila nos lanzaba. Me esforcé por sonreírle y conseguí hacerlo de forma creíble, pero ella no se molestó en hacer lo propio y me miró con asco.

–¿A quién le importa? –contestó con desprecio y se volvió hacia Spider, que apretaba la mandíbula con fuerza.

–¿Sabes? No te mataría tener un poco de educación alguna vez. Podrías probarlo –replicó Lidia, cortante–. Si es que eres capaz.

–Veo que ahora eres leal a la nueva. –Le hablaba a Lidia, pero su mirada seguía pegada a la cara de Spider, a pesar de que él evitaba mirarla



deliberadamente.

–¿Leal? ¿En serio? –Lidia se rio y a Nico se le escapó una sonrisa–. Tía, es hora de que aceptes que tus años de abeja reina de mierda ya pasaron y dejes de actuar como tal. Madura un poco.

–¿Vas a dejar que tus amigos me hablen así? –preguntó a Spider, que seguía en silencio. Busqué su mano con la mía y la apreté, instándole a que interviniera, a pesar de que no estaba segura de en favor de quién lo haría.

–Creo que deberías irte, Camila –dijo él finalmente, con voz serena, aunque pude notar algo de lucha interior en ella–. Ya nos veremos.

–¿En serio? Está bien –se envaró ella–. Ya nos veremos.

Carraspeó para asegurarse de que tenía nuestra atención. Cuando vio que yo giré la cabeza hacia ella, esbozó una sonrisa y se inclinó hacia Spider. El beso que le dio duró un segundo, pero la imagen de sus voluminosos labios sobre los de él fue como un latigazo que hizo que soltara su mano como un resorte. Tras besarle, se alejó moviendo las caderas provocativamente, sin ni siquiera echar un último vistazo.

Todos los ojos estaban en mí. Oí la voz de Spider susurrarme algo al oído, pero cuando su boca se acercó demasiado a mi oreja, la imagen del beso me sacudió la mente y me levanté de un respingo, arrastrando la silla de forma sonora. Me disculpé con un balbuceo apenas inteligible y salí pitando hacia el servicio.

Lidia entró dos minutos más tarde con un gesto compasivo que se agravó cuando me miró. No estaba llorando, ni mucho menos, pero en mi cara debía de notarse la rabia.

–No ha sido culpa de Spider, Olivia. Es ella. No me gusta la palabra «zorra» para definir a las mujeres, pero ella lo es. –Lidia me pasó un brazo por el hombro lo que, debido a su corta estatura, le resultaba incómodo. Finalmente optó por abrazarme por la cintura.

–No le digas eso –le pedí–. A mí tampoco me gusta esa palabra, ni siquiera para ella.

–¿Cruella de Vil entonces? –propuso.

–Eso está mejor. Y eso de que no ha sido culpa de Spider... –Cogí un trozo de papel y me quité una pequeña mancha de máscara de pestañas que

tenía bajo el ojo derecho—. ¿Has visto cómo se ha comportado? Parecía un niño pequeño cuando su madre le riñe. ¡No le ha dicho nada! Ni siquiera cuando estaba siendo borde con vosotros.

—Ella siempre es borde con nosotros. Nos ve como una amenaza, su vida es así de triste. Todo a lo que aspira es a que Spider se dé cuenta de que no va a encontrar a nadie mejor que ella, y le ha jodido ver que lo ha hecho. —Me acarició el pelo con ternura—. No se lo tengas en cuenta. Entiendo tu postura, de verdad, pero entiende tú que a él le cuesta hacerle frente. Nico y yo llevamos años intentando que dé el paso.

—¿Entonces Camila y tú no sois amigas?

—¿Camila y yo? ¡Ja! Antes me hago la permanente, fíjate lo que te digo —bromeó—. Aunque he de decir que en el instituto hubo una época en la que no nos odiábamos, pero lo hice por Spider. Pensé que, si dejaba a un lado los rencores, quizá entendiera lo que él ve en ella. Pero no funcionó. Todo lo que seguía viendo era la superficial y malvada manipuladora de siempre.

Desde el instituto. Spider llevaba diez años colgado de ella, sumido en una relación cuya naturaleza no tenía clara pero que era importante para él. ¿De verdad pensaba que lo nuestro podía llegar a competir con aquello? Por lo que había presenciado aquella noche, dudaba que pudiera funcionar. Y lo peor de todo era que, a pesar de que me había esforzado por evitarlo, estaba loca por él. No sabía si podía hablar de amor, puesto que aquel era un terreno muy confuso para mí, pero sí sabía que lo que él me hacía sentir no era común y que me hacía vulnerable, propensa a padecer de nuevo la maldición del corazón roto. Si quería evitarlo tenía que alejarme, poner barreras cuando aún estaba a tiempo.

Me miré en el espejo para asegurarme de que mi semblante era sereno, a pesar del remolino de emociones que estaba teniendo lugar tras él. Lidia me observaba en silencio, dándome espacio para decidir qué hacer a continuación.

—Gracias —le dije finalmente con una sonrisa triste—. Por interesarte por mí.

—No tienes por qué dárme las —sonrió de vuelta—. Oye, Olivia, ¿puedo pedirte algo?

—Por supuesto.

–No te rindas con él, por favor. –El tono de ruego en sus palabras me pilló por sorpresa–. Sé que es lo más lógico, y quizás lo más inteligente dado que solo te vas a quedar un verano, pero eres la única persona que le ha hecho sonreír de esa forma. –Tomó su mano entre las mías–. Dale la oportunidad de darse cuenta de que se merece más de lo que siempre ha tenido, y que eso no tiene ni punto de comparación con lo que ha encontrado en ti.

La mirada de Lidia me ablandó el corazón, pero ella misma lo había dicho: solo iba a estar un verano junto a él, y únicamente había un cincuenta por ciento de probabilidades de que Spider se diera cuenta de aquello (y eso siendo optimistas). No podía arriesgarme a sufrir por alguien que no estaba seguro de lo que sentía.

–No puedo prometerte eso, Lidia –admití–. Si algo he aprendido es que tengo que mirar por mí misma por encima de todo, y ni puedo ni quiero pasar por el infierno del desengaño de nuevo. Ya ha hecho bastante mella en mí como para dejar que vuelva a apoderarse de mi vida. –Noté cómo las lágrimas se agolpaban en mis ojos y parpadeé con rapidez para evitar que se derramaran–. Además, no nos hemos parado a pensar que quizás él quiera estar con Camila. Es su decisión, no la nuestra.

Lidia desvió la mirada, seria, mientras asentía con la cabeza de forma ausente. La manera en la que se preocupaba por Spider era fruto de la amistad más pura, y me pregunté si Spider era consciente del tesoro que tenía en sus dos amigos. Le pasé el brazo por los hombros y ella me sonrió débilmente.

–¿Quieres irte a casa? –preguntó–. Puedo decirle a Nico que nos acerque, si no estás cómoda.

–No te preocupes, estoy bien –mentí–. Además, invita Nico, ¡hay que aprovechar!

Cuando volvimos a la mesa, Spider me propuso salir fuera un rato para hablar de lo que había pasado, pero le ignoré; me limité a sonreír y a examinar con atención la carta de bebidas. Después de debatir con Lidia durante un buen rato, nos decidimos por una botella de vino tinto para compartir. No fue hasta la tercera copa que Lidia se acordó de que era domingo y tenía que trabajar al día siguiente, así que nos fuimos a casa. Después de prometerle que me pasaría por su peluquería un día y de

asegurarle a Nico mil veces que estaba bien, Spider y yo entramos en casa de mi madre en silencio.

–Prometimos hablar las cosas –me recordó en voz baja–. ¿Podemos salir al jardín un momento, por favor?

–No tenemos nada de qué hablar, Spider –contesté con la mejor de mis sonrisas–. Buenas noches.

Subí las escaleras, pero él venía pisándome los talones. Nos cruzamos con mi madre y con la suya por el pasillo cuando se iban a la cama, y ambas nos miraron extrañadas; sobre todo porque al pasar por su lado les sonreí ampliamente, cosa que nunca hacía. Me metí en mi cuarto y empujé la puerta para que se cerrara, aunque no llegó a hacerlo. Spider la sujetó y se coló por el hueco que quedó.

–Háblame, Olivia, por favor –me pidió.

–¿De qué? –me hice la loca mientras rebuscaba en el cajón de mi ropa interior.

–De Camila –susurró–. De lo que ha pasado esta noche.

–Ah, pero eso está todo claro –contesté cínicamente–. Por cierto, vais a tener unos hijos preciosos. Súper morenos.

Spider resopló. Me maldije por dejar que la ironía que siempre nacía de mi rabia saliera a jugar en la conversación, pero decidí dejarla fluir. Después de todo, siempre lo hacía cuando estaba dolida. Abrí el armario para buscar un pijama limpio y decidí darme una ducha. No me apetecía ni lo más mínimo, pero necesitaba estar a solas, relajarme y pensar un poco. Tenía la espalda vuelta hacia él y estaba decidida a no hablar más del tema, pero él no parecía por la labor de dejarlo.

–Deja de usar la ironía conmigo y háblame claro de una puta vez, ¿quieres? –me espetó. Giré el cuerpo lentamente, intentando calmar el fuego que me galopaba por las venas.

–Muy bien –acepté–. Esta noche has sido un gilipollas. Has dejado que esa tía me menospreciara y, lo que es peor, que ninguneara a tus mejores amigos. Has permitido que manejara la situación a su antojo y no has abierto la boca ni una vez para ponerla en su lugar, a pesar de sus continuas faltas de respeto. –Suspiré y me froté el puente de la nariz–. Mira, Spider, yo estoy rota por dentro. Tengo mierda en la cabeza como para aburrir a un

psicólogo, y soy consciente de ello. Pero tú no. No te das cuenta de que llevas diez años en una relación nada sana. Y sí, sé que me vas a decir que no tengo ni puta idea de lo que hablo, ¿pero sabes qué? Que no son mis palabras, Spider, son las de tu amiga Lidia, y ella sí que lo sabe.

–Lo mío con Camila no es así, Olivia, es solo que...

–¡Oh, por favor, deja de engañarte! –Alcé la voz un poco y volví a bajarla en cuanto me di cuenta–. Trata mal a todo el que considera que puede llegar a interferir en lo vuestro. Te manipula con sus llamadas de auxilio y te hace sentir culpable si no acudes como un perro faldero. Usa el sexo como cebo. Todo muy sano, sí –dije con sorna y lo miré a los ojos–. Si no te das cuenta, tienes un problema. ¿Y sabes qué? Que ya eres mayorcito y es cosa tuya. Pero no me digas que te gusto y me beses si luego vas a comportarte como un capullo sumiso en su presencia, porque lo último que necesito en mi vida es alguien que juegue conmigo y con mis sentimientos. Y ahora, si me disculpas –abrí la puerta del cuarto de baño–, voy a ducharme.

Estuve bajo el chorro de la ducha durante al menos media hora. Puse el agua casi hirviendo y me limité a quedarme allí de pie, para que me recorriera el cuerpo, lo que hizo que dejara parches rojos a su paso. Siempre hacía lo mismo cuando tenía algo rondándome la mente, y solía funcionar.

Esa vez también lo hizo. Cuando salí, era otra persona. Logré ver las cosas con perspectiva, dejar a un lado las locuras del corazón para enfocarlo todo de manera lógica, y me di cuenta de que a pesar de lo mucho que me gustaba Spider, era una tontería reaccionar de aquella forma. Ambos éramos adultos y estábamos en nuestro pleno derecho de hacer lo que quisiéramos con quien quisiéramos. Si él de verdad pensaba que lo suyo con Camila no era preocupante, no sería yo quien le rebatiera de nuevo. Simplemente iba a limitarme a sobrevivir el tiempo que me quedaba en aquel lugar, o al menos a intentarlo. Lo demás ya se vería con el tiempo.

Salí de nuevo a mi habitación, dispuesta a dormir a pierna suelta durante horas, pero mi cama estaba ocupada por él.

Estaba tumbado sobre su espalda, con un brazo tras su cabeza y las piernas cruzadas. Con el enfado había olvidado mi pijama sobre la cómoda y vestía únicamente una minúscula toalla alrededor de mi cuerpo y otra alrededor de mi cabeza. Me saqué ésta última de un tirón y comencé a

escurrirme el pelo, intentando no evidenciar lo increíblemente tentadora que era la imagen que tenía frente a mí.

Como de costumbre, no le oí levantarse y ponerse a mi espalda. Noté el roce de las yemas de sus dedos en mi piel aún húmeda y no pude evitar estremecerme.

–Esto –comenzó a decir con esa voz ronca que me hacía suspirar– es lo que quiero, Olivia. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Tenía su boca justo entre mi oreja y mi cuello, y estaba segura de que hasta él podía oír el sonido de mi sangre bombeando fuerte. Solté el aire que retenía poco a poco, nerviosa, y tragué saliva. La lógica que imperaba en mi mente había desaparecido de un plumazo. La busqué desesperadamente, pero al parecer había saltado por la ventana y había dejado al mando a esa sinrazón que solo salía a la luz cuando se trataba de él.

–Hoy has tenido la oportunidad de hacerlo –le recordé.

–Lo sé... Dame otra –pidió–. Una más. Por favor.

–Te doy un verano –dije sin pensarlo–. Es todo lo que puedo darte, todo lo que estoy dispuesta a darte.

–Es todo lo que te pido –susurró él–. Dejemos de lado lo demás, ¿de acuerdo?

Me di la vuelta hacia él lentamente. El deseo había teñido sus ojos de un color más oscuro, tan hipnótico que consiguió que no me diera cuenta de lo que mi cuerpo estaba haciendo. De pronto me encontré entre sus brazos, con mi pecho pegado al suyo y mi cara alojada en el hueco de su hombro. Aspiré su aroma y lo memoricé con detenimiento, por si algún día quería recordar a qué olían la sinrazón y la locura.

–Vayamos día a día, entonces. –Mi boca estaba pegada a su hombro, por lo que la frase se oyó amortiguada–. Que sea lo que tenga que ser.

El resto del mes transcurrió sin sobresaltos. Continué rehuendo cualquier contacto físico o verbal con mi madre, aunque Lluvia, con su infinita persistencia, logró que baja las defensas un poco con ella. Descubrí que no era del todo desagradable, y que podía llegar a mantener unas conversaciones bastante interesantes, sobre todo si se había fumado algo antes.

Nico y Lidia se habían convertido en dos buenos amigos a los cuales veía cada vez que no teníamos que trabajar. Íbamos a jugar a los bolos, a cenar o simplemente a dar un paseo, y con cada salida iba apreciándolos cada vez más.

En cuanto a Spider... El tomarnos las cosas poco a poco estaba dando resultados. Disfrutábamos al máximo el tiempo que estábamos juntos, y cuando no lo estábamos, no me comía la cabeza pensando dónde estaría o con quién; simplemente me limitaba a recordar que cuando estaba conmigo, estaba al cien por cien. Nada más.

Tenía planeado irme de vuelta a casa en agosto, por lo que intenté exprimir julio al máximo. Un encargo de última hora por parte de uno de mis clientes habituales hizo que el tiempo del que disponía se redujera a casi la mitad, pero no me importó. Diseñar páginas webs era divertido, sobre todo si se trataba de un proyecto para el excéntrico Míster Marshall. En realidad, tenía un nombre de lo más normal, pero él optó por dicho pseudónimo ya que, según sus propias palabras, «tiene más glamour para dedicarte a la venta de antigüedades».

Estaba sentada en el escritorio, sumida en el nuevo diseño de la web, cuando llamaron a la puerta con dos golpecitos secos. Sin darme tiempo a

contestar, la puerta se abrió y Lidia apareció en el umbral con gesto sonriente.

–Son las nueve de la noche de un jueves. ¿En serio estás trabajando? – Se sentó en el borde de mi cama mientras se atusaba su rubia melena–. ¡Vaya muermo de tía!

–Tú misma lo has dicho, es jueves. Día laborable por excelencia.

–¿No te ha llegado la notificación? ¡Los jueves son los nuevos viernes!

–Ah, ya, es eso de los «juernes», ¿no?

–No digas esa palabra –me advirtió, señalándome con el dedo–. Me pone de mala hostia.

–Lo añadiré a la lista –bromeé–. Oye, en serio, voy un poco a contrarreloj aquí, necesito concentrarme...

–Nico y yo nos hemos acostado –soltó y me giré tan bruscamente que casi me caigo de la silla.

–¿Qué has dicho? –parpadeé–. ¿Nico y tú? ¿Cómo?

–¿Que cómo? Joder, Olivia, parece mentira. Pues él metió su...

–¡Que cómo llegasteis a acostaros! –exclamé, interrumpiendo su para nada decorosa explicación del acto sexual.

Lidia soltó un chillido y comenzó a pasear por la habitación, nerviosa. No paraba de atusarse el pelo y frotarse la cara con la mano, como si eso fuera a aclarar las ideas que debían bullir en su cabeza.

–Anoche fui a la tienda antes de que cerrara porque no tenía huevos en casa y pensaba preparar huevos rellenos para nuestra cena de este fin de semana. Ya sabes, los huevos cocidos y luego con atún...

–¡Ve a lo importante! –grité, desesperada.

–¡Vale, vale! –Suspiró–. Pues eso, que fui a comprar huevos y estaba él atendiendo. Me dijo que me esperara, que iba a cerrar ya. Comenzamos a hablar un poco, y una cosa llevó a la otra... –Me miró intentando aguantar una sonrisa–. Acabamos en su casa porque me invitó a cenar y, bueno, ya sabes. –Enterró la cara en sus manos y el pelo rubio le cayó hacia delante–. Joder, ¿qué he hecho? ¡Somos amigos! Esto va a fastidiarlo todo, ya lo verás. Acabo de cargarme una relación de amistad de doce años.



–O acabas de empezar una relación de pareja –sugerí y Lidia levantó la cabeza como un resorte–. ¿Acaso me vas a decir que no estás colada por él?

Su silencio me dio la respuesta que esperaba.

Durante las últimas semanas había estado observándoles y preguntándome si Lidia se atrevería a contarme alguna vez lo que realmente sentía por Nico. Era obvio, por la manera en que actuaba y lo miraba, que llevaba tiempo queriendo ser algo más que su amiga.

–Llevo colada por él desde que le conocí –reconoció.

–¿Y cómo es que no has hecho nada al respecto hasta ahora? No me pareces una chica de las que no se lanzan.

–¿Sabes la de conquistas de Nico que he tenido que soportar? –Puso cara de desencanto–. Hordas y hordas de tías buenas y tontas con las que todos sabíamos que no tenía futuro. Y él tampoco es que actuara mucho mejor. Todo a lo que aspiraba era al sexo, nada más. –Se desplomó en la cama de nuevo–. Yo no quería ser una de ellas, Olivia. Yo quería... Quiero –se corrigió– ser alguien con quien llegue a plantearse algo más. Por eso nunca me atreví a hacer nada, porque quería estar segura de que, si daba el paso, iba a ser correspondida. De lo contrario me exponía a destrozarnos nuestra amistad... ¡Cosa que acabo de hacer! –exclamó mientras buscaba mi almohada y hundía su cara en ella.

–Vas a tener que hablar con él, Lidia –concluí–. No hay otra forma de saber si esto va a cambiar en algo vuestra relación o no.

Ella soltó un bufido y tiró la almohada hacia un lado. Se incorporó hasta estar a mi altura y me tocó el pelo.

–¿Estarías interesada en un cambio de look? –propuso, y yo negué con la cabeza–. ¡Venga! Necesito despejarme un poco, y eso siempre me ayuda. –Hizo un puchero–. ¡Anda, porfi!

Me reí, y esa fue mi perdición.

Lidia abrió su peluquería solo para mi aquella noche. Ojeamos un par de revistas para ver si dábamos con un look que me favoreciera, pero ninguno lograba convencerme. Finalmente nos decidimos por unas mechas *balayage*, una técnica nueva que Lidia definió como «tridimensional», y un corte de puntas que era más que necesario. Se negó a hablar de Nico

mientras trabajaba en mi pelo, así que aprovechamos el tiempo para conocernos un poco más. Lidia era una de esas personas genuinamente agradables, sin trampa ni cartón. Si le gustabas, te lo hacía saber y si no, también. Era refrescante conocer a alguien así.

También resultó ser una extraordinaria peluquera. Mi larga melena castaña ya no era tan larga, y estaba algo más clara debido a las mechas, que quedaban geniales con las ondas surferas que Lidia me había hecho.

–Tendría que haberme maquillado –lamenté mientras me miraba en el espejo–. No sé tú, pero yo necesito verme pintada cuando voy a la peluquería. Si no, es como si el look estuviera incompleto.

–Todo tiene arreglo en esta vida, amiga. –Se perdió en el almacén y reapareció con un neceser gigante–. También soy maquilladora. Disponible para bodas y cualquier tipo de evento –recitó como si estuviera en un anuncio. Abrió el neceser y lo estudió con detenimiento–. ¿Me das permiso para hacer lo que quiera?

–Eso me suena peligroso, así que voy a poner como fuera del límite el maquillaje de *drag queen*.

–Exagerada. Únicamente quiero hacerte un maquillaje un poco más elaborado. Nada más.

–Está bien –claudiqué y me arrellané en la silla de nuevo–. Soy toda tuya.

Tras mirarme desde diferentes ángulos para estudiar mis rasgos y dilucidar qué tipo de maquillaje podría favorecerme más, Lidia se puso manos a la obra con una dedicación pasmosa. Apenas me habló durante el tiempo que tardó en maquillarme, y si lo hacía era única y exclusivamente para darme instrucciones sobre lo que tenía que hacer. Miré hacia abajo cuando me puso pestañas postizas y rímel, y abrí la boca cuando me pintó los labios. No quise mirarme en el espejo hasta que no estuviera lista, y cuando lo hice, casi me caigo de la silla de la impresión.

–¡Joder! –exclamé, mientras me acercaba al espejo para comprobar que realmente era yo.

Me había maquillado los ojos con un ahumado en tonos tierra que resaltaba el color azul de mis iris, y que se veía aún más impresionante debido al efecto de las pestañas postizas. La base de maquillaje que había

utilizado dejó mi piel libre de imperfecciones y con una jugosidad que, sospechaba, iba a ser muy favorecedora en fotos. Los labios, por último, los había dejado en un tono natural pero brillante.

–Eres la puta ama de los cambios de look, tía. Deberías crearte un canal de Youtube.

–Ay, quita, quita –rio–, que yo no doy bien en cámara. –Me retocó un poco el pelo con los dedos–. Me alegro de que te guste.

–¡Me encanta! –Volví a mirarme en el espejo y puse diferentes poses mientras Lidia se reía a carcajadas.

–Es una pena que tengas que irte a casa a trabajar y desmaquillarte... – Se colocó a mi lado y me dio un golpecito en el hombro con el suyo propio–. ¿No crees que sería una pena?

–¿Y qué propones?

–Pues no sé, quizás un poco de baile. Eso sí –me apuntó con el dedo–, tenemos que cambiarnos de ropa. ¿Qué me dices?

–Pues no sé... –Fingí sopesarlo unos instantes, aunque la verdad era que ya estaba convencida–. Bueno, vaaaale. Después de todo, es *juernes*, ¿no?

–¡Bien! –Alzó los brazos triunfante y rápidamente mudó su expresión a una más seria–. Y ya te he dicho que odio esa palabra.

Después de pasar por casa de Lidia, nos montamos en su coche dispuestas a dirigirnos a una localidad cercana para bailar bachata. Yo no tenía ni idea de cómo se bailaba, pero pretendía averiguarlo aquella noche.

Ella estaba impresionante con un vestido corto color azul añil con cuello estilo griego y unos taconazos negros que le otorgaban al menos trece centímetros más de estatura. Llevaba el pelo recogido en la nuca y de él le aparecían unos pendientes de zafiro azul que le colgaban un poco. Yo, por mi parte, llevaba un vestido rojo demasiado corto y ceñido que me quedaba algo estrecho en la zona del pecho, pero que según Lidia me hacía irresistible. Era lo único que había encontrado en el armario de mi amiga con lo que podía salir a la calle sin ser acusada de escándalo público. A diferencia de las tallas de ropa, ambas compartíamos el mismo número de

pie, por lo que pude cogerle prestados unos zapatos de tacón negros ligeramente más bajos que los suyos, de punta abierta y atados al tobillo. A pesar de que no era ajena a ese tipo de calzado, no podía evitar sentirme como si estuviera subida en un andamio. Dudaba de que nuestras elecciones fueran las más apropiadas para bailar toda la noche, pero cuando nos miramos en el espejo y vimos lo bien que nos quedaban, nos dio igual. Siempre podíamos acabar la noche descalzas.

El trayecto en coche se me hizo cortísimo. Lidia tenía una selección de música muy variada y marchosa que provocó que cantáramos como locas, incluso cuando estábamos paradas en un semáforo y todos podían vernos. Comenzaban a sonar las primeras notas de «*Talk Dirty*», de Jason Derulo, cuando llegamos al aparcamiento.

El sitio se llamaba «Boricua», y era una especie de nave que habían habilitado como local nocturno. Estaba pintado de color lila oscuro y anunciaba su nombre en un neón de color fucsia. Las notas difuminadas de los ritmos latidos se escurrían por la puerta cada vez que alguien salía o entraba. Justo antes de que el portero nos diera paso, recibí un mensaje de Spider en el que me decía que me invitaba a cenar.

—Dile que se venga —dijo Lidia en tono despreocupado—. No tiene ni idea de bailar bachata, el pobre, pero siempre puede hacer el baile del cubata, que se le da muy bien.

—¿Estás segura? —Fruncí el ceño—. Puede que venga con Nico. ¿No te importa?

—¡Para nada! —exclamó demasiado alto—. Además, si tengo que hablar con él prefiero hacerlo con alcohol en el cuerpo. —Iba a recordarle que era ella la que conducía, pero pareció leerme la mente—. ¡Tranquila! Si bebo demasiado, cogemos un taxi, no hay problema. Venga, vamos dentro.

Teclé rápidamente mi respuesta a Spider mientras caminábamos hacia la barra. No había demasiada gente, lo cual era perfecto para bailar sin molestia alguna. Cuando alcancé a Lidia, el camarero ya nos había servido dos chupitos de tequila.

—¡Hasta abajo, carajo! —chilló y se tomó el tequila de un trago, sin molestarse con la sal ni el limón.

–¡Vamos! –grité, imitándola. Cuando posé el pequeño vaso sobre la barra, el camarero acudió presto a rellenarlo—. Ay, ay, ay, que hoy vamos a salir de aquí dando tumbos.

–¡Esa es la idea! –rio ella mientras se chupaba la mano y espolvoreaba la sal encima.

Cuando Spider y Nico nos encontraron, estábamos en medio de la pista de baile moviéndonos al ritmo de una canción de Aventura que no había oído en mi vida. Tras un par de intentos fallidos, había logrado dominar los pasos básicos de bachata. Dudaba que pudiera aprender mucho más en una noche, así que me limité a ellos, ya que me hacían parecer una bailarina decente. Noté una mano posarse en mi cintura e, instintivamente, alcé el codo para defenderme, pero el aroma de ese perfume que conocía tan bien se coló por mi nariz y me relajé.

–¿Tú no estabas trabajando? –me susurró al oído mientras pegaba su pecho a mi espalda.

–Estoy cogiendo inspiración.

Me volví hacia él al ritmo de la música. Llevaba el pelo peinado hacia arriba y su piel morena resaltaba contra el gris de su camiseta. Se había puesto los vaqueros de nuevo, y una ola de calor me invadió de cabeza a pies.

Cuando me miró la cara, arqueó las cejas y me separó unos centímetros de él.

–Joder –exclamó, subiendo y bajando la mirada por mi cuerpo—. Madre mía.

–¿Te gusta lo que ves, pequeño? –preguntó Lidia a nuestro lado, colgada del brazo de Nico. La verdad es que hacían muy buena pareja.

–Me gusta mucho –respondió Spider, con la risa en los ojos—. Demasiado.

–Me parece que a las chicas les favorecen mucho las salidas nocturnas inesperadas –intervino Nico mientras le daba a Spider uno de los vasos que tenía en la mano. Fruncí el ceño.

–¡Eh, nosotras no tenemos bebida! –le dije a Lidia, y ella me agarró de brazo en un abrir y cerrar de ojos y me arrastró hacia la barra.

Me apoyé en la lisa superficie de madera mientras veía cómo el camarero derramaba ron en dos vasos de tubo. Lidia se pegó a mi brazo.

–Me ha besado –anunció en un tono a medio camino entre grito y graznido. Solo me hizo falta arquear las cejas para que siguiera hablando–. Ha llegado, me ha visto y me ha besado. Ni siquiera hemos hablado de lo que pasó anoche. ¿Qué se supone que significa esto?

–Significa –comencé a decir y me di cuenta de que me costó más de lo normal, señal de que el alcohol empezaba a hacerme efecto– que no se arrepiente, Lidia. Si lo hiciera, no te habría saludado así, ¿no?

–¿Tú crees? –preguntó, nerviosa–. Ay, no sé. Es que ha sido muy de pareja, como si lleváramos saliendo un tiempo.

–Si algo he aprendido, o estoy intentando aprender este verano es que a veces hay que dejarse llevar y ver cómo evoluciona todo. Así que Pruébalo esta noche, a ver qué tal. –Lidia asintió y el camarero empujó los vasos hacia nosotras. Cogí el mío y lo choqué contra el de Lidia, en un brindis–. Por una gran noche.

–Por una gran noche –repitió ella, sonriendo mientras le daba un trago al ron.

No había bailado tanto en mi vida. Casi ni sentía los pies, pero cada vez que sonaban los primeros acordes de una nueva canción, Lidia me cogía de la mano y volvíamos a bailar de nuevo. Ninguno de los chicos se animó a unirse a nosotras; simplemente se limitaron a quedarse sentados en la barra, charlando y observándonos. Se acercaban de vez en cuando para preguntarnos si queríamos algo de beber, aunque en realidad fuera una excusa para arrimarse un rato.

Prince Royce sonaba en la pista cuando dos desconocidos se acercaron y nos propusieron bailar. Tras decirles que yo no tenía ni idea por señas, uno de los chicos se encogió de hombros y me tomó de la mano. Ellos resultaron ser bastante buenos, mientras que nosotras nos limitamos a dejarnos llevar. Nico y Spider observaban atentos desde donde estaban, con sendas expresiones indescifrables, a pesar de que los chicos no se sobrepasaron en ningún momento; solo bailaron con nosotras y, cuando terminó la canción, se despidieron y desaparecieron. Dos minutos más tarde, otros dos muchachos diferentes aparecieron a nuestro lado con la misma propuesta.

–Parece que tenéis club de fans –dijo Nico cuando nos acercamos a ellos para descansar un poco.

–Al menos ellos se dignan a bailar con *nosotrassss* –protestó Lidia, alargando las eses como al parecer hacía cada vez que se emborrachaba–. ¿No os pensáis levantar de ahí en toda la noche?

–Ni de coña –contestó él–. Bueno, sí, para ir al servicio.

–No seas tan divertido, chico –dijo ella con ironía–, no vaya a ser que formes corrillo a tu alrededor.

–¿Qué estás bebiendo? –pregunté a Spider, acercando mi cuerpo demasiado al suyo.

Comenzaba a estar oficialmente borracha, y lo sabía porque de repente lo único que quería era estar cerca de él, lo más pegada posible, sin importarme que estuviéramos en público.

Le arrebaté el vaso y di un sorbo.

–¿Esto es Coca-Cola? –Él asintió con la cabeza–. ¿Por qué?

–Porque soy el conductor de guardia esta noche, y a juzgar por la manera en que comenzáis a hablar las dos, vais a necesitar a alguien que os lleve a casa.

–Oh, ¡qué considerado!

–¡*Ssssúper* considerado! –exclamó Lidia.

–¿A que sí? –Tenía la boca pastosa y volví a darle un sorbo a su refresco–. Es súper mono, tía.

–Sois monos los dos –intervino ella, riendo–. ¡Quiero ir a vuestra boda!

–Vamos a dejar el alcohol un rato, ¿os parece? –dijo Nico, sentándose a Lidia en el regazo–. No vayamos a terminar cogiendo un vuelo a Las Vegas para casar a estos dos.

Solté una carcajada y me pegué a Spider de nuevo. Acerqué la boca a su oreja, usando mi pelo como cortina para proporcionar un poco de intimidad. Él posó la mano en la parte baja de mi espalda e inclinó el cuello un poco como si eso le permitiera oírme mejor.

–No te lo he dicho, pero estás impresionante esta noche –le confesé, utilizando las mismas palabras que él me había dicho en la fiesta de Nico un tiempo atrás.

Él debió reconocerlas, porque soltó una carcajada suave.

Aquel sonido instaló un foco de calor en la parte baja de mi estómago. Aproveché la situación de mi cara para bajarla un poco y posar mis labios en su cuello. Le besé con intención, deseosa de provocar en él justo la reacción que obtuve. Deslizó su mano hacia mi culo y suspiró profundamente.

–¿Pretendes volverme loco? –susurró, buscando mi boca desesperadamente. Me coloqué frente a él y le rodeé el cuello con los brazos–. Porque lo estás consiguiendo.

–Bien. –Le di un beso apasionado, aunque breve–. Eso es exactamente lo que busco.

La música cambió de tercio y, por primera vez en la noche, sonó algo que no fuera bachata. «*Where have you been*» de Rihanna retumbó en la sala de repente y yo di un salto.

–¡Esta es mi canción! –le grité a Lidia y ella dio una palmada de excitación–. ¡Vamos!

Llegamos a la pista justo cuando comenzaba a sonar la parte electrónica. Lo dimos todo, moviendo el pelo y las caderas al ritmo de la música, mientras los focos de luz dibujaban formas blancas y violetas sobre nuestra piel. Lidia les hizo un gesto a los chicos para que se unieran a nosotras, pero en vez de eso se cruzaron de brazos y nos observaron con interés y una sonrisa en los labios. Ella les dedicó un gesto obsceno y se pegó a mí, cogiéndome de las caderas. Aquel gesto me recordó a Nora, a cómo solíamos bailar en las fiestas, y me embargó una nostalgia inusitada. Llevaba días sin dar señales de vida. Por más que la llamaba no contestaba, y si lo hacía, alegaba que estaba muy ocupada y colgaba dejándome con la palabra en la boca. No entendía qué pasaba para que mi mejor amiga no confiara en mí.

La canción terminó y eché a andar hacia Spider, que sostenía mis cosas. Saqué el móvil y busqué el número de Nora en el listado de llamadas recientes. La música estaba demasiado alta, así que Lidia me acompañó al



servicio para que pudiera llamar desde allí. Sabía que era de madrugada, pero me daba igual; quería hablar con mi amiga, fuera como fuera. Oí varios tonos pero, como venía siendo costumbre, ella no descolgó. Esta vez, sin embargo, dejé que la llamada fuera al contestador y, cuando por fin pude dejar mi mensaje, comencé a hablar casi a gritos mientras andaba en círculos.

–No sé qué cojones te pasa conmigo, pero creía que eras mi mejor amiga. ¡Las mejores amigas se cuentan las cosas! Nosotras lo hacíamos antes. ¿Qué coño te pasa, Nora? ¿Es que he hecho algo? ¡Joder! –grité, al chocarme con la pared y el mensaje llegó a su final.

Solo me quedaba esperar que mi amiga lo oyera, decidiera dejar de rehuirme y diera la cara para contarme lo que fuera que le estaba pasando. Después de todo lo que habíamos vivido juntas, me lo debía.

A las tres de la mañana estábamos en el todoterreno de Spider de vuelta a casa. A pesar del abundante número de canciones que habíamos bailado y el alcohol que habíamos bebido, Lidia y yo aún teníamos cuerda para rato y no nos queríamos ir. Después de mucho protestar, Nico nos explicó que tenía un combate el sábado y necesitaba descansar todo lo posible para rendir al máximo. Ambas insistimos en ir a verle boxear, y cuando aceptó, soltamos un grito y aplaudimos.

–Echo de menos a mi gato –dije, de repente, y Lidia soltó un «oh, cariño» y me acarició la cabeza–. Y a mi abuelo, y a mi padre... ¡Joder, y a mi hermano! –lloriqueé.

–¡Foto de tu hermano! –pidió Lidia y, busqué en la galería del móvil alguna–. Vale, quiero ser tu cuñada. ¡Acabo de enamorarme!

–Qué bonito –masculló Nico.

–El corazón quiere lo que quiere, Nicolás –alegó dramáticamente–. No pongas diques al mar. –Se inclinó hacia delante y le dio una palmada en el hombro–. ¡Podríamos hacer un trío!

–¡Ni de coña!

–Hay que probarlo todo, muchacho.

–Ay, por favor, cambiemos de tema –imploré–. No quiero seguir hablando de tríos con mi hermano.

–Estoy de acuerdo –coincidió Nico–. Hay ciertas cosas que no estoy dispuesto a probar, ni siquiera con el hermano de Livi. Aunque con Livi, quizás...

–No termines esa frase –le advirtió Spider y él se echó a reír.

Tras dejar a Nico y Lidia en el apartamento de él (y tras dedicarle a ella una sonrisa guasona), me cambié al asiento del copiloto para estar al lado de Spider. En cuanto lo hice, su mano buscó mi muslo y descansó allí, acariciándome despacio. Era un gesto de cariño que en ningún caso parecía buscar algo más, pero mi cuerpo lo registró como lo más erótico que podía haber hecho. Desvié la mirada hacia la ventanilla y me mordí el labio, obligándome a respirar hondo para intentar calmar la llamarada que comenzaba a aflorar en las palmas de mis manos y en otros sitios menos decorosos.

–Duerme conmigo hoy –dije de repente. Él ladeó la cabeza sin quitar los ojos de la carretera.

–¿Estás segura? –preguntó, sorprendido. Asentí–. Pero para que me quede claro, me estás hablando única y exclusivamente de dormir, ¿no?

–Spider –contesté con voz pastosa–, cuando llegue a casa y eche todo el alcohol que he bebido esta noche, no vas a tener ganas ni de darme un beso siquiera.

–Lo dudo.

–Pues creo que vamos a salir de dudas antes de lo previsto –dije, llevándome la mano al estómago.

Spider pisó el acelerador para llevarme a casa cuanto antes mientras se reía a carcajadas.

Tal y como le había pedido, Spider durmió conmigo aquella noche. Me sujetó el pelo mientras vomitaba y, cuando por fin hube eliminado todo el veneno del cuerpo, me acurrucó contra su pecho y acarició la piel de mi brazo hasta que me quedé dormida.

El sonido de mi móvil nos despertó unas horas más tarde, y lo habría estampado contra la pared de no haber sido por el nombre que apareció en la pantalla.

–¿Estás en casa de tu madre? –La voz de Nora sonaba diferente, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

–Sí, ¿por? ¿Nora, te pasa algo? –Me froté los ojos mientras observaba cómo Spider se colocaba de nuevo los vaqueros. La camiseta se le había manchado por mi culpa, así que se quedó con el torso desnudo—. ¿Necesitas que vaya a verte?

–Si quieres verme, ábreme la puerta.

Bajé los escalones corriendo. Aún estaba algo mareada y me palpitaba la cabeza por culpa de la resaca, pero mi amiga había conducido hasta allí por un motivo y pretendía averiguarlo sin más dilación. Spider me anunció que iba a preparar café en la cocina por si nos apetecía y se quitó de en medio.

Nora llevaba su larga melena pelirroja enjaulada en una gruesa trenza que le caía recta, dividiendo su espalda en dos, y la blanca piel de sus hombros quedaba al descubierto debido al corte del escote del vestido ancho que vestía. A pesar de que esbozó una sonrisa cuando me vio, pude

notar que estaba a punto de llorar y, sin pensarlo un segundo, la abracé con fuerza hasta que por fin derramó las lágrimas que había estado reteniendo.

Cuando entramos en la cocina vi que Spider había dejado dos tazas de café sobre la mesa y había desaparecido, lo cual agradecí muchísimo. Nora acunó la suya con ambas manos y perdió la mirada en el oscuro líquido antes de comenzar a hablar.

–Siento no haber estado ahí para ti durante estos días –se disculpó–. No quería que te preocuparas por mí.

–Si eso es lo que pretendías, deberías haber seguido otra táctica, porque desaparecer de mi vida ha causado el efecto contrario. –Di un prolongado sorbo a mi café mientras analizaba su expresión para descifrar qué podía ir mal en su vida–. ¿Qué te ocurre, Nora?

–Antes de contarte nada, necesito que me prometas que no vas a presionarme para que te diga más de lo que voy a decirte.

–Está bien –acepté, nerviosa de repente–. Ahora mismo lo que quiero es que me digas qué pasa porque me estás poniendo histérica.

–Vale, pues allá va. –Cogió aire como si con él tomara valor, y lo soltó poco a poco–. Estoy embarazada.

–¿Cómo? Pero... ¿Cómo? –La cabeza me daba vueltas. Hice cuentas mentalmente–. Pero ¿de cuánto estás?

–Mes y medio.

–Pero ¿de quién?

Creía que mi amiga me lo contaba todo, pero al parecer no era así. De haberlo hecho, podría haber calculado quién era el padre del bebé.

–Eso es precisamente a lo que me refería cuando te pedí que no me presionaras. El padre aún no lo sabe, y quiero decírselo a él antes.

–De acuerdo. –No lo estaba, pero no quería hacerla sentir aún peor–. ¿El bebé está bien?

–El bebé está bien –repitió, sonriendo tímidamente–. Creciendo como se espera, y mi ginecóloga me ha asegurado que todo va genial de momento.

Me quedé mirándola sin saber qué decir. A pesar de tener veinticinco años, aún me costaba hacerme a la idea de que, cuando una amiga está embarazada, ya no tienes que preocuparte y preguntarle qué va a decirle a sus padres, sino que hay que darle la enhorabuena. Acorté la distancia que nos separaba y volví a abrazarla con fuerza.

–¡Voy a ser tía! –exclamé. Se le escapó un mechón de la trenza y lo coloqué tras su oreja–. ¿Estás feliz?

–Al principio fue un shock –suspiró–, pero ahora estoy deseando vivir esto y verle la cara. –Sonrió de oreja a oreja y se llevó la mano al vientre–. Es increíble lo que puedes llegar a querer a alguien tan pequeño.

–Qué fuerte, ¡el primer bebé del grupo! –Puse mi mano sobre la suya–. ¿Se lo has contado a los demás ya?

–Aún no. Mi intención era aclararme la mente y contárselo al padre antes que a nadie, pero cuando oí el mensaje que me dejaste...

–Lo siento mucho, Nora. Estaba borracha –me disculpé.

–Pero tenías razón. Las mejores amigas se cuentan las cosas, y tú eres especial para mí, Livi. No quiero que pienses lo contrario. –Comenzó a sollozar de nuevo–. Te necesito más que nunca.

–Y me tienes –le aseguré, luchando por no romper a llorar yo también–. Me tendrás siempre, cariño. Tú y este bebé.

Se colgó de mi cuello mientras lloraba sin parar. Dejé que se desahogara, que liberara todo lo que debía haber acumulado durante tantos días de quebraderos de cabeza y miedos. Cuando pareció calmarse, se despegó y volvió a su café.

–¿Y qué tal con Spider? –Se sorbió la nariz. No pude evitar sonreír como una idiota y ella alzó una ceja–. Vale, no hace falta que me digas más. ¡Estás loca por él! –Dio una palmada.

–*Chsst*, no hables muy alto, que anda por la casa y no quiero que nos oiga. Pero sí –confirmé en voz baja–, ¡un poco bastante! Y no sabes el miedo que me da.

–Sé que vas a poner los ojos en blanco como siempre, pero es normal sentir miedo al principio, incluso cuando se trata de tu alma gemela. –

Efectivamente, quise poner los ojos en blanco, pero me contuve—. ¿Y si fuera él? ¡Ay, Livi, ojalá!

—No quiero enamorarme, Nora —confesé—. Estoy luchando con todas mis fuerzas por no hacerlo, pero cada vez que estamos juntos... —Suspiré—. Joder. Ni siquiera vivimos en el mismo lugar.

—¡Se tardan tres horas de un pueblo a otro! Eso es un detalle sin importancia y lo sabes. Lo importante es que ambos queráis estar juntos, nada más. Lo demás puede solucionarse si hay voluntad de por medio.

—¿Y si es solo un amago de enamoramiento? —pregunté, aunque más que nada fue un intento de auto convencerme—. ¿Y si, cuando termine el verano, la llama se apaga?

—Olivia —me agarró la mano—, te conozco mejor que a mí misma, así que créeme cuando te digo que la sonrisa que te provoca la sola mención de su nombre desbanca a cualquiera que hayas podido dedicar a cualquier otro. Eso que veo ahí, en tu cara, no es algo sin importancia. Cuanto antes lo asumas, antes podrás comenzar a trabajar en esos miedos que no te dejan disfrutar al cien por cien de lo vuestro.

Nora tenía razón. Por más que lo negara, por más que me mintiera, Spider era especial. Seguía sin querer utilizar la palabra amor, pero cada vez me resultaba más difícil encontrar otra con la que reemplazarla para explicar lo que sentía por él. Había llegado el momento de desechar los viejos temores que siempre me habían acechado y abrir mi corazón a lo que viniera.

Miré a Nora, sonriendo. Dios, cómo la había echado de menos. Necesitaba sus consejos, su manera de ver la vida, tan diferente a la mía. Siempre decíamos que éramos tan buenas amigas porque la una tenía lo que le faltaba a la otra, y sin duda así era. Yo tenía el realismo que a veces a ella se le escapaba, y ella poseía esa capacidad de ver el lado bueno de las cosas y encontrar la esperanza en cualquier rincón oscuro.

Esta vez fui yo la que se abrazó y la que se quedó así durante el mayor tiempo posible, disfrutando del amor incondicional que sentíamos la una por la otra, y cogiendo fuerzas de él para afrontar esos sentimientos que tanto miedo me daban.

Spider no volvió a aparecer hasta bien entrada la tarde, ataviado con un pantalón corto negro y una camiseta de mangas cortas del mismo color. Llevaba un balón de fútbol en la mano izquierda y en la derecha luchaba por mantener el equilibrio de dos vasos de plástico en los que se ponían el café para llevar. Yo había esparcido todos mis útiles de trabajo por la mesa de la cocina, ya que era el único sitio de aquella casa donde corría algo de aire. El calor era sofocante, y apenas podía concentrarme con las gotas de sudor resbalando por mi frente.

–¿Y esto? –pregunté cuando posó uno de los vasos delante de mí.

–He ido a jugar un partido y justo al lado del campo de fútbol hay una cafetería que tiene el mejor café de la zona, así que pensé en traerte uno para que lo probaras. –Tocó el plástico con el dorso de la mano–. Aunque me parece que está algo frío.

–Con este calor, casi que estoy por la labor de echarle algo de hielo –contesté, secándome el sudor de la nuca con una servilleta–. ¿Cómo has podido jugar al fútbol sin asarte como un pollo?

–Bebiendo mucha agua y quitándome la camiseta. –La imagen del torso desnudo de Spider me vino a la mente y sudé más todavía. Mi cara debió reflejar los pensamientos impuros que estaba teniendo, porque él me miró con una sonrisa de satisfacción–. Es una pena que te lo hayas perdido, pero si quieres puedo hacerte una recreación...

–¡Quita! –reí, mientras intentaba con todas mis fuerzas obviar el hecho de que se había levantado la camiseta unos centímetros y podía ver el comienzo de la uve abdominal con total claridad–. Tu madre está arriba.

–Lluvia siempre arruinándolo todo –farfulló y se acercó para darme un beso en la frente perlada de sudor–. ¿Qué tal va el trabajo?

–Digamos que va, que ya es algo –resoplé–. Ya casi he terminado el diseño de la página web para mi cliente, y de verdad espero que le guste porque con las indicaciones que me ha dado, no se me ocurre otra cosa más que esto.

–Déjame ver. –Se puso a mi espalda y encajó la barbilla en el hueco de mi hombro, observando con atención la pantalla de mi ordenador. Sin pensarlo, aproveché la situación para darle un beso en la comisura de los labios, y la sonrisa que eso provocó me levantó el estómago de una vez–. Es

increíble. Yo no sabría ni por dónde empezar a hacer esto... –Me miró de reojo–. Eres la persona con más talento que he conocido.

–Ya será menos –me sonrojé–. En realidad, es más práctica que otra cosa. Son horas y horas delante de la pantalla, equivocándote y aprendiendo de esos errores. Como todo en la vida.

–Olivia –posó sus labios tras mi oreja y hasta el último vello de mi cuerpo se puso en pie–, es hora de que empieces a aceptar tu valía y dejes de quitarte mérito. –Agarró el lóbulo con los dientes y apretó suavemente, soltando un gruñido leve–. ¿Crees que podrías tomarte un descanso en tu habitación?

–Spider, tu madre está en casa, ya te lo he dicho –contesté con voz entrecortada, luchando por mantener la cordura. Su mano comenzó a deslizarse por mi brazo y después bajó hasta el muslo, descubierto debido a los *shorts* de chándal gris que llevaba puestos. Mientras sus dedos parecían no tener control alguno, su lengua ya había encontrado hogar en mi cuello y lo recorría con lentitud. Solté un suspiro y ladeé la cabeza involuntariamente, invitándolo a repetir el movimiento. Noté su sonrisa contra mi piel–. Aunque supongo que podría subir yo primero y luego, digamos cinco minutos después, hacerlo tú.

–Me gusta la idea. ¿Qué te parece si la llevamos a cabo ya?

Dudé unos instantes, pero él disipó toda duda cuando acarició el interior de mi muslo con el dorso de su mano.

–Cinco minutos, acuérdate –claudiqué.

–No sé si voy a ser capaz de aguantar tanto.

Sin volverme hacia él, subí las escaleras con un temblor de piernas que no había notado hasta ese momento. Era demasiado consciente del trozo de piel en el que su mano me había rozado; me quemaba justo donde había posado los nudillos con lentitud. Me mordí el labio para quitarme la sonrisa tonta que tenía en la cara, aunque lo único que conseguí fue parecer aún más idiota. Pasé por delante de la puerta de la habitación de mi madre y vi a Lluvia doblando unas sábanas. Recé para que no me viera, o para que no quisiera mantener una conversación, pero justo cuando creí que había conseguido pasar sin delatar mi presencia, ella me llamó desde la puerta.



–¿Podría hablar contigo unos instantes? –preguntó con un gesto que denotaba que no iba a aceptar un no por respuesta.

–¿Tiene que ser ahora? –Miré hacia el hueco de la escalera para asegurarme de que Spider no venía aún–. Es que estoy en medio de... un trabajo.

–¿No puedes tomarte un pequeño descanso? Es importante.

–Ya, pero es que... Bueno, lo mío también lo es. –Me retorcí los dedos, nerviosa–. ¿De verdad que no puede esperar?

En ese momento ambas oímos unos pasos en la base de la escalera. Ella frunció el ceño y yo maldije a Spider por elegir aquel momento para dejar de ser sigiloso por primera vez en su vida. Lluvia pareció confusa durante unos instantes, pero luego sonrió de medio lado, como solía hacer su hijo, y entró de nuevo en su habitación.

–Claro que puede esperar, cariño. –Odiaba que me llamara así, pero deseché la idea de poner mala cara. Lo único que quería era que cerrara la puerta de una vez–. Haz lo que tengas que hacer, no te preocupes. Ya hablaremos más tarde. –Agarró el pomo de la puerta y fue a cerrarla, pero se detuvo a medio camino–. Ah, y dile a mi hijo que puede subir tranquilo, que esta puerta va a quedarse cerrada durante un rato. –Alzó las cejas, divertida–. Pasadlo bien, chicos.

No podía haberme ruborizado más; estaba segura de que era físicamente imposible. Me quedé mirando la puerta que Lluvia había cerrado con una excusa muerta en la punta de la lengua. ¿Cómo había podido pensar que no se darían cuenta? Aunque no tuviéramos mucha relación con ellas, vivíamos bajo el mismo techo. Por supuesto que se habían dado cuenta de las miradas cómplices, o de las de deseo, o de las sonrisas furtivas. Incluso puede que hubieran sido testigos de uno de esos momentos en los que nos creíamos que nadie nos veía y aprovechábamos para darnos un beso, un abrazo, o simplemente rozarnos la mano. Por no hablar de la noche en la que ambos discutimos, claro. Dos personas que no son nada el uno para el otro no discuten de esa forma.

Spider me tomó del codo y yo di un salto.

–Ahora decides volver a ser un ninja, ¿no? –susurré–. Pero cuando tu madre está lo suficientemente cerca para oírte, te vuelves un elefante en un

garaje.

–Lo siento –se disculpó, también en voz baja–. Tenía tantas ganas de subir que ni me acordaba de ella. A todo esto, ¿qué quería?

–Hablar conmigo de algo. –Oí un ruido proveniente de su habitación–. Vamos dentro, anda.

Cerré la puerta de mi cuarto con suavidad y cuando me volví, Spider ocupaba casi toda la cama. Me crucé de brazos y sonreí al verle tumbado bocarriba con los brazos y piernas extendidos, como si fuera una especie de estrella de mar. Él alzó la cabeza y me instó a que me acercara con un gesto de la mano. Me acurruqué en su costado, mirándole.

–Tu madre sabe lo nuestro –le conté–, por lo que asumo que la mía también. No sé cómo pudimos pensar que no se darían cuenta.

–Se nos olvidó que ellas son las maestras en ocultar relaciones –contestó él con amargura en la voz–. Por supuesto que iban a darse cuenta.

–¿Te importa? –pregunté, apoyando el peso de mi cuerpo en el codo–. Porque a mí me da igual.

–No estamos haciendo nada malo, ¿no? –Capturó un mechón de pelo y comenzó a entrelazarlo en sus dedos–. Además, no es como si tuviéramos una relación estrecha con ellas, así que ¿por qué tendría que importarnos su opinión?

–Puedes no contestarme si no quieres, pero ¿por qué no tienes esa relación madre-hijo?

–Es complicado. –Se puso serio de repente y vi en sus ojos cómo se debatía entre darme largas o contarme lo que fuera que había pasado entre ellos. Suspiró–. Digamos que cuando mi madre empezó a salir con la tuya no era el momento más indicado para hacerlo. Tanto mi hermana como yo estábamos pasando por algo... difícil cuanto menos. Pero a ella pareció darle igual. –Se frotó los ojos–. Podía haberse esperado un tiempo, haber pensado en sus hijos primero, pero no lo hizo. Ese es uno de los motivos por los que mi hermana no se habla con ella... Uno de tantos, claro. Yo, por mi parte, opté por callarme y embotellarlo todo aquí –se señaló el pecho–. Después de todo es mi madre, y quería verla feliz, pero no puedo evitar guardarle algo de rencor por lo que hizo. Sé que probablemente no entiendas de lo que estoy hablando, porque estoy siendo más que vago en

los detalles, pero no me apetece remover el pasado. –Acarició mi boca con el dedo pulgar y sonrió–. El presente, sin embargo, me encanta.

Besar a Spider era una experiencia diferente cada día. Todos nuestros besos tenían un factor común: las ganas locas de hacerlo durante horas sin interrupción; sin embargo, cada vez que se nuestras bocas se juntaban daban paso a emociones tan diferentes que no estaba segura de que tuvieran nombre. Tras haberlo hecho en varias ocasiones, decidí que podía identificar cada una de ellas con una festividad. Quizás fuera absurdo, pero cada vez que nuestros labios se fundían podía notar la ilusión y la sensación hogareña que sientes en Navidad, así como la expectación de Halloween. La gula de Pascua, de querer más y más chocolate, se manifestaba con la salvedad de que el manjar era su lengua acariciando la mía, y la excitación, el cosquilleo en la tripa, era similar a lo que sientes cuando ves los fuegos artificiales de cualquier fiesta veraniega. Todo aquello eran sensaciones, emociones, para las cuales tenía que esperar todo un año. Pero cuando Spider secuestraba mis labios de aquella forma, podía vivirlas todas en cuestión de segundos.

Yo nunca había creído en la magia, pero si existía, tenía que ser aquello.

Lo tenía sobre mí, acotando los límites de mi cuerpo con sus brazos, como si temiera que me escapara. La sensación de estar enjaulada, incluso por él, me provocó algo de agobio así que lo agarré de los hombros y lo empujé hacia un lado, haciendo que rodara un poco. Sin perder un segundo, me puse a horcajadas sobre él y eché mi pelo a un lado. Spider me miraba extasiado, como si estuviera viendo una obra de arte por primera vez, y aquello me dio la valentía y el descaro que necesitaba para sacarme la camiseta blanca de tirantes por la cabeza. Él alargó uno de sus dedos y tocó los tres lunares que adornaban mi estómago, justo debajo de mis pechos. La aspereza de su yema contrastaba con la suavidad de mi piel, y cuando ese mismo dedo fue trazando un camino recto hacia mi ombligo, arqueé la espalda y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Él se incorporó hasta estar sentado y levantó los brazos, esperando a que le quitara la camiseta justo como había hecho con la mía. Obedecí y su torso no tardó en quedar a la vista. Paseé mis manos por él mientras Spider seguía cada movimiento con sus ojos, hasta que éstos se encontraron de bruces con mi sujetador y se negaron a moverse de allí. Cuando me di cuenta, solté una carcajada suave

y agarré el cierre del sujetador con ambas manos. Spider tenía la expresión de un niño al que van a darle un juguete nuevo del que ha estado encaprichado durante mucho tiempo y yo no quería perderme ni el más minúsculo detalle de su cara, por lo que la miré fijamente mientras me deshacía de la tela negra de encaje y la tiraba a un lado de la cama. Durante unos momentos me sentí vulnerable. Spider me miraba como si fuera la primera vez que veía algo así, con fascinación y satisfacción, pero sin tocarme aún. Luché contra las ganas de cubrir mi parcial desnudez porque yo quería aquello, y no iba a permitir que ningún miedo más lo estropeará. Así que, en vez de eso, dejé caer los brazos a cada lado del cuerpo como el guerrero que tira su escudo, rindiéndose... Salvo que en este caso la rendición sabía a victoria.

Spider atrapó uno de mis pechos con su boca y se deleitó en él. Mi mano asió su nuca y le instó a seguir su tarea mientras en mi garganta se formaban toda una serie de sonidos guturales que parecían decir lo mismo: *«aquí, así, es donde se supone que debo estar»*. Entre ellos se abrió paso un gemido tímido que provocó todo un huracán en él. Me agarró por la cintura y colocó mi cuerpo de nuevo en contacto con la colcha de flores que cubría mi cama. Mantuve la vista fija en su coronilla mientras él iba paseando el interior de su labio inferior por todo mi torso, una y otra vez, de forma lenta y pausada. Con cada pincelada de su lengua, mi cuerpo iba deshaciéndose más y más hasta que comencé a temblar suavemente. Fue entonces cuando me di cuenta de que sus manos estaban en la cinturilla de mis pantalones, jugueteando con el cordón que los ataba en una moña demasiado grande. Antes de deshacerla, Spider quiso asegurarse de que tenía total atención y me miró a los ojos fijamente. El deseo que vi en ellos contribuyó a que mi temblor se acrecentara, y tuve que cerrar los míos para evitar perder de un plumazo el poco control que me quedaba.

Solo tuvo que tirar de uno de los extremos del lazo y éste se deshizo sin más. Bajó la boca hacia mi vientre, dispuesto a seguir con ella cada movimiento de sus dedos. Involuntariamente, alcé las caderas hacia él...

... Pero justo cuando su lengua se posó en mi piel de nuevo, alguien llamó a la puerta de mi habitación.

Spider soltó el impropio más grande que había oído en mi vida y se pasó la mano por el pelo, desesperado. Volvieron a dar tres golpes en la

puerta, cada vez con más fuerza, y yo comencé a buscar mi camiseta frenéticamente.

–Olivia, ¿puedo pasar? –La voz de mi madre retumbó en el silencio. Puse los ojos en blanco. Por supuesto que era ella. ¿Quién si no iba a arruinarme aquel momento?–. Necesito que hablemos.

–Gabi, quizás este no sea el mejor momento –oí que decía Lluvia en voz baja–. Olivia está ocupada ahora mismo. Yo misma la vi antes, está trabajando...

–Pues que pare un segundo –la cortó mi madre–. Necesito acabar con esto de una vez.

Cubrí mis pechos con la camiseta blanca que me había quitado unos minutos antes, pero sin sujetador se transparentaba todo. Spider alzó una ceja al darse cuenta y yo le tiré la almohada a la cara, instándole a que se cubriera él también. En vez de hacerlo, se limitó a encogerse de hombros y se tumbó en la cama de nuevo, con el pecho al descubierto.

Mi madre volvió a golpear la puerta.

–¡Espérate un minuto, joder! –grité. Me volví hacia Spider y bajé el tono de voz– ¿Es que no piensas vestirme? Va a entrar de un momento a otro.

–Pues que entre –respondió él con desdén–. Habíamos dicho que no nos importaba lo que pensarán, ¿no?

–Sí, pero tampoco quiero que nos vean... –Moví la mano de arriba abajo–. Así.

–Olivia, voy a entrar –anunció mi madre y abrió la puerta bruscamente.

Cuando nos vio, se quedó anclada donde estaba. A juzgar por la expresión de sorpresa, Lluvia era la única que se había percatado de nuestra relación y no había compartido esa información con ella. Vi cómo cambiaba el peso de una pierna a otra mientras cruzaba los brazos y miraba a su novia, instándola a que rompiera el hielo en aquella incómoda situación.

–Siento interrumpiros –dijo ella, y mi madre la taladró con la mirada. Definitivamente, una disculpa no era la manera en que ella hubiera querido comenzar a hablar–. He intentado que no entrara...

–¿Tú sabías esto? –preguntó mi madre, enfadada–. ¿Y no has pensado en hacer algo al respecto?

–¿Qué quieres que haga, Gabi? Son adultos y se gustan. ¿Qué importa?

–Son nuestros hijos, Lluvia, ¡claro que importa! –exclamó mi madre alzando los brazos–. La situación es bastante complicada como para que ellos se... bueno, para que hagan...

–Para que follen –intervine y me deleité en la cara de horror de mi madre ante el uso de aquella palabra. Spider soltó una risita–. Oh, vamos, mamá, no te hagas la puritana, que no das el pego.

–Lo que hagamos Livi y yo no es asunto vuestro –terció Spider–. Y además me veo en la obligación de recordaros que vosotras no estáis en posición de opinar.

–¿Cómo que no? Somos vuestras madres, ¡por supuesto que podemos opinar! –alegó mi madre, alzando la voz de nuevo.

–Ah, me parece que ha comenzado el festival del humor –ironicé–. Mira, Gabriela, si el papel de mojigata no te va, el de madre preocupada te pega menos aún. Así que di lo que sea que querías decir y lárgate, que Spider y yo tenemos cosas pendientes. —Alcé una ceja. Él ahogó una risa y pasó su brazo por mi hombro.

–Como quieras. –Mi madre desvió la mirada hacia Lluvia un segundo para posarla sobre nosotros de nuevo al siguiente–. Queríamos comunicaros que este domingo vamos a celebrar una fiesta en casa y tenéis que asistir.

–Ese «tenéis» no me gusta nada –murmuró Spider.

–Es nuestra fiesta de compromiso –anunció mi madre y ambos nos tensamos–. Lluvia y yo vamos a casarnos.

Aquello no nos lo esperábamos. Era una tontería alterarse por algo así, ya que llevaban viviendo juntas diez años y un papel no iba a cambiar la situación, pero una boda eran palabras mayores. En cierta forma, el matrimonio era la prueba fehaciente de que esto era una realidad que nunca iba a cambiar. Apreté la mano de Spider, que se había quedado sin habla.

–Para que me quede claro... La asistencia obligada es a la fiesta de compromiso, pero no a la boda, ¿verdad? –pregunté, tras tragarme los mil y un reproches que me escalaban las cuerdas vocales.

–Verdad –asintió Lluvia–. Por supuesto estáis invitados a la boda, si es que queréis venir. –Se dirigió a su hijo–. Me gustaría que fueses tú quien me llevase al altar.

–Tienes que estar de coña, ¿no? –Spider se levantó de la cama y comenzó a pasear por la habitación–. No voy a llevarte a ningún lado, mamá. No voy a ir a la boda.

–Cariño, sé que estás disgustado, pero ya sabes lo que siempre digo: no tomes decisiones cuando estás enfadado.

–Me importa una mierda lo que digas –replicó con rabia y un destello de dolor cruzó la mirada de Lluvia–. Nunca has tenido en cuenta mi opinión en nada, nunca te has molestado en preguntarme si tus decisiones me parecían bien o no... Simplemente te limitabas a pensar en ti y a arrastrarme a mí detrás mientras yo me tragaba mis sentimientos y ponía buena cara porque quería verte feliz. ¿Pero tú? –soltó una risa amarga–. Tú nunca has hecho lo mismo por mí. Así que ve buscando otra persona que te acompañe al altar porque yo no pienso hacerlo, mamá. Esta vez me planto. –Cogió su camiseta del suelo con furia–. Olivia, te espero en el coche.

Las tres observamos cómo salía disparado de la habitación. Mientras Lluvia y mi madre parecían estar teniendo toda una conversación consistente únicamente en miradas, rebusqué en los cajones hasta encontrar mis gafas de sol y me las coloqué de camino a la puerta.

–Iré a tu fiesta –dije a mi madre cuando pasé por su lado–, pero quiero los papeles del restaurante firmados esa misma noche. Es hora de que dejemos ya este teatro.

Spider estaba fumando con la ventanilla del coche hasta abajo. Sin mediar palabra, le arrebaté el paquete que descansaba en su regazo y saqué un cigarrillo de él.

–La primera vez que probé el tabaco fue cuando mi madre se marchó de casa –expliqué mientras me lo encendía y le daba la primera calada. Tosí un poco–. ¿Cómo pueden ser tan egoístas? No lo entiendo.

–Bienvenida al club –bufó Spider. Sujetó el cigarrillo solo con sus labios mientras accionaba la llave. El motor rugió y él buscó mi mano para entrelazar sus dedos en ella–. ¿A dónde quieres ir?

–No lo sé. A donde sea –le sonreí–. Pero juntos.

–Estoy tan nerviosa que creo que voy a vomitar.

Lidia estaba sentada a mi lado, mordiéndose las uñas y moviendo la pierna sin parar. El ring en el que Nico iba a pelear en breve estaba justo delante de nosotras, lo suficientemente cerca como para que nos salpicara la sangre. Solo esperaba que esa sangre no fuera la de mi amigo, porque entonces vomitaría yo también.

Spider iba de un lado a otro, inquieto. Llevaba un pantalón vaquero oscuro y una camiseta gris en cuya espalda se podía leer «*Team Balbuena*», el apellido de Nico, en letras grandes y negras. Sus zapatillas blanco nuclear chirriaban con cada paso que daba, por lo que el ruido era constante, ya que no paraba de moverse.

–No te preocupes, esto lo tiene ganado –le aseguré a Lidia, aunque no tenía ni idea de si era verdad. No sabía nada de boxeo, pero Spider me había explicado que, a priori, Nico era el mejor de los dos.

–Tendría que haberme quedado en casa –lamentó ella–. Maldita Lidia borracha y su manía de querer apuntarse a todo.

–Lo mismo digo –contesté, pero el repentino rugido de los altavoces amortiguó el sonido de mi voz.

No esperaba que acudiera tanta gente al combate. A decir verdad, creía que iba a ser algo pequeño, con apenas diez personas como público, pero me equivocaba. Nico iba a pelear en lo que Spider llamó «La Jaula»: una nave en un polígono industrial con capacidad para más personas de las que podía contar y que, al parecer, tenía gran afluencia de público. Miré a mi alrededor y, para mi sorpresa, vi que el local ya estaba casi lleno.



–Aquí dice que el boxeo es el deporte más antiguo del mundo –dijo Lidia, mirando su móvil–. Tiene sentido, ya que consiste básicamente en dos tíos dándose de hostias, y eso de ser tan básicos lo llevan en el ADN.

–¿Qué estás buscando exactamente?

–Las reglas de este estúpido deporte –bufó–. A él no le podía haber dado por el ajedrez, no... Tenía que pegarse con gente en un cuadrilátero. – Se atusó el pelo, nerviosa–. Te juro que como la cosa pinte mal, me largo.

Vi a Spider corriendo y supuse que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Los altavoces volvieron a sonar con fuerza y un señor con una voz tremendamente radiofónica nos dio las buenas noches mientras la gente vitoreaba y aplaudía. Cuando sonó «*Eye of the Tiger*», la música de Rocky, no pude evitar mirar a Lidia y poner los ojos en blanco. Ella articuló la palabra «original» solo con los labios y sonrió.

El rival de Nico era un chico llamado Kai Rodríguez. Era alto y más delgado que su contrincante, aunque todo su cuerpo era fibra. Tenía un águila enorme tatuada en el centro de su pecho cuyas alas rozaban sus costados, y justo en la clavícula se podía leer la frase «*I bow to no one*» («no me inclino ante nadie») en letras góticas. Llevaba el pelo rojizo estirado hacia atrás, recogido en una pequeña coleta, y su mirada delataba que iba a por todas. Antes de subir al cuadrilátero miró en nuestra dirección y, aunque estaba segura de que no me miraba a mí, me encogí en el asiento igualmente.

Por el rabillo del ojo vi a Spider en la esquina del ring y, dos minutos más tarde, salió Nico, ataviado con unos pantalones de boxeo negros con líneas blancas en la cintura y unos guantes de los mismos colores. Si yo hubiera sido Kai, habría abandonado justo en aquel momento.

El público rugió ante la imponente imagen de mi amigo. Su altura, así como la densidad de sus músculos y los tatuajes que los adornaban hacían que tuvieras miedo solo con verle. Pero si a eso le sumábamos su feroz expresión, entonces el miedo se convertía en pavor. Spider estaba a su derecha, diciéndole cosas al oído, mientras que el que suponía que era su entrenador estaba colocado a su izquierda y le tendía el protector bucal.

Sonó una campana y el combate comenzó. Nico empezó tranquilo, como si estuviera tanteando el terreno; su oponente, sin embargo, parecía ansioso por asestar el primer puñetazo. Dieron un par de vueltas en círculo,

midiéndose, hasta que Kai no pudo aguantar más y lanzó un golpe a Nico que impactó en su hombro. Lidia se tensó a mi lado y busqué su mano para estrechársela.

Recibió un par de golpes más, aunque únicamente el último había causado un poco de sangre en la boca, pero la escupió y se irguió, temible.

Fue entonces cuando empezó el juego para él.

Con una rapidez inaudita para alguien de su tamaño, se acercó a su rival y comenzó a propinarle golpes en aquellos lugares que él estimaba que eran vulnerables. Verle calcular con tanta rapidez era increíble, sobre todo teniendo en cuenta que debía hacerlo a la vez que esquivaba los puñetazos que le lanzaba Kai. En más de una ocasión, ambos púgiles se quedaron como abrazados en una especie de baile violento que me aterrorizaba y fascinaba a partes iguales. Sabía que Lidia estaba sufriendo, y en parte yo también, pero por alguna mórbida razón no podía apartar mis ojos de aquel espectáculo.

Tras un tiempo, me di cuenta de que Kai ya no podía mantener las manos a la altura de la cara. Aquello parecía ser una buena noticia para Nico, ya que Spider también se había percatado e intentaba comunicárselo mediante señas. Solo hizo falta un golpe más para que su contrincante cayera. Vi cómo su cuerpo golpeaba la tarima y cómo luchaba por levantarse, a pesar de que no podía ni con su alma. Finalmente lo consiguió, pero tras unos segundos, los jueces decidieron que no era seguro que siguiera peleando y declararon un noqueo técnico a favor de Nico, que se convirtió en el ganador del combate. Spider se subió al cuadrilátero inmediatamente para felicitar a su amigo, que nos buscaba con la mirada. Cuando nos encontró, levantó los brazos en señal de victoria y pudimos ver la mella que la pelea había hecho en su cuerpo.

–Creo que voy a vomitar, ahora sí que sí –dijo Lidia al ver la sangre en su cara–. En serio, voy a ponerme enferma.

–Salgamos de aquí. –La guié entre los asientos mientras intentaba hacer entender a Spider que los veríamos fuera–. Creo que necesitamos aire puro.

Esperamos a los chicos en silencio, apoyadas en la fachada del local, mientras oíamos cómo la gente que se marchaba alababa a Nico Balbuena. Era sorprendente la cantidad de seguidores que tenía, a pesar de que ni siquiera era profesional. Lidia, sin embargo, no parecía muy contenta con aquella afición, y resoplaba cada vez que oía a alguien exaltar sus virtudes como boxeador.

Las dos estábamos deseosas de salir de aquel lugar, y mirábamos el móvil a cada rato, esperando recibir un mensaje o una llamada de los chicos para decirnos que ya les faltaba poco.

Estábamos tan absortas en nuestros teléfonos que no oímos llegar a Camila.

–Tenemos que hablar –me anunció con un tono nada amigable–. Ven conmigo.

–Y una mierda –soltó Lidia, a la defensiva, y se colocó aún más pegada a mí.

–¿Acaso eres su guardaespaldas? –preguntó Camila con sorna–. Porque eres demasiado poca cosa para el trabajo.

–Ya está bien –atajé cuando me di cuenta de que Lidia dio un paso hacia ella con una expresión temible en la cara–. Camila, si quieres decirme algo, dímelo aquí.

–Como quieras. –Eché un vistazo a su alrededor, probablemente asegurándose de que Spider no estaba cerca para observarnos. Me señaló con un dedo, amenazante–. Estás causándome problemas con mi chico, y no estoy dispuesta a permitirlo. Deja en paz a Spider.

Me quedé mirando el dedo de Camila unos instantes y luego desvié la mirada a Lidia. Ambas rompimos a reír.

–¿En serio? Ay, mira, de verdad, ahórratelo, porque das vergüenza ajena.

–Adelante, tú sigue pensando que es una broma, pero te lo advierto: déjale en paz.

–¿O qué? –Me acerqué a ella, desafiante. No iba a permitir que aquella chica pensara que me estaba amedrentando–. ¿Qué vas a hacerme si no lo hago?

–Oh, yo no voy a hacerte nada, guapa –sonrió, y lo hizo con un cinismo propio de mala de película–. Te lo hará él. Crees que lo tienes hechizado o algo así, pero llevamos diez años juntos y nada ni nadie romperá nuestro vínculo jamás. Así que sigue haciéndote ilusiones si quieres. Eso sí, no llores cuando él las rompa de un plumazo por elegirme a mí. –Me tocó la cara con un dedo–. Después de todo, él siempre me elige a mí. Si no me crees, puedes preguntarle a tu perro guardián –señaló a Lidia, y luego se alejó sin más.

Tenía los puños cerrados y los nudillos casi blancos de apretarlos con tanta fuerza. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando disipar la ira que aquella chica había provocado con solo unas cuantas palabras. Normalmente no era tan fácil sacar esa faceta mía, y me pregunté si Camila lo conseguía porque, en el fondo, yo también opinaba lo mismo que ella.

–¿Estás bien? –preguntó Lidia mientras me acariciaba el brazo–. Tendrías que haberla noqueado, tía. –Dio un puñetazo al aire–. Tal que así.

–No hace falta, estoy bien –contesté, mientras veía cómo Spider y Nico se abrían paso entre la multitud, buscándonos. Les saludé con la mano–. No les cuentes nada a ellos, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –asintió Lidia y puso una de sus mejores sonrisas para recibir a Nico–. ¡Balbuena el boxeador! ¿Podría firmarme un autógrafo... –se bajó un poco el escote– justo aquí?

–Ese tipo de firmas las dejo para luego –contestó él con un guiño y la besó en la coronilla–. ¿Qué os ha parecido el combate, chicas?

–Uno de los peores momentos de mi vida –se apresuró a contestar Lidia al ver que yo estaba algo ausente–. Casi me subo yo al ring para pegarle al Kai ese por tocarte un pelo.

–Estoy seguro de que habrías podido con él –sonrió Nico, y la enterró entre sus brazos.

–¿Te pasa algo? –Spider me pasó el brazo por los hombros–. Te noto rara.

–Olivia no se encuentra muy bien –intervino Lidia con rapidez–. Me estaba diciendo que estaba algo aturdida, ¿no es cierto?

–Así es –corroboré su mentira–. Habrá sido el exceso de violencia, supongo.

–¿Pero qué tienes? –preguntó él, preocupado, y puso el dorso de su mano en mi frente para medir mi temperatura–. ¿Son náuseas, mareos...?

–Un poco de todo –mentí de nuevo–. La verdad es que me gustaría irme a casa.

Nos despedimos de Nico y Lidia y echamos a andar hacia donde habíamos aparcado el coche. Durante los escasos minutos que duró el camino, Spider me preguntó tres veces si me encontraba bien y si necesitaba sentarme un poco. Las tres veces le dije que no e intenté esbozar una sonrisa que esperaba fuera creíble mientras le agarraba la mano con fuerza.

–No creo que tenga energía suficiente para aguantar la fiesta de compromiso de mañana –dije mientras disfrutaba del suave impacto de la brisa nocturna en mi rostro. Spider conducía con todas las ventanillas bajadas para que ver si el aire me aliviaba los mareos que no tenía.

–Si te encuentras mal, no vayas. Podemos quedarnos en mi piso.

–Ojalá fuera posible, pero tengo que ir. El otro día le dije que lo haría si esa misma noche firmaba los papeles del restaurante, y no puedo perder esa oportunidad. Después de todo, es por lo que estoy aquí.

–¿Solamente por eso? –Arqueó una ceja–. ¿Nada más?

–Los papeles son la razón por la que vine – me corregí–. Tú eres la razón por la que sigo.

Spider sonrió y tomó mi mano en la suya, entrelazando nuestros dedos. Guardé silencio, observando su perfil, y me pregunté si la amenaza de Camila podía llegar a hacerse realidad; si, a pesar de todo, ella seguía siendo la prioridad de aquel chico al que había comenzado a querer. Cerré los ojos con fuerza, como cada vez que un pensamiento indeseado se colaba en mi mente e intentaba sacarlo de ahí, pero fue inútil. Las palabras de Camila siguieron flotando en mi cabeza, martilleándome.

Cuando Spider me vio con los ojos cerrados de aquella forma, pensó que estaba mareada de nuevo y paró el coche a un lado de la carretera.

–Respira hondo –me dijo–. Nos quedaremos aquí hasta que se te pase.

–No estoy mareada, Spider –admití finalmente, harta de mentir–. Estoy así por algo que me ha pasado algo esta noche.

–¿Qué ha pasado? –Vi cómo se tensaba–. ¿Ha sido Kai? El bastardo. No sabe perder... Mira que le he dicho que no se acercara a ti, el muy...

–No ha sido Kai –interrumpí–. Ni siquiera le he visto tras el combate. –Él relajó los hombros un poco–. Pero si he visto a Camila.

–Oh, joder, ya empezamos. ¿Qué quería ahora?

–Amenazarme un poco. Recordarme que, haga lo que haga, ella siempre será la primera para ti.

–Olivia...

–No hace falta –le paré, alzando la palma de la mano–. De verdad. Solo quería contártelo porque parecías muy preocupado por mis mareos y me sentía culpable por mentirte. Pero no tenemos por qué hablar de esto, ¿vale? Lo único que quiero llegar a casa y dormir un poco.

–Está bien –aceptó y echó mano a la llave que seguía en el contacto–. Pero antes de irnos... ¿Lo de dormir me incluye a mí?

–Eso depende. ¿Tú quieres que te incluya?

–Siempre.

–Entonces te incluye –sonreí–. Siempre.

A la mañana siguiente nos despertó un sonido agudo proveniente del pasillo. Spider abrió los ojos un segundo para quedarse dormido al siguiente, así que no me quedó más remedio que ser yo quien se levantara para ver de dónde provenía.

La puerta de la habitación de mi madre estaba abierta, y cuando me asomé por ella, vi a Lluvia sonriendo y a mi madre delante de un espejo de pie con un impresionante vestido largo y negro que se le anudaba al cuello.

–¡Mira lo guapa que está tu madre! –exclamó cuando me vio–. ¿No te parece?

–Ajá –admití vagamente–. Pero la longitud de ese vestido me preocupa. ¿Acaso hay que ir de largo? Porque no tengo nada que ponerme...

–No te preocupes, ya le he pedido a Lidia que te busque algo. Va a peinarnos esta tarde –aclaró Lluvia ante mi cara de confusión–. Acabo de llamarla, y antes de colgar le he pedido que se ocupara de tu ropa. No te molesta, ¿no?

–Para nada –sonreí–. Lidia tiene buen gusto, confío en ella.

–Estupendo. Ah, y Olivia, ¿me harías el favor de decirle a mi hijo que tiene que ir de chaqueta? Se lo diría yo, pero no está muy por la labor de hablarme ahora mismo.

–No te preocupes, yo se lo digo. Ah, Gabriela –me dirigí a ella–, con ese vestido te iría genial el bolso plateado que te regalé el último día de la madre que pasamos juntas. Podrías ponértelo... Si es que no lo has tirado a la basura.

Volví a mi habitación e intenté despertar a Spider, que seguía durmiendo como un tronco. Tras probar con los métodos tradicionales, opté por otros más atrevidos que prometían hacer algo más de efecto y comencé a trazar una hilera de besos por su cuello.

–Así da gusto despertarse –murmuró, sonriente, todavía con los ojos cerrados.

–¿Con una sonrisa?

–Con una sonrisa y con otra cosa –se señaló la entrepierna con un movimiento de cabeza y yo me puse como un tomate. Él me agarró y me tumbó sobre su pecho para besarme profundamente–. Buenos días.

–Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

–A pierna suelta, como cada vez que duermo contigo.

–Me alegro. Por cierto, tu madre me ha pedido que te diga que tienes que ir de traje de chaqueta esta noche.

–Y la erección se fue de un plumazo –se lamentó–. ¿En serio tengo que ir de chaqueta? Joder, ni que fueran los Oscars.

–No te quejes, que yo tengo que ir de largo y no tengo ni vestido todavía. Lidia está buscándome uno.

–No me gustan los vestidos largos. –Agarró mis muslos con ambas manos y fue subiéndolas hacia arriba–. Hacen más difícil meterte mano.

–¿Desde cuándo eres tan descarado? –pregunté, divertida.

–Desde que descubrí que te pone que lo sea –respondió y metió la mano bajo la camiseta de unicornios que llevaba–. ¿Qué te parece si terminamos lo que dejamos a medias el otro día?

–Me parece que no has tenido nunca una idea mejor que esa.

–¿Verdad? Yo también lo creo. –Subió la tela del pijama y me tumbó bocarriba sobre la cama. Comenzó a besarme el estómago–. He soñado con estos tres lunares...

–¿Sí? –pregunté y noté cómo mi voz se entrecortaba en el preciso instante en el que él paseó la punta de su lengua por ellos–. ¿Y con qué más?



Alzó la barbilla unos milímetros, los suficientes para que viera cómo desplegaba una de esas sonrisas traviesas que hacían que se me parara el corazón un minuto para hacerlo latir con más fuerza que nunca al siguiente.

–Podría contártelo, pero suelo explicar las cosas mejor con un ejemplo práctico.

Bajó la cabeza lentamente, asegurándose de que sus labios probaban el sabor que tenía mi piel en cada centímetro de superficie de mi estómago.

Estaba besándome justo debajo del ombligo cuando el sonido estridente de mi móvil rompió la magia del momento.

–Joder –gritó Spider–. ¿Es que tenemos al universo en nuestra contra o qué?

–Es Lidia. Seguramente sea por lo del vestido de esta noche. Tengo que contestar. –Le di un beso rápido en los labios–. Pero te prometo que tarde o temprano terminaremos lo que hemos empezado.

–Espero que sea temprano, porque no creo que pueda aguantar más –farfulló y yo le saqué la lengua antes de descolgar el teléfono.

Después de pasarme casi todo el día de un lado para otro, por fin estaba lista. Lidia me había conseguido un vestido largo de color rojo porque, según dijo, se había dado cuenta de que era el color que más me favorecía. Era bastante simple, entallado y con escote tipo barco, y la tela caía hasta los pies, donde formaba una pequeñísima cola. Me había dejado el pelo liso y había optado por un maquillaje muy natural que no quitara protagonismo a lo que llevaba puesto.

Estaba de pie, delante del espejo, poniéndome unos pendientes plateados en forma de lágrima cuando Spider entró en la habitación.

–Eh, Livi, ¿estás lis...? –Se paró en seco al verme–. Joder. Sé que voy a repetirme, pero estás impresionante –sonrió–. En serio, estás... Guau.

–Tú tampoco estás nada mal, araña –admití.

La verdad era que decir aquello era quedarse muy pero que muy corta. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris marengo y, bajo él, una camisa blanca que resaltaba el color de su piel. La corbata, del mismo color que el

traje, le caía a cada lado del cuello, sin anudar. Me acerqué a él y le planté un beso en la mejilla, dejándole una marca de pintalabios más que perceptible. Agarré cada extremo de la corbata y comencé a anudarla.

–¿Cómo es que sabes hacer el nudo? –preguntó sorprendido.

–Ninguno de los tres hombres que tengo en casa saben, así que tuve que aprender yo. Era eso o dejar que fueran sin ella a todas las celebraciones.

–No sería una mala opción, porque esto es muy incómodo –se quejó, moviendo el cuello.

–¿Eso es incómodo? –Me agarré el bajo del vestido y lo levanté, dejando a la vista las sandalias de tacón plateadas que llevaba puestas–. Prueba a aguantar sobre estos toda la noche.

–*Touché*. Pero para que lo sepas –colocó la mano en la parte baja de mi espalda y fue deslizándola–, te hacen un culo espectacular.

–Yo *tengo* un culo espectacular –le corregí.

–¿Desde cuándo eres tan descarada?

–Desde que descubrí que te pone –contesté, repitiendo sus palabras de aquella mañana. Él soltó una carcajada y me besó el cuello fugazmente.

–Supongo que es hora de bajar –resopló, mirando el reloj de su muñeca–. ¿Tienes preparadas las sonrisas falsas?

–Creo que sí. –Esboqué una demasiado exagerada–. ¿Qué tal?

–Hum. –Me miró divertido y tendió su brazo para que me agarrara–. Va a ser interesante verte socializar esta noche.

En la sala de estar no cabía ni un alfiler. Varios corrillos de amigos de mi madre ocupaban la totalidad de la estancia, y el constante zumbido del cuchicheo quedaba amortiguado en gran parte por el sonido de las suaves notas de un piano procedentes del hilo musical que tenían instalado en la casa. Cuando Spider y yo descendimos las escaleras, casi nos damos de bruces con un chico joven vestido con camisa blanca y chaleco negro que enseguida nos ofreció canapés de la bandeja que llevaba. Los rechazamos cortésmente con un gesto de la mano, sorprendidos de que hubieran

contratado camareros para la fiesta. Al minuto siguiente pasó otro, éste con la bandeja llena de copas de champán, y casi nos abalanzamos hacia él.

–Pues para ser una hippie defensora a ultranza de los pantalones bombachos, mi madre ha montado una fiesta bastante pija –murmuró Spider.

–No creo que haya sido ella. Esto apesta a Gabriela por todas partes. – Di un sorbo al champán–. Siempre le gustaron las ostentaciones ocasionales.

Me giré para analizar con detenimiento al tipo de gente que había acudido a la fiesta. Por una milésima de segundo me extrañé de no conocer a nadie, pero enseguida recordé que probablemente aquellas personas habían visto a mi madre mucho más que yo a lo largo de los últimos años.

Estaba observando a un grupo de hombres mayores que reían a carcajadas cuando alguien se chocó contra mí y casi me derrama la copa.

–¡Eh! –exclamé, volviéndome hacia quienquiera que fuera–. Un poco de cuidado, por favor.

–Lo siento, ni te había echado cuenta.

El deje de su voz la delató al instante. Con un entallado vestido negro y la melena del mismo color recogida en un moño alto, Camila me miraba sonriente, aunque con un aire desafiante en los ojos. Al verla, no pude evitar tensarme. Miré de reojo hacia mi derecha buscando a Spider, y me alivió encontrarlo con gesto sorprendido.

–¿Qué se supone que haces aquí? –preguntó él, molesto e incómodo.

–Me han invitado, claro –contestó ella con una sonrisa petulante–. ¿No te lo había comentado? ¡Ay, qué tonta! Con esto de que ya apenas nos vemos, supongo que se me ha pasado. –Se acercó a él con un movimiento felino–. ¿Qué opinas del vestido? Sé que te gusta cómo me queda el negro, así que me lo he comprado solamente por eso.

–Oh, madre mía –murmuré, con los ojos en blanco–. Spider, dile ya que está buena y termina con esta patética súplica de cumplidos, por favor.

–Camila, si no te importa, Olivia y yo tenemos que hablar con algunos invitados. –Spider tomó mi mano y la colocó ceremoniosamente en su antebrazo–. Pásalo bien.

–Como quieras. –Hizo un mohín típico de niña malcriada que no consigue lo que quiere, aunque intentó disimularlo un poco cuando me miró–. Olivia, si ves a tu madre, dale las gracias por invitarme.

Observé cómo su vestido negro se perdía entre la gente y me volví hacia Spider con una ceja arqueada.

–¿Mi madre? –pregunté, incrédula–. No la tuya... ¿La mía?

–No sabía que tenían relación.

–Y probablemente no la tienen, pero tú y yo sí tenemos una y a Gabriela no le gusta –suspiré–. Qué ganas tengo de perderla de vista, de verdad.

–Ya queda menos, tú aguanta. –Me apretó la mano y esbozó una sonrisa. Justo en ese momento apareció el camarero con las copas y Spider, con un rápido movimiento, se hizo con otras dos y me tendió una–. Vamos a brindar.

–Vale. ¿Por qué brindamos?

–Brindemos por un momento futuro no muy lejano en el que podamos ser un nosotros sin que ellas estén en él.

–Muchos pronombres –bromeé–. Me he perdido.

–Intentaba ser poético, Olivia –bufó–. Vale, pues quedémonos con el que importa entonces. –Alzó la copa–. Por nosotros.

–Por nosotros –sonreí, y chocamos los cristales con cuidado–. Y porque la noche se pase rápido.

–Amén.

Dimos sendos sorbos a las copas, y aún no había tragado el mío cuando mi madre se materializó ante nosotros. Llevaba el vestido negro que le había visto aquella mañana y, para mi sorpresa, también el bolso plateado que le sugerí. Lidia le había peinado el corto pelo castaño con unas ondas muy suaves que le enmarcaban el rostro sutilmente maquillado. Pero lo que más atención llamaba de ella aquella noche sin duda era su sonrisa; amplia, radiante, como si fuera la mujer más feliz del universo. Me di cuenta de que no la había visto nunca sonreír de aquella manera y un pinchazo de dolor se instaló en mi pecho. Después de todo, era muy triste saber que tu madre nunca había sido feliz contigo, con los suyos, y que había necesitado

encontrar fuera de su familia a alguien que la hiciera sonreír como si todo estuviera bien en el mundo.

Posó la mano en mi brazo y me miró con atención, maravillada.

–¡Estás preciosa! –exclamó, y yo me removí incómoda bajo su tacto–. Lidia tenía razón, ¡el rojo es definitivamente tu color! Y tú, Spider –se volvió hacia él–, también estás guapísimo. Me alegro de que decidieras venir.

–Estoy aquí por mi madre –se apresuró a decir, como si quisiera dejar claro que ella no era ninguna motivación para él.

–Lo sé, y te lo agradezco. Para ella es muy importante –le sonrió y volvió a depositar su atención en mí–. ¿Sabes qué? Tengo una sorpresa para ti que creo que te va a encantar.

–¿En serio? –pregunté, desconfiada–. ¿Qué es?

–La pregunta correcta sería *quién* es –corrigió e hizo un movimiento con la mano, instando a alguien a que se acercara.

Cuando vi su pelo enmarañado se me cayó el estómago al suelo. Lo llevaba algo más corto, aunque seguía siendo lo suficientemente largo como para enredarse de aquella forma tan característica. Tenía la piel más oscura, como si hubiera tomado el sol recientemente, lo que hacía que la cicatriz blanquecina de su labio resaltara aún más. Cuando posé la vista sobre su boca y recordé cómo solía acariciarla, tuve que formar un puño para evitar el involuntario movimiento de mis dedos.

–Hola, Livi –saludó con voz grave. Llevaba las manos metidas en el bolsillo del pantalón, como cada vez que se sentía nervioso.

–Paulo... –susurré–. ¿Qué haces aquí?

–Tu madre me invitó –se encogió de hombros–. Me llamó esta mañana.

–¡Sorpresa! –gritó ella, sonriente–. Sé que no vas a tardar mucho en marcharte, y pensé en hacerte un regalo antes de que lo hicieras, así que llamé a los pocos amigos que me quedan en el pueblo y pregunté si había alguien especial para ti. ¿He acertado? ¡Yo creo que sí! –contestó ella misma, sin darme tiempo a gritarle que no lo había hecho ni por asomo–. Chicos, os dejo que habléis. ¡Os veo luego!

Desapareció tan repentinamente como había aparecido, y me dejó plantada frente a un Paulo que había sacado las manos de los bolsillos para pasar a atusarse el pelo constantemente.

–¿Por qué has venido? –pregunté–. No deberías haberlo hecho.

–Ya, de eso me doy cuenta ahora. –Suspiró sonoramente–. Yo qué sé. Tu madre me dijo que estaba invitado, que te hacía mucha ilusión verme... –Miró a mi lado y recordé que Spider seguía allí, de pie, y que mi mano seguía en su brazo. Paulo sonrió con tristeza–. Pero veo que era cosa suya.

–Paulo, joder –bufé–. Podrías haberme llamado para preguntarme si me parecía bien.

–Lo siento –se disculpó. Miró de nuevo a Spider y alargó la mano–. Soy Paulo, por cierto.

–Spider –se la estrechó él con seriedad. Paulo alzó una ceja ante el nombre, pero no dijo nada.

–Creo que deberías irte –volví a hablar, cada vez más incómoda.

–Está bien, pero ¿podríamos salir al jardín antes? Hay algo que tengo que decirte, y me gustaría hacerlo cuanto antes.

Spider carraspeó a mi lado. No quería negarme a oír lo que Paulo tuviera que decirme, pero la realidad era que no quería oírlo. Por el gesto de su cara sabía qué era eso que no podía esperar más, pero era ese mismo gesto y la emoción escrita en sus ojos lo que hacía que no pudiera decirle que no.

–De acuerdo –acepté, resignada. Me volví hacia Spider–. Ahora vuelvo.

–De hecho, si no es molestia –intervino él–, yo también voy a salir un rato a fumarme un cigarro. –Miró a Paulo con un brillo desconocido en los ojos–. ¿Os importa?

–Claro que no –contestó él, de pronto muy erguido–. De hecho, puedes oír lo que tengo que decirle, no me importa en absoluto.

El aire estaba cargado aquella noche. Hacía un calor infernal y el largo del vestido no ayudaba para nada. Los finos tacones de las sandalias se clavaban en el césped a medida que andaba sobre él para dirigirme a las hamacas donde besé a Spider por primera vez.

Notaba su presencia a mi espalda. Iba completamente recto, como si así quisiera evidenciar que no le preocupaba aquello en absoluto, aunque estaba claro que era mentira; no lo había visto nunca tan tenso. Paulo, por otra parte, caminaba delante mía con una postura ligeramente encorvada y las manos de nuevo enterradas en los bolsillos. Cuando llegó a la altura de las hamacas, se sentó en una y apoyó los codos en las rodillas, entrelazando ambas manos entre ellas. Yo me senté en la de enfrente y solté la tela roja que llevaba arremolinada en la mano, lo que hizo que la pequeña cola se expandiera a mis pies. Spider sacó el tabaco del bolsillo interior de la chaqueta, se encendió un cigarro y comenzó a caminar en círculos por el jardín mientras se lo fumaba. No estaba demasiado cerca de nosotros, seguramente para otorgarnos privacidad, pero sabía que no iba a irse lo suficientemente lejos como para no oír lo que Paulo tenía que decirme.

Devolví la atención a su rostro y me mantuve en silencio mientras esperaba a que él reorganizara los pensamientos que le rondaban la mente. Se frotó el puente de la nariz, justo donde tenía la otra cicatriz que le adornaba la cara, y resopló varias veces antes de decidirse a hablar.

–Llevo dos meses pensando en lo que quería decirte, y ahora que te tengo aquí delante no sé por dónde empezar –dijo y esbozó una pequeña sonrisa tímida–. Incluso lo he ensayado frente al espejo.

–Pues cierra los ojos e imagina que estás frente al espejo de nuevo.

–No, no –negó con la cabeza enérgicamente–. Tengo la sensación de que voy a verte poco después de esto, y quiero mirarte todo el tiempo que pueda. –Fijó la vista en mi cara con tal intensidad que tuve que desviar yo la mía hacia el césped–. Estás preciosa, Livi. –La manera en la que su voz se quebró cuando pronunció mi nombre me partió el corazón en dos.

–Gracias –contesté en un susurro y sentí cómo se me aceleraba el pulso.

–Supongo que iré al grano –se decidió. Cogió una bocanada de aire y la expulsó abruptamente–. Desde que te fuiste he estado pensando en ti. Echo de menos pasar tiempo contigo, verte sonreír, besarte... He intentado reemplazarte con otra persona, y casi llegué a pensar que podría conseguirlo, pero no fue así. Te echo de menos, a ti y a lo nuestro, y quiero recuperarlo. –Suspiró–. Cuando me di cuenta de que nadie podría ocupar tu lugar, quise llamarte, o incluso venir a verte, pero no me atreví. Por eso,

cuando tu madre me llamó, vi la oportunidad idónea para presentarme ante ti y decirte... Decirte...

Paulo tragó saliva y desvió la mirada hacia donde estaba Spider. Cuando lo hice yo también, me percaté de que nos observaba fijamente desde la lejanía, con el cigarro posado en sus labios, los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión indescifrable.

–Hay mil cosas que podría decirte, pero creo que es mejor que lo resuma en estas palabras. –Sonrió débilmente–. Estoy locamente enamorado de ti, Livi. –Dicho aquello, se levantó de la hamaca como si de repente quemara–. Y ya sé que lo dejamos porque tú no querías nada serio conmigo, pero necesitaba decírtelo. Te quiero, te quiero mucho, y no supe cuánto hasta que dejé de verte. Créeme, he intentado no hacerlo, pero es inútil. Por eso estoy aquí esta noche.

La imagen de Paulo de pie ante mí, exponiendo su alma de aquella forma, me hizo llorar. Enjuagué las lágrimas con la yema de los dedos y me quedé en silencio, escogiendo las palabras concienzudamente para evitar no hacerle más daño del necesario.

Antes de hablar, sin embargo, desvié la vista hacia Spider de forma involuntaria y esa fue toda la respuesta que Paulo necesitó.

–Ya veo –dijo, mientras él también desviaba la vista hacia su cada vez más oscura silueta–. Vas a volver a rechazarme, pero esta vez no eres tú el motivo... Es él.

–Paulo...

–Has conseguido lo que parecía imposible –dijo en voz muy alta, y tardé un poco en darme cuenta de que le estaba hablando a Spider y no a mí–. Enhorabuena. Has logrado que se enamore de ti. –Debí cambiar mi expresión, porque Paulo puso cara de sorpresa durante unos instantes–. Ah, ya veo que hay cosas que nunca cambian. Le quieres, pero aún no se lo has dicho, ¿es eso?

–Paulo –volví a decir, esta vez con un ligero tono de advertencia.

–¿A qué coño esperas, Olivia? –preguntó él casi gritando–. ¡Te has enamorado por fin! Has logrado bajar esas putas defensas que no te dejaban vivir, así que ¡dilo! ¡Grítalo a los cuatro vientos! ¡Ten por fin el valor de admitirlo! –Su tono estaba comenzando a hacerme llorar más fuerte.



–Ya está bien –intervino Spider con voz grave cuando se unió a nosotros–. Creo que deberíais dejar la conversación por hoy.

–Yo me he puesto delante ti esta noche –prosiguió Paulo, haciendo caso omiso, aunque el tono de su voz se había tornado dulce de repente– y te he dicho que te quiero. Lo único que te deseo en esta vida es que tú tengas los cojones algún día de abrirle el alma a alguien de esa forma. – Avanzó unos pasos hacia mí y me acarició la mejilla suavemente–. Sé valiente de una vez, cariño. –Se giró para irse y cuando pasó por al lado de Spider, posó la mano sobre su hombro–. Cuídala. No sabes la suerte que tienes.

Intenté mirar cómo se iba, pero las lágrimas me emborronaron la vista. Sumergí la cara en las palmas de las manos y sollocé con fuerza, intentando deshacerme del torbellino de sentimientos encontrados que me desolaba. La tela de la hamaca dio de sí a mi lado. Spider me atrajo hacia él y enterró un beso en mi pelo.

–Voy a matar a mi madre –dije cuando por fin recobré el habla.

–Pues hoy hay muchos testigos para hacerlo –bromeó–. Venga, anda, vamos dentro.

La fiesta siguió su curso, aunque Spider y yo nos refugiamos en una esquina y no nos movimos de allí bajo ningún concepto. Lluvia, con un precioso y sencillo vestido verde botella, se acercó para darnos dos besos e hizo el intento de entablar una conversación, pero su presencia enseguida fue requerida en otro lugar y se marchó corriendo. Yo me mantuve en silencio durante casi todo el rato. Bebí champán constantemente y miré el reloj de Spider a cada rato para ver cuánto le quedaba a aquella tortura.

Acababa de coger mi sexta copa de la bandeja del camarero cuando un hombre con pelo canoso que empezaba a clarear y las cejas despeinadas se acercó a nosotros. Vestía un traje de chaqueta de cuadros escoceses, lo que sin duda le otorgaba una originalidad que destacaba entre tanto color lúgubre.

–Usted deber ser la joven Olivia –dijo, sonriente, y me tendió la mano–. Edmundo Montalbán, para servirle. Su madre me ha hablado mucho de usted, pero ninguna de las descripciones le hace justicia a su hermosura.

–Su elección de palabras nos provocó una sonrisa tanto a Spider como a mí–. Yo soy médico también, ¿sabe? –prosiguió–. Bueno, era, porque ya me jubilé. Gabriela es mi sustituta. ¿Le he dicho que me ha hablado mucho de usted?

–Lo ha mencionado, sí –le sonreí–. ¿Y qué le ha contado?

–Ah, pues ya sabe. Me dijo que es usted muy buena dibujando, y que le encanta correr. También me habló de su hermano, ¿sabe usted? ¿Está él por aquí? –preguntó mientras escaneaba la multitud. Negué con la cabeza–. Lástima. En fin, que me alegro de que por fin se haya hecho mayor de edad y haya podido venir.

–Creo que no le entiendo, Edmundo –dije, confusa–. ¿Mayor de edad?

–Obviamente. Para que su padre ya no pueda evitar que vea a su madre, ¿sabe? –dijo en voz algo más baja y casi se me cae la mandíbula al suelo de la sorpresa–. Pobre Gabriela. Qué mal lo pasó...

–¿Mi padre? –repetí, atónita–. ¿Qué hizo mi padre exactamente?

–No tiene que disimular conmigo, yo lo sé todo –me guiñó un ojo–. Siento que haya tenido que pasar todos estos años alejada de Gabriela, pero me alegra ver que al fin vuelven a estar juntas.

–Creo que ha habido un error, señor Montalbán –intenté aclarar, pero el sonido del repiqueteo en un cristal me interrumpió. Al parecer, alguien pretendía hacer un brindis.

–¡Pero ya está todo bien! –continuó el hombre de pronto–. Ah, ahí está Ricardo –sonrió mientras señalaba a alguien y volvió a estrecharme la mano–. Encantado de conocerla, señorita Olivia. Espero verla pronto.

Se marchó y me quedé petrificada, mirando cómo mi madre y Lluvia se abrazaban mientras oían las palabras de quienquiera que estuviera hablando. Cuando el brindis terminó y ambas se besaron, me agarré los bajos del vestido y eché a andar hacia las escaleras, sin ni siquiera pararme para comprobar que Spider venía conmigo.

De repente se apoderó de mí una necesidad imperiosa de cambiarme de ropa. No quería estar más tiempo en aquella fiesta, en aquel vestido, escondida en un rincón mientras mi madre era el centro de atención.

Cuando llegué a mi habitación, abrí la puerta con rabia y me dirigí hacia el armario. Lo primero que encontré fueron mis pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes burdeos, los cuales cogí y tiré en la cama con furia. Oí cómo Spider cerraba la puerta y me eché el pelo a un lado.

–¿Podrías bajarme la cremallera? –le pedí, y enseguida noté sus manos en contacto con mi espalda.

–Voy a cambiarme yo también –dijo cuando hubo acabado–. Vuelvo enseguida.

Solo tardó cinco minutos en aparecer de nuevo ataviado con una camiseta blanca lisa, un pantalón corto azul y sus deportivas. Yo estaba tumbada en la cama mirando al techo, intentando controlar la ira que escalaba mi garganta, y él no dudó en tumbarse a mi lado sin mediar palabra. Pasamos así lo que pudo ser una hora hasta que la puerta se abrió de par en par y mi madre irrumpió en la habitación, visiblemente molesta. Lluvia entró tras ella con cara de circunstancia.

–¿Ya ha terminado la fiesta? –preguntó Spider a su madre, que asintió levemente–. Menos mal.

–¡Como si a vosotros os importara algo! –gritó mi madre, enfadada–. ¿Se puede saber por qué os habéis quitado de en medio? ¿Es que acaso era mucho pedir que hicierais esto por nosotras?

Seguí tumbada boca arriba, aunque cada músculo de mi cuerpo me gritaba que me levantara y le plantara cara. Spider agarró mi mano y tomó la iniciativa.

–Hemos aguantado bastante –contestó en tono cortante–. Y creo recordar que lo que hemos hecho por vosotras hoy es bastante más de lo que vosotras habéis hecho por nosotros en vuestra vida.

–¡Ah, ya tardaban en salir los reproches! –Mi madre elevó aún más el tono de voz–. ¿Sabéis lo que sois? ¡Sois unos egoístas! Unos egoístas que hubieran preferido que sus madres siguieran viviendo una mentira. Es eso, ¿verdad, Olivia? –Seguí ignorándola–. Oh, vas a hacer como si no existiera. Huyendo de los enfrentamientos, igualita que tu padre. ¡Mírame cuando te hablo!

Me incorporé lentamente, consciente de que cualquier tipo de control sobre mi rabia acababa de ser hecho pedazos debido a la mención de mi

padre. Me retiré el pelo de la cara y la miré fijamente, proyectando toda la ira que sentía. Debí hacerlo bien, porque ella dio un paso atrás justo cuando yo me puse en pie. Spider seguía sujetándome la mano y la apretaba suavemente, en un intento de apaciguar el huracán que sabía que se avecinaba.

Pero nadie podía contenerlo por más tiempo, ni siquiera yo. Di un paso hacia delante y la señalé con el dedo.

–Que sea la última vez que tu sucia boca nombra a mi padre, ¿me has oído? –le advertí con un tono amenazante que no sabía que podía lograr–. ¿Precisamente tú nos acusas de no afrontar las cosas? ¿En serio? Eres una cínica de mierda.

–Háblame con respeto, Olivia –dijo con hielo en la voz–. No voy a tolerar que te dirijas a mí de esa forma.

–El respeto se gana, *madre*. –Escupí esa última palabra con todo el asco del que fui capaz–. ¿Sabes? Cuando he visto a toda esa gente ahí abajo esta noche me he sorprendido, porque no podía imaginar que alguien tan rastroso como tú tuviera tantos amigos. Claro que después he descubierto el porqué. –Avancé de nuevo hacia ella hasta que estuve a escasos centímetros de su cara–. Porque eres una mentirosa.

–No sé de qué me estás hablando –contestó, pero en su mirada pude ver que al menos lo intuía.

–¿Tú lo sabes, Lluvia? –Me giré hacia la madre de Spider, que parecía no entender nada–. Tu futura esposa va diciéndole a la gente que la razón por la que no nos ha visto ni a mí ni a mi hermano durante todos estos años es porque mi padre no nos lo ha permitido. –Volví a mirar a mi madre con desprecio–. La experta es tu novia, pero si tuviera que decantarme por una explicación, diría que sabes que eres una persona horrible y no quieres que los demás lo descubran, así que juegas a dar pena. ¿Tú qué crees, Lluvia? –pregunté a la menuda mujer rubia de nuevo, que miraba a mi madre con incredulidad–. Yo creo que he acertado.

–No es mentira del todo –repuso mi madre, intentando salir del atolladero–. Tu padre...

–¡Te he dicho que no lo nombres! –grité con furia–. ¡No tienes derecho a hacerlo!

–Porque él es un santo, ¿no es cierto? –La observé quitarse un mechón de pelo de la cara y vi cómo le temblaban las manos–. Tino el pobrecito. ¿Acaso sabes lo que supuso para mí marcharme y dejaros allí?

–No lo sé porque no estabas para explicarlo –respondí, y me esforcé por recuperar la calma–. Lo único que sé es que te fuiste sin decir adiós y llamaste tres años después como si nada hubiera pasado.

–Y Alex me dijo cosas horribles –recordó.

–¿Qué querías que te dijera? ¡Nos hundiste en la mierda! Rompiste de un plumazo todo lo que conocíamos y tuvimos que aprender a vivir sin ti, así que odiarte fue lo más fácil. Se llama mecanismo de defensa.

–Si me fui fue porque... Porque... –Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas–. Porque no quería que tuvierais que enfrentaros al hecho de que vuestra madre se había enamorado de otra mujer. Tú sabes cómo es aquel pueblo, Olivia. Os habrían hecho la vida imposible, a ti y a tu hermano.

–Puede que tengas razón –admití, también con lágrimas en los ojos–. Puede que nos hubieran insultado, y que hubiéramos sufrido. Pero al final de cada día habríamos llegado a casa y habríamos llorado en el regazo de nuestra madre, quien nos habría consolado durante el tiempo suficiente para recuperar las fuerzas y afrontar un día más, uno tras otro, hasta que por fin se acabara el calvario. –Tragué saliva, temblorosa–. Sin embargo, tú decidiste que sería más fácil abandonarnos y salir corriendo. Simplemente olvidar que existíamos.

–Cuando tengas hijos, comprenderás que no fue la vía fácil.

–Cuando tenga hijos, no los dejaré nunca –aseguré–. Precisamente porque sé lo difícil que es no tener madre... O peor, tenerla y que no quiera saber nada de ti.

–Yo os quiero, Olivia –sollozó, y el oírle decir eso consiguió acrecentar la rabia que sentía en el pecho–. A mi manera.

–¿Y qué manera es esa? ¿A distancia? –resoplé, volviendo a perder la calma–. ¡Eres increíble, Gabriela! Te juro que a veces...

–¿A veces qué? –preguntó, instándome a terminar la frase. Dudé unos instantes, pero las ganas de acabar con aquello de una vez por todas se apoderaron de mi cuando vi la altivez con la que alzó la cabeza.

–A veces preferiría que no fueras mi madre.

–Te entiendo –dijo, con una sonrisa soberbia, y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano–. Porque yo a veces preferiría no haber sido madre jamás.

Lluvia se tapó la boca con las manos, horrorizada. Spider se levantó de la cama con rapidez y me abrazó mientras miraba a mi madre con una mezcla de incredulidad y desprecio. Me sorbí la nariz y desvié la mirada hacia el escritorio, donde tenía todas mis cosas ordenadas. Di dos zancadas y rebusqué en mi carpeta hasta que encontré los papeles de cesión de su parte del restaurante. Pulsé el botón del bolígrafo para sacarle la punta y le tendí ambas cosas con furia, sin hablar. Ella se apoyó en la superficie de madera de pino y firmó en todos los lugares correctos. Una vez lo hizo, tiró el bolígrafo en la mesa y se irguió de nuevo.

–Ya tienes lo que venías buscando. –Se dirigió hacia la puerta–. Puedes volver a ese mundo de fantasía en el que yo no soy tu madre.

–Y tú a ese en el cual yo no existo –sonreí cínicamente, como hacía ella–. Parece que después de todo, ambas salimos ganando.

–Eso parece. –Apoyó la mano en el marco de la puerta–. Deja las llaves en la mesa de la cocina antes de irte.

Me obligué a mantener la mirada en su espalda mientras ella se marchaba. Necesitaba memorizar ese momento por si alguna vez mi mente decidía entrar en terreno pantanoso y preguntarse si podría haber hecho algo por esa relación madre-hija que estaba condenada al fracaso. Lluvia esperó a que mi madre se perdiera por el pasillo antes de acercarse a mí. Me abrazó brevemente, temerosa de mi reacción, y besó suavemente mi mejilla. Abrió la boca para decir algo, pero finalmente optó por dedicarme una sonrisa compasiva antes de seguir el rastro de su novia.

Cuando cerró la puerta tras ella, las lágrimas salieron sin control. Spider me apretó contra su pecho con fuerza, susurrándome que lo sentía. Quise hablar, decirle que él no tenía por qué sentirlo, pero fui incapaz de hacerlo durante un buen rato.

–Salgamos de aquí –dijo él y me dirigió con delicadeza hacia la puerta, sin soltarme un momento. Antes de abrirla, me separó de su cuerpo y capturo mi cara con sus manos, obligándome a mirarlo. Posó sus labios en

los míos de forma tierna, cuidadosa, intentando expresar así lo que no sabía hacer de otra forma—. Para, por favor —me pidió—. No soporto verte llorar.

—No puedo evitarlo —hipé.

—¿No te quedan ninguna de esas sonrisas falsas de antes?

—¿Como esta? —Estiré los labios en una fea mueca.

—Para, o el que va a llorar voy a ser yo —bromeó y con ello logró sacarme una sonrisa genuina—. Eso está mejor. Y ahora vámonos de esta casa.

—¿A dónde?

—A donde sea. —Me miró y sonrió de oreja a oreja—. Pero juntos.

Hay veces en las que el dolor no nos quita la esperanza, sino que la aviva. Nos hace guardar en lo más profundo de nuestra alma la ilusión de que lo que un día nos hizo estar rotos será lo que vuelva a unir nuestros pedazos, que la enfermedad será la misma que el remedio. Y esto es algo trágico para quien lo sufre, porque nunca es así. Lo normal es que quien te hirió nunca te cure, sino que te remate cuando menos te lo esperes.

Aquella noche, pude comprobar que esto era cierto.

Las palabras que le había dicho a mi madre, al igual que las que ella me había dicho a mí, rebotaban contra las paredes de mi mente. Las que no le había dicho, sin embargo, quemaban en el pecho; tanto que incluso me costaba respirar.

Spider dejó que me sumiera en mis pensamientos, y ni siquiera me habló para decirme que se había cansado de conducir en círculos y se dirigía al lago al que me llevó tiempo atrás. Cuando finalmente aparcamos en el borde de aquella zona del bosque, paró el motor y dejó los faros encendidos. El aire cálido de principios de agosto se coló por el hueco de mi ventanilla a medio bajar, y aproveché para inhalar el inconfundible aroma que dejaba flotando en él la vegetación que nos rodeaba.

–Lo siento mucho –dijo finalmente, mirando al frente.

–Yo no –contesté–. Estaba harta de esta mierda de rollo maternal que se estaba marcando. La que has visto hoy, la que ha deseado que no haberme tenido jamás... Ésa es la verdadera Gabriela. Y me alegro de que al fin haya salido a la luz. Al menos así podré dejar de preguntarme si en realidad tuvimos la culpa de que se marchara. –Noté cómo giraba el tronco



y se volvía hacia mí, atento a mis palabras. Me esforcé por seguir con la vista fija en la luz que salía de los focos delanteros. Cuando volví a hablar, me tembló la voz—. Por esto es por lo que siempre digo que estoy rota, Spider, por eso no dejo a nadie entrar. Porque me da pánico que me hagan daño otra vez, así que lo hago yo primero. —Una solitaria lágrima me resbaló por la mejilla hasta llegar a mis labios, donde la atrapé con la punta de la lengua—. Supongo que debería volver y recoger mis cosas. No tiene sentido que pase más tiempo en esa casa, ya tengo lo que venía buscando.

El tacto de sus nudillos sobre el dorso de mi mano fue tan suave que apenas lo noté hasta que él la agarró con firmeza. Me quedé mirando la interacción como una idiota, pendiente a cada movimiento y regodeándome una última vez en la sensación tan hogareña que me embargaba cada vez que estaba a su lado.

—Salgamos fuera —propuso con voz dulce—. Hace una noche preciosa como para estar aquí metidos.

Rodeó el coche hasta llegar al maletero, de donde sacó una manta. Luego echó a andar y yo lo seguí, abrazándome el cuerpo con fuerza, como si intentara apretar los sentimientos que me producía el estar allí con él y no dejarlos salir nunca. Llegamos al borde del lago, donde tendió la manta sobre la hierba. Nos sentamos y él se echó hacia atrás, apoyando el peso de su cuerpo en ambos codos. Miró al cielo con los ojos brillantes.

—Mi padre siempre tuvo dos pasiones en la vida: los dioses y las estrellas. —La nostalgia de su voz impregnó el silencio nocturno—. Cada noche, antes de dormir, oía cómo arropaba a mi hermana en su habitación y le contaba que, en la mitología antigua, Aura era la personificación de la brisa, veloz como el viento. Le explicaba que ella había sido un soplo de brisa en su vida, una alegría inesperada, y que, a pesar de que el resto de mujeres en su vida le llevaban años de ventaja, ella era tan rápida que había conseguido robarle el corazón antes que ninguna. —Sonrió débilmente—. Tras darle a ella las buenas noches, venía a verme a mí y siempre me decía las mismas palabras. «Si te sientes perdido en la vida, mira las estrellas. Busca tu nombre en ellas y, cuando lo encuentres, fíjate en la más brillante de todas. Así podrás recordar lo que eres para mí. Lo que siempre serás para mí». Esa estrella a la que se refería se llama Regulus. Significa «pequeño rey», y es la más brillante de la constelación de Leo.

Se quedó callado, mirando hacia arriba con aquella mueca triste en los labios. Repasé la historia de nuevo, analizando los detalles.

–Leo –pronuncié al fin–. ¿Es ese tu nombre? –Él asintió–. Por eso tienes ese tatuaje.

–Pensé que sería muy difícil perderme si tenía sus indicaciones grabadas en la piel.

–¿Dónde está tu padre ahora? –pregunté, consciente de que quizás lo estaba presionando demasiado.

–Murió hace diez años. Infarto cerebral. Simplemente se durmió y no despertó.

–Lo siento mucho.

–Lo único que espero es que de verdad esté ahí arriba –señaló al cielo con un movimiento de cabeza–, con las estrellas. Justo como él quería.

Posé la cabeza en su hombro y ambos dejamos de hablar. Disfrutamos de la quietud del lugar y de la extraña comodidad que sentíamos sumidos en ella. Pasamos así un buen rato, cerca el uno del otro, sin intercambiar palabra alguna. Era reconfortante saber que podíamos compartir momentos como aquellos, que en tan poco tiempo habíamos llegado a desarrollar ese tipo de confianza que hace que te sientas a gusto así, sin llenar silencios de palabras vacías y carentes de sentido.

De repente, se me ocurrió la manera en la que deshacernos de toda la tristeza que parecíamos llevar auestas aquella noche. Me levanté y, ante la perpleja mirada de Spider, comencé a quitarme la ropa.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –preguntó incrédulo, mientras presenciaba cómo me deshacía de mi camiseta.

–Voy a bañarme. ¿Vienes?

–¿Ahora? –Miró en derredor–. ¿En serio?

–¿Por qué no? –Me bajé los shorts negros y los aparté a un lado–. ¡Venga, será divertido!

Sin esperar a conocer su respuesta, salí corriendo hacia el agua y me zambullí en ella. No estaba lo fría que esperaba, pero, aun así, el cambio de temperatura fue bastante brusco. Pegué un grito y oí a Spider decir algo a lo lejos.

–¿Qué has dicho? –grité mientras nadaba–. ¡No te oigo desde aquí!

–¡He dicho que estás loca! –repitió él, alzando la voz.

–¡No me entero de nada! –mentí–. ¡Vas a tener que acercarte más para que te oiga!

Con una sonrisa curvándole los labios, comenzó a quitarse los zapatos. Sin apartar los ojos de mí, se despojó de la camiseta y los pantalones y se lanzó al agua rápidamente. En dos brazadas, ya lo tenía al lado.

–Joder, ¡qué fría está! –exclamó mientras chapoteaba.

–Está buenísima. Te reto a unos largos –propuse con malicia–. Quien gane, conduce de vuelta.

–Estás loca si piensas que voy a dejar que cojas mi coche.

–Se llama Enterprise –le recordé–, y sí, eso es lo que pienso. ¡Venga, vamos!

Eché a nadar lo más rápido que pude, pero Spider me alcanzó con facilidad. Cuando estuvo a mi altura, comenzó a salpicarme la cara, desestabilizándome para que no ganara la carrera. Me paré en seco y le lancé una mirada furiosa.

–Eres un tramposo y por eso, como jueza de la competición que soy, tu penalización será dejarme conducir a Enterprise.

–Ni lo sueñes.

–No te rebeles más, o me veré obligada a ampliar la sanción con un apéndice en el que se especifique que puedo acelerar como una demente.

–No voy a dejarte mi coche, Olivia.

–Demasiado tarde.

Me desplazé hacia el borde del lago y salí del agua rápidamente. Corrí hacia sus pantalones y busqué las llaves en el bolsillo donde solía guardarlas. Cuando las encontré, Spider me cogió de la cintura y me levantó en el aire. Me pegué las manos al pecho.

–¿Quién es la tramposa ahora? ¡Devuélveme eso!

–Ni de coña.

–Olivia –me advirtió–, o me las das o te las quito.

–Me gustaría ver cómo lo intentas –le reté.

Con una suavidad pasmosa, me tumbó en la manta. La impresión de tenerlo encima de mí me bloqueó unos instantes, lo justo para que me agarrara la mano donde tenía secuestrado su manojito de llaves. Él no pareció darse cuenta de lo que había hecho hasta que nuestras miradas chocaron unos instantes. Fue entonces, cuando el marrón de sus ojos se mezcló con el azul de los míos, cuando ambos supimos que no había vuelta atrás.

Bajó la vista hacia mi boca, ahora entreabierta, y sin apartar su otra mano de mi cintura, se inclinó sobre ella, apresándola entre sus labios. Estaban mojados y sabían a locura, a deseo y a tantas cosas buenas que no pude evitar pegarme contra ellos.

Aunque al principio me besó con cuidado, no tardó en convertirlo en algo más salvaje. Tiré la llave a mi derecha y lo agarré por el cuello, atrayéndolo hacia mí. De repente, era consciente de cada célula de mi cuerpo, como si hubieran estado aletargadas y aquello les hubiera devuelto la vida. Tuve que recordarme que necesitaba respirar para vivir cuando Spider paseó su mano por mi estómago y la dirigió luego hacia el costado para tocar mi tatuaje.

Había besado a muchos chicos antes, pero ninguno se asemejaba a él. Entre sus manos me sentía poderosa y frágil al mismo tiempo, nerviosa y, a la vez, relajada. Si aquello era lo que se suponía que debía experimentar cuando estaba con alguien, entonces había estado perdiendo el tiempo.

Spider paró para mirarme unos instantes. Posó su boca en mi mejilla, en la sien y en el borde de la mandíbula mientras yo suspiraba cada vez que lo hacía.

–Te juro que no consigo recordar cómo era mi vida antes de besarte. No puedo –susurró contra mi cuello–. No sé cómo he vivido todos estos años sin hacerlo.

Trazó una hilera de besos que fue desde detrás de la oreja hasta el hueso de la clavícula. Lo observé atentamente mientras bajaba aún más, justo a la altura de mi ombligo, y comenzaba a recorrer toda la piel con el interior de su labio inferior. Me arqueé hacia él, asiéndole con ambas manos la cabeza, y gemí.

–Dime que tú también quieres esto. –Sentí la calidez de su aliento en mi vientre–. Necesito que me lo digas para creer mi suerte.

–Quiero esto –contesté en un susurro–. Lo quiero tanto...

Spider se puso de rodillas ante mí, mirándome. Separó mis piernas, que estaban ligeramente flexionadas, y se colocó entre ellas. Pasó las manos por la cara interna de las rodillas, y ascendió hasta llegar a las caderas, las cuales alcé para facilitar que se deshiciera de mi ropa interior de un puñado. Volvió a inclinarse hacia delante, asió mi mano y la colocó en su pecho, instándome a que vagara libremente por su torso desnudo. Me maravillé ante la dureza de sus músculos bajo mi piel, y noté cómo se contraían al tocarlos. No me di cuenta de que me estaba mordiendo el labio inferior hasta que noté un leve pinchazo en él, fruto de un exceso de fuerza de mi incisivo. Intencionadamente, busqué su mirada con la esperanza de hacerle ver que estaba hablando en serio, que quería aquello; que lo había querido desde que me sonrió por primera vez, y no podía resistirme más.

En respuesta, un sonido gutural brotó de la base de su garganta.

Me agarró ambas muñecas con una sola mano y las colocó por encima de mi cabeza, mientras que los dedos que tenía libres parecían querer trazar líneas conectoras entre todos y cada uno de mis poros. Me besó de nuevo, urgente, con prisa, como si pudiera desvanecerme en cualquier momento. Sin perder un segundo, avanzó hacia mis pechos, aunque esta vez con calma, deleitándose en la certeza de saber que teníamos toda la noche por delante. Su mano, sin embargo, parecía haber tomado la delantera, y jugaba ya con la suave piel del interior de mis muslos.

Capturó con su boca el gemido que lancé al notar sus dedos entrar en mí.

–Eres preciosa –murmuró mientras movía la mano rítmicamente–. Eres...

–Joder, Leo –jadeé y él se paró en seco.

–Dilo otra vez –me pidió, mirándome a los ojos a escasos centímetros de mi cara–. Di mi nombre.

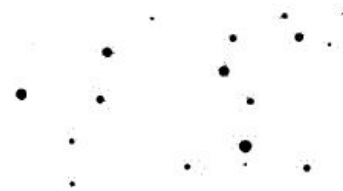
–Leo –repetí, alzando la cabeza hacia él.

Colocó la palma de la mano derecha en la hierba, justo al lado de mi cara. La izquierda, por su parte, asía mi cadera, y con un gruñido suave se

deslizó dentro de mí mientras me besaba de nuevo.

Durante aquella noche, bajo el manto de estrellas que nos miraban, fuimos uno. No había lugar para rencores, tristezas o arrepentimientos. Nos concentramos en el movimiento rítmico de nuestro acople, y lo único que importaba éramos nosotros, nuestros cuerpos, y el hecho de que, aunque solo fuera por un momento, nos sentíamos infinitos.

Seguimos enredados en aquella maraña de brazos y piernas, de piel y sudor, de gemidos y suspiros, parando solo para coger aire y volver a empezar de nuevo.



## 26

No recordaba el momento exacto en el que me quedé dormida entre sus brazos, pero cuando abrí los ojos el sol ya brillaba con bastante fuerza sobre nuestras cabezas. Seguíamos tumbados sobre la manta, desnudos y abrazados, y no pude evitar sonreír ante la vista de su cuerpo moreno totalmente expuesto bajo el cielo matutino. Observé la expresión de paz que adornaba su rostro, la manera en la que su brazo izquierdo servía de almohada a su cabeza y las gotas de sudor que resbalaban por su torso descubierto, como si estuvieran compitiendo en una carrera para ver quién llegaba antes a su abdomen. Atrapé dos de ellas con los dedos y Spider se removió.

–Ah, menos mal –suspiró aliviado cuando abrió los ojos y me miró–. Pensaba que había soñado lo de anoche.

–Pues ya ves que no –afirmé, y volví a tumbarme a su lado. Respiré hondo, maravillada ante la paz que se respiraba en aquel lugar–. Podría quedarme aquí toda la vida.

–Ojalá esa fuera una posibilidad –lamentó.

–Ojalá –corroboré. Lancé un suspiro al aire y me quedé mirando las escasas nubes que había aquella mañana–. ¿Soy yo o el cielo está más azul hoy?

–En realidad, el cielo no es azul. El color que vemos es fruto de la dispersión de la luz en todos los colores. Al dispersarse, la desvía en mayor medida hacia los colores de longitud de onda corta, como el azul o el violeta. Se llama «dispersión de Rayleigh». Podría explicarlo mejor, pero no sé cuáles son tus conocimientos de física...

–¿Conocimientos de física? –resoplé–. Acabo de despertarme y aún no he tomado café. Ahora mismo no conozco ni a mi padre. –Me recosté de nuevo sobre su pecho, ronroneando como un gato–. Aunque si hubiera tenido un profesor tan sexy como tú, habría prestado mucha más atención en clase.

–Si te tuviera de alumna, no podría concentrarme –rió–. Me sería imposible. Con esos ojos azules mirándome fijamente... –Besó la punta de mi nariz–. Y, por cierto, ¿sabías que los ojos azules se deben a la falta de melanina? Por eso la mayoría de los humanos, cuando nacemos, lo hacemos con los ojos de un color azulado...

–¿Ahora biología? ¡Spider, por favor! –me tapé las orejas con las manos y él soltó una carcajada–. ¡Nada de clases, que es verano!

–¡Está bien, está bien! –claudicó con una sonrisa y me abrazó con fuerza.

Estuvimos así durante un largo rato, hasta que el calor comenzó a apretar y nos vimos obligados a volver a la realidad. Yo tenía que recoger mis cosas de casa de mi madre, pero lo último que quería era verla de nuevo, así que Spider llamó a Lluvia y se aseguró de que la casa estaba vacía antes de emprender rumbo a ella. Por suerte, mis pertenencias estaban bastante ordenadas y no nos llevó mucho tiempo meterlas todas en las maletas. Spider las cargó en el maletero de mi coche, al que le costó un mundo arrancar. Cuando me senté al volante, bajé la ventanilla y unas patas se posaron a mi lado.

–No pensaba irme sin decirte adiós –le dije a Panda mientras acariciaba su cabeza–. Voy a echarle de menos, precioso.

El perro ladeó la cabeza y se marchó corriendo solo para aparecer un segundo más tarde con su pelota de tenis en la boca.

–Está bien –claudiqué–, ¡una vez más y ya! –Le arrebaté la pelota con cuidado y la lancé lo más lejos que pude–. ¡Ve a por ella!

Panda echó a correr con tal rapidez que parecía un rayo color chocolate arrasando el jardín. Mientras miraba cómo buscaba su juguete, la puerta del copiloto se abrió y Spider se sentó a mi lado.

–Tengo una propuesta que hacerte –me anunció–, y quiero que no la pienses demasiado.



–No prometo nada, pero dispara.

–No te vayas a tu casa aún. –Arrugué la nariz y él levantó las palmas de las manos–. Espera, déjame terminar. Tenías pensado pasar el verano aquí, ¿no? –Asentí–. Pues hazlo. Vente a mi casa.

–¿Vas a dejarme entrar en el Nido de la Araña? –bromeé–. Spider, no sé si soy digna...

–Te lo digo en serio –me interrumpió, poniendo los ojos en blanco–. Quédate conmigo unos días. Así tendrías más tiempo para despedirte de Nico, de Lidia y... Bueno, de mí.

Bajó la mirada a su regazo con gesto triste, y la urgencia de besarle volvió con más fuerza que nunca. Posé la mano en su cuello y lo acaricié con el lateral de mi dedo índice.

–Me parece una gran idea –concluí finalmente, sonriendo ante la repentina felicidad de Spider.

Conduje pegada al culo de su todoterreno durante unos diez minutos hasta que llegamos a los bloques de pisos donde sabía que vivía Nico. Spider aparcó justo delante de su puerta y yo lo hice unos metros más lejos y tras varios intentos.

–Aparcar no es lo tuyo –sentenció él mientras sacaba mi equipaje del maletero.

–Aparcar en línea no es lo mío –aclaré–. En batería o en oblicuo no tengo problema.

–Porque no hay nada más fácil que eso.

Eché a andar por la acera y depositó las maletas en el suelo para buscar las llaves. Miré el número que colgaba sobre la robusta puerta de metal: un siete dorado.

–¿Eres vecino de Nico? –pregunté, casi segura de que era el mismo portal.

–Ajá –asintió mientras metía la llave en la cerradura–. Puerta con puerta.

El piso de Spider era radicalmente diferente al de su mejor amigo, a pesar de que ambos estaban distribuidos de la misma forma. Mientras que la decoración de Nico era minimalista, Spider tenía toda clase de trastos adornando la estancia. Las paredes de la sala de estar estaban pintadas de gris claro excepto por la que estaba detrás de la televisión, que era de una especie de ladrillo visto también en tonalidad grisácea, aunque ligeramente más oscura que el resto. Enfrente del televisor había un sofá de tres plazas de cuero negro y, a su derecha, una butaca blanca donde descansaba la guitarra que le había visto tocar aquella noche en el jardín. En la pequeña mesita de café tenía desparramados un sinfín de papeles que se apresuró a ordenar y, cuando lo hubo hecho, los posó en la redonda mesa de cristal que terminaba de completar el salón.

Me quedé mirando las fotos que colgaban de su pared. Tenía cinco marcos negros alineados con una simetría extrema, y en cada uno de ellos había una foto en blanco y negro. En una de ellas, una chica con la cara salpicada de pecas y el pelo despeinado sonreía a la cámara de forma infecciosa.

–Esa es mi hermana –dijo a mi espalda–. Si viera que tengo colgada esa foto, me mataba.

–Es preciosa –admiré, y me giré hacia él–. Os parecéis un poco.

–No te creas. Lo que pasa es que tenemos los mismos ojos, y los ojos son importantes. –Me tomó la barbilla con una mano y alzó mi cabeza unos milímetros–. Los tuyos, por ejemplo, lo son todo para mí.

No sabía cómo conseguía hacerlo, pero cada vez que me miraba de aquella forma me temblaban tanto las piernas que temía caerme al suelo. Sonreí tímidamente y retiré la vista de su cara. Él apoyó su mano en el hueco de mi espalda y me condujo hacia el sofá, instándome a que me recostara en él.

–Aún no he visto el resto de la casa –recordé, e hice el amago de levantarme, pero él me mantuvo donde estaba.

–No hay prisa. –Miró el reloj que llevaba en la muñeca–. Te ofrecería un café, pero la cafetera sigue en casa de mi madre. –Tomó mis piernas y las posó sobre su regazo para comenzar a quitarme los zapatos con cuidado. Los puso a un lado de la mesita y me instó a que me recostara–. ¿Quieres otra cosa? ¿Agua? Porque no tengo mucho más...

–Estoy bien –le aseguré, suspirando de relajación. Apenas habíamos dormido la noche anterior, y al recostarme en el sofá comencé a notar lo cansada que estaba–. Solo voy a echarme aquí un poco... Pero háblame. Cuéntame algo –le pedí.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Un secreto. –Cerré los ojos–. O algo que no me hayas dicho nunca.

Tardó un poco en hablar, pero no le presioné. Seguí tumbada, extrañamente fascinada por el interior de mis párpados, mientras esperaba a que el sonido grave de su voz volviera a llenar mis oídos. Noté cómo su mano se paseaba por mi tobillo, trazando círculos alrededor de él, para luego dirigirse al empeine. Tuve que aguantarme para no darle una patada involuntaria. No podía soportar las cosquillas en los pies.

Oí cómo tomaba una bocanada de aire antes de hablar.

–El día que llegaste no fue la primera vez que te vi.

Aquello sí que me sorprendió. Abrí los ojos de par en par y me incorporé un poco para mirarlo. Fruncí el ceño, tratando de recordar un momento de mi vida en el que Spider y yo nos pudiéramos haber conocido, pero ninguno me vino a la mente.

–¿Te refieres a que me habías visto en foto? –pregunté, confusa.

–No, no –sacudió la cabeza–. Me refiero a verte en persona.

–Vale, ahora sí que estoy perdida.

–Fue hace años. Yo tenía diecisiete, así que tú tendrías quince. Mi madre me había pedido que la acompañara a un pueblo en el que no había estado en mi vida para recoger a una amiga que se mudaba. Aparcamos delante de una casa de dos plantas, con un pequeño jardín delantero y me llamó la atención porque, a pesar de que todas las casas de la urbanización eran iguales, esa era la única que tenía la puerta roja.

El corazón me dio un vuelco.

Spider había estado delante de mi casa diez años antes.

Delante de aquella puerta roja que yo misma pinté. Delante de aquel jardín en el que tantas tardes de verano jugamos Alex y yo.

—De repente, la puerta roja se abrió y por ella salió un chico rubio y alto que llevaba una mochila negra a la espalda. No puedo decirte mucho más porque, tras él, salió una chica preciosa y ya no pude mirar a ningún otro lugar. —Me miró de reojo para asegurarse de que lo estaba escuchando, y enseguida volvió a mirar al frente. Parecía avergonzado—. Llevabas una camiseta blanca de mangas cortas, unos vaqueros con rotos en las rodillas y el pelo recogido en una coleta alta que se movía como un péndulo cada vez que andabas. Sostenías una carpeta entre los brazos y una especie de bolsa estilo mensajero te colgaba del hombro. Hablabas animadamente con el que ahora sé que es tu hermano, y recuerdo que cuando te vi reír, no sé por qué, sonreí yo también. Te observé hasta que te perdiste calle abajo, y cuando dejé de verte me invadió una sensación extraña, como de vacío. Me sorprendí a mí mismo deseando que te hubieras olvidado algo en casa, lo que fuera, para así volverte a ver... Pero no volviste. —Suspiró con pesadumbre—. Entonces fue cuando salió tu madre cargada con maletas, y cuando le vi la cara, la reconocí. Supe que era la mujer con la que mi madre estaba manteniendo una relación, la que salía en una foto que se suponía que no debería haber visto, y me enfadé. Me enfadé porque aquello significaba que, aunque te volviera a ver algún día, yo no sería más que el hijo de la mujer que te arrebató a tu madre y destrozó tu vida. —Yo seguía en silencio, inmóvil. No quería que dejara de hablar hasta que terminara su historia. Él me miró fugazmente de nuevo y tragó saliva—. Cuando mi madre me contó que venías a pasar el verano, estuve toda la noche sin dormir. Es de gilipollas, lo sé. Me repetí una y otra vez que estaba siendo imbécil, que estaba nervioso por una chica a la que había visto una vez diez años atrás durante cinco minutos. Al final logré convencerme de que te había idealizado en mi mente y que no merecías quitarme el sueño. Pero cuando te vi en la puerta, de nuevo vestida de blanco y con vaqueros, con los brazos cruzados y el gesto de enfado en la cara... Por eso estuve tan borde al principio de conocernos, porque siempre me pongo a la defensiva cuando estoy nervioso. Y no he estado tan nervioso en mi vida, Livi —confesó—. Sé que puede parecer absurdo, pero es la verdad. —Tomó su mano en la mía, aún sin mirarme—. Nunca me había sentido tan vivo como cuando posaste tus ojos en mí. Fue increíble, una especie de descarga eléctrica, un chute de adrenalina o algo así... Algo que no había sentido hasta entonces. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba jodido —sonrió y me provocó un cosquilleo en el estómago.

–¿Por qué dices eso? –pregunté con un hilo de voz.

–Porque me hiciste sentir todas esas cosas en cuestión de minutos y con cara de malas pulgas, así que no podía ni imaginar lo que sería verte sonreír y que fuera yo quien lo provocara. Te he visto durante dos meses, casi cada día, y aún siento esa sensación de vértigo cada vez que te miro. – Se removió en el sofá y torció el cuerpo de manera que estuviéramos frente a frente–. Pero lo más increíble de todo es que, cada vez que la siento, le pido al universo que no desaparezca jamás.

Las palabras de Spider me sorprendieron, pero me sorprendió aún más la reacción que provocaron en mí. Ante ellas, mi corazón exigió desesperadamente tomar las riendas y dejar a mi cerebro en el banquillo, lo que permití sin rechistar. Moví las piernas lentamente, sin dejar de mirarle, y pasé una a cada lado de su cuerpo, quedando a horcajadas sobre él. Le rodeé la nuca con ambos brazos y pegué mi frente a la suya para que nuestros ojos estuvieran alineados. Desde aquella distancia, podía ver con total detalle la preciosa mezcla de verde y marrón que coloreaba sus iris.

Spider era el miedo más hermoso que había sentido jamás. Me había pasado la vida temiendo que llegara alguien como él; alguien que rompiera mis esquemas, que me removiera el cielo con el suelo y me hiciera sentir todopoderosa y cobarde al mismo tiempo. Alguien que consiguiera tener el poder tanto de hacerme la mujer más feliz del mundo como de destrozarme el corazón con una sola palabra.

Sin embargo, allí sentada sobre él, con su aliento acariciando mi rostro, en lo único en lo que podía pensar era en esas dos palabras que nunca había dicho y que llenaban cada rincón de mi mente; que rebotaban contra mis sienes una y otra vez, intentando encontrar un resquicio de luz en la coraza, una grieta por la que salir al exterior.

Coloqué la punta de la lengua entre mis dientes, preparada para pronunciar el primer sonido de aquellas ocho letras que lo cambiaban todo.

–Te quiero.

Lo dije en un susurro, casi inaudible, pero fue mi forma de gritarlo al mundo. Porque a veces no hace falta hablar más alto para decirlo más claro.

–Te quiero –repetí, atenta a la reacción que mis palabras estaban desencadenando en él.

Spider me tomó la cara entre sus manos, incrédulo, y rozó suavemente mis labios con los suyos. Lo hizo una y otra vez, cada roce más rápido, hasta que me besó con intensidad.

–Yo también te quiero –dijo finalmente, atrapando una solitaria lágrima que resbalaba por mi mejilla–. Me enamoré de ti sin conocerte, cuando te vi aquella vez, y volví a hacerlo diez años después cuando te vi de nuevo. –Tomó uno de mis mechones y lo escondió tras mi oreja–. Y si tú me dejas, Olivia, volveré a hacerlo de nuevo cada día al verte.

La emoción me embargaba y lo único que pude hacer fue reír y llorar al mismo tiempo mientras asentía fervientemente con la cabeza. Él sonrió y volvió a atrapar mis labios con los suyos, a medio camino entre la prisa y la pausa, debatiéndose entre tomarse su tiempo o ceder a la urgencia que ambos sentíamos cada vez que nos tocábamos.

–Quiero enseñarte algo de la casa –logró decir entre besos y sin más aviso que ese se levantó del sofá y echó a andar por el pasillo.

Yo seguía colgada de su cuello, y ahora tenía las piernas rodeándole con fuerza para no caerme. Intenté ser la menor carga posible, a pesar de que a él no parecía suponerle ningún problema el llevarme a cuestas de aquella forma. Abrió una puerta y entró en el cuarto de baño. No entendí por qué quería enseñarme aquello hasta que me posó con cuidado sobre el frío suelo, deslizó la mampara corredera y abrió el grifo de la ducha, sonriendo de forma traviesa.

–No dejas de sorprenderme con tus grandes ideas –alabé mientras me desnudaba y le observaba hacer lo propio.

–Pues tengo unas cuantas rondándome la cabeza ahora mismo que creo que serán de tu agrado.

Agarró mis caderas con ambas manos y me elevó en el aire unos centímetros, lo justo para meterme dentro de la ducha. El agua templada entró en contacto con mi piel y eché la cabeza hacia atrás, asegurándome de que la totalidad de mi pelo quedara bajo el chorro. Spider aprovechó el movimiento para besar la base de mi garganta mientras me acariciaba la cintura despacio. Paseaba la yema de sus dedos por mi piel con suavidad, como si estuviera hecha de teclas de piano y él quisiera encontrar la melodía exacta. Enredé las manos en su pelo mojado y cerré los ojos; en aquel momento, lo único que quería era sentirlo con total intensidad. Me

regodeé en la sensación que me producía el notar su lengua saltar de un lado a otro, como si buscara sorprenderme con cada movimiento. El agua se derramaba por mi espalda cuando se arrodilló ante mí, dispuesto a conquistar cada poro de mi cuerpo. Sus manos escalaron la parte trasera de mis piernas poco a poco, pero con firmeza, hasta llegar a mis caderas de nuevo, donde hicieron escala. De forma casi imperceptible, me obligó a apoyarme contra los azulejos y el contraste de temperatura logró arrancarme una especie de gemido que pareció volverlo loco. Alzó mi pierna derecha y la colocó sobre su hombro, asegurándose el acceso a aún más centímetros de mí. La recorrió toda con la cara interna de su labio inferior hasta llegar a la delicada piel del interior de mi muslo. Noté cómo su boca flotaba sobre mi centro y me estremecí solo de pensar que pudiera tomar tierra en algún momento. Él, sin embargo, ascendió hacia mi vientre y lo besó con ternura. Miré hacia abajo y encontré sus ojos brillantes observándome. Al verlo allí, de rodillas ante mí, con el deseo escrito en la cara, no pude evitar mordirme el labio y arquear las caderas hacia él. Esbozó una sonrisa lobuna.

–Grita –dijo, y no estaba segura de si era una petición o una orden...

Pero cuando su lengua encontró el lugar exacto, lo hice.

Me fui deshaciendo poco a poco, lentamente. Volví a enterrar mis dedos en su pelo, asiéndole con fuerza, hasta que mi cuerpo no pudo aguantar más y estalló, liberando un remolino de sensaciones tan intensas que instalaron un terremoto en mis piernas. Apoyé la cabeza en la pared y suspiré hondo, extasiada, extenuada y rebosante de felicidad. Spider se levantó y colocó la cabeza en el hueco de mi hombro para encontrar el lóbulo de mi oreja y atraparla con sus dientes, como siempre hacía.

–Ahora mi boca sabe a ti –susurró, abrazándome, y no pude evitar sonreír ante aquello. Busqué su cara para besarle con fiereza. Paseé la palma de la mano por su torso, atreviéndome a ir tan bajo como alcancé. Ante aquello, él arqueó tanto las cejas que casi le alcanzan el pelo–. Veo que no has tenido suficiente.

–Empiezo a pensar que nunca tendré suficiente de ti –admití–. Jamás.

Tracé el contorno de su abdomen con los dedos hasta llegar justo al lugar donde ambos pretendíamos que llegara, y observé con satisfacción

cómo su respiración se tornaba más profunda con cada uno de los movimientos de mi mano.

–Joder. Te quiero –susurró de forma entrecortada, con la barbilla aún sobre mi hombro.

Fue entonces su turno de cerrar los ojos, inclinar la cabeza hacia atrás y dejar que su cuerpo hablara por él.

El resto de aquel día lo pasamos metidos en su piso, repartiendo el tiempo entre el sexo, la comida y hablar. Era demasiado fácil sincerarme con Spider; él no juzgaba, ni interrumpía para apostillar tus palabras, sino simplemente te miraba y prestaba toda su atención a lo que tenías que decir, haciendo que te sintieras la persona más especial del mundo.

El cansancio comenzó a hacer mella en nosotros alrededor de las diez y media de la noche, así que nos metimos en la cama y pusimos una de esas películas de humor absurdo que te hacen reír de lo malas que son. Solo fui capaz de ver la primera media hora antes de caer rendida al sueño.

Cuando la melodía del móvil de Spider rompió la calma de la noche, abrí los ojos alarmada y miré el reloj. A pesar de que eran las tres de la mañana, tenía la sensación de que acababa de quedarme dormida, y volví a acurrucarme entre las sábanas mientras veía cómo él miraba la pantalla de su teléfono con el ceño fruncido. Finalmente, y tras exhalar un largo suspiro, descolgó.

–¿Qué quieres? –Tenía la voz adormilada y se frotaba los ojos, somnoliento. No podía oír quién estaba al otro lado de la línea, pero por la expresión de Spider sabía que no debía ser nada bueno–. Vale, cálmate, no entiendo nada de lo que me estás diciendo.

Me incorporé de nuevo y lo miré, confusa, esperando a que él girara su cara hacia mí para preguntarle por señas qué era lo que pasaba. Sin embargo, me di cuenta de que estaba evitando por todos los medios que yo viera su expresión, y enseguida supe con quién estaba hablando.

Comenzó a pasear por la habitación mientras susurraba algo que no alcancé a oír. Tras un par de minutos más, colgó y por fin se dignó a mirarme.



–No lo digas –le pedí, enfadada–. No me cuentes nada.

–Tengo que irme –dijo él en tono de disculpa y lo que fuera que contenía mi enfado se rompió en mil pedazos.

–¿En serio vas a salir corriendo de nuevo? –pregunté casi gritando–. Esto es increíble.

–¡Es mi amiga y me necesita! ¿Qué quieres que haga, Olivia?

–Quiero que te aclares de una puta vez –le espeté. Salí de la cama y busqué mis pantalones por toda la habitación–. Eso es lo que quiero que hagas.

Tenía la espalda vuelta hacia donde estaba, pero sabía que él también estaba buscando su ropa, lo que significaba que ya había tomado la decisión. Una vez se hubo vestido, rodeó la cama hasta ponerse frente a mí, en cuclillas, y me sujetó por ambos hombros.

–No puedo creer lo que me estás haciendo –dije en voz baja–. Después de todo lo que hemos vivido hoy...

–Esto no significa nada, Livi. Es mi amiga, lo sabes, y no voy a darle la espalda. Pero te juro que es solo eso, nada más.

–Nada más –repetí, y solté una risa sardónica–. Sigue repitiéndolo, Spider, que al igual así terminas por creértelo.

–Olivia, joder...

–Si vas a irte –intervine, interrumpiendo cualesquiera que fueran sus palabras–, vete ya. Por favor.

Me miró con pesadumbre durante unos segundos. Finalmente, apretó sus labios contra mi frente.

–Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

–Haz lo que quieras –evadí su mirada–. Me importa una mierda.

Me prometí a mí misma que jamás admitiría lo mucho que me dolió el verle salir por la puerta.

Pero lo hizo.

Fue como si me hubieran apuñalado en el pecho, como si hubiera estado viviendo en una burbuja y alguien la hubiera explotado con una aguja para hacer que me diera de bruces contra el suelo.

No había querido creer a Camila cuando me advirtió de que solo le bastaría un silbido para que él saliera a su encuentro, pero había resultado ser cierto; únicamente había necesitado una llamada desesperada de madrugada para que él lo dejara todo.

Para que dejara a la persona a la que horas antes le había declarado su amor.

No pude volver a dormir, así que me levanté y vagué por la casa como un fantasma. Repentinamente hambrienta, rebusqué en los armarios de la cocina, pero Spider apenas tenía nada comestible guardado en ellos. Al final, tuve que conformarme con un vaso de agua fresca que decidí beberme en el balcón.

El olor que impregnaba el aire se coló por mi nariz y lo inhalé profundamente para ver si aquello domaba el fiero mar de emociones que tenía en el pecho. A pesar de que intenté dejar de pensar en ello, la imagen de Spider besando a Camila se colaba por las rendijas de mi mente sin poder evitarlo. Los imaginaba riendo, tocándose, enredados en un abrazo... Me llevé la mano al estómago instintivamente, como si eso pudiera hacer desaparecer el nudo que sentía en su interior.

Estuve un buen rato allí, mirando hacia la nada y pensando en todo. En mi mente planteé los diferentes escenarios que podían tener lugar una vez Spider volviera a casa, y en todos ellos acababa gritándole. Estaba resentida y necesitaba dar rienda suelta a esa furia, porque había aprendido que, si no lo hacía, se me enquistaba y no me dejaba respirar.

Oí mi móvil en la distancia y salí del trance. Corrí hacia el dormitorio y, cuando vi que era mi hermano quien llamaba, sentí cómo el corazón se me caía a los pies.

–Livi –dijo cuando descolgué, y por la manera en la que pronunció aquellas cuatro letras supe que algo terrible había pasado.

–¿Qué? –susurré, temerosa.

Alex suspiró sonoramente al otro lado de la línea.

–Es el abuelo.

El vaso se hizo añicos contra el suelo.

Mi coche no arrancaba.

Lo intenté una y otra vez, pero fue inútil. Golpeé el volante con furia varias veces hasta que me hice daño en la mano. Había prometido a Alex que mantendría la calma y no lloraría, al menos hasta llegar al hospital, pero estaba siendo demasiado difícil. Saqué el móvil del bolsillo e hice el amago de marcar el número de Spider, pero en aquellos momentos él era el foco de toda mi ira y deseché la idea enseguida. En vez de eso, corrí de nuevo hacia el portal y llamé al piso de Nico, rezando para que estuviera en casa.

–¿Quién es? –contestó a la tercera.

–Nico, soy Olivia –conseguí decir entre sollozos.

No hizo falta que añadiera nada más. En cinco minutos bajó a mi encuentro, con Lidia pisándole los talones. Ambos iban en ropa de estar por casa y Nico tenía la marca de la almohada impresa en el pómulo.

–Mi abuelo –gimoteé, y Lidia se abrazó a mí.

–Tranquila, cariño –me consoló–. Estamos contigo.

–Mi co-coche... n-no arranca –hipé–, y necesito llegar a mi pueblo cuanto antes.

–Yo te llevo –dijo Nico y salió corriendo calle arriba donde suponía que había aparcado.

–¿Dónde está Spider? –preguntó Lidia con cautela mientras me acariciaba el pelo.

–¿Tú qué crees? –contesté. Ella soltó una maldición y me abrazó más fuerte.

Las tres horas de viaje las hice en silencio. Lidia se había sentado conmigo en la parte trasera y no soltaba mi mano, la cual apretaba cada vez que yo me echaba a llorar de nuevo. Nico conducía con toda la rapidez que le era permitida, mirando por el retrovisor cada dos por tres para asegurarse de que estaba bien. Ninguno volvió a preguntarme por Spider y yo lo agradecí. Aún no me había llamado, por lo que suponía que no había vuelto a casa. Pensé en dejarle una nota sobre la encimera de la cocina o en la cama, pero luego recordé que no se lo merecía y no lo hice.

Apoyé la frente en el cristal de la ventanilla. Pensar en él hacía que apilara aún más dolor al que ya sentía debido a la hospitalización de mi abuelo, pero era inevitable. Si cerraba los ojos, recordaba el tacto de sus manos en mi piel, el sabor de la suya y la manera en la que su voz se tornó rasposa cuando me dijo que me quería. Revivía con total claridad los momentos que pasamos en el lago, en la ducha, en la cama, y cómo me quemaban sus besos.

Era increíble que todos aquellos recuerdos hubieran sido forjados apenas unas horas antes de aquel momento; porque allí, sentada en el sedán gris de Nico, en lo único en lo que podía pensar era en cómo no había dudado un instante en dejarme sola, en cómo Camila seguía estando la primera en su lista de prioridades, en cuánto daño me había hecho darme cuenta...

En cómo desearía ser una serpiente y poder mudar la piel, para que así, en realidad, no me hubiera tocado nunca.

Cuando el olor a desinfectante del hospital se coló por mis fosas nasales, tuve que respirar hondo para no vomitar. Después de haber pasado años yendo a ese lugar con mi abuela, aquel aroma tan característico despertaba en mi recuerdos y sensaciones terribles que no quería volver a vivir jamás.

Aunque, por desgracia, todo indicaba que estaba a punto de hacerlo.

Alex estaba sentado en los asientos de metal azul que había justo delante de la puerta de la habitación en la que se encontraba el abuelo.

Tenía la cabeza entre las rodillas, y se acariciaba el pelo de la nuca una y otra vez. Al oír nuestros pasos, irguió el cuello como un resorte y se abalanzó hacia mí, tomándome entre sus brazos con fuerza.

Cuando nos separamos, la camiseta blanca de Alex estaba empapada de mis lágrimas. Para mi sorpresa, descubrí que él también tenía los ojos rojos. Mi hermano nunca lloraba, y la sola idea de pensar que lo había hecho me encogió el alma.

–¿Cómo está? –pregunté en un susurro.

–Mal –contestó Alex, compungido–. Tiene los pulmones encharcados. El médico nos ha dicho que es cuestión de tiempo.

–Oh, joder –gemí y me llevé la mano a la boca. Noté el roce de una mano en mi hombro y recordé que Lidia y Nico seguían allí–. Alex, estos son Nico y Lidia. Mi coche no arrancaba y ellos me han traído.

–Gracias –estrechó la mano de Nico–. No me hacía gracia la idea de que condujera ella sola en este estado.

La puerta de la habitación se abrió de repente, y solo me hizo falta ver el reflejo rubio oscuro de su pelo para agarrarme de su cuello.

–Oh, cariño –me abrazó mi padre, y el olor de su colonia calmó un poco mi nerviosismo–. Lo siento mucho.

–¿Está despierto? –pregunté, sorbiéndome la nariz.

–Lo está. En realidad... –Miró a Alex por encima de mi hombro un segundo y volvió a fijarse en mi cara–. Estábamos esperando a que llegaras para ponerle la morfina. El médico quería ponérsela hace una hora, pero una vez lo haga, dejará de ser consciente de lo que ocurre y... –Tragó saliva–. Quería despedirse de ti antes de que eso pasara.

Las rodillas me fallaron y, si no hubiera sido por mi padre, habría caído al suelo. La idea de decirle adiós a aquel hombre era insoportable; tanto que dudaba de fuera físicamente capaz de hacerlo.

Durante toda mi vida, mis abuelos habían sido un referente esencial para mí. Una fuente constante de amor y comprensión que comenzó a agotarse el día que Nana cerró los ojos para siempre. Aquel día, noté cómo moría una parte de mi alma y lo mucho que dolía. No estaba preparada para notarlo de nuevo.

–No creo que pueda –murmuré, nerviosa–. Papá, no sé...

–Tienes que hacerlo, cariño –me dijo con voz dulce–. Sé que es difícil, pero si no lo haces te arrepentirás toda la vida.

Asentí con la cabeza. Sabía que mi padre llevaba razón, pero la sola idea de cruzar el umbral de aquella puerta me aterrorizaba de tal forma que no era capaz de ordenar a mis piernas que se movieran. Por el rabillo del ojo vi a Nora y Eli, que corrían hacia mí. No me moví ni un ápice cuando ambas me abrazaron; tenía los brazos pegados a los costados, inmóviles. Mis amigas notaron enseguida el estado en el que me encontraba y se apartaron para limitarse a mirarme con preocupación. Los chicos aparecieron tras ellas y, cuando hicieron el amago de acercarse, Eli los paró.

–Puedo entrar contigo si quieres –se ofreció Alex.

–No hace falta –respondí. Mi hermano ya se había despedido de él y, a juzgar por su cara, lo había pasado fatal. No quería hacerle pasar por aquello dos veces–. Puedo hacerlo.

Entre aquellas sábanas blancas, con una mascarilla y conectado al monitor de signos vitales, estaba el abuelo Darío. Tenía la mirada clavada en el techo, ausente, pero cuando me oyó entrar y me miró, el inconfundible brillo de sus ojos volvió a la vida. Se quitó la mascarilla con sus delgados dedos.

–*Principessa* –me llamó, sonriendo–, te estaba esperando.

–*Nonno* –sollocé y me senté en la butaca que había junto a él. Le tomé la mano con delicadeza, con cuidado de no tocar la vía que tenía puesta–. Lo siento mucho. Tendría que haberme quedado aquí contigo... Lo siento.

–No te disculpes, cariño. Nadie sabe cuándo va a visitarte la guadaña.

–No digas eso –le pedí–. Los médicos de este hospital son muy buenos. Quizás...

–Ambos sabemos que no hay nada que hacer salvo esperar, Olivia mía –me interrumpió con una sonrisa curvando sus finos labios–. Pero está bien. No tengo miedo.

–No tienes por qué tenerlo –sonreí, con las lágrimas resbalando por mi cara–. Seguro que la abuela te ha guardado el mejor asiento en el cielo.

–¿El cielo? –rio con fuerza, y sus carcajadas terminaron por mutar a una tos que me aterrorizó–. Ay, niña, si después de las vidas que hemos llevado tu abuela y yo terminamos en el cielo, es que ese sitio no tiene derecho de admisión. Al infierno, ahí es donde voy y donde ya estará ella. ¡Se está más calentito! Solo espero que me haya guardado un sitio al lado de Frank Sinatra.

Ambos nos reímos y yo le apreté los dedos con fuerza. Quería decirle lo mucho que lo quería y la suerte que tenía de que la vida lo hubiera escogido como mi abuelo. Me quedé mirándolo sin saber por dónde empezar.

–Sé que esto no es fácil –comenzó a decir con la voz quebradiza como una hoja seca–. Para mí tampoco lo es, ¿sabes? Pero antes de marcharme, quería hablar contigo una última vez. –Tosió de nuevo–. ¿Dónde está ese muchacho que vi en el ordenador?

–Spider... –tragué saliva–. No ha venido.

–Ah. Ya veo. –Me apretó la mano dos veces–. Querida niña, ¿alguna vez te he contado la teoría del universo de tu abuela? –Negué con la cabeza, de repente sin habla–. Tu abuela decía que la receta para ser feliz en esta vida es encontrar el corazón del universo. Al principio no la entendía... ¿El corazón? El universo es muy grande, grandísimo, como para encontrar el centro. Cuando se lo decía, ella se reía y me llamaba tonto, pero nunca me lo explicaba... Hasta el día antes de nuestra boda. Estábamos tumbados en el tejado de casa de sus padres, mirando el cielo más oscuro que mi mente recuerda, cuando ella dijo «¿ves, Darío? Lo encontramos». De nuevo se me escapaba lo que quería decir, y ella se agarró de mi brazo y dijo «esto es el corazón del universo». Y entonces lo entendí. Ese corazón al que ella se refería no era el centro de nada. El corazón –se tocó el pecho con el dedo– es ese lugar donde duelen las cosas importantes, y donde se fragua la felicidad. Es eso que hace que estés vivo. A eso se refería mi querida Elisa cuando decía que para ser feliz había que encontrar el corazón del universo, del universo de cada uno. Puedes encontrarlo en ti misma, o en otra persona... O quizás en ti misma cuando estás con otra persona. El mío, por ejemplo, estaba en sus ojos, y no he estado en él desde hace años, cuando

ella parpadeó por última vez. –Sonrió con tristeza y suspiró–. Te conozco, Olivia, y sé que el miedo a romperte te impide ser feliz a veces, pero la vida es de los valientes. Tienes que atreverte, como yo lo hice cuando vi a tu abuela por primera vez y me arriesgué a rozarle la mano. Si no lo hubiera hecho, mi vida habría sido muy distinta, y jamás habría encontrado ese corazón del universo del que ella tanto hablaba. Ahora te toca a ti encontrarlo. –Me miró con la esperanza brillándole en las pupilas–. ¿Me prometes que lo harás? No quiero irme de este mundo sin la certeza de que serás plenamente feliz, o de que lo intentarás al menos.

–Te lo prometo, abuelo –le aseguré–. Se acabó el ser cobarde.

–Esa es mi niña. –Cerró los ojos, cansado, y me levanté de la butaca para darle un beso en la frente.

–No quiero que te vayas –susurré, y a pesar de que acababa de prometerle que sería valiente, el miedo infinito que sentía ante la idea de perderle tintó mis palabras.

–He dejado demasiado tiempo sola a tu abuela, y estoy seguro de que Elvis está rondándola. No puedo arriesgarme a que me quiten a mi chica –sonrió aún con los ojos cerrados. Le besé de nuevo, esta vez sabiendo que sería la última.

–Te quiero –lloré–. Voy a echarte mucho de menos.

–Yo también te quiero, *principessa*. –Abrió los ojos y me embriagué del azul que los coloreaba para recordarlos con nitidez lo que me quedara de vida. Guiñó uno de ellos–. Y sé mala. Solo así podremos volvernos a ver en otra vida.

En ese momento le dio un ataque de tos bastante fuerte y pulsé el botón para que acudiera la enfermera. Cuando llegó, mi padre entró en la habitación y yo salí, justo para darme de bruces con el pecho de mi hermano. Sin mirar hacia arriba, me recosté en él y lloré.

–Ahora podrá descansar –susurró mi hermano mientras me acariciaba el pelo con dulzura–. Tenemos que dejarle ir, Livi.

–No quiero que se vaya –gemí con dolor. Noté cómo me costaba respirar y cada vez tomaba bocanadas de aire más grandes–. No quiero, Alex... No quiero...

–Olivia, respira –me ordenó mi hermano, pero no pude hacerle caso.



La presión que sentía en el pecho se fue extendiendo por mi cuerpo hasta hacer que se me durmieran las extremidades. Un zumbido se instaló en mis oídos y, de repente, por el rabllo de mis ojos solo podía ver negro. Empecé a hiperventilar y los brazos de mi hermano se colocaron bajo mis axilas. Me tumbó en los asientos azules donde mis amigos habían estado sentados unos segundos antes y me instó a que me tranquilizara. La imagen borrosa del rostro de Nora apareció en mi campo de visión, y poco a poco fue recuperando la nitidez. Cuando me incorporé, a su cara se le unieron las de Eli, Daniel, Oliver, Joan, Nico y Lidia, quienes me observaban con preocupación.

–Estoy bien –intenté tranquilizarles, aunque solo me salió un hilo de voz–. Esto me pasa a veces, pero estoy bien.

–¿Necesitas que llame a alguien? –preguntó Lidia, frotándose los brazos–. El puesto de control de las enfermeras está ahí mismo...

–Estoy bien –volví a repetir, esta vez de forma más creíble. Miré el reloj de manillas que había colgado en el pasillo y vi lo tarde que era–. Chicos, agradezco que estéis aquí, de verdad que sí, pero si tenéis que ir os lo entiendo. Es muy tarde y...

–Ni de coña –intervino Joan–. Nos quedamos contigo.

–Pero tendréis cosas que hacer...

–Ahora mismo –me cortó Daniel, quien se sentó a mi lado y pasó su pálido brazo por encima de mis hombros–, lo único que nos importa es nuestra amiga.

–El resto puede esperar –añadió Oliver con una sonrisa.

–Gracias, chicos –agradecí, emocionada–. De verdad.

En aquellos momentos no estaba segura de nada en mi vida. No sabía si volvería a ver a mi madre, o si Spider y yo encontraríamos la forma de hacer funcionar lo nuestro. Ni siquiera sabía si mi abuelo estaría en el mundo un día, o incluso una hora después de aquel momento.

Lo único que sabía con certeza era que, si seguía la teoría de la felicidad de mi abuela y creía en la existencia del corazón del universo, aquellas personas que tenía frente a mí ocupaban un lugar privilegiado en el mío.

No volví a entrar en la habitación. El abuelo ya estaba bajo los efectos de la morfina, y no quería recordarlo de aquella forma. Quería que su sonrisa y el brillo de sus ojos, así como sus palabras, fueran lo que me quedara registrado en la cabeza como el último momento que pasamos juntos.

Tras mucho trabajo, convencí a mis amigos para que se marcharan a casa, excepto por Nora y Nico, que fueron los únicos que se negaron. Lidia tenía que trabajar por la tarde, y se despidió de mí con un sonoro beso y un abrazo sorprendentemente fuerte para alguien de su tamaño. Consiguió sacarme una sonrisa al decirle a Nico que iba a conducir su coche como una loca y que esperaba que el seguro lo tuviera a todo riesgo. La cara de él fue un poema, y estuvo a punto de quitarle las llaves y dejarla sin forma de volver a casa.

Cuando vio que se me cerraban los ojos, Alex propuso ir a por café, y Nora le acompañó para ayudarlo. Nico y yo nos quedamos sentados donde estábamos, en silencio, hasta que él no pudo aguantar más y lo rompió.

–Sé que tienes cosas más importantes de las que preocuparte ahora mismo, pero deberías saber que Spider me ha llamado hace un rato y le he contado lo que pasa, así que tiene que estar de camino.

–Ya lo sé –respondí, y me sorprendió lo cansada que sonó mi voz–. Lleva llamándome desde hace horas y, al yo no contestarle, supuse que te llamaría a ti.

–Sé que no es asunto mío, pero ¿qué vas a hacer?

–No lo sé –suspiré con tristeza–. Mentiría si te dijera que no estoy enamorada. –Su rostro denotó sorpresa y yo sonreí débilmente–. Sí, ya sé que no lo conozco desde hace mucho, y que hay muchas cosas que no sé de él... ¡Ni siquiera sé de dónde le viene el apodo todavía! –Me pasé las manos por el pelo, agobiada–. Pero eso son tonterías; no me hace falta conocer cada detalle de su vida para quererle... Y le quiero. Me ha costado darme cuenta, y todavía me da miedo admitirlo, pero lo hago.

–Es un buen tío, Olivia –intervino Nico–. Le conozco desde hace tiempo y sé que lo es. Joder, es demasiado bueno, y justo por eso es incapaz de decirle que no a Camila cuando le llama.

–Ya sé que es un buen tío, y precisamente eso es lo que más me gusta de él. Pero acabo de prometerle a mi abuelo que intentaría ser plenamente feliz en la vida, y sé que no podré serlo si hago una prioridad a alguien para quien yo no lo soy.

–Yo no creo que eso sea cierto.

–Ah, ¿no? –Abrí los brazos y miré alrededor–. ¿Acaso está aquí? Porque yo no lo veo.

–Pero está de camino –le disculpó de nuevo–. Se ha puesto en marcha en cuanto se ha enterado.

–Si se hubiera quedado conmigo anoche y no hubiera salido pitando a casa de su novia se habría enterado antes –le recordé en tono rabioso–. ¿Sabes qué? Llámalo y dile que se dé la vuelta. No le quiero aquí.

–Olivia, sé que estás enfadada, pero...

–¡No le quiero aquí, Nico! –alcé la voz y enseguida me arrepentí–. Perdóname, no quería gritarte. ¿Harás lo que te pido?

Nico dudó unos instantes. Finalmente asintió con la cabeza y sacó el móvil del bolsillo. Tras unos instantes al teléfono, volvió a sentarse a mi lado.

–Hecho –anunció.

–Gracias.

–No hay de qué. –Se levantó al ver que Alex y Nora venían cargados con los cafés. Antes de darles el encuentro a mitad del pasillo para

ayudarles, volvió la cabeza hacia mí—. Pero si conozco bien a mi amigo, y créeme que lo hago, sé que va a venir de todas formas.

Volvimos a turnarnos para ir a almorzar. Nora se ofreció a acompañarme, pero eso significaba que el siguiente turno sería el de Alex y Nico, y apenas se conocían. No quería que mi hermano bombardeara a mi amigo con preguntas sobre la relación que tenía con Spider y lo pusiera en un aprieto, así que me negué y le dije que hiciera el primer turno con mi hermano. Mi padre salió de la habitación para estirar un poco las piernas, y cuando vio la mala cara que probablemente tenía, me obligó a salir un rato a tomar el aire. Nico le aseguró que se encargaría de que lo hiciera y prácticamente me arrastró hasta la puerta.

—No necesito aire —me quejé, apoyándome en el saliente que había en el extremo de la fachada del edificio.

—Sí lo necesitas —discrepó Nico y me tendió una chocolatina. Cuando la miré, me di cuenta de que era un Kit-Kat y sonreí sin poder evitarlo—. Creo que esto te gustará.

—¿De dónde lo has sacado? No los hay en la máquina expendedora.

—Me lo ha dado una enfermera —contestó encogiendo los hombros y yo alcé una ceja—. ¿Qué?

—¿Tú lo has mirado bien? —Alcé la chocolatina y la giré para que viera la tinta negra que adornaba su parte trasera—. Tiene su número. Elena —leí—. Me parece que a Lidia le encantaría saberlo.

—Si se lo cuentas, asegúrate de decirle que no me he dado cuenta de que lo había apuntado —me pidió, riendo—. Esa chica es pequeña, pero tiene un carácter de cojones.

—¿El gran boxeador Balbuena tiene miedo de su novia de metro cincuenta? —bromeé, dándole un codazo—. Si lo supieran tus rivales...

—Si mis rivales la conocieran, lo entenderían.

Solté una carcajada y giré la cabeza justo a tiempo para ver cómo Alex y Nora cruzaban el paso de peatones que desembocaba en la entrada del hospital. Nico y yo estábamos sentados en un rincón bastante escondido, por lo que no habían alcanzado a vernos. Me levanté y alcé una mano, dispuesta a llamarlos, cuando vi que mi hermano pasaba su brazo por los hombros de mi amiga y la pegaba contra su cuerpo.

–¿Qué coño...? –murmuré, pero no llegué a terminar la frase porque me quedé sin habla al ver cómo Nora alzaba la cabeza, cómo Alex la bajaba, y cómo sus labios se juntaron en un breve beso.

–Hacen buena pareja –dijo Nico a mi espalda, pero no le contesté.

Los engranajes de mi mente trabajaban a mil por hora. De repente, recordé la imagen de la fiesta de Paulo que vi en el Facebook, aquella en la que Nora posaba pegada al cuerpo de Alex. Rememoré la preocupación de su voz cuando le dije que había fotos, la negativa a contarme qué le pasaba, el posterior distanciamiento... Y el embarazo. Ese bebé que crecía en su vientre y de cuyo padre no sabía nada. Ese hombre misterioso con el que se había acostado y del que no me quería hablar.

–Madre mía –me llevé ambas manos a la boca–. Madre mía, madre mía...

–¿Qué te pasa? –preguntó Nico, extrañado–. ¿Estás bien?

–¡JODER! –grité a pleno pulmón, y aquello delató nuestra presencia.

Me quedé clavada en el sitio, viendo cómo mi hermano se giraba primero y cómo Nora lo hacía después, ambos con cara de sorpresa. Ella echó a andar hacia mí, pero justo en ese momento me percaté del todoterreno negro que doblaba la esquina y me vi sobrepasada por la situación.

Sin darme cuenta estaba corriendo. Me refugié en un callejón que había en los aledaños del edificio y apoyé la espalda contra el ladrillo. Respiré hondo en un intento por combatir esa sensación de ahogo que volvía a escalar desde la boca del estómago hasta mi pecho y amenazaba con hacer nido allí. Cerré los ojos para concentrarme en mi respiración y recuperar así la calma, justo como me había indicado la psicóloga que me trató después de que mi madre se fuera.

Pero el sonido de su voz quebró cualquier esperanza de recobrar la tranquilidad.

–¿Estás bien? –preguntó en voz baja y pude sentir cómo su presencia iba acercándose a mí poco a poco, con cautela, como el que se acerca a un animal acorralado–. Olivia.

–Déjame en paz, Spider –le pedí, aunque en tono para nada amigable–. Necesito estar sola.

–Estoy preocupado por ti, Livi. ¿Estás bien? –repitió–. Por favor, háblame.

Abrí los ojos lentamente. Volví a coger y soltar aire un par de veces más antes de reunir el valor de girarme hacia él y encontrarme de bruces con su cara.

–¿Que te hable? –pregunté con ira–. Pues a ver. En las últimas veinticuatro horas te he abierto mi corazón diciéndote que te quiero, y tú me lo has dicho a mí. Me has hecho pensar que al fin podía ser feliz, pero luego me has destrozado marchándote en mitad de la noche para ir al encuentro de tu novia, amiga, *follamiga* o como sea que la llames. –Abrió la boca para protestar, pero alcé la mano–. Espera, que no he terminado. Después he recibido una llamada de mi hermano diciéndome que mi abuelo se estaba muriendo, así que he tenido que pasarme tres horas sentada en un coche sin saber si llegaría a tiempo de decirle adiós. Por suerte he llegado, y he tenido que hacerlo... –Una gruesa lágrima resbaló por mi mejilla y la ataje con furia–. He tenido que ponerme delante de una de las personas a las que más quiero y despedirme por última vez. He descubierto que mi mejor amiga y mi hermano están liados, que ella está embarazada y él probablemente sea el padre. Y ahora estoy aquí, apoyada en la pared de un callejón frente a ti, rezando porque no hayas venido para darme una burda y patética excusa que justifique lo que me has hecho y porque tengas los cojones de admitir que lo tuyo con Camila es problemático y que no se va a acabar a menos que cortes por lo sano. –Las lágrimas seguían cayéndome, pero se habían multiplicado y ya no podía secalas todas–. Veinticuatro putas horas y una montaña rusa de sentimientos... ¿Y tú me preguntas si estoy bien? –Solté una carcajada sardónica–. No me jodas.

–Soy consciente de que he sido un gilipollas. –Dio un paso hacia mí, pero me retiré, lo que provocó que un destello de dolor cruzara su rostro–. No tengo excusa para lo que he hecho, y lo siento. Joder, lo siento. No volverá a pasar, te lo juro.

Pensé que me daría rabia que me diera una excusa tonta, pero el hecho de que admitiera de primeras que había sido un idiota me enfadó aún más. Le miré con semblante serio, y en sus ojos pude ver arrepentimiento y algo más; algo parecido al miedo. Retiré la vista de su cara como si me quemara, y me centré en contar los ladrillos de la pared que tenía delante. Tenía los ojos empañados y me dolía el corazón; justo ahí, donde dolían las cosas

importantes, como había dicho mi abuelo. Pensé en él, en la promesa que le hice, y comencé a hablar sin saber lo que iba a decir.

–Le he prometido a mi abuelo que sería feliz –le conté–. Le he jurado que haría todo lo posible por serlo, que lo intentaría con todas mis ganas... Y estaría traicionando mi promesa si no te dijera que esto se acabó.

Los ojos de Spider se llenaron de lágrimas y tuve que obligarme a ignorar la punzada de dolor que sentí al darme cuenta. A pesar de que volví a retroceder, él siguió avanzando hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para posar su mano en mi brazo.

–No digas eso –me pidió en voz baja–. Ya te he dicho que he sido un estúpido, lo reconozco, pero por favor dame una oportunidad para demostrarte que me he dado cuenta y que se ha acabado, de verdad que sí. No va a pasar de nuevo.

–No va a pasar de nuevo –le aseguré–, porque esto tiene que terminar aquí. No hace ni un día que nos dijimos que nos queríamos y mírame. –Le alcé la barbilla con la mano–. No soy feliz. Y no puedo arriesgarme a sufrir si no veo posibilidades reales de que las cosas cambien, simplemente no puedo –sollocé y le solté la cara–. Así que lo mejor será que me retire antes de que duela aún más.

–Pero yo te quiero, Olivia –dijo él, con la desesperación adornando cada sílaba. Pegó su frente a la mía–. Por favor.

–Yo también te quiero, pero en estos momentos no es suficiente. Si algún día llegamos a un punto en el que lo sea, nos volveremos a encontrar –le prometí, a sabiendas de que no tenía forma de estar segura–. Sé que lo haremos.

–Lo mío con Camila se acaba aquí y ahora, Livi, te lo juro. Te lo juro –repitió, intentando causar algún efecto positivo en mí, pero fue en balde–. Pero si lo que necesitamos es tiempo, esperaré. –Acarició mi mejilla con su pulgar–. Ya esperé diez años para volver a verte una vez, y puedo volver a hacerlo.

La determinación de su mirada me pilló desprevenida y casi desmorona la escasa seguridad que tenía en aquel momento. Quise decir algo más, lo que fuera, pero había llegado a mi límite y mi cuerpo lo sabía. Estaba cansada, la cabeza me palpitaba de tanto llorar, y de repente en lo

único que podía pensar era en lo mucho que deseaba cerrar los ojos y dejarme llevar por la ignorancia que a veces te otorga el sueño; por esa inmunidad que te da el perderte entre los brazos de Morfeo y dejar que todas tus preocupaciones se apaguen momentáneamente.

Hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban y tomé distancia de su cuerpo.

–Adiós, Leo –me despedí, de nuevo con un sollozo–. Espero que la vida te trate bien.

–Lo hará cuando volvamos a vernos –repuso, convencido de ello, y me dedicó una última sonrisa que hizo añicos mi corazón–. Hasta pronto, llorona.

–Adiós, araña.

Caminé hasta la entrada del hospital con paso lento, exhausta. El dolor de cabeza cada vez era más intenso y las piernas amenazaban con dar de sí y dejarme tirada allí en medio. Me crucé con Nico, que iba al encuentro de su amigo. Oí su voz a lo lejos, despidiéndose y prometiendo que me llamaría, pero apenas pude contestarle. Murmuré un «hasta luego» y seguí andando hacia donde Alex y Nora me esperaban. Pasé por su lado sin mirarlos siquiera; no tenía energía para lidiar con tantas cosas en el mismo día.

–Livi –me llamó Alex, poniéndose a mi lado de una zancada–. Quiero explicarte...

–No hace falta –le corté–. Lo único que espero es que le contaras al abuelo que ibas a ser padre cuando te despediste de él. Ya sabes lo mucho que le habría gustado tener un bisnieto.

Mi hermano volvió a hablar, pero le ignoré. Me limité a esperar al ascensor y, cuando hubo llegado, me aseguré de que las puertas se cerraran antes de que alguien más pudiera entrar en él.

Dos horas más tarde, el corazón de mi abuelo se paró. Los médicos dijeron que no había sufrido, que había sido como si se quedara dormido, y me aferré a ello con uñas y dientes. Mi padre se sentó a mi lado, me recostó



en su regazo y acarició mi pelo con suavidad, como solía hacer cuando era pequeña. Me susurró una y otra vez que todo iba a ir bien, que él estaba allí.

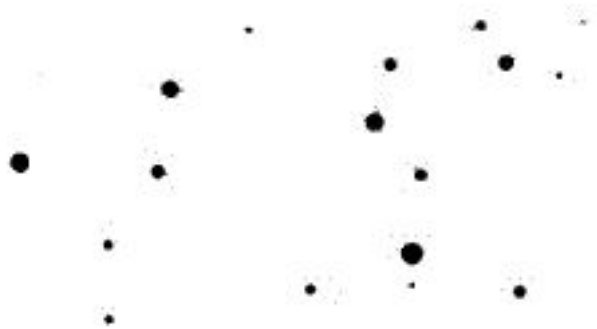
–No me dejes nunca –le rogué con voz quebrada–. Tú no, por favor.

–Siempre estaré contigo, cariño –me aseguró–. Incluso cuando no esté.

Antes de rendirme al sueño, cuando su colonia volvió a embriagarme, en lo último que pensé fue en que aquel debía ser el olor del amor incondicional, y en que mi casa no tenía la puerta roja, ni dos plantas, ni un jardín. Mi casa me acariciaba el pelo cuando el mundo me dolía demasiado, me daba besos en la frente y en la coronilla, y me contaba chistes malos para que me riera. Mi casa vestía con camisas de manga larga que siempre llevaba arremangadas hasta los codos, me hacía mi comida favorita para cenar cada vez que sabía que había tenido un mal día y me compraba libros porque sí.

Mi casa no era un lugar con cuatro paredes y un techo para protegerme de las inclemencias del tiempo.

Mi casa era mi padre, y mientras estuviera con él, todo iría bien.



## 29

Hay días, o quizás momentos, en los que no hay nada. No hay dolor, ni felicidad ni tristeza. Simplemente, lo único que sientes es vacío y soledad. El silencio lo reina todo, incluso cuando tu alrededor grita más que nunca.

Cuando eso pasa, desaparecen las lágrimas silenciosas a las dos de la mañana, y también los gritos de dolor cuando ves una foto suya. Nada te rasga el alma a tiras cuando hueles su ropa.

Tampoco hay nada que te alegre. No hay lado positivo alguno, ni rayos de esperanza que te calienten el corazón. No hay alivio al oír la voz de un ser amado diciéndote que todo va a ir bien, como tampoco hay episodios de conformismo repentino en los que parece que has aceptado lo que pasó y decides perdonar al destino por causarlo.

Simplemente no hay nada, solo silencio. Y el vacío y la soledad que te deja el saber que jamás volverás a cogerle de la mano.

La última voluntad de mi abuelo había sido que esparciéramos sus cenizas en su aldea natal, Montefioralle.

A pesar de que solo pasó allí once años (edad con la que se mudó a Florencia), guardaba un cariño especial a aquel recóndito lugar del que siempre tenía mil historias que contar.

En realidad, Montefioralle era una fracción o pedanía de la localidad de Greve in Chianti, situada en la región de la Toscana, por lo que viajar hasta allí no era fácil.

Después de tomar un avión, un autobús y un taxi que nos llevó por una polvorosa y angosta carretera, llegamos al lugar donde nos alojábamos. Era un edificio pequeño, como una especie de villa, con las paredes de piedra y una terraza enorme llena de flores donde, según nos dijo la chica que nos atendió, se servía el desayuno. Estaba rodeado de un extenso terreno verdoso que me recordó a los paisajes que salían en las series de la tele.

Solo íbamos a estar dos días por la zona, pero, aun así, mi hermano se empeñó en coger todos los mapas y folletos disponibles en el expositor de madera que había en la recepción.

–¿Te has traído el bañador? –me preguntó, estirándose en la cama. Cuando reservamos, solo había dos habitaciones disponibles, así que nos vimos obligados a compartir una—. Hay piscina.

–No vengo aquí para bañarme, Alex –contesté mientras deshacía la pequeña maleta que me había llevado–. Además, vamos a estar aquí dos días solamente.

–Vamos a Montefioralle mañana. Podemos aprovechar la tarde para bañarnos.

–Báñate tú, si tantas ganas tienes.

–Eh, oye. –Se colocó delante de mí, con los brazos cruzados y el ceño fruncido–. ¿Alguna vez será posible que hablemos como dos adultos?

–Vaya –exclamé–, veo que la futura paternidad te ha hecho madurar de repente.

–Olivia, déjate de ironías, ¿quieres? –Se atusó el grueso pelo rubio oscuro del flequillo–. El que va a tener un bebé voy a ser yo. ¿Qué problema tienes?

–Aparte de que te tirarás a mi mejor amiga, a pesar de que siempre te dije que era terreno vedado, y que encima la dejaras embarazada... Ninguno en absoluto –murmuré mientras abría el pequeño armario y metía en él mis pertenencias–. ¿Y cuál es vuestro rollo entonces? ¿Sois pareja o...?

–No lo sé –resopló–. Mira, sé que mi historial con las mujeres no me avala, pero créeme cuando te digo que Nora es...

–Como digas «diferente», te tiro esto a la cabeza –interrumpí, alzando el zapato que tenía en la mano–. Ya he oído eso antes de tu boca.

–Pero antes mentía, ahora no. ¡Te lo prometo! –añadió ante mi cara de escepticismo.

–Más te vale no hacerle daño –le advertí, seria–. Porque si lo haces, te juro que te mato.

–¿Y si ella me lo hace a mi qué? ¡Soy tu hermano!

–No me lo recuerdes –farfullé, y esquivé justo a tiempo la almohada que me lanzó.

Alex cumplió su deseo de bañarse en la piscina aquella tarde. Mi padre y yo estábamos sentados en la pequeña terraza, observando cómo nadaba de

un lado a otro, mientras disfrutábamos de una cerveza fría y nos empapábamos de un poco de la abundante tranquilidad de la zona, que buena falta nos hacía. Había pasado casi un mes desde que el abuelo falleció, y desde aquel momento apenas habíamos tenido tiempo de sentarnos y respirar. Los días habían transcurrido entre papeleo, llantos y más papeleo.

–He de admitir que mi padre tenía razón –dijo de pronto, sonriendo–. Italia es preciosa.

–Si estuviera aquí, te diría que ese adjetivo se le queda corto y comenzaría a enumerar los mil y un encantos del país.

–Y se emocionaría tanto que terminaría por hablar en italiano sin darse cuenta.

–Y cuando se lo dijéramos, nos soltaría un taco y nos recordaría que todos entendemos el idioma porque él se encargó de que no olvidáramos nuestras raíces.

–*Voi siete italiani!* –exclamó mientras movía las manos como lo haría el abuelo, y yo reí a carcajadas. Mi padre alargó la mano hacia la mesa, donde descansaba la mía, y posó su palma en mi dorso–. Hacía días que no te oía reír.

–Ya, bueno –encogí los hombros–. No he tenido muchas razones para hacerlo últimamente.

–Cariño, sé que quizás no quieras hablar del tema, pero necesito que sepas que, si alguna vez te apetece hablar de ese chico o de lo que sea, yo estoy aquí.

La mención de Spider, a pesar de que no había pronunciado su nombre, me provocó un nerviosismo interno que me era demasiado familiar. Prometió darme tiempo y espacio y lo estaba cumpliendo; de hecho, no había sabido nada de él desde que me mandó un mensaje diciéndome que sentía mucho la muerte de mi abuelo. En general estaba segura de mi decisión, pero a veces tenía un breve momento de debilidad y, por inercia, cogía el móvil y buscaba su nombre en la agenda. La verdad era que echaba de menos su voz, su risa, la manera en que era capaz de tocarme sin ni siquiera usar las manos... Pero necesitaba tomar distancia y pensar. Con tantos cambios en mi vida, tenía que reorganizarme para así poder salir

adelante y comenzar de nuevo. Y tenía claro que no iba a poder mantener la mente fría y clara si tenía su boca cerca.

Respiré hondo y puse mi otra mano sobre la de mi padre, en una especie de torre.

–Soy una imbécil –dije de repente y mi padre se inclinó hacia delante, dispuesto a prestarme la máxima atención–. Papá, nunca he sentido esto por nadie. Jamás.

–¿Entonces cuál es el problema? –preguntó con dulzura.

–Pues precisamente ese, que no lo he sentido nunca. No sé cómo actuar al respecto.

–Olivia, tienes que dejar de racionalizar tanto las cosas, especialmente si son temas del corazón.

–Pero ¿y si no lo hago y acabo sufriendo? Llámame cobarde, porque tal vez es lo que soy, pero creo que prefiero no arriesgarme si hay esa posibilidad.

–Hija –suspiró–, cuando te oigo hablar así se me parte el alma porque sé que tengo la culpa.

–Papá, no digas tonterías.

–Deja que te cuente algo –me pidió y buscó mi mirada insistentemente–. Cuando tu madre se fue, me destrozó por dentro. Yo la quería como nunca había querido a nadie, pero ella a mí no, eso quedó claro. El caso es que tardé años en fijarme en otra mujer. –Abrí la boca, sorprendida–. Sofía, una clienta del restaurante. Alta, guapa y, sobre todo, una gran persona. Cenamos un par de veces juntos, nos gustamos, y la cosa parecía que iba viento en popa... –Exhaló–. Hasta que yo lo estropeé. El miedo de volver a enamorarme de alguien y que me rompiera el corazón impidió que diera el paso, así que corté por lo sano sin apenas darle una explicación. Hasta borré su número de la agenda, para no poder llamarla nunca más.

–¿Cuándo fue eso? –pregunté, atónita.

–Hace un par de años. Ella se mudó fuera del pueblo poco tiempo después y no he vuelto a verla desde entonces. ¿Y quieres saber lo más triste? Que desde que no la veo, pienso todos los días en ella y en lo idiota

que fui por no haberle dado una oportunidad a lo nuestro. En vez de eso, mírame. Llevo una vida aburrida y monótona, del trabajo a casa y de casa al trabajo, y cuando entro por la puerta lo único que me recibe es el silencio. Antes estaba el abuelo, pero ahora...

–Yo puedo volver a casa, papá –me ofrecí.

–Esa no es la solución, cariño. Tú tienes que hacer tu vida, y tu hermano también. Es vuestro turno de acertar y equivocaros, pero si está en mi mano, me gustaría preveniros de los posibles errores que podéis cometer... Y este, Olivia, es uno.

–¿A qué te refieres?

–Llama a ese chico. Ve a verle. Habla las cosas y pon de tu parte. El amor es algo que viene solo, pero únicamente se queda si se trabaja en él. Así que hazlo, porque te aseguro que, si no, más pronto que tarde te preguntarás «¿qué hubiera pasado si...?», y esos condicionales son lo peor del mundo, créeme.

Giré la cabeza y permanecí observando a Alex unos minutos. Vi cómo flotaba boca arriba, con los brazos en cruz y los ojos cerrados, probablemente dándole vueltas a su propia situación. Ambos habíamos quedado muy tocados emocionalmente por lo que pasó con nuestra madre, pero si conocía bien a mi hermano, sabía que, por muy difícil y arriesgada que fuera la decisión, si era la correcta, él se atrevería. Siempre había sido el más valiente de los dos.

–¿Sabes? Quizás nos tocó la madre más mierda en el sorteo, pero el destino lo compensó dándonos al mejor padre que existe –sonreí de oreja a oreja–. Gracias, papá.

–No hay de qué, cariño. –Deshizo la montaña de manos en la que estábamos atrapados y asió el botellín de cerveza para llevárselo a los labios–. Por cierto, ¿qué nombre es Spider?

–Es un apodo. Su nombre real es Leo.

–¿Y por qué ese apodo?

–La verdad es que no lo sé –recordé de pronto–. Pero ahora tengo más claro que nunca que pretendo averiguarlo.

Montefioralle era un lugar diminuto en el que vivían aproximadamente unas cien personas nada más, entre ellas Enrico, el primo de mi abuelo. Fue él quien hizo de anfitrión y de guía, enseñándonos los rincones del pueblo e intercalando la visita con alguna anécdota en la que su *cugino* Darío solía ser el protagonista. Hablaba italiano muy rápido, por lo que a veces se me escapaban algunas palabras o expresiones, pero me alegró el comprobar que el esfuerzo de mi abuelo había tenido su recompensa y podía entender el idioma sin problema.

Caminamos por las empedradas y sinuosas calles hasta llegar a la Iglesia de San Stefano. Era en su puerta donde mi abuelo quería que esparciéramos sus cenizas, aunque nunca nos explicó por qué. Cuando mi padre se lo contó a Enrico, éste se colocó una mano en su oronda barriga y comenzó a reír a carcajadas.

–Cuando éramos pequeños –explicó con una sonrisa que, sospechaba, no abandonaba nunca sus labios– el cura de esta iglesia era un hombre horrible. Siempre nos regañaba por escabullirnos y no asistir a misa. La única y última vez que Darío y yo accedimos a ir, dijo en su sermón que la cremación era inaceptable, y que la sepultura era la única opción verdaderamente cristiana y católica. ¡Y ahora las cenizas de Darío van a descansar en su puerta! –Volvió a carcajearse, secándose las lágrimas que se le habían saltado de tanto reír–. ¡Este primo mío...!

Mi padre fue el encargado de abrir la urna y dejar que el abuelo vagara de nuevo por su querida aldea. Observé la columna de ceniza que se formó durante un segundo, y no pude evitar derramar una lágrima al pensar en la sonrisa de felicidad que debía estar poniendo allí donde estuviera. Al fin había vuelto a su patria, y al fin era libre de recorrer cada rincón libremente, durante toda una eternidad.

Enrico insistió en que comiéramos en su casa. Su familia era bastante numerosa y todos estaban allí, probablemente movidos por la curiosidad. Fue agradable conocerles y poder acercarnos un poco más a nuestras raíces, esas que nunca nos dejaron olvidar. Estuvimos comiendo durante horas, y charlando durante otras tantas. Hicimos una pequeña cata de vinos de la zona, los cuales gozaban de gran fama, y dimos un paseo por algunos de los diversos senderos que había en los alrededores, desde donde se podía disfrutar de unas vistas impresionantes. Varios nietos de Enrico tenían más o menos nuestra edad, y no nos dejaron marchar sin que apuntáramos sus



nombres para poder buscarles en Facebook. Nos despedimos con la promesa de volver algún día.

Volvimos a Greve in Chianti a pie; una caminata de veinte minutos que nos dejó exhaustos. Cuando llegué a mi habitación, me tumbé en la cama y comencé a agregar uno por uno a los miembros de mi recién descubierta familia.

Al hacerlo se me ocurrió una idea y salté a la cama de Alex, que estaba medio dormido.

–Necesito tu ayuda –le pedí, alumbrándole la cara con el móvil–. Despierta, carabreva.

–¿Qué quieres, mastuerza? –farfulló–. ¿No ves que estoy en proceso de dormirme?

–Ya dormirás. Ahora hay cosas más importantes. ¿Recuerdas esa película que vimos de pequeños? Ay, no me acuerdo del nombre... Esa en la que las gemelas Olsen le buscan una novia al padre.

–¿Quién?

–Las gemelas Olsen –repetí–. Ya sabes, Mary-Kate y Ashley.

–Mary-Kate y... ¿Se puede saber de qué coño me estás hablando, Olivia? –protestó y enterró la cara en la almohada–. ¡Tengo sueño!

–¡Que sí, joder, escúchame! Necesito que pienses y me digas si recuerdas a una clienta del restaurante llamada Sofía.

Alex levantó la cabeza y se quedó pensando unos instantes.

–¿Sofía Reyes? –preguntó, con la frente arrugada–. ¿Alta, delgada?

–Sé que es alta y guapa. Y buena persona.

–Entonces es ella –bostezó–. ¿Qué pasa con Sofía?

–Voy a buscarla en el Facebook para que ella y papá vuelvan a tener una cita.

Comencé a teclear su nombre en el buscador frenéticamente mientras ignoraba las preguntas de mi hermano sobre qué estaba pasando, y me tumbé a su lado, sujetando el móvil sobre nuestras caras para que él pudiera decirme si alguna de las Sofía Reyes que salían en la lista era ella. Resultó ser la sexta opción.

–Vale, ¿qué le digo?

–Pues mira, puedes decirle algo así como... «Hola, soy Olivia, una chica adulta que basa sus planes en películas que veía hace veinte años y quiero que seas mi nueva mamá». –Le di un golpe en el hombro–. ¡Ay! Tampoco era tan mala idea.

–Eres un casamentero horrible.

–Tú simplemente dile quién eres y pídele su número para que papá pueda llamarla. Facebook es el nuevo Tinder, así que, si está soltera, aceptará.

–¿Facebook es el nuevo Tinder? –pregunté mientras le escribía el mensaje a Sofía–. Yo pensaba que Instagram era el nuevo Tinder.

–Hum. Hay una nueva opción para encontrar a personas cerca de tu zona, así que puede que tengas razón. –Volvió a esconder la cara en la almohada–. Y ahora largo. Necesito dormir.

A la mañana siguiente me desperté temprano y vi que Sofía me había contestado. Nerviosa, abrí el mensaje y al ver los nueve dígitos de su número de teléfono di un gritito de alegría que despertó a Alex.

–Eres el peor gallo de la historia –dijo mientras se sentaba al borde de la cama y se peinaba el pelo con las manos–. ¿Qué hora es?

–¿Y eso qué importa? ¡Sofía me ha contestado! –Le enseñé el móvil–. Si todo va bien, tendremos madrastra.

–Dirás *otra* madrastra –me recordó–. Gabriela le lleva ventaja en ese aspecto. Y ahora que lo pienso... Su novia sería tu madrastra y ¿suegra? Vaya, ¡el combo de los horrores! ¡Enhorabuena!

–Cállate –le lancé su camiseta a la cara– y vamos a bajar a desayunar, que necesito café para aguantar tus tonterías.

Cuando bajamos, mi padre ya estaba sentado en una mesa leyendo su libro. Al vernos nos deseó los buenos días y nos tendió dos vasos de zumo de naranja y dos cafés humeantes.

–Dios bendiga a Kaldi, el cabrero etíope –dijimos mi hermano y yo al unísono, como en una especie de salmo, y los tres nos reímos.

–Veo que estáis de buen humor –observó mi padre con alegría–. ¿Preparados para volver a casa?

–No te creas –dijo Alex–. Estaba empezando a pillarle el gusto a este sitio.

–Pero hay que volver –intervine–, porque todos tenemos asuntos pendientes que resolver, ¿no es cierto?

–Yo no tengo ninguno –dijo mi padre, encogiéndose de hombros y yo sonreí de oreja a oreja.

–Te equivocas, padre.

Saqué el trozo de papel donde había apuntado el número de teléfono de Sofia y lo arrastré por la mesa hasta dejarlo justo al lado de su taza. Él lo miró, sorprendido, y luego nos miró a nosotros.

–¿Qué habéis hecho?

–Ha sido tu hija –se apresuró a aclarar Alex, con las palmas en alto y cara de inocente–. Yo no he tenido nada que ver.

–Tú eres mi cómplice –le recordé y volví a depositar la atención en mi padre–. Después de nuestra conversación de ayer, pensé que quizás podría hacer algo al respecto. Me dijiste que, si podías, evitarías que Alex y yo cometiéramos errores, ¿no? Pues acabamos de devolverte el favor.

–El error ya lo cometí hace dos años cuando dejé de verla –recordó, apenado–. Es demasiado tarde.

–Si mi amplia, amplísima experiencia con las mujeres me ha enseñado algo –comenzó a decir Alex en tono petulante y tanto mi padre como yo pusimos los ojos en blanco– es que, si te ha dado el número de teléfono, es porque la puerta sigue entreabierta. Si no ¿para qué?

–¡Nunca es tarde, papá! –exclamé.

–Está bien –claudicó con un suspiro–. Venga, terminaos el café que no quiero perder el avión. Después de todo –nos sonrió–, parece que los tres tenemos cosas pendientes de las que ocuparnos cuando llegemos a casa.

Llevaba casi media hora aparcada delante del piso de Spider. Mi coche había muerto oficialmente y me vi obligada a conducir el Toyota Prius de mi padre, el cual era radicalmente diferente a mi vieja tartana. Tamborileé los dedos en el volante durante un largo rato mientras me mordía el interior de la mejilla, nerviosa. Me miré en el espejo por quinta vez, asegurándome de que mis pelos seguían en su sitio. Los llevaba recogidos en una cola alta, y me había puesto mis vaqueros de la suerte y una camiseta blanca, justo como aquel día diez años atrás en el que Spider me vio por primera vez. No había planeado ponerme esa ropa en concreto, incluso pensé en cambiarme al menos la parte de arriba, pero al final opté por quedarme como estaba. Después de todo se estaba convirtiendo en el uniforme oficial de nuestras primeras visitas.

La única diferencia era que, con quince años, yo no solía llevar ni una gota de maquillaje, y ahora llevaba mi pintalabios rojo por bandera. Así me sentía más segura, más guapa y mejor conmigo misma, y me ayudaba a calmar los nervios que me invadían ante la idea de volvernos a ver.

Estaba retocándome el pintalabios cuando oí un repiqueteo en la ventanilla del copiloto y di un bote.

Lidia me miraba tras el cristal, sonriente. Abrió la puerta y se sentó.

–¡Amiga! –me saludó y plantó un beso en mi mejilla–. ¡Qué alegría verte por estos lares!

–¿Qué tal estás? –sonreí–. ¿Vas a trabajar?

–Vengo de trabajar. ¿Y tú qué haces aquí?

–Pues... –Mi primera reacción fue intentar buscar una excusa para no decirle la verdad, pero finalmente opté por ser sincera–. He venido a verle.

–¡Por fin! –gritó y alzó los brazos por encima de la cabeza–. Llevaba un mes esperando a que te decidieras, guapa.

–No ha sido fácil.

–Sí que lo ha sido –me contradijo–. Comenzó a serlo en cuanto dejaste las dudas y esas mierdas a un lado y te centraste en lo mucho que le quieres. ¿Llevo razón?

–Puede –sonreí, y resoplé–. ¡Estoy de los nervios!

–¿Cuánto tiempo llevas aquí metida?

–Media hora –arrugué la nariz–. Ni siquiera sé si está en casa.

–Está en casa de Nico jugando a la consola. Venga, vamos.

–Espera, espera, que aún no estoy lista.

–Sí lo estás. –Salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta. Cuando vio que no me bajaba, agarró la manga de mi camiseta y tiró de ella–. ¡Vamos, he dicho!

–¡Joder, sí que eres mandona! –me quejé.

–Es uno de mis encantos. Venga, coge el bolso y cierra el coche.

–¿Por qué tanta prisa? –volví a protestar como una cobarde–. ¡No pasa nada por esperar un rato más! No hay un horario establecido ni nada de eso.

–Sí que lo hay. –Miró el reloj y me lo enseñó–. ¿Ves? Las cinco y doce, hora de reconciliarse.

Lidia me agarró de la mano y prácticamente me arrastró hasta el portal número siete. Cuando vi que sacaba una llave y abría la puerta, alcé las cejas, sorprendida.

–No sabía que os habíais ido a vivir juntos.

–Oficialmente no lo hemos hecho –aclaró–, pero es más práctico tener una llave que andar llamando al interfono. Sobre todo si voy a pasarme la mayor parte de mi tiempo libre aquí.

–Viciosa –bromeé y ella esbozó una sonrisa traviesa.

La subida en el ascensor fue eterna. Me miré en el espejo de nuevo para asegurarme de que todo seguía como debía, y Lidia soltó una risita.

–Estás preciosa –me aseguró–. Además, podrías venir en pijama y con granos en la cara, que Spider seguiría mirándote como si fueras la única mujer del mundo. –Mudó su expresión a una más seria–. Y hablando de ello... Ha mantenido su palabra, Olivia. Por fin ha cortado lazos con Camila. Te lo digo porque puede que no te lo creas cuando te lo diga él, pero tal vez sí lo hagas si viene de mí también. Después de lo que pasó... Habló con ella y le dijo que no podían seguir así. Camila lloró y lloró... Pero Spider no se doblegó. No voy a mentirte, se quedó un poco tocado, pero al fin le echó cojones. Ella sigue llamándole, claro, pero él rechaza todas sus llamadas. –Sonrió de oreja a oreja–. ¡Ya era hora! Si llego a saber que lo que hacía falta para que pasara era que llegaras tú, habría ido yo misma a tu pueblo y te habría arrastrado hasta aquí por la fuerza incluso.

–Después de conocerte, me lo creo –reí y el ascensor se abrió de par en par.

Antes de que Lidia metiera la llave en la cerradura le puse la mano en el hombro y con un gesto le pedí que esperara un segundo. Respiré hondo un par de veces mientras ella me miraba con gesto compasivo y alzaba ambos pulgares. Giró la llave, la puerta cedió, y Lidia entró con paso decidido en la estancia. Yo me quedé atrás, rezagada, arrastrando lentamente las suelas de mis *converse* blancas por el suelo de tarima flotante.

Lo primero que vi fue su espalda. Estaba sentado en el sofá al lado de Nico, ambos inmersos en un juego de guerra que parecía estar en todo su apogeo, ya que había tiros y explosiones por todas partes. Se gritaban el uno al otro, y chocaban los hombros de vez en cuando. Ninguno llevaba camiseta.

Los músculos de su espalda se tensaban y relajaban, y me quedé mirándolos como si fueran lo más hipnótico del mundo. Lidia carraspeó, pero ninguno la oyó.

–¡Ya he llegado! –anunció con un grito–. ¿Es que no vais a dejar esa cosa o qué?

–¡Hola, Husky! –exclamó Nico y ella hizo un mohín de disgusto.

–Anoche acordamos que no ibas a llamarme eso nunca más.

–Lo siento, cariño, lo dije para que te acostaras conmigo –contestó Nico y Spider soltó una carcajada.

El sonido ronco que salió de su garganta hizo que notara cada terminación nerviosa de mi cuerpo, y hasta ese momento no me di cuenta de lo mucho que le había echado de menos. Mis pies hicieron el amago de echar a correr hacia él y tuve que refrenarme para no hacerlo, a pesar de que lo que más quería en el mundo era abrazarle.

En vez de eso me quedé congelada, mirando ese lugar entre sus omóplatos. De hecho, estaba convencida de que, si seguía mirándole un poco más, él acabaría por poder notar lo debido a la intensidad con la que lo hacía. A pesar de que quería que se volviera hacia mí, tenía miedo de lo que pudiera ver en sus ojos cuando lo hiciera.

Miedo. Otra vez esa palabra. «*La vida es de los valientes, principessa*». Es lo que me dijo mi abuelo. Le prometí que sería feliz, y para ello, debía dejar de sentir ese pavor y arriesgarme; dar un paso al frente y decir «¡eh!, ¡te quiero!», incluso sin tener la certeza de que fuera suficiente.

Tenía que poner mi corazón ahí fuera, en el universo, para quizás así encontrar mi lugar en él.

–Así son los hombres, Lidia –dije finalmente, con un ligero temblor en la voz que esperé que no se notara–. Te dirán cualquier cosa para llevarte a la cama.

El sonido de mi voz les sacó de su ensimismamiento. Nico pausó la partida y se volvió con rapidez, sorprendido. Tiró el mando en el sofá y se abalanzó hacia mí, atrapándome entre sus enormes brazos. Me levantó de suelo y oí cómo Lidia le pedía que tuviera cuidado, pero mis ojos seguían clavados en aquel punto de la espalda de Spider, ahora extremadamente tensa.

Como a cámara lenta, le vi girarse hasta que posó sus ojos en mí, y la incertidumbre que sentía quedó disipada cuando me dedicó una de esas sonrisas tan perfectas que solo él podía esbozar. Se levantó del sofá y acertó la distancia que había entre nosotros de dos zancadas. Quise enterrarme en su pecho tan pronto le vi cerca, pero seguía presa de los brazos de Nico.

–Yo también me alegro de verte –dije a mi amigo con voz estrangulada–, pero tus brazos son como troncos de árbol y me estás ahogando.

–¡Lo siento! –se disculpó y me posó en el suelo–. Me ha podido la emoción.

Se hizo a un lado y abrazó a su novia, que seguía de pie a mi lado. Cuando Lidia observó la forma en que Spider y yo nos miramos, se disculpó y tiró de Nico para llevárselo a la habitación.

–La sutileza nunca fue su fuerte –dijo Spider en tono jocoso mientras los veía perderse por el pasillo.

–Me he dado cuenta, sí –corroboré, y me apreté los brazos con fuerza. Sonreí con nerviosismo–. Hola, araña.

–Hola, llorona –me devolvió el saludo con un brillo especial en la mirada.

–Vas a tener que cambiarme el mote, ¿sabes? Ya no lloro tanto.

–Permíteme que lo dude –dijo él, alzando una ceja, y dio un paso hacia mí–. Te he estado esperando.

–Siento haber tardado tanto...

–Eso da igual. –Puso una mano en mi espalda y me atrajo hacia su pecho desnudo–. Lo único que me importa es que estás aquí. –Bajó el tono de voz hasta el susurro–. Nunca nada me había importado tanto en la vida.

Era consciente de que iba a romper mi credibilidad en mil pedazos, pero no pude evitar comenzar a llorar. Cuando Spider notó la humedad de mis lágrimas en la piel de su torso, se retiró unos centímetros y me miró a la cara.

–Con que ya no llorabas tanto, ¿eh? –bromeó con una sonrisa burlona.

–Cállate –le dije y volví a pegar mi cara a su pecho.

–Está bien, pero antes de hacerlo me gustaría decir algo que no te he dicho nunca. –Aguanté la respiración mientras aguardaba lo que fuera que iba a decir. Noté cómo apoyaba la barbilla en mi cabeza e inhalaba el olor de mi pelo–. Estás impresionante.



–¡Eso es nuevo! –reí. Él buscó mi cara para darme un fugaz beso en los labios y, acto seguido, atraerme otra vez hacia su cuerpo.

Nos quedamos así, abrazados, durante un rato. Podía oír el sonido de su corazón con claridad y me quedé inmóvil, dejando que los nervios y las dudas se fueran disipando para siempre. Poco a poco, paso a paso...

Latido a latido.

–¿Me vas a decir ya por qué te llaman Spider?

Estábamos en su cama, cubiertos únicamente por una fina sábana que, en contraste con su oscura piel, parecía de color blanco nuclear. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, que subía y bajaba rítmicamente; sin duda, una evidencia de lo extenuado que había quedado tras nuestra reconciliación.

–¿De verdad quieres saberlo ya, o prefieres intentar adivinarlo una vez más?

–No tengo ni idea, así que cuéntamelo.

–Es una tontería –me advirtió–. No esperes algo ingenioso o interesante porque no lo es.

–¡Dispara de una vez!

–¡Está bien! Posó los dedos en mi brazo y comenzó a recorrerlo con suavidad–. En realidad, lo has tenido delante todo el tiempo. ¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos? Bueno, la primera vez que tú me viste a mí –se corrigió–. Estabas dibujando a tu gato y, cuando te diste cuenta de que estaba detrás, te asustaste y diste un salto.

–Sí, me acuerdo –asentí, pensativa–. De esa y de todas las demás veces que no te oí llegar. Espera, espera... –Alcé la cabeza para mirarlo–. ¿Te llaman Spider por lo sigiloso que eres?

–Nico me lo puso. Además, cuando teníamos diecisiete años empezamos a hacer *parkour*. Ya sabes, eso de subirse a todos sitios y saltar por ahí... Siempre se me dio bien escalar paredes.

–¿En serio? –Estiré la mano hasta que toqué la tela de la funda del cojín y se lo estampé en la cara–. ¿Para eso me he comido el coco durante todo el verano? ¡Yo esperaba algo épico!

–Nunca dije que lo fuera –se defendió–. Fuiste tú quien agrandó las expectativas.

–¡Pues claro! Pero la culpa fue tuya. Eras tan misterioso cada vez que te preguntaba...

–Porque quería asegurarme de que volverías a hablarme –aclaró y curvó los labios en una sonrisa traviesa–. Ahora, sin embargo, lo que me apetece es que dejes de hacerlo. –Me lamió el labio inferior–. O al menos que lo hagas de forma poco coherente.

–¡Pero para eso tengo la boca! ¡Para hablar! –Me tumbé sobre él y le besé el pecho–. ¿O es que se te ocurre otra función para ella?

–Unas cuantas –sonrió, deshaciéndose de la escasa cobertura que nos otorgaba la sábana–. Deja que te las enseñe.

Al día siguiente tuve que marcharme a casa. Spider puso cara de pena mientras veía cómo me vestía, y siguió haciéndolo mientras desayunábamos.

La noche anterior habíamos hablado largo y tendido. Él por fin me contó que había puesto fin a lo suyo con Camila, y que se había dado cuenta de que todos llevábamos razón con respecto a su relación. También hablamos de cuál sería la situación ahora que por fin habíamos decidido dejar atrás los problemas y comenzar una relación. A pesar de que él se encontraba desempleado en aquel momento, tenía varias ofertas sobre la mesa y ninguna de ellas estaba cerca de mi casa. Yo, al trabajar como *freelance*, podía mudarme a cualquier parte, pero no estaba por la labor de dejar a mi familia, especialmente después de perder al abuelo.

Además, Spider también me contó que Aura, su hermana, se iba a divorciar de su marido y necesitaba un poco de ayuda con el pequeño hasta que se estableciera en su nueva vida, así que iba a irse un tiempo con ellos para echarles una mano. Aura vivía aún más lejos, convirtiendo las tres

horas de coche en cinco. Aun así, no eran tantas, y estaba dispuesta a conducir durante años si al final del camino estaba él.

Finalmente acordamos ir poco a poco, sin agobios y sin ahogarnos en un vaso de agua. Fue la única solución que se nos ocurrió.

–Conduce con cuidado. –Abrió la puerta del coche para dejarme entrar–. Llámame cuando llegues.

–No te preocupes. –Hice amago de meterme dentro, pero él me pegó contra la carrocería y me besó apasionadamente–. Me lo estás poniendo muy difícil, Leo.

–Si hubiera sabido lo jodidamente bien que suena mi nombre en tus labios te lo habría dicho mucho antes –dijo y volvió a besarme, aunque esta vez de forma fugaz.

–Tengo que irme –le recordé, aunque no tenía ninguna gana de separarme de él–. ¿Vendrás a verme pronto?

–Este mismo fin de semana si quieres.

–¿En serio? –Levanté una ceja–. ¿Lo dices de verdad?

–Te lo prometo –sonrió–. Sería gilipollas si no pasara todo el tiempo libre que tengo a tu lado.

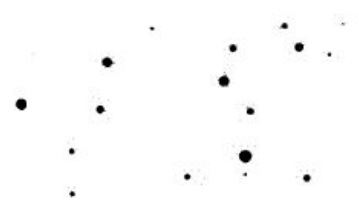
–Serías bastante idiota, sí –bromeé, y me agarré de su cuello–. Te quiero.

–Y yo a ti. –Me metí en el coche por fin y él cerró la puerta–. Buen viaje.

Me alejé de él a pesar de que cada fibra de mi ser me gritaba que no lo hiciera. Miré por el retrovisor y cuando le vi allí de pie, con los brazos cruzados, derramé una lágrima, aunque esta vez de felicidad.

Spider era la casualidad más bonita que la vida había podido ofrecerme. Después de los palos, de sus consecuentes miedos y de las inseguridades que estos me provocaban, había conseguido atreverme a ser feliz.

Porque lo era. La felicidad que tanto anhelaba la había encontrado allí, colgando de las largas pestañas que enmarcaban sus preciosos ojos marrones, y yo al fin estaba dispuesta a cogerla con ambas manos, apretarla contra mi pecho y no soltarla jamás.



## 33

Diciembre

Era la primera Nochebuena sin el abuelo, y ninguno quisimos celebrarla.

Alex estaba en casa de Nora, decidiendo los que serían los colores de la habitación del bebé. Mi padre, agotado, se había quedado dormido frente a la tele, donde ponían uno de esos programas recopilatorios típicos de estas fechas. Sofía, su novia, estaba pasando las vacaciones con su familia, así que no tenía mejor plan que ese.

Yo, por mi parte, acabé en el restaurante, repasando el cierre de cuentas que mi hermano y yo habíamos hecho. La contabilidad no era lo mío, pero había aprendido mucho en los últimos años y ya casi me manejaba con soltura.

El local estaba a oscuras salvo por la tenue luz proveniente de la lamparita que había sobre la mesa donde tenía esparcidos todos los papeles. El pelo suelto me estorbaba, pero no había encontrado ni una mísera goma de pelo en mi bolso y nunca se me había dado bien hacerme esos moños que se hacían las chicas en las series de la tele, tipo bibliotecaria sexy, con un lápiz y cero horquillas, por lo que no me quedó más remedio que sacudírmelo hacia detrás cada dos por tres. Las gafas se me resbalaban por el puente de la nariz, pero si me las subía tenía el problema de que las pestañas me chocaban contra los cristales. Estaba incómoda, y no tenía ninguna gana de hacer aquello, pero cualquier cosa era mejor que enfrentarse al hecho de que el abuelo Darío había dejado un vacío que sería imposible llenar.

Cuando decidí dejar la contabilidad para otro día ya era casi medianoche. Me dirigí hacia la barra de la zona de bar y me puse tras ella. El tintineo de los cubitos de hielo chocando contra el cristal del vaso retumbó en el silencio sepulcral que reinaba allí, al igual que el gorgoteo del whisky al salir de la botella. Me lo llevé a los labios y los rocé con el filo del cristal.

–Te echo muchísimo de menos, abuelo –susurré, y alcé el vaso en un brindis solitario–. *Alla salute*.

Lo bebí de un trago, ignorando el escalofrío que me recorrió el cuerpo, y me serví otro. Estaba triste, me sentía sola, y no se me ocurría otra forma de mitigar aquella sensación. Volví a beber, aunque esta vez en dos tiempos.

El móvil vibró en el bolsillo trasero de mi pantalón. Me había puesto tejanos, deportivas, y un jersey de cuello alto gris que me regaló mi abuelo las navidades anteriores. Era mi favorito y cuando lo vi ahí, en el cajón, no pude evitar envolverme en él.

Era un mensaje de Eli. Estaba cenando con su familia, al igual que Joan, Oliver y Daniel. Todos me habían mandado mensajes diciéndome lo mucho que me querían. Sabían que aquella noche iba a ser dura para mí y les preocupaba. Aprecié el gesto, pero no me apetecía responderles una mentira, así que directamente no lo hice. Solo había un mensaje que estaba esperando, y no llegaba.

Hacía tres días desde la última vez que había hablado con Spider. Su hermana estaba mucho mejor tras el divorcio y, según me dijo, pronto volvería a casa. Me alegré muchísimo, aunque la alegría se convirtió rápidamente en decepción cuando me di cuenta de que el término «casa» era diferente para él.

La realidad era que le echaba de menos. Echaba en falta su risa, su mirada intensa, incluso su manera de arquear la ceja ante mi usual comportamiento errático. A veces me quedaba dormida rememorando la sensación de sus manos en mi cuerpo, de su boca en la mía, y me entraban ganas de llorar debido a la impotencia que sentía por no tenerlo a mi lado cada noche.

Pensar en él no alivió la tristeza. Me serví otro whisky, sabiendo que me acercaba peligrosamente a mi límite de alcohol en sangre permitido,

pero me dio igual. El abuelo no estaba conmigo, Spider tampoco, y eran las dos únicas personas que hubiera querido a mi lado en aquellos instantes.

El móvil vibró de nuevo y me figuré que sería Nora, así que lo lancé a través de la barra sin mirarlo. Pero lejos de parar, el aparato seguía vibrando, cada vez más insistente, hasta que finalmente una llamada hizo que zumbara de forma constante. Resoplé y me estiré para cogerlo.

El nombre de Leo relucía en la negra pantalla y, cuando lo leí, casi tiro el móvil de los nervios.

–Por fin te dignas a contestar –dijo él a modo de saludo–. Ya pensaba que me habías olvidado.

–Sabes que no –contesté, sonriendo–. ¿Qué tal las fiestas?

–Pues no van mal, pero podrían ir mejor. Podría estar contigo. – Suspiró profundamente–. Te echo de menos, Livi.

–No me digas eso –le pedí, al borde del llanto–. No es el mejor momento para ese tipo de cosas.

–¿Estás llorando? –Su voz denotó preocupación–. Por favor, prométeme que no vas a llorar.

–Te... te lo prometo –Pero ya me caían las lágrimas–. Lo siento, es que no llevo un buen día.

–¿Quieres saber un dato curioso sobre las arañas para animarte?

–Siempre.

–Dicen que nos comemos una media de cuatro arañas al año mientras dormimos.

–Eso es asqueroso, tío. ¿En serio piensas animarme así?

–Vale, vale –rio–. Déjame intentarlo una vez más. También se dice que, aunque no la veas, siempre hay una araña cerca de ti.

Oí un repiqueteo en el cristal de la ventana y, cuando alcé la vista, no pude creer lo que veían mis ojos.

Spider estaba allí de pie, con el móvil colgado de la oreja y una sonrisa encantadora, esperando a que lo dejase entrar. Una vez pude reaccionar, salí corriendo hacia la puerta y, con torpeza, me deshice de los cerrojos. El aire frío de diciembre azotó mi rostro como un látigo, pero me dio igual. Me

abalancé sobre él, agarrándome a su cuello como si no hubiera mañana, y di rienda suelta a todas las lágrimas que se agolpaban en fila india. Él se limitó a acariciarme el pelo y a apretarme más fuerte contra su cuerpo, besándome la coronilla cada tres segundos.

Nos costó un buen rato decidir separarnos.

–No te vayas –le rogué, sorbiéndome la nariz–. Sé que tienes que irte, pero... No te vayas.

–No me iré –me aseguró, y la certeza que vi en sus ojos me pilló desprevenida.

–¿Lo dices en serio?

–Muy en serio. –Me separó de él para que pudiera prestarle atención–. Olivia Parisi, estás delante del nuevo profesor de física de tu antiguo instituto.

–No... ¿En serio? ¡Madre mía, Leo! –grité emocionada–. ¡Eso es genial!

–Lo es. No pienso moverme de tu lado, Livi –prometió–. Ni hoy ni nunca.

Agarré el cuello de la cazadora de piel que llevaba puesta y le empujé hacia el interior del restaurante. Volví a cerrar la puerta con llave y apagué la lamparita, que aún seguía encendida. Él observó cada movimiento con una sonrisilla.

–Te he echado de menos –murmuré y pasé los labios por su barbilla–. No sabes cuánto.

–No tengo ni la más remota idea, pero podrías contármelo. O mejor –puso las manos en mis caderas–, podrías demostrármelo.

–Eso es justo lo que estaba pensando –ronroneé–. Te quiero, araña.

–Y yo a ti, llorona.

Cuando nos besamos, estábamos sonriendo.

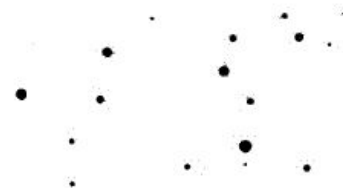
Fue justo ese momento en el que me di cuenta de que allí mismo, entre sus labios y los míos, donde se tocaban nuestros dedos, y justo bajo nuestros pies, se hallaba el corazón del universo.

Del mío y del suyo.



Del nuestro.

Y nunca me había sentido tan feliz.



## Epílogo

### Spider

Apoyo el hombro en el marco de la puerta y la observo. Ella no se ha dado cuenta de que he llegado a casa y sigue inmersa en su proceso de creación.

Me gusta observarla cuando no sabe que lo hago.

Tiene el pelo suelto y algo despeinado, y se lo ha echado sobre el hombro izquierdo, lo que deja una agradable e irresistible vista de su cuello. Las gafas se le resbalan por la nariz, como siempre, y se las sube cada tres segundos, aunque ya lo hace de forma inconsciente. A pesar del grosor de la pasta de la montura y de la luz que se refleja en sus cristales, desde donde estoy puedo ver ese precioso azul que colorea su mirada y mis sueños.

Mordisquea la parte trasera del lápiz mientras ladea la cabeza, intentando ver con perspectiva el dibujo que tiene a medio hacer. Forma parte de un nuevo proyecto que tiene entre manos, y sé que éste le hace especialmente ilusión por la forma en que la comisura de su boca se mueve hacia arriba cada vez que piensa o habla de él. Esa es una de las cosas que más me gustan de ella: su pasión. Olivia pone su corazón en todo lo que hace, aunque su extremada exigencia provoca que, a su juicio, eso nunca sea suficiente.

Kaldi se ha quedado dormido sobre la mesa donde ella está trabajando. Veo cómo sobresalen unos papeles bajo la bola de pelo gris, y pienso que, aunque Olivia los necesitara, no molestaría al gato para cogerlos. Siempre respeta sus horarios de sueño, incluso cuando éstos implican momentos o lugares inapropiados. Cuando le digo que lo tiene muy consentido, ella se

limita a encogerse de hombros y a recordarme que él es el dueño de la casa y que tenemos suerte de que nos permita vivir en ella.

Veo cómo se da cuenta de mi presencia y dirige su mirada hacia donde estoy. Cuando me ve, sonrío de oreja a oreja y me alegra comprobar que el cosquilleo en el estómago sigue ahí y que no tiene pinta de desaparecer en un futuro próximo. Me acerco a ella, la rodeo con los brazos y le doy un suave beso en la mejilla.

–¿Qué tal la noche de chicos? –pregunta, quitándose las gafas y frotándose el puente de la nariz.

–Pues bastante bien. Tu hermano es mejor tío de lo que aparentaba cuando lo conocí.

–Eso es porque cuando os conocisteis estaba inmerso en su papel de hermano mayor –me recuerda–. Pero en el fondo le caíste bien.

–¿Sabes? Tenéis la misma cara de enfado –digo y me siento en la silla que hay a su lado–. Puedes añadirlo a la lista de cosas en las que os parecéis.

–Esa lista me cabe en un *post-it* –ríe–. ¿Y qué habéis hecho?

–Hemos ido a tomar un par de cervezas al bar de tu ex –le cuento y veo cómo abre los ojos de sorpresa.

–Voy a matar a mi hermano.

–La cosa ha ido bien. –Me encojo de hombros–. Aunque sospecho que Alex pretendía hacerle ver que no odia a todos los novios de su hermana, solo a él.

–Paulo no fue mi novio –me corrigió–. Pero sí, le cae fatal, no sé por qué.

–Él sabrá. –Retiro la taza de café que tiene sobre la mesa–. ¿Quieres más?

–No, gracias. Ya llevo tres tazas. –Me giro y la miro con reprobación–. ¡Sabes que, si no, no rindo!

–Estás enganchada –le digo, y ella coge la taza que tengo en las manos y vuelve a posarla donde estaba.

–Pues hay algo también moreno y caliente a lo que estoy aún más enganchada –ronronea, y enseguida puedo notar el efecto que sus palabras y ese maldito tono tienen sobre mí.

Se acerca con sigilo y apunta directamente a mi cuello. Pasa sus labios por la suave piel que hay bajo mi oreja, como solo ella sabe, y se me entrecorta la respiración.

–Eres mala.

–No lo sabes tú bien –contesta y coloca mis manos en sus caderas.

Me guía hasta nuestra habitación y, de camino, se va quitando la ropa hasta que se queda en bragas y sujetador. Observo las golondrinas que tiene tatuadas en su costado, y pienso en que quizás algún día añada una sexta a la colección; una que tenga mi nombre. Me sacó la camiseta por la cabeza de un movimiento rápido, y la manera en que me devora con la mirada hace que cualquier distancia entre nosotros sea demasiada.

La tomo entre mis brazos y, en volandas, la tumbo sobre la cama. Pero ella no se resigna a quedarse allí boca arriba y vuelve a levantarse, acariciando cada palmo de mi piel con sus manos. Coge mi brazo y lo levanta un poco, lo justo para poder rozarme el tatuaje con los dedos. Lo hace con cuidado, como si pudiera borrarlo. La miro mientras acerca sus gruesos labios a los trazos de tinta negra y los besa suavemente una y otra vez.

Cuando me mira mientras lo hace y veo el fuego que adorna sus preciosos ojos, pienso en Regulus, esa estrella que mi padre identificaba conmigo. La más brillante de esa constelación que ahora besa Olivia.

El pequeño rey ha crecido y al fin ha encontrado a su reina; una reina preciosa, inteligente y con carácter, capaz de hacer que el rey se arrodille ante ella con una sola mirada.

Y mientras la tenga, el rey no olvidará jamás lo que es: el hombre más afortunado del universo.

Vuelvo a tirarla sobre la cama y esta vez la cubro con mi cuerpo, dispuesto a demostrarle lo agradecido que le estoy a las estrellas por haberla puesto en mi camino.

## AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que llegaría el momento de tener que escribir los agradecimientos de mi novela, ni que eso fuera más difícil aún que escribir el propio libro, pero aquí estoy: sentada en el escritorio donde creé toda esta historia, intentando poner en orden mis pensamientos para no dejarme nada en el tintero.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mis padres. Por quererme, por apoyarme, por creer en mí cuando yo no lo hago. Por recordarme que soy mucho más de lo que pienso, y que puedo hacer lo que me proponga. Por ser mi principio, mi final y mi todo.

A mis hermanos. No os escogí, pero si hubiera tenido elección, tened por seguro que os habría elegido a vosotros, una y mil veces.

A mis sobrinos, mi tesoro más grande. Espero que algún día os sintáis orgullosos de mí; aunque sea una cuarta parte de lo que yo me siento de vosotros.

A mi tía Pepucha. Gracias por demostrarme que el amor no entiende de distancia, y que quien de verdad quiere estar en tu vida, lo está. Tienes el corazón más grande que conozco.

A mi abuela. Todo lo que haga en la vida es por y para ella.

A Jesús. Mi compañero, mi mejor amigo, mi suerte. Gracias por empujarme cuando quiero plantarme, por hacerme reír cuando lo único que quiero es llorar, por creer en mí a ciegas y quererme sin condiciones. Cada vez que creo que no puedo quererte más, vas tú y lo consigues. No dejes de hacerlo nunca.

A Fernando. Gracias por transmitirme la información que ibas aprendiendo para ayudarme en esta ardua tarea de editar un libro sin tener ni idea de antemano, y también por estar ahí, simplemente. Por compartir mis intereses y hacerme sentir menos incomprendida en el mundo. Eres, sin duda, lo mejor que me llevé de las clases de alemán.

A mi profesor de Lengua de la ESO, don Rubén. Esto va a sonar un poco extraño, porque hace años que no le veo o hablo con él, pero sus clases me enseñaron que escribir es algo maravilloso y que un escritor vive mil vidas a lo largo de la suya. Hay personas que te marcan, y él sin duda fue una de ellas.

A esas maravillosas escritoras jóvenes que, por suerte, proliferan en este país. Todas y cada una me inspiran a su forma y manera y, con su ejemplo, han hecho que me atreva a dar este paso. Sobre todo, gracias a Laura Tárraga y sus magníficos consejos y recursos sobre autopublicación que me salvaron la vida más de una vez.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias por emplear algo de tu tiempo en conocer esta historia, a estos personajes, y a un trocito de mí. Jamás podré llegar a agradecértelo lo suficiente.

## SOBRE LA AUTORA



Ros Marval es el pseudónimo bajo el que escribe esta autora nacida en 1989 y natural de San Fernando (Cádiz), ciudad donde aún hoy reside.

A pesar de haber estudiado una carrera y un máster sobre algo muy distinto a la literatura, escribir siempre ha sido su gran pasión. Desde muy pequeña, ya disfrutaba creando relatos cortos y poemas para regalar a sus familiares, y por suerte esa pasión ha perdurado a lo largo de los años.

Además de poner por escrito las locas e innumerables ideas que se le vienen a la cabeza, también se encuentran entre sus aficiones la lectura, la música, los animales, sumergirse en una buena serie o aprender nuevos idiomas.

Puedes encontrarla en twitter bajo el usuario @RosMarvalWrites, o en Instagram con el nombre @inkwanderlust.